Gustavo Martín Garzo

El último atardecer

Galaxia Gutenberg

© Ricardo Suárez

Gustavo Martín Garzo

(Valladolid, 1948) ha publicado más de quince libros entre novela, ensayo y literatura juvenil. Muchas de sus obras han merecido premios, como *El lenguaje de las fuentes* (1993, Premio Nacional de Narrativa), *Marea oculta* (1993, Premio Miguel Delibes), *Las historias de Marta y Fernando* (1999, Premio Nadal), *Tres cuentos de hadas* (2004, Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil), *El jardín dorado* (2008, Premio de las Letras de Castilla y León), *Tan cerca del aire* (2010, Premio Torrevieja de Novela). Obtuvo también el Premio Vargas Llosa de relatos. Sus novelas más recientes son *Donde no estás* (2015), *No hay amor en la muerte* (2017), *La ofrenda* (2018), *La rama que no existe* (2019), *El árbol de los sueños* (2021) y *El país de los niños perdidos* (2023). Galaxia Gutenberg ha publicado también su ensayo *Elogio de la fragilidad*, en 2020. Sus obras se han traducido al francés, griego, danés, italiano, portugués y alemán.

María, una joven médica, llega a un pueblo de Castilla para hacerse cargo de su primer destino. Ha elegido ese pueblo a causa de una película, *El señor de la guerra*, que vio con su padre cuando era una adolescente y que desde entonces no ha podido olvidar. En ella un caballero normando se convierte en señor feudal de unas tierras extrañas habitadas por hombres semisalvajes, y se enamora perdidamente de una misteriosa doncella por la que acaba perdiendo el poder y el honor. Desde el momento mismo de su llegada a ese pueblo María asistirá asombrada a cómo las cosas que empiezan a sucederle guardan una misteriosa relación con las que vivían los protagonistas de aquella película. Y así también habrá allí una laguna, un cuerpo herido, extrañas visitas en la noche y sobre todo un enigmático joven por el que concebirá una inesperada e incontenible pasión.

El último atardecer es un libro sobre la pasión amorosa. La pasión como deslumbramiento y hechizo, como experiencia que nos permite recuperar la unión con el mundo y los poderes de la naturaleza; pero también como oscuridad y daño, como mensajera inesperada de la muerte. La primacía del deseo, el culto a los sentimientos por encima de la razón y la importancia del mundo de lo nocturno, de los presagios y la imaginación, son los temas que se repiten en este libro que se postula a la vez como un nuevo arte de amar donde se reivindican el juego y la gracia, ya que, a pesar del dolor que quizá les aguarda, nunca hombres y mujeres son más cautivadores que cuando se enamoran. En *El último atardecer* se plantea ese dualismo esencial que hace convivir en el corazón humano orden y sentimiento, vida y muerte, luz de las tinieblas y luz del día.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: abril de 2023

© Gustavo Martín Garzo, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada:
Fotograma de la película *El señor de la guerra*,
de Franklin J. Schaffner, 1965

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19392-83-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nada más tonto que el corazón –al que según
Pascal hay que creer.

PAUL VALÉRY,
Cuadernos

Me convertí en una criminal al enamorarme.
Antes de eso era camarera.

LOUISE GLÜCK,
Meadowlands

Bienvenida la noche con su peligro hermoso.

CLAUDIO RODRÍGUEZ,
Alianza y condena

Torrelobatón. Invierno de 2012

17 de febrero. El comienzo

Por fin he llegado a mi destino. Es un pueblo muy pequeño, de apenas trescientos habitantes, situado en el centro de la comarca de los Montes Torozos, en la provincia de Valladolid. Me alojo en La Posada del Castillo, una casa rural que reservé por internet. Estamos en temporada baja y salvo algún fin de semana es raro que tenga huéspedes, a causa del frío que hace aquí en invierno. La dueña me dejó la llave escondida junto al buzón. Vive en Madrid, y al decirle que iba a ser la próxima médica del pueblo, todo fueron facilidades para mí. La calefacción estaba encendida cuando llegué y la temperatura era más aceptable. Me ha sorprendido lo acogedora y bonita que es la casa, hasta hay una pequeña biblioteca y una colección de discos de vinilo, como los que teníamos nosotros. Llegué de madrugada y las calles estaban vacías. La noche era preciosa, con todo el cielo lleno de estrellas, como ojillos de gente loca. Me acerqué a ver el castillo, que está junto al ayuntamiento. Sorprende lo bien conservado que está.

Te vas a reír cuando te cuente por qué elegí este lugar. Encontré su nombre en la lista de las plazas que se ofertaban en el ministerio y, mirando en internet, descubrí algo que me cautivó. Suele decirse que vamos donde el viento nos lleva, ¿y a que no te imaginas dónde me llevó esta vez? A un cine donde estaba contigo. Era solo una cría y fuimos a ver juntos una película titulada *El señor de la guerra*, interpretada por Charlton Heston. Y resulta que este actor había estado rodando en este mismo pueblo, Torrelobatón, unas escenas de *El Cid Campeador*. Esto pasó hace más de cincuenta años, pero, tal como se decía en aquel artículo, en la zona seguían hablando del rodaje como si hubiera sucedido ayer y aún te pudieras encontrar a sus protagonistas andando por las calles del pueblo vestidos como en el Medioevo. Charlton Heston no debió ser una persona muy recomendable, si pensamos que fue presidente de la Asociación Nacional del Rifle, defensores de los valores más rancios, cuyos miembros siempre están dispuestos a disparar sobre lo primero que se les pone a tiro, especialmente si tiene la piel negra, pero para mí siempre será el protagonista de *El señor de la guerra*. Esa película cambió mi vida. La vi a tu lado cuando tenía quince años y salí del cine mugiendo como una vaquita en celo. Me dio tan fuerte que, durante mucho tiempo, cuando los chicos me preguntaban mi nombre, yo les decía que me llamaba Bronwyn, como la

protagonista de la película. Toda mi adolescencia estuve obsesionada con esa actriz, Rosemary Forsyth. Me peinaba como ella, imitaba sus gestos, sus vestidos, con la esperanza de que algún día un caballero como Charlton Heston me viera saliendo del agua con la ropa empapada. No he olvidado la escena. Bronwyn tratando de cubrirse avergonzada los pechos, y él contemplándola absorto desde la orilla. Era el señor de aquellas tierras situadas en el límite del mundo y tenía derecho a tomar de ellas lo que quisiera, pero se quedaba mirando a la muchacha en un estado de sublime arrobamiento, como si fuera una de esas criaturas que en las leyendas viven en las profundidades de los ríos donde tienen una vida que nadie conoce. La distancia es el alma de lo bello, dice tu amada Simone Weil. ¿Recuerdas la lata que me dabas para que leyera sus libros? Una fruta que se mira sin alargar la mano, una desgracia que se acepta sin retroceder, se decía en ellos al hablar de la belleza. Y así la miraba él, en su diferencia irreductible, por lo que era en sí misma y no por lo que él pudiera apetecer o desear, como si esa separación dolorosa fuera la forma más misteriosa de amor que había conocido.

18 de febrero, sábado. La Posada del Castillo

Ayer me quedé dormida antes de terminar de escribir estas primeras impresiones de mi llegada al pueblo. Este cuaderno es para eso, y mi intención es ir anotando en él cuanto me vaya pasando. Será mi cuaderno de bitácora. La comparación es pertinente, estas tierras con sus inacabables planicies bien podrían recordar la inmensidad del mar.

Me levanté tarde, y recibí la llamada de la dueña de la posada para preguntarme si había llegado bien. Se llama Carmen, y es una mujer joven y simpática que se disculpó por no haber estado en el pueblo para recibirme. Me dijo que no llegaría hasta el lunes, pero que había comida en el frigorífico y podía disponer a mi antojo de lo que quisiera. Después de desayunar, estuve curioseando la casa. Está puesta con mucho gusto. Tiene diez habitaciones para los huéspedes y un espacioso salón. La cocina es muy luminosa y el patio está cubierto de parras, que le darán sombra y encanto cuando broten sus hojas. Según pude ver en un cartel, todos los muebles y los elementos decorativos de las habitaciones están a la venta, como si la casa entera fuera un gran expositor de muebles y objetos

domésticos. Puedes pasar aquí la noche y llevarte por la mañana el espejo o la lámpara de la mesilla de la habitación en que has dormido. O incluso la cama, si acaso han pasado esa noche en ella cosas que merezca la pena recordar.

Me imagino la escena. Una parejita que pasa la noche en la posada y que, al día siguiente, con la sonrisa en los labios, le dicen a la dueña que quieren comprarle la cama, y se la llevan en la baca del coche. Me pregunto con qué cama me quedaría yo. Creo que con ninguna. No quiere decir que no me lo haya pasado bien en unas cuantas, pero yo la única que me llevaría es aquella llena de pieles de oso en que Bronwyn dormía en los brazos del Señor de la Guerra.

Ay, esa cama, ¿quién la tendrá?

19 de febrero, domingo. El chico de la capucha

Como era fiesta y hasta mañana, que veré al inspector, no tenía ningún compromiso, me he dedicado a pasear por los alrededores. Las casas están situadas alrededor del castillo. Cerca hay un pequeño río, y más allá están los Montes Torozos, que son unas ondulaciones que presentan los páramos al sur de Tierra de Campos. El consultorio donde recibiré a mis pacientes está a la entrada del pueblo, junto a la carretera, en un pequeño poblado que un jerarca franquista mandó construir para la gente de aquí y que llaman las Casas Nuevas. Junto al consultorio está la vivienda del médico. No tiene mala pinta, aunque, de quedarme a vivir en ella, habrá que hacer reformas ya que parece abandonada. Mi trabajo no termina en Torrelobatón, tengo que ocuparme también de los pueblos de los alrededores, cinco en total. No es una población grande, pero está muy dispersa, lo que me obligará a moverme de uno a otro. Pero las distancias son cortas y se pueden recorrer hasta en bicicleta.

Mientras pensaba en todo esto vi la figura de un hombre y me acerqué a preguntarle si se podía visitar el castillo. Era muy joven, aunque apenas veía su cara, pues llevaba puesta la capucha de su sudadera. Me dijo que la llave del castillo la tenían en el ayuntamiento, que la fuera a pedir allí. Me fijé en que tenía la mano herida y le pregunté si me la podía enseñar. Soy la nueva médica, le dije. Estaba muy sucia y la herida no tenía buen aspecto, por lo que le pedí que fuera a verme el lunes. Si no se cura, se te puede

infectar. Sus ovejas andaban por la orilla del riachuelo y le bastó con llamarlas para que se fueran tras él. Ni siquiera se despidió de mí. Me quedé mirando el lugar. El pequeño riachuelo, por el que apenas corría agua, los altos chopos de las orillas, aún sin hojas, y cuyas ramas delgadas y largas crecían desde el mismo suelo, haciendo que sus troncos parecieran cubiertos de pelo, el color verde de los campos vecinos, donde el cereal empezaba a brotar. Sobras tú, me dije, en este lugar sobras tú.

20 de febrero, tarde. Historias de mi vida

He dormido mal y me he levantado antes del amanecer. Se oían los sonidos misteriosos de la noche, los cantos y gritos de los animales cuya vida es la oscuridad. De pronto, se hizo el silencio, un silencio profundo, como una fractura en el curso del tiempo, y enseguida los pájaros de la mañana lo llenaron todo con su piar enloquecedor. Los franceses llaman *l'heure bleu* a este breve intervalo de tiempo en que no hay ni luz del día ni la más completa oscuridad, y se hace un misterioso silencio. En esos instantes, se dice, la persona que está a tu lado se vuelve transparente y puedes conocer lo que piensa de ti.

Escribo esto en la cocina, tomando un café bien cargado. Sigo pensando en el joven que vi junto al riachuelo. No creo que venga a verme. Había en él la belleza esquiva de los animales. No la belleza de la vida que se muestra, sino la que vive escondida, la que no se hace notar. Ni siquiera me miró al marcharse, como si en el mismo momento de volverse hubiera dejado de existir para él. Me dolió, porque ¿existo yo para alguien? Solo existía para ti, pero eso pasó hace tiempo y desde tu muerte solo soy una sombra, la sombra de alguien que no está. Me acuerdo de una cosa que me contaste. Yo tendría dos o tres años y estábamos en una reunión familiar. Mamá y tú nos estabais enseñando un álbum con las fotos de un viaje que habíais hecho de novios. En una de ellas, mamá estaba apoyada en la barandilla de un puente y el viento hinchaba levemente su falda, como si estuviera a punto de echarse a volar. En otra, estabais los dos juntos comiendo un helado. Y al verlas me eché a llorar desesperada porque ¿dónde estaba yo? ¿Cómo era posible que pudierais vivir y ser felices sin tenerme con vosotros? Hay un momento en que todos los niños descubren que sus padres tuvieron una vida antes de que ellos nacieran, una vida que

no les pertenece, de la que no saben nada. Es un descubrimiento doloroso porque, si eso fue posible, quién les dice que no podrían volver tener una vida como aquella y olvidarse de ellos.

Luego ya de mayorcita miraba con frecuencia esas fotos, sobre todo las que os habíais hecho en Milán. Se os veía paseando por aquellas galerías cubiertas que luego visitaría de mayor, o haciendo cola para ver el fresco de *La última cena,* de Leonardo, que acababan de restaurar, o en las salas de algún museo, siempre abrazados, siembre pendientes el uno del otro, como si fuerais los únicos vivos en un mundo de sombras. La foto que más me gustaba era una en la que estabais en la cúpula de Il Duomo, desde donde se ve toda la ciudad. Tú tenías abrazada a mamá por detrás, y ella volvía la cabeza para mirarte, con el pelo revuelto por el viento. Y era como si nunca hubierais descendido de esa cúpula, y aún continuarais allí abrazados, detenidos en un presente eterno. Yo era como Gatsby, el personaje de la novela de Scott Fitzgerald, cuando se queda mirando desde el otro extremo de la bahía la casa donde vive Daisy, y al ver las farolas iluminadas, las luces de la casa, el esplendor de esa noche inaccesible, descubre que es allí donde desearía estar. Eso descubrí mirando esas fotos, que esa vida en la otra orilla, la vida como debía ser, y no como había terminado viviéndola, era la que yo deseaba tener. Mi vida en aquella cúpula donde mamá y tú aún seguíais abrazados.

Cuando fui a estudiar Medicina a Madrid, ese sentimiento de pérdida, de extrañeza respecto al mundo, se intensificó. Entonces ya os habíais separado y tú y yo vivíamos con la abuela, que muy pronto empezó a dar muestras de demencia. Fuiste tú quien, al terminar el bachillerato, me sugirió que me fuera a estudiar a Madrid, sin duda por separarme del ambiente tan triste que empezó a reinar en la casa. Ese año fue el peor de mi vida. Me alojaba en un colegio mayor y no me adaptaba a vivir en él, pues nunca había salido de casa. Pronto fui víctima de las novatadas de las antiguas alumnas, era muy orgullosa y me revolvía contra ellas, lo que las enfurecía más. Descubrí que hay personas que disfrutan humillando a los demás. Me pasaba las noches llorando. Yo no quería decirte nada porque era yo quien había querido eso, y me sentía culpable y mezquina por haberte abandonado. Una noche, cuando aún vivía contigo, me levanté en busca de un vaso de agua y vi que la luz de tu cuarto aún estaba encendida. Y al acercarme te oí llorar quedamente. La abuela estaba cada vez peor y tenía episodios de agresividad en los que nos insultaba y nos decía cosas

terribles, y tú seguías sin superar la marcha de mamá, pero ¿qué podía hacer yo? Solo era una chica de quince años, y no podía con el peso de tu sufrimiento. Eran los padres quienes tenían que consolar a sus hijos, y no al revés. Y regresé a mi cuarto tratando de olvidar que te había visto llorar. Aquella era tu vida, no la mía.

En el colegio, esa era una conversación habitual entre las chicas. Todas querían irse fuera al terminar el bachillerato, volar lo más lejos posible de sus casas. Una vez, hablando en el recreo de todo esto, una de las chicas pidió que levantaran la mano las que odiaban a sus padres, y todas lo hicieron menos yo, que me quedé dudando un momento. Una de ellas, que la tenía tomada conmigo, aprovechó para reírse de mí. Vaya, dijo con sarcasmo, María vuelve a ser la excepción, como está enamorada de su papaíto. Todas se echaron a reír. Decía eso porque a menudo me acompañabas al colegio. Era muy pronto por la mañana, y teníamos que atravesar un pequeño parque, donde los pájaros celebraban enloquecidos la llegada del nuevo día. El sol, aún muy débil, hacía brillar las hojas de los árboles, aún húmedas por el relente de la noche, y la arena de los paseos se volvía blanca. Te amaba locamente, pero al salir del parque te pedía que me dejaras sola para que las otras chicas no me vieran llegar contigo, como si aún fuera una niña pequeña a la que había que llevar al colegio. Y aquellas brujas empezaron a decir que estaba enamorada de ti. Entonces te negué, te negué tres veces, como Pedro hizo con Jesús. Y les dije a mis amigas que no era cierto, y que yo también estaba harta de que siempre estuvieras encima de mí, como si fuera tu pequeña esposa. ¿Cómo pude decir algo así, ser tan mezquina? Tu pequeña esposa…, ¿acaso no era lo que quería ser?

Cuando terminé el bachillerato y te dije que quería hacer Medicina, fuiste tú quien me aconsejó que me fuera a Madrid, donde encontraría los mejores profesores. Además, me dijiste riéndote, ya era hora de que volara sola. Pero las cosas no me fueron bien en Madrid. Me sentía una extraña en aquella ciudad inmensa, y el colegio mayor que había elegido se convirtió en un infierno para mí. Me pasaba las noches llorando y pensé, incluso, en dejar la carrera. No me gustaba aquel lugar. Allí nadie leía un libro ni iba a los cineclubs, como yo hacía contigo en Pamplona, y en el mejor de los casos solo se interesaban por las clases y por aprobar los exámenes. Los fines de semana bebían y hacían de todo. Mis compañeros son como los ñus, recuerdo que te escribí en una postal. Les gusta formar manadas y rebozarse en todas las charcas que encuentran. No era justa con ellos, eran

como son todos los chicos y chicas a esa edad, pero no hacía buenas migas con ellos. Puede que fuera mi culpa, porque en ese tiempo no estaba bien.

Pronto dejé de ir a clase, y me pasaba el día en mi habitación o paseando al buen tuntún por las calles. Y para no encontrarme con mis compañeras, empecé a alejarme del centro de la ciudad. Había un túnel que comunicaba con un barrio situado más allá de las vías de ferrocarril y empecé a cruzarlo. Había allí una vida que nada tenía que ver con la que conocía, una vida donde no tenía que fingir. Me hice amiga de unos chicos. Jugaban al fútbol en un descampado que había junto a los talleres del ferrocarril, y me acogieron como si fuera una pobre huérfana a la que tuvieran que cuidar. Decían que les traía suerte. Cuando terminaban de jugar íbamos a unos bares que había junto al cementerio a beber cerveza. Desde la terraza se veían las cruces y los panteones, como una ciudad dormida. A mí no me gustaba ver aquello, pero ellos bebían a la salud de los muertos, como si fueran viejos conocidos del barrio. Eran muy alegres y siempre estaban gastándose bromas. Los sábados íbamos a la discoteca del barrio y se peleaban por bailar conmigo. Pasaba de unos brazos a otros como las peonzas, sin dejar de girar. Eran muy diferentes a los chicos que había conocido. Veía en ellos una inocencia que mis compañeros de clase, más preocupados por las apariencias y el afán de poder, habían perdido hace tiempo.

Empezó a gustarme uno de ellos. Se llamaba Pipe, y siempre se estaba riendo y haciendo payasadas. Tenía ese don maravilloso, el de hacerse amigo de cuanto se encontraba. No solo de las personas sino también de las cosas y de las otras criaturas del mundo. De los perros y los gatos callejeros y hasta de las farolas, que solo parecían estar encendidas para él. Una tarde, al cruzar el túnel para buscarlos, unos brutos empezaron a meterse conmigo. Se reían de mí, diciéndome cosas obscenas, y empezaron a manosearme. Aquello se estaba poniendo feo, cuando apareció Pipe con su moto y les dijo que me dejaran en paz. Y por qué tendríamos que hacerlo, le preguntó desafiante uno de ellos. Porque esta chica es mi novia, le contestó, mientras jugaba con la cadena con que candaba su moto. Cuando nos dejaron solos le pregunté con una sonrisa de sorna: ¿Y eso de que soy tu novia? ¿Lo eres o no lo eres?, me preguntó él. Te daban ganas de cerrar los ojos y quedarte dormido a su lado, como se duerme a la sombra de un árbol. Podemos probar esta noche a ver si nos sale bien, le dije riéndome. Me ofreció su casco y subí en la moto tras él. Fuimos a un monte que había en las afueras.

Se veían las luces de la ciudad, que recordaban el rescoldo inmenso de una hoguera. Estuvimos un rato contemplando en silencio aquellas luces y el cielo lleno de estrellas. Había tantas que no sabías dónde posar los ojos. Y antes de que me diera cuenta me besó. Era como esos niños que las mujeres se detienen a mirar en los parques y, sin saber por qué, desean que sean suyos. ¿Todo esto pasa de verdad o solo lo estamos soñando?, le pregunté un poco sofocada por lo que acabábamos de hacer. ¿Y qué si no ha sido verdad?, me contestó. La verdad solo lleva a sitios aburridos. Era el chico más guapo que había visto nunca. Los hombres guapos eran hombres, claro está, pero también otra cosa que no había forma de explicar: por eso estabas indefensa ante ellos y conseguían de ti lo que se les antojaba. No tardamos en regresar. Quería llevarme en moto hasta el colegio mayor, pero le dije que no. Me daba vergüenza que mis compañeras me vieran con un chico que se veía que era de barrio.

Empecé a cruzar el túnel casi diariamente para verlo. Había un parque cerca y nos tumbábamos en la hierba para besarnos. También íbamos a esos programas dobles que hay en los cines de barrio. Cada vez nos poníamos más atrás, hasta terminar en las últimas filas, las que ocupaban las parejas. Las butacas eran de madera y crujían cuando nos movíamos para abrazarnos mejor, lo que nos hacía reír. Cuando salíamos del cine, ningún de los dos sabía muy bien el argumento de la película. Y entonces él se lo inventaba, y aquello que me iba contando era mucho más hermoso que la película que habíamos visto a medias.

Todas las chicas del barrio corrían a saludarle cuando lo veían. No se te dan mal las mujeres, le decía yo un poco celosa. Es porque no hablo mal de ellas y me tomo la molestia de escucharlas, me contestó. No paraba quieto. Íbamos a un sitio y enseguida quería estar en otro; entrábamos en un bar y al momento nos teníamos que marchar. Era como esos niños inquietos que vuelven tarumbas a sus maestras, porque no pueden hacer vida de ellos. Estás loco, le dije yo una vez. Si fuera la directora del psiquiátrico mandaría que te pusieran una camisa de fuerza para que no te pudieras mover. Pero no te podría abrazar, ni besar, me contestó, mientras me tomaba en sus brazos y me besaba. Le dije riéndome que se la quitaría cuando estuviéramos solos en mi despacho.

Había en él un fondo melancólico que ocultaba una inexpresable ansia afectiva, y me enamoré un poco de esa tristeza. Cuando te besaba era como si se estuviera despidiendo un poco de ti. Tenía una familia complicada,

como la mayoría de los chicos y las chicas del barrio. Su padre era un borracho y pegaba a su madre. Una noche, tras una de sus borracheras, quiso cruzar las vías y un tren se lo llevó por delante. Pipe decía que no era mala persona, que la culpa no la tenía él, sino el lugar en que vivían. Era como esos tíos que se empeñan en buscar oro donde nadie lo ha encontrado, que piensan que ellos lo pueden lograr. Tenía unas manos de prestidigitador y al menor descuido estaban debajo de tu ropa. Le gustaba acariciarme los pechos, y mientras lo hacía no dejaba de decir tonterías. Les ponía nombres, y cuando nos despedíamos se empeñaba en quedarse con uno de ellos. Decía que era una injusticia que yo me quedara con los dos. Le contestaba riéndome que ya sabía lo que pasaba con los gemelos, que no podían vivir uno sin el otro.

Un día me llamaron de portería para decirme que había un chico en la puerta que preguntaba por mí. Enseguida supe que era Pipe. Había venido con su moto, y ni siquiera se había quitado el mono con que trabajaba. Varias chicas estaban en las ventanas mirándole, y a mí me dio vergüenza que me vieran con él, y le pedí a la portera que le dijera que estaba en la facultad. No volvió por allí, y aunque crucé varias veces el túnel para buscarlo no le vi más. Me dijeron que se había ido a trabajar al sur, de camarero. No estaba disgustado, no había preguntado por mí. Empezaba el buen tiempo y se había ido en busca de nuevas aventuras. Pipe era así, y aunque hubiera tratado de envenenarle no me lo habría tenido en cuenta. No veía gravedad en las cosas.

Volví a salir con mis compañeras. Íbamos con los chicos de otras facultades, que en general se portaban muy bien con nosotras y siempre estaban dispuestos a complacernos. Íbamos a las discotecas y nos besábamos con ellos. Pero aquellos besos no se parecían a los que Pipe y yo nos habíamos dado. No había sorpresa con ellos. Los besabas y al terminar te encontrabas con la misma cara que tenían antes de besarlos. No era como en el cuento de la rana y el príncipe. Antes de salir con ellos ya sabías lo que iba a pasar. Y acertabas siempre. Entonces ¿para que los besabas?

Con Pipe no era así, podían pasarte las cosas más raras, hasta encontrarte con un ahogado. Eso nos sucedió una tarde. Habíamos alquilado una barca y, remando por el río, vimos un bulto que arrastraba la corriente. Era un ahogado. Flotaba boca abajo, con las ropas hinchadas. Yo no quería acercarme y le pedí que regresáramos a la orilla para avisar a la policía, pero él se empeñó en hacerlo. No solo eso, sino que lo empujó con el remo

hasta la orilla. Había un grupo de gente esperándonos. Dijeron que aquel hombre llevaba horas merodeando por la zona y que se había tirado desde el puente. Tumbado en la tierra me recordó los cuerpos que nos daban en la clase de anatomía para diseccionar. ¿El alma de esos cuerpos dónde estaba? Yo quería irme, pero Pipe no paraba de hablar con unos y otros, diciéndoles lo que tenían que hacer. Era como si, en ausencia de la policía, se hubiera hecho cargo de dirigir las operaciones de rescate. Y lo más sorprendente es que nadie discutía su autoridad. Cuando llegó la ambulancia nos fuimos de allí. Nos sentamos en un banco y al momento ya me estaba besando. Yo al principio no quería, pues estaba muy afectada por lo que acababa de pasar, pero enseguida me dejé llevar por el calor de sus manos y de su boca. Hay momentos en que la desgracia ajena no sienta mal del todo.

20 de febrero, noche. El Señor de la Guerra

Bueno, lo dejo ya. Se ha hecho tarde y mañana tengo que madrugar. El inspector va a llevarme a conocer el pueblo y me presentará a la enfermera que trabajará conmigo. El médico anterior no estará con nosotros, lleva una temporada de baja y se jubila este mismo mes, pero no tardará en venir a despedirse y podré hablar con él. El inspector me ha dicho que es generoso y amable, y que al verme tan joven se desvivirá por mí. Me ha hecho gracia que lo diga de esa forma. Todos los hombres son iguales, no importa la edad que tengan. Ven a una mujer joven y enseguida corren a su lado, como si fuera una niña que no debe cruzar sola la calle. Me conmueve que se comporten así. No sé qué ven en nosotras para perder la cabeza de esa manera. La verdad, no creo que seamos para tanto.

Me alegro de haber elegido este pueblo. Iba a pedir el tuyo, pero me arrepentí. Me iban a comparar contigo, me iban a llamar la hija del médico, y no quería eso. No me gusta que te nombren, que hablen de ti, solo yo tengo derecho a hacerlo. Tenía solo diecisiete años cuando moriste, y eras mi luz. Solo yo tengo derecho a pronunciar tu nombre.

Antes de acostarme, salí un momento al patio para ver la luna. Era redonda y blanca como esas formas que los curas levantan en la misa y que siempre parecen a punto de escaparse de sus manos y ascender por el aire. ¿Te he dicho que en el escudo del pueblo hay una torre y dos lobos? Seguro que los lobos también están mirando la luna. Según me dijo el taxista que

me trajo al pueblo, últimamente han vuelto a estos montes, protegidos por los ecologistas. Todos aquí odian a los lobos. Dicen que no se conforman con matar a las ovejas que necesitan para comer, sino que persiguen a las otras y las matan por el gusto de hacerlo. Le dije que también nosotros matamos. En el mundo todos matan. Se mata por interés, por fanatismo, por rabia, por odio. Y que de todos los asesinos, puede que los que matan por placer sean los menos miserables. No sé por qué me dio por llevarle la contraria. Parecía buen chico y se quedó un poco atónito, sin saber qué contestar. Odian a los lobos y sin embargo en su escudo, al lado de la torre, hay dos lobos. El Señor de la Guerra no debió llevar a Bronwyn a la torre. Ella era una loba, y los lobos no pueden vivir encerrados.

21 de febrero, tarde. Las madrinas de los ciclistas

Finalmente, el inspector aplazó nuestra cita. Le surgió no sé qué asunto urgente y tuvo que viajar a Madrid. Hemos quedado en vernos mañana. Mejor, así podré conocer mejor el pueblo, empiezo a encontrarme a gusto en él. Por fin he conocido a la dueña de la posada. Se llama Carmen, y me ha sorprendido lo joven y guapa que es. Vive en Madrid, pero harta del barullo de la ciudad ha decidido poner aquí este pequeño negocio, donde pasa temporadas con sus perros. La posada es un capricho, pues vive de una agencia de azafatas especializada en las vueltas ciclistas. Parece mentira que todavía existan cosas así. Le piden chicas guapas para dar a los ciclistas los trofeos y los ramos de flores y que se fotografíen con ellos. Me cuenta que este mundo, el del ciclismo, ha cambiado mucho en los últimos años. Hace no tanto solo era un deporte modesto, y los ciclistas eran, por lo general, gente humilde que corría para ganarse unos dineros extras y que normalmente tenían otros trabajos al margen de ese mundo de las dos ruedas. Entonces muchas carreteras estaban mal asfaltadas, y eran frecuentes las averías y los pinchazos, que los ciclistas tenían que resolver por su cuenta pues carecían de equipos técnicos para ayudarles. Debían llevar con ellos hasta los bocadillos con que se alimentaban, y muchos llegaban a la meta hasta cuatro horas después de los vencedores. Nada que ver con los ciclistas de ahora, que eran chicos guapos, bien alimentados, que vestían maillots de las mejores marcas, y que a la hora de recoger sus trofeos ni siquiera miraban a las chicas que se los daban, por muy guapas

que fueran. Los ciclistas de antes se las comían con los ojos, porque lo normal era que nunca hubieran estado al lado de chicas así, y todo tenía para ellos un aire de irrealidad. Competían para escapar de la pobreza, de trabajos infames, de vidas llenas de carencias, y encontrarse con aquellas chicas preciosas que les daban un casto beso en la mejilla, sin reparar en su olor a sudor ni en lo sucios que estaban, era su momento de gloria.

Nos estuvimos riendo un rato. Había abierto una botella de clarete que, a pesar de lo temprano que era, nos habíamos bebido casi entera y estábamos un poco achispadas. Hablamos de lo peligrosos que son los sueños de los hombres. A todas las mujeres nos gusta habitar esos sueños, pero no sabemos lo peligroso que es. Cuando queremos darnos cuenta somos sus prisioneras y abandonarlos es una tarea titánica.

Carmen se empeñó en llevarme a conocer el consultorio médico. La enfermera se llama Aurora, y estaba atendiendo a dos ancianos que iban a tomarse la tensión. Tenía unos cincuenta años y llevaba más de treinta viviendo allí con su madre. El pueblo que había conocido de niña no se parecía a este, que en poco tiempo había perdido la mitad de sus habitantes. Apenas había trabajo y las pocas parejas jóvenes que se formaban preferían vivir en las urbanizaciones de la ciudad. Allí solo quedaban ancianos. Le pregunté por el muchacho que había visto junto al río, si había ido a curarse la mano. No necesité explicarle más cosas, enseguida supo a quién me refería. A ese no le verá usted por aquí, me contestó con un gesto que me pareció de desprecio.

Seguimos nuestro paseo. En la carretera, sentados a la puerta de su casa, vimos a una pareja de ancianos. Una camioneta se paró en el cruce. Bajó un chico con una bolsa y se dirigió a ellos para entregársela. Era de los servicios sociales de la Diputación. Llevaba a los ancianos la comida para que no tuvieran que preparársela ellos. Descendimos hasta el pequeño río, que apenas llevaba un hilo de agua. Había cerca un campo de fútbol, muy cuidado. Los altos chopos tenían las cortezas llenas de verdín y estaban cubiertos de ramas secas que crecían desde el suelo. El cielo era de un azul deslumbrante, y una cigüeña pasó tan cerca que pudimos ver los palos que llevaba en el pico para construir su nido.

Allí mismo estaba el cementerio del pueblo. Había una pequeña ermita y una casa adosada, donde en otro tiempo vivió una ermitaña. Era muy bonita, y me pregunté lo que tenía que ser ver todas las mañanas al levantarte las tumbas ordenadas en filas, como los soldados en los desfiles.

No era algo tan disparatado. Las hermanas Brönte habían vivido con su padre junto a un cementerio, y eso no les impidió escribir sus libros. Era extraña aquella obsesión por el orden, hasta en los asuntos de la muerte y del amor. Todas las ceremonias que acompañaban nuestro paso por el mundo nacían del deseo de poner orden en cosas que no lo tenían. Mejor dejarlas así, como ramas que se lleva la corriente.

Un poco más allá está Torrecilla de la Torre, un pueblo de apenas veinte casas, adscrito a mi zona sanitaria. Incluso cuenta con un pequeño local, donde se pasa consulta cada semana. Está junto a la iglesia, en un grupo de casitas semejantes a las que he visto en Torrelobatón. Por lo visto aquel jerarca franquista se dedicó a construir pequeños poblados para cubrir las necesidades de vivienda de la gente de la zona. Son casitas humildes, con un pequeño pórtico para entrar, pero delicadas y armoniosas, como concebidas para parejas que empiezan su vida en común. Casitas para encontrarte cada mañana con la persona que amas e inventarte otras formas de ser, como hacen los niños cuando juegan. Una de esas casas se alquilaba y Carmen me dijo que podía ser un lugar ideal para quedarme a vivir unos meses. Estaba muy cerca de Torrelobatón, y podría ir andando al trabajo cada día. Además, al estar un poco apartada del pueblo no me darían tanto la lata, y podría encontrar en ella ese espacio de soledad y silencio que andaba buscando. Conocía a la dueña, y no creía que fuera a pedir mucho por alquilarla. Seguro que lo estaba deseando. Con unos pequeños arreglos podía quedar muy bien.

Vimos pasar al chico de la capucha en una moto vieja. Carmen me dijo que era Roco y que trabajaba en la finca de la Santa Espina, el pueblo que estaba unos kilómetros más allá. Hacía recados con aquella moto que no sabía muy bien cómo podía andar, y le podía pedir que me ayudara con el traslado y los arreglos de la casa. Era polaco, y llevaba unos meses en la Escuela de Capacitación Agraria que tenían los hermanos de la Salle en el monasterio. Le llamaba así por lo guapo que era. Apenas se relacionaba con nadie, pero a ella le caía bien y le encargaba cosas a menudo. Por ejemplo, la leña para la chimenea. Un día te contaré su historia, añadió. Parece de serial radiofónico.

Se puso a sonar su móvil, y se apartó unos pasos para contestar. Estuvo un buen rato hablando, y al terminar me dijo que se tenía que ir esa misma tarde. La reclamaban en Madrid. Son tus pobres azafatas, le dije con sorna. Están tristes porque los ciclistas ya no las quieren. Se echó a reír. Eres mala,

muy mala, me dijo. Por eso me caes bien. Volvería el fin de semana con sus perros. Eran dos dogos argentinos, grandes y dulces como potros. Los perros son las criaturas más tristes que existen, ¿no te parece? Debe ser porque no saben a qué mundo pertenecen. En eso se parecen a nosotros, le contesté. Me dijo que podía quedarme en la posada hasta resolver lo de mi otra vivienda. Me haría un precio especial. En realidad, le estaba haciendo un favor. Por esas fechas apenas tenía reservas, y así la casa no estaría sola. En estos tiempos no se sabía qué podía suceder.

Nos despedimos y, mientras ella regresaba al pueblo, yo seguí con el paseo. La carretera llevaba hasta Barruelo del Valle, otro pueblecito de mi circunscripción. Estaba un poco lejos para ir andando, pero apenas pasaban coches y me pareció un lugar agradable para caminar. No tardé en encontrarme con los molinos. Los había a un lado y a otro de la carretera, en una amplia extensión del páramo, pues habían convertido la zona en uno de los parques eólicos más extensos de España. Estos pueblos eran ahora ricos gracias al dinero que les daban por la instalación de aquel complejo energético, que había conseguido disparar sus presupuestos anuales y bajar los impuestos. Hacía algo de viento y las aspas inmensas de los molinos giraban lentamente produciendo un rumor que, si cerrabas los ojos, recordaba al rumor del mar en la costa. Parecían colocados en el inmenso páramo siguiendo un orden caprichoso, cuyo sentido no terminabas de entender. Eran esbeltos y blancos, y tenían la belleza transgresora de la repetición. Sus aspas giraban lentamente creando un efecto hipnótico, que hacía que no pudieras dejar de mirarlos. Tuve una ocurrencia extraña: registraban nuestros pensamientos. Ten cuidado con lo que piensas, me dije. En este pueblo no existen los secretos.

A mi regreso pensé en la suerte que he tenido de encontrar a Carmen. Es inteligente y graciosa, y siempre tiene ganas de hablar, lo que yo le agradezco un montón. Creo que es de derechas, a juzgar por los adornos con banderas de España que hay en la casa, pero mejor no sacar el tema. Además, qué importa que lo sea, si es amable conmigo y todo me lo da. Echaba de menos este intercambio tan femenino de sentimientos banales, de bromas y pequeñas maledicencias, sin el que las mujeres no sabríamos vivir. ¿La vida es mucho más que eso?

Al pasar junto al río, volví a pensar en aquel chico. Apenas había visto su cara, que llevaba cubierta con la capucha de la sudadera, pero su proximidad me perturbó como hacía tiempo no me pasaba con ningún

hombre. No sé por qué. Roco, qué nombre más extraño para este pueblo. Como *Rocco y sus hermanos*, la película de Visconti. Roco, el bello.

Por la noche. La excursionista

Me he pasado la tarde en bicicleta y estoy agotada. Vayas donde vayas hay cuestas. Algunas tan empinadas que no hay forma de subirlas, al menos con unas piernas tan flacas como las mías. La bicicleta se la he cogido prestaba a Carmen, que tiene varias en el cobertizo del patio para disfrute de sus huéspedes. Antes de abandonar el pueblo me encontré con Aurora, la enfermera. Le pregunté que adónde podía ir de excursión y me dijo que a la Santa Espina. En un claro próximo al monasterio fue donde Felipe II conoció a su hermanastro Jeromín. No conocía esa historia, ni sabía quién podía ser Jeromín, pero me dio vergüenza preguntárselo, por no parecer una ignorante. Me estaba yendo cuando ella volvió a llamar mi atención. ¿Se acuerda del chico del que me habló?, dijo. Vino a que le curáramos una herida que tiene en la mano, pero al ver que usted no estaba no me dejó ni mirársela. Por lo visto se la ha hecho con una bombilla que le explotó al cogerla.

Salí en dirección a la Santa Espina, pero las cuestas acabaron conmigo. Creo que Aurora me ha mandado por aquí para darme una lección, como si me dijera que solo soy una intrusa y que lo que vaya a conseguir en este pueblo tendré que ganármelo por mi cuenta. He percibido un tono de sarcasmo en su relato de la visita de Roco. Me había dicho que no le veríamos por el consultorio, y le ha faltado tiempo para venir a vernos. Tengo que andarme con ojo con esta gente, cuando el diablo no tiene que hacer con el rabo espanta las moscas.

23 de febrero. Esperando al inspector

¿Te he dicho que en el tiempo que estuve en Madrid mamá y yo nos veíamos a menudo? Quedábamos para comer o tomar café. Estaba muy pendiente de cómo llevaba la preparación del examen MIR. Sigue estando muy guapa, y tienen un novio noruego. Le conoció en un viaje que hizo con unas amigas a Oslo, para ver la aurora boreal. Es ingeniero aeronáutico y

está empeñado en venirse a vivir a España. Pero ella no quiere que lo haga, prefiere que se quede en su país y aprovechar las vacaciones para verse en lugares neutrales, como dice ella. Tiene una teoría sobre los hombres y nos reímos todo lo que quisimos cuando me la explicó. Dice que son como esos okupas que se cuelan en casas ajenas y que a los tres días ya no hay forma de echar porque se han convencido de que son suyas. No hablamos de ti. Mamá me lo dejó claro desde el primer momento. No me hagas hablar de tu padre, te lo pido por favor. Tenía razón en temerlo, la llamaba para que lo hiciera. Quería saber por qué os habíais separado. No pasó nada especial, me dijo, no nos entendíamos. Sucede en muchas parejas. El agua y el aceite no se pueden mezclar. Entonces, estuve tentada de decirle, ¿por qué en aquellas fotos parecíais tan felices?

Una de esas tardes bebimos más de la cuenta y faltó a su promesa. Quería reconciliarse conmigo, explicarme que si vuestro matrimonio había fracasado no había sido por su culpa. Las discusiones empezaron porque te empeñaste en tener hijos y ella no los quería. Había conseguido un trabajo en un importante estudio de arquitectos y la idea de tener un hijo no entraba en sus planes, ya que atenderlo ponía en peligro su futuro profesional. Te pidió que esperarais dos o tres años, aún erais muy jóvenes y tenías tiempo de sobra para intentarlo. Lo entendiste y la cosa quedó ahí. Pero en una de esas noches tontas que tienen las parejas se quedó embarazada. Quiso abortar y le suplicaste que no lo hiciera. Las clínicas que lo hacían ya habían sido legalizadas en nuestro país, y pidió cita en una de ellas. Lo hizo sin decírtelo, porque sabía que te ibas a oponer. Pero de camino a la clínica se derrumbó y decidió llamarte. Quedasteis en un bar cercano, y tras contarte lo que iba a hacer te señaló la clínica donde la estaban esperando. Y a ti te bastó ver el rótulo con aquel nombre, que era una palabra neutra que nada revelaba de lo que pasaba en ella, para ponerte pálido como la pared y desmayarte sobre la mesa. El camarero y un cliente acudieron a ayudarte y muy pronto te habían sacado a la calle para que te diera el aire. Terminasteis sentados en el banco de una plaza cercana. Seguías pálido como un muerto y mamá se enterneció al verte. Era como si ella fuera el amante sin alma y quien iba a tener el niño fueras tú. Te propuso un pacto. Tendríais a ese niño, pero serías tú quien se ocuparía de él. Entiéndeme bien, te dijo. Se trata de que te ocupes de todo, como si fueras tú quien lo hubiera parido. Todo era todo, desde darle biberón y levantarte por las noches cuando llorara, hasta quedarte con él las veinticuatro horas del día

cuando tuviera que viajar, lo que tendría que hacer a menudo a causa de aquel importante proyecto en que andaba metida con sus compañeros su estudio. Y tú, sin dudar un instante, le dijiste que sí, que harías todo eso, que no te importaba. Y eso pasó, tuvo aquel niño, que era yo, y desde el primer momento quien se ocupó de cuidarme fuiste tú.

Eso me contó mamá aquella tarde y de pronto, al levantar los ojos para mirarla, vi que los tenía llenos de lágrimas. Se había hecho tarde y me dijo que tenía que irse. Pidió la cuenta y salimos juntas a la calle. No tenía nada que hacer y decidí acompañarla un rato. Ella había quedado con un compañero de trabajo para ir a ver unas obras. El aire era transparente y las hojas de los árboles temblaban sobre nuestras cabezas. Unos niños estaban echando pan a las palomas, que se posaban a su alrededor como fragmentos de algo más grande e indefinible. Las nubes en el cielo eran islas a la deriva. Un ciego esperaba en la acera y una pareja de jovencitos lo ayudó a cruzar la calle. Se miraban con los ojos encendidos de gozo, como si ayudar a cruzar la calle a aquel pobre hombre fuera una forma de alimentar su amor. Vimos pasar a una mujer joven con el cochecito de un bebé. Luego a otra. Luego a otras dos. Era el día de los cochecitos. Las dos últimas iban juntas y no paraban de hablar entre ellas. Al pasar frente a un gran portal se detuvieron a mirarlo. Incluso dejaron un momento a sus hijos y se asomaron al interior en penumbra. Una de ellas se acercó a la otra y le dijo algo al oído. Luego recuperaron sus cochecitos y continuaron la marcha riéndose. Mamá no se había perdido ni un detalle de la escena. ¿Te has fijado?, me preguntó. Asentí con la cabeza, llena de curiosidad. No sabía por dónde podía salir. Todos piensan que las mujeres son muy felices con sus bebés, ya que por fin han conseguido lo que deseaban. Pero ¿y si no fuera así, y a cada paso que daban tuvieran la tentación de abandonarlos porque aquello que ya tenían estaba lejos de ser lo que habían imaginado? ¿Quién nos dice, continuó, que esas dos mamás que acabamos de ver detenidas frente a aquel portal no sentido la tentación de abandonar en su interior a sus hijos y salir despavoridas antes de que nadie las viera? Me eché a reír. No creo que sea para tanto, le dije, si los han tenido es porque así lo quisieron. Hoy las mujeres no se quedan embarazadas si no lo desean. Ya, me contestó, pero cuántas se sienten luego decepcionadas porque la vida que tendrán que llevar con esos niños no es lo que ellas imaginaron. Hay mujeres que no han nacido para ser madres, a quienes no les gustan los niños, o que no saben qué hacer con ellos cuando los tienen. Si hubiera en la ciudad un mercado

donde pudieran venderlos sin que mediara reproche alguno por parte de los demás, habría colas ante su puerta. El instinto maternal es un mito que se inventan los hombres para hacernos sentir culpables por rechazar a esas cautivadoras criaturas que tanto les gusta hacernos. ¿Hay una escuela donde te enseñan a amar los orangutanes, los terneros, las ovejas y los asnos, esos seres que viven a nuestro lado y que en nada se parecen a nosotros? Porque, esa escuela, ¿dónde está? ¿Hay que pedir perdón por no saber amar a una criatura tan ajena a lo que somos como un recién nacido?

No hace falta, le contesté riéndome. El amor es así en todos los casos, siempre anda pidiendo lo que no le sabemos dar. Ya se estaba yendo, cuando se detuvo un momento y me preguntó qué especialidad iba a elegir. Medicina de familia, le dije. Claro, me contestó, ¿qué otra cosa podías hacer? Seguir el camino de tu padre. ¿Te acuerdas de lo que decías de niña? Que eras su pequeña esposa. Estuve a punto de decirle que sí, pero que era porque ella nunca estaba en casa y era yo quien tenía que ocuparme de ti. Tenía poco más de siete años y ya te planchaba las camisas y los pantalones. Es fácil amar al que lo tiene todo, pero el que seduce en la pobreza es mucho más poderoso.

Nos despedimos con un beso, y seguí caminando un rato. Pensaba en lo doloroso que tenía que ser tener un hijo y descubrir que no te gustaba, no soportar sus lloros ni sus demandas constantes de atención. Pasar por delante de los portales soñando con la posibilidad de abandonarle en uno de ellos y salir corriendo. Pero, de esos niños abandonados, ¿quién se ocupaba? Si no habían pedido venir a este mundo, ¿por qué tendrían que ser culpables del trastorno que causaban a sus padres por ocuparse de ellos? ¿Sabemos lo que siente un niño cuando en la noche nadie atiende sus lloros? ¿Sabemos lo que es para él la oscuridad?

Bueno, se acabaron las confesiones. Mañana me espera un día complicado y tengo que estar bien. La verdad es que estoy un poco asustada ante lo que se me avecina. Tengo miedo de no caer bien al inspector, a los pacientes, a las gentes de aquí. De no saber responder a lo que esperan que haga. ¡Tengo tanto que aprender! Pero me gusta este pueblo. Sus montes de laderas suaves, sus carreteras desnudas, sus planicies inacabables, sus atardeceres llenos de pájaros. Me va a venir muy bien empezar a trabajar, estar ocupada en cosas reales, lejos de esos pensamientos que tanto me hacen sufrir. Han sido dos años muy malos, pensaba que no iba a levantar la cabeza. Pero ahora estoy mejor. No hace falta ser feliz para amar las cosas

de este mundo. Porque está claro que no soy feliz.

24 de febrero. La historia de Cavestany

Ayer no tuve ni un solo momento de sosiego. Vino el inspector y estuve visitando con él los pueblos que tendré a mi cargo. Luego quedamos a comer con los alcaldes en un restaurante que hay en la Santa Espina. Al terminar visitamos el pequeño pantano que recoge las aguas del río Bajoz, que en los años cincuenta se utilizó para regar las tierras de los alrededores a través de un sistema de acequias y pozas que conducían el agua con el propósito de contribuir al desarrollo agrario. La sequía acabó con el proyecto y hoy se ha trasformado en una graciosa laguna, rodeada de endrinos, majuelos y rosas silvestres, donde la gente va a pescar o, en el buen tiempo, de merienda. Me volvieron a contar la historia de Cavestany y de todo lo que hizo por esta zona. El pueblo de la Santa Espina es de hecho uno de los pueblos creados por el Instituto Nacional de Colonización impulsado por él, pero no presté mucha atención. No podía dejar de mirar la laguna, sus aguas que parecían dormidas. Cuando volví en mí, los alcaldes seguían hablando a voces. Habían bebido más de la cuenta, en estos pueblos todos lo hacen, y reían ruidosamente sin dejar de mirarme. Era como una joven leona rodeada de machos viejos. Me acordé de un documental que había visto sobre la vida de esos felinos. Los machos mataban a sus crías para provocar que la hembra volviera a entrar en celo y así poderla montar. Entre los pinos había una moto. Era la moto del chico del arroyo. La que utilizaba para subir al monte de San Lorenzo, donde trabajaba. Pero por más que miré entre los árboles no di con él.

De vuelta a Torrelobatón, el inspector me estuvo diciendo que estuviera tranquila, que en aquellos pueblos no iba a tener ningún problema. Apenas había niños, y la población estaba muy envejecida, pero Valladolid estaba muy cerca y, en caso de urgencia, en pocos minutos tendría una ambulancia a mi disposición. También me dijo que el médico anterior, don Julián, se había ofrecido a pasar consulta conmigo los primeros días para ponerme al corriente de todo. Era un hombre muy afable que me iba a ayudar mucho a aterrizar en aquel lugar.

25 de febrero. La casa donde voy a vivir

La tarde de ayer la dediqué a buscar casa. La del médico lleva mucho tiempo sin ser habitada, por lo que habría que hacer todo tipo de obras en caso de instalarme en ella: pintar, retejar, revisar cañerías y cosas así. Además, está en el centro de pueblo, y yo vengo con sed de campo, de árboles, de arroyos y pájaros. Carmen insistió en que fuera a Torrecilla, para ver la casa de la que me había hablado y que está en el pequeño poblado que hay junto a la iglesia. Los últimos años vivió en ella una maestra, que acababa de jubilarse, y la casa está amueblada, al menos con lo básico. Es asturiana y se ha ido a vivir a Mieres, a uno de esos apartamentos asistidos que están tan de moda, y ha dejado en ella la mayoría de sus muebles y cosas. No se ha llevado ni los libros. No los quiero, le dijo a la dueña de la casa cuando le preguntó qué iba a hacer con ellos. Me he pasado la vida leyendo, y ¿de qué me ha servido? Para vivir la vida de los otros, no la mía. Carmen me dio el teléfono de la dueña, y quedé con ella para ver la casa, que en efecto deseaba alquilar. Regresé a la posada rendida. Me dolía un poco la cabeza, y estaba tan cansada que me bastó con recostarme en la cama para quedarme dormida. Aquella moto, ¿qué hacía junto al pantano?, me pregunté mientras me invadía una dulce somnolencia.

26 de febrero. La visita del Cid

Hoy me levanté temprano. Aurora me estaba esperando en el consultorio y me enseñó el despacho y el material que tenemos para empezar. Se presentó una anciana, que venía a tomarse la tensión. Se la tomé con gusto, era mi primera consulta en el pueblo, y luego la estuve auscultando. Tenía las pulsaciones altas de lo nerviosa que estaba. Le dije que no tenía que preocuparse tanto. Y le cité una frase que había leído no sé dónde. Hoy es solo el mañana por el que te preocupabas ayer. Ya se estaba yendo cuando, dándose súbitamente la vuelta, me dijo desde la puerta: ¿Sabe que en mi casa durmió el señor Charlton Heston? Me quedé de piedra. Vaya, acerté a decirle, eso me lo tiene que contar con todo detalle. Una sonrisa se dibujó en su cara, sus dientes brillaban como si los tuviera cubiertos de leche. Había hecho una nueva amiga. Cuando se fue, Aurora no paraba de reírse. Me dijo que era famosa en el pueblo por esa historia. Los chicos iban a su casa para tirarle de la lengua. Agustina, le decían, ¿es

verdad que El Cid estuvo en tu casa? Y ella asentía complacida con la cabeza. Fue uno de los días en que los del cine estuvieron en Torrelobatón para el rodaje de aquella película. Ella estaba sentada al fresco, cuando Charlton Heston pasó por su calle vestido de caballero medieval y le preguntó si podía prestarle una cama para echarse una siesta. Hacía mucho calor y aquella ropa le estaba torturando. Y ella no solo le metió en su casa y le dejó su propia cama, sino que le ayudó a quitarse la armadura para que pudiera descansar mejor. Durmió tres horas seguidas, y, tras agradecerle lo que había hecho, se fue. Los chicos le preguntaban entonces que cómo había sabido lo que quería si ella no sabía inglés. ¿Conocéis vosotras la lengua de las caballerías?, les contestó. ¿Y eso os impide daros cuenta de cuando os piden que las llevéis al caño a beber? Pues a mí me pasó lo mismo con el señor Charlton Heston. Y nos entendimos perfectamente. El rodaje había durado tres días, revolucionando la vida del pueblo, que era como si hubiera sufrido un hechizo, y en ese tiempo dejaron de hacerse las cosas que se hacían habitualmente, que hasta dejaron de ir al campo a cosechar, a pesar de que estaban en época de recolección.

Aurora es muy graciosa y me hizo reír con la historia. Luego me abrazó y me dio un beso, haciendo que la imagen de seriedad y reserva que me había producido el primer día se borrara de mi pensamiento. No esté nerviosa, me dijo, todo va a ir bien, ya lo verá. La gente de la zona era agradecida y pronto no sabría qué hacer con todos los huevos, las pastas, los embutidos y los pollos vivos que iban a llevarme. Ah, una cosa, me dijo cuando me marchaba. El chico de la Santa Espina ha venido de nuevo. Debe tener infectada la herida, creo que tenía fiebre. Pero no me dejó tocarle. Volverá pasado mañana para verla. Y añadió con sorna: Ya ve, acaba de llegar y ya ha hecho su primera conquista. Lo de la Santa Espina es porque en ese monasterio conservan, eso dicen, una espina que perteneció a la corona de Jesús. Aquella corona, a juzgar por todas las espinas que hay repartidas por el mundo, debió ser tan grande como una plaza de toros.

De vuelta a la posada, hablé por teléfono con Carmen. Continúa en Madrid y hasta la semana que viene no podrá regresar. Tiene alquilada tres habitaciones para el fin de semana, pero no tengo que preocuparme de nada. No soy una huésped más, sino su protegida, y tiene una chica que se encargará de mí. Es muy competente y es capaz hasta de llevarme caviar ruso si se lo pido. Le conté que había quedado con la mujer de Torrecilla

para ver la casa y saber lo que me iba a cobrar si me la quedaba. No tendría ningún problema con ella, me dijo. Estaba deseando alquilarla y en estos pueblos no era fácil encontrar a quien cargarle el muerto. Todo el mundo quería marcharse, no quedarse a vivir allí.

Ya estaba anocheciendo, cuando eché de menos una bolsa con ropa que me había dejado en el coche y salí en su busca. El coche lo había aparcado junto al ayuntamiento. Acababan de encender las luces del pueblo y la plaza estaba muy bonita. Pensé en lo mal que lo había pasado en esos últimos meses. No te lo he dicho, pero tuve que pedir ayuda. No podía dormir, no comía, miraba la ventana y me daban ganas de saltar por ella. Un psiquiatra amigo mío me ingresó en su hospital. Me hicieron algo parecido a una cura de sueño. No sé cuánto tiempo estuve durmiendo, pero recuerdo que cuando abrí los ojos había una niña en la puerta de mi habitación, me decía con gestos que me levantara. Yo no quería hacerlo, pues estaba muy cansada y solo quería que me dejaran dormir, pero cada vez que abría los ojos estaba allí esperando. Era de una blancura sobrenatural, y movía sus manos de una forma tan encantadora que me levanté para seguirla, aunque apenas me respondían las piernas. Cuando salí al pasillo, había desaparecido. Pregunté a una enfermera que pasaba por allí. Le dije cómo era, y que llevaba un de esos camisones blancos que ponen a los enfermos y con los que al menor descuido se te ve el culo, pero no la habían visto. Recorrí otros pasillos, otras salas, hablé con otras enfermeras, pero nadie sabía por quién preguntaba. Aquella niña se había desvanecido en el aire como esas criaturas de los sueños que permanecen en nuestra conciencia hasta que despertamos del todo. Esa tarde lo hablé con mi amigo, el psiquiatra, que se rio de mí. Me dijo que era normal que nadie la hubiera visto, esa niña solo existía en mi fantasía. ¿Has leído a Jung?, me preguntó con una sonrisa encantadora. Él diría que esa niña es tu ánima, ha venido a decirte que tienes que ponerte bien y salir cuando antes de aquí. La perderás si te vuelves loca.

Crucé el arco para ver el castillo, cuya silueta se recortaba contra el azul pastoso del cielo. Durante mucho tiempo lo utilizaron como silo para guardar el grano, lo que hizo que se conservara como si lo acabaran de construir. Me quedé mirando su torre sin ventanas. «Soñaba con una casa sin puertas ni ventanas. Ahí habría acabado contigo». ¿Dónde había leído yo eso? Pensé en Bronwyn, y en que si estaba en este pueblo era por ella. No podía olvidar el momento de la película en que salía del agua y el Señor

de la Guerra la abrazaba contra su pecho sin que opusiera resistencia alguna, como si la vida que andaba buscando solo pudiera recibirla de su boca. Bronwyn, pensé, por qué las mujeres no podemos dejar de soñar en cosas que no nos convienen en absoluto. ¿Será cierto que nuestra verdadera vocación es ser desdichadas?

27 de febrero. Historias de médicos

Llevo diez días aquí. Han pasado tan deprisa que apenas he tenido tiempo de sentarme a escribir en este cuaderno. A ver cómo resumo todo lo que me ha pasado, que no han sido pocas cosas. Vayamos por partes. He estado pasando consulta con don Julián, el médico al que voy a sustituir. Los pacientes que acuden a la consulta son en general buena gente, que con frecuencia solo vienen para que alguien los escuche. Aurora tiene muy buena mano con ellos. Lleva viviendo en el pueblo muchos años y se conoce al dedillo sus vidas. Le encantan los niños y es capaz de ponerse a gatas en la sala de espera para jugar con ellos.

Pero el verdadero descubrimiento ha sido don Julián. Pertenece a esa vieja escuela de los que piensan que la medicina es una profesión que no debería regirse por el interés o el dinero, sino por la generosidad y la entrega. Es muy buen clínico y nunca tiene prisa cuando se trata de explicar a sus pacientes el origen de sus padecimientos. Es como esos maestros a los que no les importa repetir las cosas cuantas veces sea preciso a fin de que sus alumnos las entiendan. Y, en efecto, todos salen de la consulta con la convicción de que sus problemas se van a resolver.

Antes de despedirse me ha regalado un libro de su biblioteca personal. Se titula *Historias de médicos*. Su autor es William Carlos Williams, el gran poeta americano, y en él habla de los pacientes que acudían a su consulta, situada en una de las zonas más necesitadas de Nueva Jersey, durante los años crueles de la Depresión. En sus relatos, estos nunca aparecen tratados como meros casos clínicos, sino como seres humanos únicos, no intercambiables por otros. Don Julián es así. El paciente nunca es para él un caso en un manual de patología, sino alguien que necesita ser atendido, tranquilizado y, sobre todo, escuchado. El protagonista de un relato, que habla a la vez de las zozobras de los cuerpos y el temblor de las almas. En una de las páginas del libro estaba subrayado este párrafo: «Tengo

paciencia y el amor de los hombres, mujeres, niños y árboles, puedo velar algo durante años y cuidarlo hasta el final, pero todavía hay una parte de mí que anhela la perfección desconocida; no una perfección religiosa, divina, sino la verdadera y terrenal, tan frágil y dulce como la vida misma». Esa perfección de la que habla solo la he descubierto en ti, papá. Conozco el amor que me dabas cuando yo era una niña y estabas a mi lado, pero, ahora, ¿dónde estás? ¿Cómo es el amor de los muertos?

Pero estos días he tenido más cosas de las que ocuparme. Por ejemplo, dónde voy a vivir. Don Julián me dijo lo mismo que Carmen, si quería quedarme en la zona en vez de vivir en Valladolid, desde donde podría venir cada día pues apenas hay treinta kilómetros de distancia, lo mejor era buscar un lugar apartado del centro del pueblo, donde no me dieran la lata. Así que llamé a la señora de Torrecilla para ver la casa de la maestra. Me gustó, y llegamos enseguida a un acuerdo. La casa es perfectamente habitable, ya que la maestra no se llevó los muebles y, aunque no son gran cosa, pueden servir de momento. La cisterna y un par de grifos pierden agua, y hay una gotera a la entrada, pero la cocina no está mal. Y los electrodomésticos funcionan. Necesita una mano urgente de pintura, y arreglar la puerta de entrada, que cierra mal, pero podría entrar a vivir en ella mañana mismo. Sobre todo, cuando mande traer las cosas que tengo en Madrid. Lo mejor es el patio. Está en la parte de atrás y se abre directamente al campo. Hay en el centro una hermosa morera, que me ha recordado a cuando tuvimos gusanos de seda e íbamos al río a buscar hojas de esos árboles para alimentarlos. Recuerdo cómo me quedaba mirando los capullos en que se refugiaban, preguntándome por esa vida secreta que llevaban en ellos. La ventana del salón da al poniente y voy a pintar las paredes con ese ocre suave que recuerda el amarillo que tanto usan en la India, y que allí es un color sagrado. Al atardecer, cuando el sol entre a raudales por la ventana, parecerá una casa de oro, como aquellos capullos.

Un capullo de seda, eso quiero para vivir.

Enfrente del pequeño poblado, y cruzando la carretera, hay otras casas. En una de ellas, vive un artista. Carmen le visita a menudo. No es exactamente un pintor, ni un escultor, recoge cosas que encuentra por ahí, como los mendigos, que luego coloca en unas cajitas de madera del tamaño de las cajas de zapatos. Casitas de muñecas para niñas locas, así ha definido Carmen lo que hace. Fue bastante conocido en su tiempo, y aunque vive retirado del mundo, todavía hay gente que viene de los lugares más

remotos, hasta del extranjero, para comprar sus obras, que solo vende a regañadientes. Nació en México, donde sus padres emigraron en busca de trabajo. Luego se trasladaron a Nueva York, donde comenzaría su vida de artista. Un día, siendo ya casi un anciano, se cansó de todo aquello y se vino a vivir a estas tierras, junto a Barruelo del Valle, que es el pueblo de donde proceden sus abuelos.

Carmen me ha contado todo esto mientras le enseñaba la casa de la maestra. Le ha gustado mucho y se le han ocurrido mil ideas para decorarla. No me costará en exceso, ella tiene un almacén lleno de muebles que me puede prestar. Los tengo un tiempo conmigo, y si me gustan me quedo con ellos. Me pondrá un buen precio. Hoy nadie quiere las cosas usadas, todos quieren estrenar. Estrenar ropa, trabajos, novios. Todo tiene que estar como recién sacado de la tienda. Se usa, se tira y se vuelven a comprar cosas nuevas. Ya en la puerta, antes de despedirse, me ha señalado la casa donde vive Frank Vega, que es como se llama el artista mendigo. Cualquier día me llevará a conocerlo. Es una persona muy interesante y te va encantar, me ha dicho. Bueno, tú también le vas a gustar a él. Tiene debilidad por las mujeres bonitas.

Luego, al quedarme sola, me he estado mirando en uno de los espejos de la maestra. ¿Soy yo bonita?, le he preguntado. Nunca lo he creído, y de adolescente sufrí mucho porque solo veía mis defectos. Pero eso no quita para que me guste hablar con los espejos, como nos pasa a todas las mujeres.

1 de marzo, noche. El mensajero de la miel

Ahora te hablaré de Roco, el misterioso chico encapuchado. Lo primero es que no se llama así. Es Carmen quien le ha puesto ese nombre, por lo guapo que es. Y lo segundo, que no es de este pueblo. Es polaco, y apenas lleva dos años viviendo aquí. No en el pueblo, exactamente, sino en la finca de la Santa Espina, que es donde trabaja. Los hermanos de la Salle tienen allí una Escuela de Capacitación Agraria, donde se forman los chicos y chicas que quieren ser agricultores. Es la primera escuela de este tipo que se fundó en España, y fue obra, una vez más, del ínclito Rafael Cavestany, empeñado en transformar estos montes yermos en ejemplos de prosperidad. Fue él quien inició la concentración agraria para acabar con el minifundio, y

quien creó nuevos regadíos para impulsar la producción agrícola y alcanzar el autoabastecimiento que permitiera a Castilla no depender de los productos de otros territorios.

No está claro como Roco, o mejor dicho Ladislao Kowalski, que es como se llama, terminó en la Santa Espina, pero lleva allí un par de años. Según Carmen, mi confidente oficial, entró en España ilegalmente con otros emigrantes del este de Europa, y anduvo perdido un tiempo por el país hasta recalar en estos montes, y ser acogido por los hermanos, que arreglaron sus papeles y le dieron trabajo en la finca. Le animaron a asistir a las clases de la escuela, pero él no se adaptó. Era un chico difícil, que apenas se relacionaba con sus compañeros. El hermano Lesmes lo tomó bajo su protección. El hermano es un gran naturalista que ha ido reuniendo, a lo largo de veinticinco años, una impresionante colección de mariposas que se exhibe en una de las salas del claustro de la hospedería. La colección tiene cerca de diez mil piezas, y Roco le ayuda a conservarlas. También se encarga de las colmenas. Producen tres tipos de miel: de espliego, de tomillo y de encina, y es Roco quien la distribuye con su moto por los pueblos de los alrededores: Castromonte, Barruelo del Valle y Torrelobatón, donde es muy solicitada. Es huidizo como los conejos, y apenas tiene tratos con la gente. Su mayor afición es merodear solo por el monte, como los animales.

Carmen opina que si los hermanos le arreglaron los papeles y le dieron trabajo en la finca fue por lo guapo que es. Con Roco te pasa eso, me dice, que lo ves un momento y ya quieres llevártelo a tu casa. Para qué, es lo de menos. Te basta con levantarte por la mañana y encontrártelo en la cocina o andando por el pasillo, y con saber que es real. Las chicas del pueblo salen a esperarle a la carretera los días de reparto, y sus hermanos y amigos se la tienen jurada. No pueden admitir que un forastero les robe a sus chicas. En estos pueblos los varones se comportan como si las mujeres fueran suyas, como pasa con el ganado.

Carmen lo adora y cuando necesita algo llama a los hermanos para que le digan que vaya a verla. Le pide que se ocupe de las bicicletas, de la leña, de subir al tejado para arreglar un canalón obstruido. Muchos de los productos que utiliza en la cocina proceden de la finca de los hermanos, y es él quien se los lleva en la moto. Sin embargo, y a pesar del tiempo que lleva en España, sigue sin hablar bien nuestro idioma. Entender, lo entiende todo, pero apenas conoce cuatro palabras: alguna fórmula de cortesía, los saludos

y despedidas, los nombres de las cosas más usuales: moto, árbol, leña, agua. Es muy cumplidor y aunque esté diluviando, lo que sucede pocas veces, estas son tierras de secano, de pronto lo tienes a la puerta chorreando agua como una nutria, dispuesto a cumplir con el pedido que le has hecho. Carmen lo llama el ángel de la miel. Es curioso, me dijo el otro día, que nos guste comparar a las personas que nos gustan con seres que no existen, como los ángeles. Y enseguida añadió pensativa: No hay forma de vivir con los ángeles. Ellos no se acuerdan dónde han estado, y nosotros nos olvidamos de lo que nos dicen.

2 de marzo. La mano herida

Dos días después me encontré la moto de Roco aparcada junto a la puerta de la posada. Andaba por el patio, colocando leña bajo el cobertizo, y le reñí por no haberme ido a ver. Había que tener cuidado con las heridas en la mano, se infectaban con facilidad. El sol de la mañana iluminaba sus brazos y hombros, que tenían una tonalidad dorada. Se había cortado el pelo al rape, y la piel de su cabeza era increíblemente blanca, como si llevara puesto uno de esas kipás que usan los judíos en sus ceremonias por respeto al dios en que creen. Era de una belleza casi sobrenatural. Se volvió para mirarme. Era como los niños, nunca sabes lo que ven, no desde luego las mismas cosas que nosotros. Me eché a reír. Vamos, le dije, que te quiero ver esa mano. Carmen tenía un botiquín en su despacho y fuimos a buscarlo. La herida no era profunda pero no tenía buen aspecto, y tras curársela le dije que tenía que tomar antibióticos para atajar la infección. Aurora se los podía dar. Te tomas una pastilla cada ocho horas, y dentro de una semana te quiero ver por el centro de salud. No había soltado su mano, que aún tenía entre las mías, y estaba temblando. No era la mano de un labrador, sino la mano delicada de una muchacha. Una mano como las mías. Hacía tanto tiempo que no me pasaba algo así que casi me había olvidado de que era una mujer. Vaya, le dije sonriendo, ¿no me digas que te has enamorado de tu doctora? Al alma le gusta enredar.

Me lo quedé mirando. Era como si me estuviera mostrando algo que estaba más allá, en otro lado, y quisiera saber qué era.

5 de marzo. La Central Térmica

Después de tu muerte, mi vida se transformó en una prisión. Nada de lo que hacía tenía valor. Me pasaba el día vegetando, sin ver a nadie, sin tener adónde ir. Me había vuelto a matricular en Medicina, pero no iba clase. Antes de tu muerte todo lo hacía por ti. Me levantaba por ti, me vestía por ti, si salía a la calle era por ti. Y ahora que no estabas, qué sentido tenía seguir con la farsa. En ningún sitio hallaba consuelo, y mucho menos en aquel colegio mayor. Huía de los demás para correr a refugiarme en mi cuarto, donde solo encontraba mi propia desesperación y el vacío que me rodeaba.

Una tarde dos compañeras se empeñaron en sacarme de paseo. La ciudad estaba en fiestas y fuimos a los carruseles. Veía a las niñas disputándose entre risas una plaza en los tiovivos, y me preguntaba qué me había pasado para transformarme en una muchacha tan triste. De pronto, allí mismo, un hombre se desmayó. Me di cuenta de que había sufrido un ataque al corazón, y que estaba entrando en coma. Me arrodillé a su lado y me puse a hacer aquellos ejercicios de recuperación que nos habían enseñado en la facultad mientras llegaban los servicios de urgencias. Y tras unos angustiosos minutos el corazón volvió a latir y el hombre respiró de nuevo. Al lado estaba su hija, una niña de unos siete años que me miraba sin pestañear. Me pareció que esa niña era yo, y que si hubiera estado contigo cuando sufriste el infarto te habría podido salvar. Quería salvarte a ti y era a otro hombre al que había salvado. ¿La vida era siempre así, conseguir cosas distintas a las que querías? ¿Equivocarse en todo?

Y entonces regresaste a mí. Lo hacías cuando tiraba el café del desayuno, cuando no sabía dónde había puesto el bolso o no encontraba uno de mis zapatos, que era como si todo eso pasara porque tú habías vuelto para estar conmigo. Vivir con un muerto era como hacerlo con alguien que no sabía lo que hacía. Los objetos cambiaban de lugar, las luces se encendían solas, las llaves desaparecían, y al volver a casa me encontraba abiertos los grifos de la cocina, a pesar de estar segura de haberlos cerrado al salir. Nunca en esa casa se habían roto más copas y platos, nunca se habían perdido más llaves, ni los libros estuvieron más desordenados, que buscabas uno y no había forma de saber dónde estaba. ¿Y te puedes creer que todo aquello me hacía feliz, porque me parecía que eras tú quien estaba detrás de todo?

Eras como aquel jorobadito del que me hablabas cuando era niña y con

el que me protegías de mis torpezas. Porque yo era de esas niñas a las que todo les sale mal, que tropiezan con los bordillos, que no saben dónde dejan los cuadernos, que se les caen las cosas de las manos porque siempre andan perdidas en su mundo de ensueños. Las otras niñas se reían de mí, pero tú me decías que no les hiciera caso, que la culpa era de uno de aquellos duendes de los que nos había hablado Juan, el minero, que siempre andaban por las casas gastando bromas a los que vivían en ellas. De forma que, siempre que rompía algo, me manchaba el vestido que me acababas de poner o tiraba una vez más el vaso de leche en la mesa era porque uno de ellos había venido a visitarme. Eran como los niños pequeños, les gustaba pasárselo bien. ¿Y quién no quiere que en las casas haya niños pequeños? No importa las travesuras que hagan, la vida sería mucho más aburrida si ellos no estuvieran allí.

A Juan, el minero, le habíamos conocido cuando habíamos ido a aquel pueblo de la montaña para que te hicieras cargo del centro de salud. Recuerdo cuando vimos aparecer la Central Térmica desde el coche. Era como un gran trasatlántico varado en el pequeño valle. Un humo denso y blanco salía de la boca de la torre formando una masa algodonosa en el cielo. Estaba atardeciendo y el vapor formaba grandes nubes que se iban volviendo transparentes según ascendían.

El poblado estaba pegado a la falda de la montaña. Lo habían levantado para que vivieran en él los obreros e ingenieros que trabajaban allí. Dos sauces enormes mecían sus ramas sobre la carretera y los pájaros volaban alborotados al sentir la proximidad de la noche. Nos detuvimos ante una de las casas, y tú me dijiste que era allí donde íbamos a vivir. La casa era de ladrillo rojo y estaba junto a otras casas que se le parecían. Estaba oscureciendo y en las ventanas se reflejaban los últimos rayos del sol. Todo el lugar parecía sumergido en lo hondo de un lago. Muy cerca estaban las montañas, que en invierno se llenaban de nieve.

La Central era algo más que una fábrica, todo en los pueblos de los alrededores giraba en torno a ella. Y a los niños nos gustaba jugar en torno a las grandes pilas de hulla y antracita, que eran como misteriosos montes negros en medio de un paisaje de cumbres nevadas. Ascendíamos por ellos para deslizarnos por sus laderas sobre bolsas de plástico, como si fuesen trineos. La hermosa nieve negra. Cuando llovía, el carbón brillaba como el caparazón de algunos insectos y el sol le arrancaba reflejos acharolados. Guardaba la promesa del fuego, de los hornos encendidos, del calor que las

grandes turbinas transformaban en energía eléctrica. Las líneas de alta tensión trasladaban esa energía a los lugares más remotos y, gracias a ella, calles y casas, hospitales, escuelas y talleres se llenaban de luz, como si toda esa vida que florecía en los pueblos de los alrededores, las luces que iluminaban los escaparates de las tiendas, los retablos de las iglesias, la actividad de los teatros y los polideportivos solo pudiera existir porque los obreros de la Central alimentaban sus hornos como la boca de un ogro insaciable.

Trabajaban por turnos, las veinticuatro horas del día. Los hornos no podían apagarse y los obreros debían trasladar el carbón, controlar el funcionamiento de las turbinas, sustituir las piezas que se estropeaban y reparar los desperfectos haciendo posible que la electricidad fluyera por las líneas de alta tensión a las subestaciones cercanas. A veces, las nevadas eran tan copiosas que borraban los caminos y bloqueaban puertas y ventanas. Y ellos tenían que recuperar piezas y herramientas, engrasar y controlar el funcionamiento de los motores y despejar las carreteras para que el carbón siguiera llegando. Su misión era cuidar la Central, obtener la energía que se necesitaba para que las grandes turbinas pudieran cumplir su función. Era como mantener encendido un horno en medio de la tempestad.

Y tú te hiciste amigo de un minero jubilado que se llamaba Juan, y con frecuencia le íbamos a ver. Vivía en lo alto de la montaña, en una casa abandonada, que él mismo había reparado con restos de otras casas. Cuando nevaba, se quedaba aislado y para bajar al pueblo a comprar tenía que hacerlo sobre unas raquetas. Vivía solo, con la única compañía de sus libros, sus cigarrillos y el café que consumía sin descanso. No quería saber nada del mundo y solo era feliz en ese refugio. Y como tú disfrutabas hablando con él, a veces cogíamos el coche y subíamos a verle a la montaña. Nos hablaba del tiempo que estuvo en la mina, de la dureza de aquel trabajo y de la locura que se instalaba en todos los mineros, conscientes de que en apenas unos años sus pulmones estarían destruidos. Cuando salían de la mina no tenían tiempo que perder, y apuraban la vida sin pensar en el mañana. Pero ahora era distinto, había encontrado la paz en aquel refugio y no quería bajar de la montaña. No le gustaba el mundo, lo que veía a su alrededor. Todos estaban obsesionados por el dinero, y se traicionaban unos a otros solo por conseguir lo que querían. Prefería la soledad de la montaña. Observaba a los animales que bajaban hasta su cabaña y espiaba los movimientos de los cazadores furtivos, a los que

odiaba, pues no mataban para alimentar a sus familias sino por dinero. Mataban venados y lobos, cuyos cuerpos abandonaban en el monte, pues solo les interesaban sus cabezas y sus cornamentas, que vendían en la ciudad para disecar y adornar los salones de los ricos. Estábamos hablando de cualquier cosa y de pronto se quedaba callado y, dirigiéndose a mí, me preguntaba: ¿No oyes?, mis perritos quieren comer. Se refería a los lobos, que cuando nevaba mucho bajaban a las cercanías de la cabaña en busca de comida.

Una tarde, Juan me habló del jorobadito. Vivía en los bosques, en grutas que había junto a los arroyos, y no tenía familia ni obligación alguna. A veces, se colaba en una casa y se quedaba allí una temporada. Los hombres no lo sabían, pues sus ojos no lo podían percibir, pero inmediatamente empezaban a suceder en ella cosas raras. Los objetos cambiaban de sitio, desaparecían los dulces o se encendían las luces de las habitaciones en plena noche, pues era muy bromista y le gustaba pasárselo bien. Y mirándome fijamente a los ojos me dijo que había que rezar cada noche para que nunca nos abandonara. Por qué tenemos que rezarle, preguntaba yo, si solo nos hace faenas. Pensamos que todo nos pertenece, me contestó, pero eso no es cierto. El jorobadito vive para recordarnos que no somos dueños de nada. Ni siquiera de nuestro propio corazón.

6 de marzo. El jardín de las rosas

Hizo mucho frío aquel invierno, y nevó como pocas veces se había visto hacerlo en Madrid. Un manto blanco cubría cada amanecer la ciudad, y había que moverse por las calles con cuidado para no resbalar. La facultad estaba en una zona ajardinada llena de árboles, y al caminar por aquellos senderos nevados yo volvía a acordarme del tiempo que habíamos vivido junto a la Central Eléctrica, y de lo mucho que nos gustaba pasear por el monte cuando nevaba. En otoño, me enseñabas a distinguir las plantas medicinales y las setas comestibles, y a reconocer los árboles por el color de sus hojas y la forma de sus copas: el pino silvestre, las encinas y hayas, las sabinas y los abedules de troncos blancos. Urogallos, lobos, venados, águilas reales, buitres leonados y gatos monteses eran visibles a poco que guardaras silencio y estuvieras atento. También había osos. A veces se acercaban al pueblo y lo contemplaban en la distancia, como misteriosos

vagabundos que guardaran los secretos del bosque. Luego, por la noche, me bastaba con cerrar los ojos para estar otra vez contigo ante el pico del Espigüete, de hermosa piedra caliza. Permanecía aislado de los otros picos y parecía una pirámide que emergiera nítida del pantano de Camporredondo. Cuando estaba nevado, su cumbre se recortaba sobre el cielo como un inmenso pecho henchido de leche.

El tiempo se me iba en recordar cosas así. Mientras dejaba de ir a clase y, al terminar el curso, apenas había aprobado un par de asignaturas. No me atreví a decírtelo por temor a disgustarte. Incluso te oculté mi decisión de dejar la carrera. No sabía que en apenas tres meses ibas a morir. ¿Cómo iba yo a saber eso? Nadie puede conocer el día de la muerte de los que ama. Es mejor así, pues de otra forma, ¿cómo podríamos soportarlo? Pero tú, siempre tan perspicaz, debiste darte cuenta de que me pasaba algo, y un día me anunciaste que venías a Madrid. Me ibas a invitar a comer a aquel restaurante alemán que estaba cerca del Congreso de los Diputados y que tanto te gustaba. Se llamaba Edelweiss, como la delicada flor que crece en las praderas alpinas. Pero dos días antes de nuestra cita me llamaron para anunciarme tu muerte. Un infarto te sorprendió sentado en el sillón. Ni siquiera te dio tiempo a llamar a nadie. El libro que estabas leyendo aún estaba abierto en tus manos cuando te encontraron. Era *Cuatro Cuartetos*, de Eliot. El libro que habla del jardín de las rosas.

Y entonces todo cambió. Regresé a Burgos para tu entierro, y ante la tumba, te prometí que acabaría la carrera, como si hacerme médico fuera una forma de seguir a tu lado en ese jardín. Volví a la facultad y me puse a estudiar sin descanso, casi podría decir con furia. No faltaba a una sola de las clases, y hasta empezaron a gustarme aquellas asignaturas que tanto odiaba: Anatomía Humana, Biología Molecular, Bioquímica. Incluso disfrutaba en la sala de disección, al contrario que la mayoría de las chicas. Me gustaba estar entre aquellos frascos llenos de fetos y de vísceras humanas. Eran como esas criaturas deformes que aparecen en el mundo de los cuentos, y de las que todos se apartan. Muchachas que viven en la suciedad, corderos de ojos rojos, gansos sin cabeza, sirenas que han perdido la voz, príncipes que tienen un ala de cisne. Me recordaban a mi propio corazón, lleno de deseos incumplidos, de pensamientos que no sabía cómo llevar al mundo.

Aquel lugar era como nuestra casa cuando la abuela enfermó y nos trasladamos a Burgos, la ciudad en que habías nacido, para poder atenderla.

Una caída la impidió volver a andar, lo que acabó con ella, pues no soportaba la inmovilidad ni depender de nosotros hasta para hacer sus necesidades. Nos insultaba, decía que la teníamos secuestrada y que iba a llamar a la policía para denunciarnos. Pero al momento se quedaba mirándonos y nos sonreía con una dulzura que no he vuelto a ver en ningún otro rostro, como si estuviera preguntándose dónde se encontraba, y por qué aquel lugar en el que estábamos era tan hermoso. Nos preguntaba que cuándo la íbamos a llevar a su casa, porque su casa no era esa, sino otra que no sabía dónde estaba. Una casa tan pequeña que el problema era cómo nos las íbamos a arreglar para entrar los tres. Otras veces se quedaba mirando las cosas como si tuviera miedo a no estar despierta y a que ni nosotros ni nada de lo que había a su alrededor existiera de verdad. O la noche, cuando ya estaba moribunda, en que abrió inesperadamente los ojos y, con una voz excepcionalmente clara, nos preguntó: ¿Me tengo que ir ya?

Pero por mucho que quisiera a la abuela, quien me preocupaba de verdad eras tú. Las noches que te pasabas en vela junto a su cama, porque tenía fiebre y se negaba a comer y beber, o cuando tenías que cambiarle los pañales llenos de suciedad, algo que hacías con extrema delicadeza para que no sintiera vergüenza, o tu angustia cuando le dabas sus pastillas que ella se negaba a tomar por pensar que la estabas envenenando. En ese tiempo, empezaste a beber más de la cuenta, y con frecuencia tenía que ayudarte a acostarte. No me importaba hacerlo porque tú eras de esas personas a los que el alcohol vuelve más encantadores, como pasa con esos niños que se mueren de sueño y que no hay forma de llevar a la cama. ¿Por qué me amas?, me preguntaste una de esas veces al terminar de acostarte. Porque eres viejo, porque pareces un vagabundo, te dije, porque me ocultas cosas y quiero conocer tus secretos. Porque soy una chica perdida y sé que no me abandonarás. Pero esto último no llegaste a oírlo porque ya estabas profundamente dormido.

De forma que cuando me encontraba en la sala de disección no podía evitar acordarme de todo esto. Me conmovía ver aquellos cuerpos deshechos a los que nadie prestaba atención. ¿Dónde estaban los que los habían amado? ¿Dónde estaban sus almas? Porque todos habían sido felices y desgraciados, habían conocido el amor y la tristeza, habían sido niños y habían tenido un nombre y una casa donde vivir. Aunque de eso nadie se acordara ahora y solo fueran un trozo de carne macilenta sobre las mesas heladas ante las que nos deteníamos a estudiarlos. Y me daba por imaginar

que el día de la resurrección, si es que de verdad ese día fuera a existir alguna vez, todos ellos vendrían a darme las gracias por haberles hecho un poco de caso.

Uno de los profesores me sorprendió una mañana merodeando por aquella sala. ¿Qué haces?, me preguntó. Nada, le dije sonriendo, me gusta estar con los muertos. No se lo tomó a mal, y hasta estuvimos hablando de aquel lugar y de cómo los vivos se apartaban de los muertos porque no querían admitir que antes o después también ellos podían terminar en una sala como aquella. Eran un misterio, los muertos. No sabían nada, no tenían pensamientos ni deseos, podías inventarles la vida que quisieras. Porque esa otra vida, la suya, la vida tal como había sido vivida por ellos, ¿podía conocerla alguien?

Estaba loca, ¿no lo entiendes? Por eso pensaba cosas así. Loca porque te habías muerto, y me daba por pensar que, de haber entregado tu cuerpo a la facultad, como hicieron los familiares de aquellos muertos, ahora estarías en la misma sala que ellos. Me habías dado la vida, pero no me habías dicho qué debía hacer con ella. Era como si me hubieras regalado un pájaro hermosísimo, un pájaro que a menudo se revolvía contra mí y me picaba y arañaba las manos con sus patas y no supiera si debía soltarlo o no. Porque si lo hacía, ¿querría regresar conmigo?

9 de marzo. La mudanza

Ya estoy instalada donde la maestra. Nunca había tenido una casa que fuera para mí sola. Carmen me ha ayudado a decorarla, tiene un gusto increíble y encuentra soluciones para todo. Por ejemplo, puede fabricar una lámpara hasta con el palo de una escoba. Hemos hecho dos con unas garrafas que había en el patio y unas pantallas que no sé de dónde ha sacado. Han quedado dignas del escaparate de la tienda más chic. Con los libros de la maestra he tenido que hacer una buena selección, pues había muchos, relacionados con sus actividades docentes, que no me interesaban. Libros de cálculo, cuadernos de escritura, láminas escolares de biología, geografía e historia, textos de didáctica sobre cómo educar a los niños y cosas así. Los de literatura los he conservado casi todos. Abundan las novelas policiacas, a las que mi predecesora era una verdadera adicta. Libros de Agatha Christie, de Georges Simenon o de Mary Higgins Clark,

la trilogía de *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina*, y hasta algunas novelas de Patricia Highsmith y de John le Carré. Sin duda tenía buen gusto.

Siempre me ha llamado la atención que señoras de su edad, que nunca han matado una mosca, se sientan atraídas por ese mundo oscuro del crimen y de las perversiones. Descubrir que todas andan buscando sin decírselo una cerilla y un bidón de gasolina para incendiar el mundo entero. No hay forma de saber lo que hay en el corazón de los demás. Hasta la viejecita aparentemente más complaciente puede ocultar una peligrosa criminal. No resulta muy tranquilizador pensarlo, especialmente cuando te cruzas con tus vecinos en las escaleras, porque es en el interior de las casas donde pasan las cosas más atroces.

Somos raras, muy raras las personas. Uno no sabe muy bien si sentir pena por lo tristes que son nuestras vidas, o desear que una catástrofe nos lleve de una vez por delante y que el mundo vuelva a ser como era antes de que apareciéramos en él con nuestra avidez, nuestro egoísmo, nuestros coches y nuestra basura. No creo que mi predecesora fuera una excepción, y no lo digo solo por su afición a los crímenes, que eso puede ser hasta saludable, sino por el extraño desapego que ha mostrado al irse por tantas cosas que han formado parte de su vida. Pienso sobre todo en las fotografías que había enmarcado y que estaban por todos los rincones de la casa. Fotografías de ella misma cuando era joven, de sus padres y otros parientes, o de sus compañeras y de los niños a los que había dado clase, como una pastorcita con su pequeño rebaño. Se ha ido como diciendo: todo esto se acabó para mí. Me ha hecho pensar en esos jubilados norteamericanos que lo venden todo, casa, ropa, objetos y otras posesiones, se compran una *roulotte* y se van por las carreteras como los antiguos pioneros lo hacían en sus carretas, convencidos de que pueden empezar a vivir otra vez sin el fardo de su pasado. Pero ¿eso es posible? Aún más, ¿ese pasado fue tan atroz como para querer abandonarlo sin remordimientos? Tiene que ser terrible llegar a ciertas edades y descubrir que nada de lo que has vivido mereció la pena. Si eso es lo que nos espera a todos, más vale que nos peguemos un tiro antes de que ese momento llegue.

Estas son las cosas que la maestra no se ha querido llevar: dos paraguas, un joyero con bisutería, parte de su ropa, sus discos, un álbum con sellos del todo el mundo y su colección de figuritas de porcelana. Había decenas de ellas, distribuidas por toda la casa, iluminando con sus brillos y sus figuras

coquetas todos los rincones. Me acordé de *El zoo de cristal*, esa obra de Tennessee Williams en que una joven cuya leve cojera la ha transformado en un ser patológicamente inseguro, vive volcada en el cuidado de sus figurillas de cristal, en las que proyecta su anhelo de una transfiguración. Siempre me han gustado esas mujeres un poco lunáticas de las obras de Tennessee Williams. Son como animalillos asustados que se permiten soñar un momento en la noche para terminar sucumbiendo a la oscuridad. Carmen no soporta esas figuritas y quería tirarlas todas, pero yo me he quedado con dos, un payaso y una bailarina. Serán mi pequeño zoo de cristal, me ayudarán a salvar el abismo entre el mundo real y el de mis fantasías. Es raro pensar que, en el mito de la caverna de Platón, lo que nosotros llamamos *realidad* solo son las sombras de un mundo que no conocemos.

Luego, unos hombres trajeron la cama. Es la misma en que pasé las primeras noches en la posada, y que Carmen se ha empeñado en regalarme. He querido pagársela, pero no ha habido forma de que aceptara el dinero. Espero que la sepas utilizar, me ha dicho, es solo para los cuerpos. Para las almas están la iglesia y las bibliotecas municipales. Tiene razón, es increíble la rapidez con que pueden llegar a acoplarse los cuerpos bajo las sábanas como si no hubiera un después. Y lo bien que se lo pasan repitiendo una y otra vez esa cosa tan parecida a jugar con una tarta de crema.

Cuando se ha ido, me he quedado mirando la casa. Ha quedado bastante bien. Solo falta pintar la salita y la cocina, y arrancar el horrible papel del cuarto del fondo, donde hemos puesto la cama. Ese cuarto será mi torre. Claro que me falta el Señor de la Guerra, y con él esa vida de los cuerpos que nada tiene que ver con la de nuestras creencias. ¿He tenido yo una vida así? No lo sé, tal vez cuando estuve con Luis. Pero no siempre, solo en raros momentos. Era demasiado educado, te pedía permiso hasta para besarte. Y a mí no me gustaba eso. Te vas a reír cuando te cuente esto. A veces le pedía que me dijera cochinadas, mientras me acariciaba, pero el pobre lo hacía tan mal que enseguida tenía que pedirle que lo dejara. Después siempre me sentía triste. Era como si me llevara a lugares donde no había árboles, ni pájaros, ningún refugio dónde quedarse a dormir.

Ya me estaba yendo, cuando me encontré con Frank, el artista que vive al otro lado de la carretera. Estaba en la puerta de su casa y se acercó a saludarme. Me dijo que le alegraba que fuéramos a ser vecinos. Vimos pasar la cigüeña que vive en la torre de la iglesia. Llevaba varios palos en el pico para reforzar su nido. Las cigüeñas se emparejan para siempre, y

regresan cada año al mismo nido, que no cansan de construir y reforzar, pueden llegar a pesar hasta una tonelada. Sin embargo, ellas que según los cuentos eran las encargadas de llevar a los recién nacidos a las madres humanas, no tenían problema en arrojar del nido al polluelo más débil para que los otros pudieran sobrevivir. Eran como los artistas, lo subordinaban todo a su obra. ¿Usted también es así?, le pregunté para provocarle. Me temo que sí, me contestó. ¿Sabes lo que dijo Picasso? Para dibujar una paloma, primero hay que retorcerle el pescuezo. Lo dijo sonriendo, como si estuviera jugando a escandalizarme. A todos los hombres les gusta confundir a las mujeres, sobre todo si son jóvenes y atractivas. Les gusta hacerles creer que ellos tienen algo feroz y eterno, algo secreto que no les pueden revelar para darse importancia. Pero ¿lo tienen de verdad?

Venga a verme cuando quiera, me ha dicho, tras despedirse de mí.

10 de marzo. Una chica sin alma

Esta noche he pensado en la historia de las cigüeñas, y en que si Luis, el único novio que he tenido, hubiera sido uno de los polluelos seguro que yo misma lo habría tirado del nido. La verdad es que me porté fatal con él. Le conocí después de las vacaciones de Navidad. Estudiaba en la Facultad de Ciencias, y estuvimos juntos varios meses. Me sentía sola y perdida, y él me ayudó a sobrevivir en esa larga noche triste que fue el primer año de mi estancia en Madrid. Es difícil vagar por una ciudad que no es la tuya, una ciudad que te da la espalda, ser una chica de ninguna parte y tener que encontrar un lugar en un mundo que no es el tuyo, y comprender que no hay en él nada de lo que esperabas encontrar. Me sentía una intrusa, alguien que se había colado por error en la casa del vecino, y andaba escondiéndome por las habitaciones ante el temor a ser descubierta. Era mi complejo de Cenicienta, como decía una de mis amigas. Momento en que se empeñaba en llevarme de compras, convencida de que ese complejo solo lo resuelven los vestidos bonitos.

Empecé a salir con Luis. Estaba muy enamorado de mí y hacía todo lo que le pedía. A veces, aquella entrega me abrumaba y le trataba con crueldad. Me molestaba que siempre me diera la razón, que me quisiera de aquella forma tan exagerada; hacía que me sintiera culpable de no poder corresponderle de la misma manera. Una tarde se puso a acariciarme en una

cafetería. Quería besarme, pero yo le dije que no me apetecía en ese momento. Venga, por qué no, me repetía hasta agotar mi paciencia. Está bien, le dije, consciente de estar traspasando esa línea tortuosa que hay entre el amor y el desdén, pero a cambio tienes que hacer lo que te pida. Acabábamos de estar en una librería y yo había visto un libro que deseaba tener, pero que no tenía dinero para comprar. Y le pedí que fuera a robarlo. Solo le estaba desafiando, pues dada su timidez enfermiza le creía incapaz de semejante atrevimiento. Pero el pobre se levantó, cruzó la calle sin dejar de mirarme y entró en la librería. El corazón empezó a latirme con fuerza. Tardaba en salir, y la sola idea de que pudieran sorprenderle robando, hacía que me sintiera la más perversa de las mujeres. Pero no tardó en aparecer y en correr a mi encuentro. Debajo de la camiseta traía el libro que le había pedido y que me entregó con una sonrisa muy dulce, como si no fuera consciente de mi perfidia y pensara que si le pedía esas cosas era porque le amaba. Me conmovió tanto su inocencia que los besos de esa tarde fueron los más bonitos que nos dimos nunca.

Fue la primera vez que nos acostamos. Luis estaba en un colegio mayor más liberal que el nuestro, los colegios de los chicos siempre lo eran, y esa noche nos colamos a escondidas en su cuarto. Apenas cabíamos en aquella cama tan pequeña. Y aquellos besos se prolongaron toda la noche. Parábamos un momento, pero enseguida volvía a mí su imagen saliendo con el libro bajo la chaqueta y de su sonrisa mientras se acercaba a mí para dármelo, y los besos volvían a empezar. Y debo reconocer que lo hacía muy bien, y que tenía ese don, el de besar, un don, por cierto, que no todos los chicos reciben. Nosotras, lo recibimos todas. Pero esa noche me vino la regla, y al despertar le había puesto perdida la cama. Y cuando lo vi, sin saber por qué, en vez de sentir vergüenza, que es lo que suele pasarnos las chicas en ese momento, me dio por reír. Él se puso nerviosísimo porque la sangre no solo había manchado las sábanas sino también el colchón, y no sabía qué hacer. Aquello me sacó de mis casillas, porque era como si yo fuera la única culpable. A las mujeres nos pasan estas cosas, le dije visiblemente molesta. ¿Acaso no lo sabías? Es a lo que te arriesgas si te acuestas con ellas. Aunque en realidad lo que había querido decirle es que esa sangre era de los dos, que tenía que ver con las cosas que habíamos estado haciendo. Y me fui dejándole que se las arreglara solo con todo aquello. Me llamó al día siguiente para disculparse, y volvimos a salir juntos, pero ya nada fue igual. No podía perdonarle la forma en que había

reaccionado al contemplar aquella sangre, que hubiera pensado que era solo mía, no de los dos.

15 de marzo. La novia de Charlton Heston

Esta mañana he visto a Roco de nuevo. Fue a primera hora, en la carretera que lleva al pueblo. Le he comprado a Carmen una bicicleta de segunda mano, y aprovecho para hacer algo de ejercicio. Roco me adelantó con su moto sin ni siquiera volver la cabeza. Es probable que se dirigiera a la casa rural, pues llevaba un cesto repleto de hortalizas. Pasó tan deprisa que solo pude verle un momento la cara, tan blanca. Según parece tiene un problema de alergia al sol que le genera irritación, rojez, picor y áreas escamosas, por lo que debe llevar ropas amplias que le cubran. Tal es la razón de su sempiterna capucha.

Lo entiendo, pero al menos podía haber vuelto un poco la cara para que se la pudiera ver. Cuando se es tan guapo, tienes que ser amable con los demás. ¡La belleza para el pueblo! El otro día le comenté a Carmen lo raro que era conmigo, y me salió con una de sus ironías adolescentes. Será que le gustas, me contestó. Hay mujeres que nunca terminan de crecer. Carmen es una de ellas. Me recuerda a esas chicas que animan a sus hermanas pequeñas a vivir aventuras que ellas no se atreven a vivir. ¿Gustarle yo? ¿Por qué le iba a gustar? No tenemos nada en común, y casi podría ser su madre. Como dicen aquí, sería como mezclar churras con merinas.

Estuve en la consulta toda la mañana, y a mediodía fui a la posada a tomar el vermut. Carmen y yo hemos cogido esa costumbre, y cuando está en el pueblo siempre que podemos nos reunimos a la hora del aperitivo. Lo tomamos en el patio, aprovechando este sol tan rico de las mañanas de invierno que termina. Y sí, yo tenía razón, y las hortalizas que Roco llevaba en su moto eran para ella. Estaban en la mesa de la cocina, como uno de esos bodegones que tanto les gustan a los pintores flamencos. Había puerros, espinacas, zanahorias y las primeras alcachofas del invierno, corazones protegidos frente las acechanzas del amor. También había huevos y dos tarros de miel. Y estuvimos hablando de Roco, de su llegada al pueblo, y de cómo enseguida se ganó la confianza de los hermanos, a pesar de lo raro que es.

¿Sabes lo que pienso?, me dijo. Que en el mundo hay cosas que se

pueden tener y otras que no. Roco pertenece las segundas. Es como los lirios del campo, solo están ahí para alegrarnos los ojos. Le contesté que bien podían cogerse unos cuantos y tenerlos en un florero. Ya, pero no lucen igual. Y además enseguida se mueren. Le pregunté si podía pedir a Roco que me pintara la salita que da al patio. Estaba hecha un desastre y no sabía a quién recurrir. Me contestó que lo haría con gusto, era muy mañoso y a ella le había hecho multitud de cosas. Además, dijo con una sonrisa pícara, así lo tendrás enterito para ti sola, como María al ángel de la anunciación. Se quedó pensativa un momento y continuó: Tuvo que ser triste para María que aquellas visitas terminaran. Era solo una niña, y a los niños les gusta transgredir los límites de la realidad, como pasa cuando nos enamoramos. Y las dos nos echamos a reír.

Me dirigía a la consulta para recoger algo que había olvidado cuando pasé junto a la casa de Agustina. Estaba sentada junto a la puerta, dispuesta a pegar la hebra con los que pasaban. Venga, venga doctora, me dijo levantándose rauda de la silla, que le voy enseñar la cama. Se refería, claro, a la cama donde había dormido la siesta Charlton Heston. No pude negarme y me arrastró literalmente al interior de la casa. Era una casa modesta, sin apenas luz. Las puertas eran tan bajas que de ser cierto lo que contaba, seguro que Charlton Heston tuvo que ir agachándose todo el rato para pasar de unos cuartos a otros. La cama no era mucho mayor. No había forma de imaginarse allí tumbado al colosal actor, sin que le asomaran parte de las piernas. Siéntese, siéntese, me dijo Agustina señalándome la cama. Verá que bien se está. Era la misma cama donde había dormido aquel hombre grande y hermoso, ¿cómo no iba a desear probarla yo también? Pensé en el deseo, y en su poder para transformar la realidad en una fábula. Espere, me dijo, le voy a enseñar una cosa. Y salió de la habitación dejándome sola. Me acordé de Bronwyn, y en cómo el Señor de la Guerra tras pasar la noche con ella ya no quiere devolvérsela a su joven esposo, lo que hace que todos en el pueblo se vuelvan contra él. Pero tampoco ella se quiere marchar, pues lo que ha vivido esa noche es algo tan extraordinario que solo vive para repetirlo. No se mete un lobo en una torre y se espera que no pase nada. Y Bronwyn, como todas las jóvenes, pertenecía al mundo de los lobos.

Agustina no tardó en regresar. Traía un álbum con recortes de periódicos sobre el rodaje mítico de *El Cid* en el pueblo. Aquello había pasado hacía decenas de años, y sin embargo ella lo mostraba como si hubiera sucedido apenas unos días atrás. Me contó que por hacer de extras

pagaban a las gentes de allí mucho más de lo que ganaban de jornal en el campo, y como no querían que aquello terminara, hacían mal lo que les decían para que tuvieran que repetirse las tomas. Y Agustina me habló de la vergüenza que había pasado al ver el comportamiento de sus vecinos, la gente del cine seguro que pensaban que eran unos muertos de hambre. Pasé lentamente las páginas de aquel álbum gastado, deteniéndome ante cada una de las fotografías y recortes que había ido pegando en sus páginas con la aplicación con que los niños cumplen con las tareas que les encomiendan sus maestros. Y, tras prometerle que cuando fuera a Madrid le conseguiría alguna foto más de las películas en las que Charlton Heston había intervenido como actor, me despedí de ella. Me acompañó a la puerta, donde nos despedimos. Tenía la mirada perdida de quien no encuentra donde posar los ojos. El deseo era como el caballo de Atila, arrasaba la realidad, donde pisaba no volvía a crecer la hierba. Volví la cabeza, al alejarme, y la vi sentada en la silla como si jamás fuera a levantarse de allí.

Regresé a casa silbando. Siempre me ha gustado silbar. ¿Recuerdas que fuiste tú quien me enseñó? En el colegio causaba la admiración de los chicos. A esa edad no me sentía distinta a ellos. No tenía motivos, ya que les daba mil vueltas en la mayoría de las asignaturas, y en los debates que se organizaban en clase era yo quien llevaba las argumentaciones más lejos. Tampoco en esa época me atraían físicamente, y hasta me ofendía que mis compañeras solo parecieran vivir para provocarles y coquetear con ellos. Una de las chicas se echó de novio a un compañero de clase y andaban todo el día amartelados por los rincones. Todas sus conversaciones giraban sobre lo que iban a hacer cuando terminaran sus estudios y pudieran vivir juntos para siempre. Y yo no lo entendía. Tenían catorce años, ¿cómo podían pensar que permanecerían unidos hasta el final de sus días? ¿Ya habían vivido todo lo que podían desear? ¿No había otros amores, viajes a lugares donde no sabías qué te esperaba, encuentros que nadie podía prever? ¿Solo podíamos tener una vida? Y es verdad que aquel chico la adoraba, y siempre la estaba cubriendo de atenciones. Pero ¿bastaba con sentirse amada? ¿Quién hablaba de lo que sentías tú? Las mujeres eran corresponsables de la dominación de los varones, porque seguían esperando que ellos llevaran la iniciativa y las protegieran. Y yo no quería que nadie me protegiera ni decidiera por mí.

Fue entonces cuando vi aquella película contigo. Recuerdo que salí del cine en estado de *shock* y que estuvimos paseando un buen rato hasta

terminar sentados en el banco de un parque. Yo no sabía qué pensar de lo que había visto, porque me parecía estar una vez más ante la eterna escena del poder que los hombres ejercían sobre nosotras. Pero ¿por qué me había perturbado de aquella forma? No podía olvidar la escena de la laguna, cuando el Señor de la Guerra se queda mirando a Bronwyn desde la orilla, ni las escenas en que pide que la conduzcan a la torre para acostarse con ella, ya que como señor de aquellas tierras le asistía el derecho a disfrutar de las esposas de sus siervos en la noche de sus bodas. Era la historia de una violación, pero ¿por qué tras pasar juntos la noche se habían negado a separarse como si hubieran descubierto que más allá de la eterna lucha entre los sexos, y en la que siempre eran las mujeres las que llevaban la peor parte, había una vida que ninguno de los dos sabía que existía, y que a partir de ese instante era la única que deseaban conocer?

15 de marzo, noche. Los lirios del campo

Mientras la película estuvo en cartel, fui a verla prácticamente todos los días. Incluso me escapaba del colegio para hacerlo. Me cautivaban las escenas de la laguna, cuando el Señor de la Guerra defiende a Bronwyn de sus soldados, que tratan de violarla, y ella se refugia en el agua para escapar. Y recuerdo que hasta empecé a ver con otros ojos la obsesión de mis compañeras por arreglarse para gustar a los chicos, que era como si todas quisieran estar con Bronwyn en la laguna con su guirnalda de flores ofreciendo el secreto de su desnudez. Porque no era verdad que fueran los hombres quienes obligaran a las mujeres a coquetear y a ponerse guapas para complacerse a sí mismos. Eran ellas las que querían estarlo, para atraerlos, y conseguir a su lado algo que no sabían explicar. Puede que tener hijos con ellos, porque al fin y al cabo la mayoría de las mujeres deseaban tener hijos cuando se enamoraban y el sexo existía para hacerlo posible. O puede que porque esperaban descubrir a su lado una vida distinta a aquella que tenían. La razón negaba la diferencia entre los sexos, pero el deseo la exacerbaba con alegre despreocupación e inventaba lagunas y torres donde pasaban cosas de las que una vez conocidas ya no se podía prescindir, que era lo que les había pasado a Brown y al Señor de la Guerra la noche que pasaron juntos en la torre. No queríamos escuchar las historias secretas del mundo, pero eran las únicas que contaban de verdad quienes éramos.

Mientras pensaba en todo esto caminaba por la carreta de vuelta a casa. En las piedras que surgían de las aguas del río Hornija se posaban pájaros que no había visto en el pueblo. Los árboles de sus orillas eran altos y rectos como pilares y sus copas empezaban a verdear. La luz que se filtraba entre las ramas tenía los colores del arcoíris. Más allá, unos campesinos arrancaban hierbas. Me detuve ante la ermita y la pequeña casa de la ermitaña, abandonada en esos últimos años. Qué sería vivir allí, rodeada de tumbas, me pregunté. El aire tenía ya las fragancias tempranas de la primavera y los campos transmitían armonía y paz. Cada tallo, cada brizna de hierba, cada planta, parecían haber sido colocados allí por la mano invisible de una deidad desconocida.

Oí el ruido de un motor. Era Roco, que venía en la moto a llevar los encargos al pueblo. Me detuve con la vaga esperanza de que al verme también él lo hiciera, y aprovechar para preguntarle si podía pasarse por casa para pintar la salita. Pero pasó de largo haciendo apenas un gesto de saludo con la mano. Esta vez llevaba la capucha de la sudadera bajada, y pude ver su cabeza y su rostro, que parecía flotar sobre sus hombros, como robado a otro cuerpo. Cuando quise darme cuenta, estaba caminado campo a través. No había sido consciente de haber abandonado la carretera, por lo que había recorrido aquellos veinte metros como un pollo sin cabeza.

Ya en casa, me acordé de lo que había dicho Carmen de los lirios del campo, y me dio por buscar en la biblia de la maestra el pasaje en que se habla de ellos. No me costó encontrarlo. «Mirad los lirios del campo, cómo crecen, no se fatigan, ni hilan. Yo os aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos.»

Ya lo sabes, Roco, le dije divertida con los ojos fijos en la carretera como esperando verle aparecer de nuevo. Eres como los lirios del campo. Dios te ha creado para que las pobres mujeres podamos verte pasar cada día por delante de nuestra casa. Tu sudadera es más hermosa que las vestiduras del rey Salomón.

Deseábamos dominar la vida de principio a fin, pero no era posible porque ese absurdo empeño de que hombres y mujeres fueran pura conciencia racional nada decía de esa otra vida que tenían cuando se enamoraban. Su vida entre los lirios del campo.

Se oía el canto lejano de los pájaros llamándose unos a otros.

17 de marzo. Frank, el pintor

Por fin he conocido al pintor. Vi la moto de Roco aparcada junto a su casa y decidí ir a preguntarle si quería pintarme la sala. La puerta estaba abierta y, tras llamar sin éxito varias veces, me decidí a entrar. El zaguán era muy oscuro y terminaba en unas escaleras que daban al piso superior. Un pasillo lateral me condujo a una nave de grandes dimensiones. Parecía el lugar donde el pintor hacía la vida. Las paredes estaban cubiertas de cuadros que escalaban hasta el mismo techo y había libros por los sitios más inimaginables, no solo en las numerosas estanterías, sino en montones que crecían sobre las mesas, y hasta en el mismo suelo. Al fondo había una chimenea con un sofá y uno de esos sillones reclinables que utilizan las personas mayores. Unos grandes ventanales daban a un patio empedrado, bordeado de grandes maceteros con plantas. En un cobertizo, vi a Roco y al pintor. ¡Frank, soy María, su vecina!, grité. Roco llevaba una camiseta tan ceñida a su cuerpo que se fundía con su misma piel. Era hermoso y distante como un animal y, mientras trabajaba, Frank no le quitaba ojo. Parecían un caballo y el anciano que lo cuidaba. Frank llevaba puesto un mandil y unos guantes que se quitó al momento para darme la mano, que ya no me soltó. Me llevó de vuelta al salón. Pase, pase, me dijo. Le ruego que perdone el desorden. Son los restos de los sucesivos naufragios de mi vida. Seguía sin soltarme la mano, y enseguida me di cuenta que era de ese tipo de hombres, no importa la edad que tengan, que pierden la cabeza por las mujeres y que son capaces hasta de colarse sin avisar en la cama donde duermen con el marido. Son los incansables sátiros del amor, aunque basta con decirles que tengan las manos quietas para que te dejen en paz. Los peligrosos son los que ocultan sus deseos.

Regresamos a la nave donde se empeñó en ofrecerme un vermut. No es un vermut cualquiera, me dijo, está elaborado con albariño vivificado sobre las lías del vino. No sabía lo que eran las lías, pero me callé por temor a parecer una ignorante. El vermut dejaba en la boca un regusto a golosina ácida y amarga. Me lo bebí casi de un trago, pero cuando se dispuso a llenarme de nuevo la copa le dije que no quería más. En unos minutos tenía cita con un paciente y tenía que estar en condiciones de atenderlo. Me hizo prometerle que volvería otro día. Invitaríamos a Carmen, y cenaríamos pichones estofados. Toda la comarca era tierra de palomares, y no había en el mundo un plato más exquisito que aquel. Le dije que quería hablar con Roco. Una de las habitaciones de casa estaba hecha un desastre y Carmen

me había dicho que me la podía pintar él. Frank fue en su busca y no tardaron en aparecer los dos. Roco había estado lijando y tenía cabeza y hombros cubiertos del polvo dorado de la madera. Era como las abejas cuando, tras libar, se llevan en las alas el polen de los estambres. Fue Frank el que se adelantó para hablar por mí. La doctora quiere que te pases por su casa para pintarle una habitación. ¿Este sábado te parece bien? Roco asintió con la cabeza. Todo arreglado, dijo Frank empujándome hacia el salón para quedarse a solas conmigo. Pero algo me hizo volverme hacia Roco. Era como cuando ves un caballo en el campo y es tan hermoso que necesitas acercarte para acariciarle la frente y el cuello, antes de despedirte de él. Aún tenía la mano vendada y le pedí que me la enseñara. Veamos cómo está esa mano, le dije. Me pregunto en qué momento abandonamos el personaje ficticio para encarnar el verdadero, si es que existe uno así.

Roco me tendió la mano y se la estuve mirando. Ya estaba casi bien. Mientras le preguntaba si se había tomado el antibiótico, retenía su mano en la mía. Era extraño lo bien que se llevaban entre ellas, como si tuvieran una vida de la que nosotros, sus dueños, apenas sabíamos nada. Roco me miraba con una fijeza que no había visto nunca. Sí, era como si me hubiera acercado a acariciar a un caballo y este hubiera alzado la cabeza para mirarme. Pero ¿sabía lo que significaba esa mirada? No, no lo sabía, ni los animales ni los niños, y no sabía en qué categoría estaba él, ven lo mismo que nosotros. ¿No dices nada?, le pregunté. ¿Te ha comido la lengua el gato? Fue la primera vez que le vi sonreír. Entonces te espero este sábado. No hace falta que lleves brochas ni pintura. Me encargo yo de todo. He elegido un color que te va a gustar. Roco regresó al cobertizo, y fui al encuentro de Frank para despedirme. Estaba tan sofocada que casi no podía respirar. Creo que se me ha subido el vermut a la cabeza, le dije para disculparme. No se preocupe, me contestó sonriendo. Son las dos orillas, siempre es así. ¿Cómo?, le pregunté. Me estaba hablando de Roco, pero no entendí lo que me quería decir.

Al llegar a casa estaba temblando. Era la segunda vez que me pasaba por culpa de aquel chico. Es un niño, por dios, solo es un niño, me dije. ¿Qué vas a hacer con él?, ¿llevarle de la mano a la escuela? Me estuve mirando en el espejo de la maestra. Tenía la cara ardiendo. Era a Bronwyn a quien veía en el espejo. ¿A que quieres volver a verle?, le dije. Me gustaba Bronwyn. Tenía un pelo lleno de rizos que le caían como una lluvia de anillos sobre los hombros. Tenemos que tener cuidado con nuestros sueños,

le dije. De algunos nunca se despierta. Fíjate lo que te ha pasado a ti.

21 de marzo. Una visita a Madrid

He pasado el fin de semana en Madrid. Me llamó la dueña del piso anterior para firmar la cancelación del contrato y estuve resolviendo asuntos que llevaba arrastrando desde mi marcha: transferir mi cuenta a un banco más cercano a mi residencia actual, darme de baja en el padrón municipal, anular las tarjetas que ya no voy a utilizar. Me pasé por la facultad para ver a mi profesor de Anatomía. Le había anunciado que iba a ir a verle y me estaba esperando en la sala de disección. Estuvimos paseando entre los frascos repletos de fetos y vísceras y los frigoríficos donde se conservan los cuerpos. Me dijo que se jubilaba y que iba a echar de menos la facultad. Le gustaba aquella asignatura, enseñar a los futuros médicos cómo era nuestro cuerpo, y cómo el mínimo accidente podía hacer que la vida volara de él como lo hacía el humo de los guisos. ¿Recuerdas cómo me llamabais?, me preguntó. Del alma nada sé, le dije. Sí, sí, me contestó divertido, ese era mi mote. Me preguntabais por el alma, y siempre contestaba lo mismo: Yo del alma nada sé.

Una vez, siendo él un estudiante, llevaron el cadáver de una mujer joven. No tenía documentación ni nadie la reclamó, por lo que terminó en la morgue. Era de una belleza sobrenatural, y misteriosamente apenas tenía signos de muerte, solo parecía dormida. Tenía la cabeza rapada, como si alguien hubiera aprovechado su muerte para llevarse su hermosa melena. La voz de que en la morgue había un cadáver así se corrió por la facultad y estudiantes y profesores la iban a ver. La noticia se extendió como la pólvora y el director de la escuela, que no quería escándalos, mandó enterrar el cuerpo de la mujer. Pero entonces empezaron a decir que volvía por las noches para recuperar su melena. Y hubo estudiantes, especialmente las chicas, que no querían bajar a la sala ni locas. A una de ellas se le enredó el pelo en una puerta y convencida de que había sido la muerta se puso a gritar y le dio un ataque de pánico.

Me había hecho amiga de este profesor y le ayudaba en la sala de disección. Ya te he dicho que estaba muy mal en esa época y me daba por pasarme las horas muertas allí encerrada. Él me decía que me fuera, que aquel no era un lugar para una chica joven. Debía salir con mis amigas, ir al

parque, a bailar. A mi edad era lo que había que hacer. Sabe usted lo que es buscar algo y no encontrarlo nunca, nunca, le dije yo una tarde. Pues es lo que me pasa a mí. Tengo que ver más con los muertos que con los vivos. No digas eso, me contestó. Puede que estés herida, pero estar muerta es muy distinto. «Los muertos no saben nada», se dice en el *Eclesiastés*.

Aproveché el viaje para ver a mi amiga Juana. Hizo la especialidad de Cardiología y trabaja en un hospital de Madrid. No entiende como me he ido a vivir a un pueblo. El campo ya no existe, me dice, es lo más parecido a una feria de muestras donde los campesinos jóvenes acuden a lucirse con sus tractores, que valen auténticas fortunas. Sus cabinas parecen apartamentos de lujo: tienen aire acondicionado, música, conexión a internet. Desde esas alturas, la tierra ni la miran. Ya no hay almendros, ni acequias, ni charcas donde cantan las ranas. Han convertido el mundo en un gran supermercado. Luego votan a la extrema derecha, porque no quieren oír hablar de los emigrantes y tratan a sus mujeres peor que al ganado. Se han convertido en propietarios, y tienen la obsesión de que les queremos quitar lo que tienen. Ya ves, ¿qué haríamos nosotras con un tractor? Hazme caso, lo mejor que puedes hacer es marcharte de allí cuanto antes. Sé de lo que hablo, pues mi familia procede de un pueblo. Te harán la vida imposible. No les gustan los forasteros. Y mucho menos si es una mujer. La aceptan si es guapa, pero solo para follársela.

Había quedado con mamá, y fuimos a comer a un restaurante indio. Me hizo gracia ver que el amarillo que había elegido para pintar la salita estaba allí por todos los lados: en las caléndulas que adornaban las mesas, en los saris que vestían las camareras, en la cúrcuma y el azafrán que especiaban los platos. Mamá había estado en la India no hacía mucho, y ese color era omnipresente en fiestas y ceremonias, simbolizaba la santidad del matrimonio, la esperanza de la fecundidad y la bendición futura. Me imaginé a Roco en Torrecilla pintando las paredes de la salita con ese color. Le había dejado las llaves detrás de una de las macetas de la ventana, para que hiciera el trabajo durante mi ausencia. Era Carmen quien me lo había dicho, Roco era de toda confianza. Es como los gatos, están a tu lado, pero no se no se interesan por las cosas de este mundo. Entonces ¿por qué me había mirado así? ¿Por qué, en la casa de Frank, al ir a despedirme de él se había quedado inmóvil mirándome, tiritando como si fuese invierno? ¿No era esa la forma en que se miraba a los seres que amabas? Pero no, Roco no me amaba; como tampoco yo le amaba a él, por muy guapo que me

pareciera. Roco no necesitaba una amante, sino una madre de acogida. Y me imaginé sentada a su lado en la cocina, enseñándole a leer y a hacer cuentas como hacen las madres con sus hijos pequeños.

En qué piensas, me preguntó mamá. En un chico que he conocido en la consulta, le dije. Se había herido en la mano y me preguntaba si estaría bien. La herida no tenía buen aspecto. ¿Me tembló la voz al decir esto? No lo sé, pero algo debió notar mamá, porque enseguida volvió a la carga. Ten cuidado con los seres heridos. Te llevan a lugares que luego no puedes abandonar. ¡Mamá, solo es un crío!, protesté. Ni siquiera conoce bien nuestro idioma. Me acordé de la primera vez que lo había visto en el río con sus cabras. Las aplacaba acariciándolas el pescuezo, dándoles golpecitos en el lomo y ofreciéndoles algún bocado de hierba que cogía con sus propias manos, como si les estuviera pidiendo disculpas por ser él un hombre y ellas solo unas pobres cabras destinadas al sacrificio. Las sombras de las hojas se proyectaban en su cara, remedando la vida silenciosa de sus pensamientos. Nunca había visto una criatura tan bella.

Desperté de mi arrobo al sentir acercarse a la camarera con nuestra comida. Llevaba puesto un sari color azafrán, y sus ojos maquillados cuidadosamente parecían bañados en luz. Me recordó a una de esas aves que en las leyendas hablan con los seres humanos. Se fue tan silenciosamente como vino, y mamá y yo retomamos nuestra conversación. ¿Sabes cómo le llama mi amiga Carmen? Roco, por la película de Visconti. ¿Te acuerdas? Sí, *Rocco y sus hermanos*. Trabajaba en ella un jovencísimo Alain Delon. Es tan guapo como él, le dije. Las chicas del pueblo se lo comen con los ojos. ¿Te puedes creer que no les hace ni caso? Mamá se echó a reír. Se la veía muy feliz y como la última vez que nos vimos, no paró de hablar. De su trabajo en el estudio y de lo bien que se llevaba con sus compañeros. Acababan de ganar un proyecto muy importante sobre arquitectura sostenible y se puso a hablarme de él. Hay que devolver las casas a las copas de los árboles, de donde nunca debieron bajar, me dijo golpeando la mesa con la palma de la mano. ¿Como la cabaña de Tarzán y Jane?, le pregunté yo. Sí, me contestó con una sonrisa encantadora. Como la cabaña de Tarzán y Jane.

Me acordaba de esa cabaña y del entusiasmo con que siendo niña veía aquellas películas. Amaba la agilidad de Tarzán, sus saltos entre las copas de los árboles, sirviéndose de largas lianas, la facilidad con que se desenvolvía en los ríos, no importa que estuvieran llenos de cocodrilos, y el

que llegara a entenderse con los elefantes y con los otros animales de la selva. Y, sobre todo, que tuviera a su lado a Jane. Que el más valeroso de los hombres, capaz de enfrentarse sin palidecer a serpientes pitones y leones hambrientos, temblara al estar al lado de aquella chica preciosa a la que se quedaba mirando como si no terminara de entender de dónde podía haber salido. ¿Te acuerdas la escena en que Tarzán se hirió en la cabeza, le dije llena de entusiasmo, y ella se la vendaba con jirones que arrancaba de su propio vestido? Era eso lo que pasaba. Tarzán no paraba quieto y como perdía a cada momento las vendas ella tenía que recurrir de nuevo a la tela de su vestido para volver a curarle, hasta terminar prácticamente desnuda. Lo que, a juzgar por la forma en que se exhibía ante él, no parecía avergonzarle demasiado.

Mama se echó a reír. ¿Sabes cuál es la maldición de las chicas? Su complejo de enfermeras. Para una mujer joven no hay nada más irresistible que un muchacho hermoso con el torso vendado. Piensan que mientras le cambian de venda podrán apropiarse de su corazón. Siguió hablando de la filosofía del proyecto en el que trabajaban. Construir casas que no separan a sus moradores del mundo, sino que los instalan más profundamente en él, hechas no solo para dar cabida a nuestra vida real sino también a nuestras ilusiones.

No sé si los arquitectos piensan en estas cosas cuando construyen sus casas, continuó, pero deberían hacerlo. Deberían pensar que alguien va a vivir en ellas, alguien que no se va encerrar tras sus paredes sólo para guarecerse del frío o de las inclemencias del tiempo, sino para proteger algo y desmentir a la muerte. Los egipcios pensaban que las almas de las personas abandonaban sus cuerpos al morir pero que seguían necesitándolos de algún modo. Por eso embalsamaban los cadáveres y los enterraban con todo primor en recintos escondidos, acompañados de todas las cosas que los iban a acompañar durante la eternidad. El arquitecto debería ser como ellos y hacer de sus casas un lugar de esperanza y comunicación a medio camino entre el cielo y la tierra.

Mientras hablaba no podía dejar de admirarla. Estaba radiante, y me conmovía el entusiasmo con que hablaba de su trabajo. En el restaurante no había nadie, solo nosotras. La silenciosa camarera se acercó a servirnos y al irse las llamas de las velas que había en la mesa temblaron con sus movimientos, como si ella fuera la sombra en que deseaban estar. A mamá se le había deslizado el pañuelo de la cabeza y su cabello, corto como el de

un muchacho, tenía el color dorado de las espigas. No la recordaba tan rubia, la hacía parecer más joven. Le había sentado bien abandonarnos a papá y a mí. Abandonar aquel mundo oscuro en que vivíamos como dos niños asustados que andan perdidos en el bosque. Amaba su profesión y se había preparado para ejercerla, ¿qué sentido tenía ponerla en peligro por cuidar a una niña que como yo siempre estaba enferma y que no hacía más que llorar?

Se quedó un rato pensativa y luego deslizó su mano por el mantel hasta tomar la mía. Lo siento, me dijo. No debí abandonaros, lo siento de verdad. Aunque creo que si volviera a encontrarme en una situación así volvería a hacer lo mismo. Hiciste bien, mamá, le contesté. No te lo reproches. Era tu vocación lo que estaba en juego. No quería que se sintiera culpable por mi causa. Las mujeres tenían derecho a elegir la vida que deseaban tener, como hacían los hombres. No estaban obligadas a ser madres. Pero los niños seguían naciendo, ese era el problema. Y nadie les preguntaba si querían venir o no al mundo. Sin embargo, las parejas se empeñaban en meterlos en sus casas como a esas mascotas que compran en las tiendas como si fueran un juguete más. Se pasaba bien los primeros días, pero enseguida descubrían que aquello no era tan fácil como habían imaginado. Se parecía a coger un monito, y esperar a que se quedara sentado en la mesa cuando le llevabas el desayuno. Nada más absurdo, porque su mundo no es como el nuestro y al menor descuido terminan colgados de la lámpara o encima del armario. Pero son tan hermosos cuando están allí arriba que no te queda otra solución que amarlos. Leí que los judíos piensan que el mal, el vacío absoluto, solo existe porque Dios se ha retirado del mundo y nos ha dejado solos. Son los niños los que hacen aparecer el rostro escondido de Dios.

Si lo piensas, continuó, el pacto que entonces hicimos no era algo tan disparatado. Son las madres quienes hacen el esfuerzo mayor para traer niños al mundo, y no es un sinsentido esperar que sean los hombres quienes se ocupen de cuidarlos. Eso no funcionó y terminamos separándonos. Aunque de eso no seamos culpables ni tu padre ni yo. Al fin y al cabo, los matrimonios no se hacen en el cielo, como suele decirse, sino en lugares tan dudosos como los portales o los bancos más sombríos de los jardines, donde es el demonio quien susurra al oído obscenidades a las parejas.

Empezó a sonar su móvil. Lo siento, tengo que contestar, me dijo levantándose de la mesa. Me quedé sola un momento. El restaurante tenía unas amplias cristaleras por las que se veía pasar a la gente. Una anciana

abandonó la acera y se puso a cruzar la calle con determinación suicida por el primer sitio que se le ocurrió, sin reparar en el abundante tráfico. Cerré los ojos aterrada, pensando en un atropello inminente; pero enseguida se alejaba tan campante por la otra acera, muda e inconsciente como un animal.

Mamá no tardó en regresar. Antes de sentarse, me dio un beso en los labios. Olía a esa colonia de flores que tanto le gustaba. Estás muy guapa, me dijo. Te pareces a tu padre. ¿Te he dicho que cuando íbamos por la calle las mujeres volvían la cabeza para mirarlo? No sé por qué decía eso. ¿Para complacerme? No vino a tu entierro. Cuando la llamé para anunciarle tu muerte estaba en Japón, con otros arquitectos, y de vuelta en España, tardó al menos otro par de semanas en dar señales de vida. Me citó junto al templo egipcio de Debod, en el paseo de Rosales. Estaba atardeciendo y aquellas majestuosas estancias se reflejaban en la pequeña laguna como puertas que llevaban a otro mundo. Me contó que el templo había sido un regalo de Egipto a nuestro país por contribuir a la salvación de otros templos que la construcción de la presa de Asuán amenazaba con destruir. Procedía de Nubia, el país del oro. Luego me preguntó cómo habías muerto, y le dije que te encontraron sentado en el sillón donde estabas leyendo. Apenas te dio tiempo a darte cuenta, pues aún tenías el libro en las manos. Mejor así, dijo mamá, lo peor es el dolor, no la muerte. Estuvimos paseado. Las ramas de los cerezos estaban llenas de flores, que parecían suspendidas en el aire como ingrávidos copos. Me habló del Japón, donde esas flores se asocian al carácter pasajero de la belleza y la vida. Para los japoneses todo estaba vivo, los árboles, la arena, las fuentes. El mayor enigma no es la muerte, sino el sufrimiento.

Se quedó callada un momento. Te voy a contar una cosa que me pasó con tu padre y contigo, cuando aún eras muy pequeña. Mi parto fue un lunes o un martes, y al lunes siguiente ya estaba trabajando en el estudio. Recuerdo que al principio me sacaba la leche en el despacho, que le enviaba a tu padre con un chico que teníamos en el estudio para hacer los recados. Era tu padre quien se ocupaba de cambiarte, de darte de comer, de levantarse por las noches cuando llorabas. Esas eran las condiciones del pacto que habíamos hecho. Incluso le hice firmar, medio en broma, un papel en que se especificaba todo eso para que no pudiera echarse atrás. Eras una niña buena, no dabas demasiado la lata, y los primeros meses dormías casi todo el día. Pero si había que levantarse por la noche, o estabas enferma y

había que darte un jarabe o ponerte el termómetro era él quien lo hacía. Fue una época de mucho trabajo en el estudio, y lo normal es que no regresara a casa hasta entrada la noche, por no hablar de cuando teníamos que viajar a causa de las obras, y pasaba días enteros fuera. Al regresar, si aún estabas despierta, tu padre te ponía en mis brazos. Te quería y me gustaba mirarte, pues eras muy lista y cada día que pasaba aprendías algo nuevo. Pero enseguida le pedía a tu padre que te volviera a coger.

Algunas madres no aman a sus hijos. Los rechazan porque tienen miedo a no saber darles lo que les piden o porque para cuidarles tendrán que renunciar, al menos por un tiempo, a sus propias vidas. Yo era de esas madres. No soportaba verte llorar, me parecía que la culpa de tu desgracia la tenía yo. Sentía vergüenza de no saber amarte, de no pensar más en ti, porque me bastaba con salir de casa para que desaparecieras de mis pensamientos. A veces dudaba si te había tenido en mi vientre, si eras real o no. Está con su padre, me limitaba a contestar cuando me preguntaban por ti. En ese tiempo un político salió por televisión. Se había publicado un informe demoledor sobre la pobreza infantil en su ciudad, y cuando los periodistas le preguntaron qué pensaba de ese informe, él se puso a bromear y a decirles que dónde estaban esos niños hambrientos, que no los veía por ningún lado. Y a tal punto llegó su desvergüenza que fingió ponerse a buscarlos por el suelo como si fueran ratas que salieran de las cloacas. Los niños no hacían manifestaciones, no tenían representantes, no salían a la calle a protestar, la mayor parte del tiempo permanecían recluidos en sus casas donde nadie los veía. Los adultos estaban demasiado ocupados para prestarles atención. No querían saber si pasaban hambre, si tenían ropa suficiente, si hacía frío en sus casas, si recibían en la escuela la ayuda que necesitaban para aprender. En el mejor de los casos, se limitaban a soportarlos a su lado como si fueran una de esas plagas bíblicas que martirizaron a los egipcios antes de conceder al pueblo judío su libertad: la invasión de las langostas o de las ranas, la lluvia de granizo y fuego, la llegada de la oscuridad, las aguas transformadas en sangre. La plaga de los recién nacidos.

En esa época nos invitaron a participar en un encuentro en el Museo del Prado sobre arquitectura y pintura, y recuerdo que para preparar mi ponencia visité con frecuencia el museo para ver los cuadros. Siempre terminaba delante de la *Anunciación* de Fra Angelico. Me conmovía que el ángel no pareciera menos turbado que María por lo que pasaba. Por eso se

inclinaba ante ella, por eso cruzaba sus manos e imitaba cada uno de sus gestos, como si sólo aspirara a ser su reflejo. Claro que podía pensarse que si se comportaba así era por saberla la predilecta de Dios, pero, en ese caso, ¿por qué la miraba de esa forma? Más atento a su rostro y a su turbación humana que a la presencia del rayo divino que atravesaba la escena. No había nada extraño en aquel ángel dulce y tembloroso. Salvo por sus vestiduras y sus alas, su rostro y su actitud eran las de cualquier muchacho. Es cierto que desprendía luz, pero ¿no pasaba eso mismo con los otros elementos del cuadro? Esa luz estaba en cada cosa, como si fuera la cualidad más íntima de cuanto existía. Bastaba con mirar a María. Su cuerpo, su cabello y sus manos resplandecían. Por eso el ángel la miraba en silencio, como si el verdadero misterio no estuviera en ese rayo de oro que viniendo del cielo cruzaba la estancia, sino en el corazón de la muchacha que lo recibía. Enséñale al ángel lo sencillo, dice Rilke en uno de sus poemas. «Dile las cosas. Quieto estará, con estupor, como tú estabas / viendo al cordelero en Roma, o al alfarero en el Nilo». En ese tiempo, mientras redactaba mi ponencia, leí a Rilke y a otros poetas.

Una de esas tardes, después de mi visita al museo, fui a veros a tu padre y a ti. Tu padre te estaba cambiando, y yo le pedí con gestos que siguiera haciéndolo y no se molestara por mí. Asistí en silencio a aquella humilde ceremonia. Al cambio de pañales, a la forma en que tu padre te limpiaba sin dejarte de hablar, a la forma en que te hacía reír o a cómo te llevabas ansiosamente el biberón a la boca para quedarte dormida al momento, como esos borrachines que se quedan aletargados en las mesas de las tabernas. Entonces pensé en el ángel de aquel cuadro, y que de bajar al mundo le llevaría a ver la escena que estaba viendo yo, pues en ningún otro sitio de la tierra o el cielo podría ver algo tan hermoso. Me pareció una de esas ceremonias donde se oficia un misterio que no hace falta entender. Algo parecido a una eucaristía donde un dios desconocido hacía su morada en el cuerpo frágil de un niño.

Y entendí por qué esa escena volvía literalmente locos a los hombres enamorados, y por qué cuando sus esposas tenían que cambiar o dar de comer a sus hijos enseguida corrían a su lado para verlas. No era porque ellos no lo supieran hacer, que no había en eso ninguna complicación, sino porque les gustaba ver la forma en que ellas lo hacían, y que en nada se parecía a la suya. Ver cómo brillaban sus rostros cuando jugaban con sus pequeños, oír las cosas que les contaban y que a ellos les daba vergüenza

decir. Porque entonces los hombres eran como el ángel del cuadro y lo que veían era al ser que amaban dando cobijo a una criatura. Lo que les obligaba a preguntarse por la vida que ese capullo que habían formado guardaba en su interior, y si ellos, tan torpes en esos tratos con lo pequeño, también podrían formar parte de ella. ¿No buscan eso todos los amantes? ¿Recogerse, transformarse en un capullo en las manos del otro? Un capullo de seda.

Te preguntarás, continuó diciéndome mamá, por qué si pensaba todo esto os abandoné. No lo sé, supongo que necesitaba sentirme libre, que nadie decidiera por mí, ser dueña de mi vida. Aun así, en esos primeros meses, os iba a ver siempre que podía, aunque fuera solo para miraros. Pasó el tiempo y una tarde, tendrías unos tres años, te llevé al parque de paseo e inesperadamente te pusiste a llorar. Echabas de menos a tu padre y no hubo forma de consolarte. Tuve que regresar a casa contigo, donde te refugiaste al momento en sus brazos. No me conocías, era una completa extraña para ti, era lógico que actuaras como lo habías hecho. Pero aquello tuvo un efecto devastador sobre mí, porque me di cuenta de que era demasiado tarde y ya no tenía derecho a pedirte que me amaras. Se había cerrado para mí el acceso a ese capullo misterioso donde tu padre y tú estabais juntos.

Recuerdo que unos días después hablé de ese lugar en un congreso de arquitectos en Madrid. Cité el cuento de *La bella durmiente* y cómo en él se nos cuenta que, tras el beso, el príncipe y la bella dormida bajaron a reunirse con los otros habitantes del reino, que despertaron al sentirles llegar. La estancia encantada era un espacio de ensimismamiento, de enajenación y extravío, pero también el espacio donde se recuperaba la razón, que era lo común, lo que se compartía con los demás. La arquitectura, como arte de lo real, empezaba con el regreso al mundo de la pareja, pero no debía renunciar a la memoria de ese reino secreto donde se besaron por primera vez.

La ponencia recibió muchos aplausos que hicieron que me olvidara de mis penas. Y poco a poco empecé a tener dos almas, el alma que quería regresar con vosotros y el alma que se quería marchar. Y fue esta la que prevaleció. No me lo reproches. Me gustaba tener éxito, mi trabajo, los hombres guapos, viajar, las aventuras de un fin de semana, tener tiempo y dinero para ir al *ballet* o a la ópera cuando me viniera en gana. Esas cosas que a las mujeres se nos han prohibido a lo largo del tiempo, y que ahora teníamos la ocasión de disfrutar sin tener que dar explicaciones a nadie.

Aun así, seguía pensando en vosotros, en vuestro jardín imperfecto, y a menudo me preguntaba si había hecho bien al abandonaros. Pero los remordimientos me duraban poco y podía pasarme meses enteros sin veros. Fue cuando tu padre dejó su puesto en el hospital para irse de médico a un pueblo de Castilla, que era lo que siempre había soñado hacer. Y te llevó con él. Una vez allí, me escribió para decirme que te fuera a ver. Los niños necesitan una madre, me decía. Pero no lo hice. Al principio te felicitaba por tu cumpleaños y te mandaba algún regalo, pero también eso lo dejé de hacer. No podía soportar la idea de volver a verte, que me preguntaras por qué me había ido. Los niños no entienden las razones de los adultos, ellos solo saben de amor, y eso era algo que nunca te había sabido dar. ¿Qué te podía decir? ¿Que había conseguido un trabajo en un importante estudio de arquitectos y que ahora vivía en Madrid? Que me había comprado un piso precioso con lo que ganaba, y que me sentía feliz porque tenía un despacho para mí sola y porque mis compañeros me respetaban. Dejé de escribir, de mandarte regalos, nunca fui a veros al pueblo. Ahí terminó nuestra historia. En el mundo hay muchas historias así. Los adultos evitan hablar de ellas porque les gusta vivir con la idea de su inocencia, es decir, sin culpa. Pero un mundo sin culpa es un mundo donde el otro no existe, pues la culpa es la guardiana del amor.

Pasaron los años, y un buen día me llamaste. Habías venido a estudiar Medicina a Madrid, y querías que nos viéramos. Quedamos en una de esas cafeterías que hay en el centro de la ciudad, junto a la Puerta del Sol. No te puedes imaginar lo feliz que me hizo verte. Te habías transformado en una mujer inteligente y guapa y no parabas de hablar. Yo pedí un trozo de bizcocho, y tú una de esas tortitas de caramelo rebosantes de nata, ¿te acuerdas? Y yo al verte sentí pena de esa niña que habías sido, y que no había llegado a conocer. Y mientras me hablabas de tu nueva vida me acordé de esas madres que llevan a sus niñas al parque, que les compran vestidos para que estén guapas, y se acuestan a su lado por las noches para contarles cuentos. ¡Pasan tantas cosas antes de que los niños crezcan! ¡Todas nos las habíamos perdido! Y pensé en ese ángel que miraba a María, y en cuánto me hubiera gustado ser como él para recuperarlas. Un ángel es quedarse atrás, no estar nunca con lo que es válido en cada momento. El tiempo no existe para él.

Mamá se quedó callada un momento. Había un espejo en la pared. Ella estaba de espaldas, y yo de frente. Me bastaba desplazar un poco la vista

para verme reflejada en él. ¿Puede alguien mirarse en un espejo y ver a alguien distinto?, pensé. ¿Puede uno atravesar un espejo y ser otra persona? Me fijé en su plato, había dejado un trozo de bizcocho y deseé comérmelo, por ella. Como si fuera ella.

Me gustaría ser ese ángel, continuó, para poder seguirte a ese pueblo y ver todo lo que haces. Cuando te levantas, cuando te lavas el pelo y te arreglas, cuando desayunas en esa habitación que acabas de pintar. Poder seguirte a la consulta, y estar a tu lado cuando recibes a tus pacientes y escuchar las cosas que les dices. Seguro que están encantados contigo. O cuando tomas el vermut con tu amiga de la agencia de azafatas. ¡Hay que ver las cosas que se tienen que hacer para salir adelante en este mundo! Poder ver todo eso sin molestarte, sin que te des cuenta. Como si esa nueva naturaleza me otorgara no solo el don de la invisibilidad, sino que me eximiera de juzgar lo que veo. Como si mi ser fuera solo mirarte a ti. Me gustaría ver sobre todo cuando corres a la puerta, porque has oído el sonido de una moto y esperas ver a ese chico al que curas la mano. Mamá, exageras, le contesté riéndome, estoy un poco loca, pero aún he llegado a eso. No, no exagero, continuó. Me gustaría veros en aquella laguna. ¿Cómo me dijiste que se llamaba? El pantano de la Santa Espina, le dije. Sí, en ese pantano. Veros a los dos desnudos en el agua. Mamá, es un crío, le contesté riéndome. Es muy joven para saber lo triste que puede ser el amor. No tiene por qué saberlo, ni permitas que lo descubra por ti, me contestó. Piensa que es uno de esos conejos de ojos rojos que las niñas llevan a la cama para acariciarlos. Si los ángeles descienden a este mundo es porque quieren ver cosas así.

25 de marzo, sábado. De vuelta al pantano

Llevo una semana sin ver a Roco. No baja por el pueblo ni oigo su moto por la carretera. No sé dónde se ha podido meter. El otro día me faltó poco para preguntárselo a Carmen, pero me callé en el último momento, como si lo que me pasa con él no se pudiera explicar. Me sucede esto desde que estuve con mamá. Es un misterio por qué la conversación que tuve con ella me perturbó como lo hizo. Todas las madres son brujas, les basta con mirar a sus hijas para conocer sus pensamientos. Pero ¿cuáles son los míos? No se trata, obviamente, de que me haya enamorado de Roco. Es un crío, su

mundo y el mío son tan diferentes como si uno viviera en la tierra y otro en el agua. Pero, entonces, ¿por qué no hago más que asomarme a la ventana y me quedo mirando la carretera?

Por la tarde subí en coche al pantano, para ver si se le había ocurrido volver, pero no lo había hecho. Me entretuve paseando por sus orillas. Ya se nota la inminencia de la primavera y empiezan a verse las primeras flores. Carmen me ha dicho que en apenas un mes el pantano se pone precioso y al llegar el buen tiempo es usual ver bajo los pinos a excursionistas que acuden a merendar en sus orillas. Junto al acueducto de piedra hay un cartel explicativo de la variada fauna y la flora del lugar. Se pueden encontrar especies como la garza real, el aguilucho lagunero o el martín pescador. Bajan a beber en sus aguas mamíferos como el gato montés, el jabalí, el lobo y el zorro. Hay también un anfibio de una especie muy rara, el gallipato, que vive escondido durante el día y que solo por las noches sale de su guarida. Es un ser huidizo, apenas se deja ver. Es como Roco, aunque solo se parecen en eso, porque el gallipato tiene un aspecto bastante asqueroso.

A mi regreso pasé por la consulta para recoger unos prospectos que me había olvidado. Aurora estaba allí y le pregunté si había visto al chico de la Santa Espina. La verdad es que no sé qué hacía a esas horas en el consultorio, con la bata blanca. No, no lo he visto, me contestó sin mostrar interés. Aurora no se parece a la gente de aquí. Es como esas solteronas de las novelas policiacas que, aunque parecen vivir al margen de los demás, lo saben todo de cuanto pasa en sus pueblos. El sol se estaba poniendo y la luz había adquirido una tonalidad anaranjada. La tarde llegaba a su fin. Estábamos a finales de marzo y empezaba a refrescar. Pensé que cuando llegara a casa tendría que encender la chimenea. Me despedí de Aurora y, ya en la calle, como si me viera obligada a excusarme por mi interés, me volví y le dije que si veía a aquel chico le dijera que se pasara por casa. Me había pintado una habitación y tenía que pagarle lo que le debía. La luz tenía un tono albaricoque, y un verde vaporoso, increíblemente bello, cubría el campo.

Domingo, por la noche. Los ojos cerrados

Ayer me pasé todo el día en casa. Estaba agotada. La semana ha sido

muy dura a causa de una pequeña epidemia de gripe, tuve que visitar varias casas para ver a los enfermos, casi todos ancianos. Se han ido recuperando sin grandes contratiempos, gracias a Dios. Estos ancianos son tan resistentes como las carrascas, que es como llaman aquí las encinas. Antiguamente sus ramas se utilizaban para fabricar carbón vegetal, que se obtiene de la combustión incompleta de la madera. Ya nadie trabaja en eso, y ahora el monte ha pasado a ser lugar de pastoreo y presenta un aspecto que recuerda al de las dehesas extremeñas.

Carmen me llamó por la noche para decirme que llegaba al pueblo el sábado por la tarde. Los señoritos del monte de San Lorenzo la han invitado a una fiesta, y me preguntó si quería ir con ella. Habría tiro de pichón. Le dije que no, que no me gustan los señoritos, y mucho menos si se han enriquecido con maniobras dudosas en la concesión de los terrenos donde poner los molinos. Era lo que se decía por allí, que los políticos locales habían dado esas concesiones a sus amigos. Además, la sola idea de ver cómo se entretenían disparando a los asustados pichones me hacía estremecer. Tanta testosterona me sacaba de quicio.

Carmen tuvo una salida graciosa. ¿Sabes por qué a los hombres les gustan tanto las armas y la caza?, me dijo. No tienen verdaderos orgasmos, como nosotras, y necesitan tirarse al monte con sus escopetas en busca del momento sublime. Nos estuvimos riendo. Carmen es una mujer sorprendente. Puede ser la más convencional de la tierra, especialmente en sus ideas políticas, ¡hasta lleva una pulsera con la bandera de España!, pero de pronto te sale con algo que no sabes de dónde ha podido sacar. Se puso luego a contarme algo que le había pasado con dos de las chicas que acaba de contratar para los eventos ciclistas. Pero tuvo que atender otra llamada, y quedó en continuar con la historia cuando viniera al pueblo. Me dejó con la miel en los labios.

Vuelvo a lo mío, papá. Te estaba hablando de lo que hice el sábado. Fui de tiendas a Valladolid, en busca de cosas que necesitaba para la casa: bombillas, un par de sartenes, un juego de utensilios de cocina, una manga de riego para el patio, una cortina de ducha. También compré plantas y macetas para adornar el patio: anémonas, ciclamen, geranios, pensamientos, celindas. Nunca he tenido plantas en casa y he decidido poner en el patio todas las que pueda. Aurora me ha dicho que hable con el cura, para que me dé el excremento seco de las palomas de la torre. Se llama palomina y es el mejor abono que existe.

Luego estuve colgando los cuadros que traje de Madrid. Hay uno que me ha acompañado desde que era una estudiante. Es una fotografía en la que se ve a Jean Seberg, en la época en que rodó *À bout de souffle*, saltando por una ventana con los zapatos en las manos. Ese momento no aparece en la película, por lo que debieron hacer la fotografía en una pausa del rodaje. Durante mucho tiempo esa fue mi película favorita, la vi tantas veces que me sabía los diálogos de memoria. Jean Seberg está guapísima, con aquel pelo tan corto que le hace parecer un muchacho. Es verdad que se porta fatal con Jean-Paul Belmondo, al que llega a denunciar a la policía, pero ¿qué podía hacer? Quería tener su propia vida, y Belmondo no la dejaba tranquila ni un momento. Era demasiado absorbente, aunque las escenas en aquella habitación en la que hacían el amor, son de las más radiantes que he visto en el cine. Es extraño esto, no queremos ser prisioneros de los sueños de los que amamos, pero a la vez no podemos vivir sin ellos. Fuera solo hay tedio e intemperie. Lo mejor es visitar esos sueños y tener a la vez cerca una ventana para escapar si lo necesitas, como hace Jean Seberg en esa fotografía.

Me detuve a mirar las paredes que Roco había pintado. Estaba atardeciendo y tenían el color dorado del sol. Roco no me había hecho caso y había saturado en exceso el color, pero no estaba enfadada, porque con la luz que entraba por la ventana la habitación estaba muy hermosa. Lo ha hecho por ti, me dije, para que tengas una casa de oro. Luego me pregunté si Roco soñaría conmigo y, en caso de hacerlo, por las cosas que pasarían en ese sueño.

Recuerdo una conversación que tuve con una chica con la que coincidí en los exámenes del MIR. Salimos una noche de copas y estuvimos hablando. ¿En quién piensas cuando haces el amor?, me preguntó. No supe qué contestarle. Apenas había hecho el amor, y nunca con un chico que me gustara en exceso. No sé, en nada, le dije. Me encogí de hombros esperando que volviera a hablar. Yo me imagino a los hombres con quienes quiero estar, que por desgracia raras veces son el que está conmigo, me dijo. Es lo que más me gusta de hacer el amor, puedes estar con quien quieras, sin que el otro, el que está en tu cama, se entere de lo que haces. Basta con cerrar los ojos.

Me tumbé en la cama y empecé a tocarme. Me acordaba de las fiestas que organizábamos de jovencitas, donde los chicos no paraban de besarte. Pensaba en esos besos, y en cómo ibas pasando de unos brazos a otros hasta

dar con el chico que más te gustaba. Era el que besaba mejor. Besaba y besaba sin parar, y su boca anidaba en la tuya, mientras te envolvía con su cuerpo y te acariciaba de una forma que te volvía loca. Era como aquel caldero de agua con peces que la princesa le tira a Juan sin Miedo la noche de bodas. Había algo feroz y eterno en esa escena, algo secreto que nadie debía saber. Aunque luego, cuando la fiesta terminaba, te sentías mal, como si el chico se hubiera quedado con algo tuyo que no sabías qué podía ser. Se me escapó un grito y al abrir los ojos estaba sola, tumbada en el sofá. Me hizo gracia que el chico besador no estuviera conmigo. Carmen tenía razón, las mujeres no necesitábamos salir al monte con la escopeta en busca de emociones fuertes. Nos bastaba con quedarnos en el sofá de casa con los ojos cerrados.

5 de mayo. La habitación dorada

Roco ha vuelto a aparecer. Esta mañana oí el sonido de una moto y me asomé a la ventana a tiempo de verle perderse por la carretera, cargado con las hortalizas. Por lo visto, ha estado con uno de los hermanos en Madrid, para renovar su permiso de residencia. Debe cumplir cinco años de permanencia para que sea definitivo. Me lo ha contado Aurora, que al verlo en el pueblo le ha dicho que se pase esta tarde por casa para cobrar lo que le debo. Pero por más que he esperado, no ha llamado a la puerta. Al atardecer, me acerqué al páramo para ver los molinos. Voy allí a menudo. Sus aspas no giran a la vez, ni a la misma velocidad, y es hermoso contemplar esa falta de sincronía, como seres ensimismados, dueños cada uno de sus propios pensamientos. Me recuerdan a aquella película donde unos marcianos invadían la tierra para destruirla. *La guerra de los mundos,* se titulaba. ¿A que os vais a portar bien?, les he dicho al marcharme.

A la vuelta, me encontré con Frank, el artista. Estaba frente a la casa despidiendo a unos forasteros y me hizo gestos para que me acercara. Eran de Barcelona, y habían venido a comprarle una de sus obras, pero no habían llegado a un acuerdo. No por el dinero; se empeñaban en comprarle algo que él no quería vender. Cuando se fueron, me preguntó si quería entrar. Los objetos y muebles se amontonan en su taller y apenas queda un estrecho pasillo para moverte. Recuerda a uno de esos bazares que tanto abundaban en las ciudades pequeñas en los que podían encontrarse los

objetos más variados, desde lámparas, bastones y todo tipo de platos y copas, hasta figuras de porcelana, pelotas, linternas, casas de muñecas y otros juguetes. Al fondo está la mesa donde trabaja, repleta de libros, revistas, pequeños objetos, vinilos, pinturas. Y amontonadas unas sobre otras están sus famosas cajas. Porque es esto lo que hace. Fabrica cajitas, normalmente de madera que luego pinta, y en las que coloca los objetos más diversos: plumas, cascabeles, canicas, piedras que recoge en el campo, miniaturas. Sobre la mesa había dos de ellas, y aunque no estaban terminadas, el resultado era cautivador. Estaba tan sorprendida que no sabía qué decir.

Frank se volvió hacia mí y, como respondiendo a una pregunta que no le había hecho, me dijo: No hay arte sin transfiguración. ¿No te parece? No supe qué decir. Pensé en Roco yendo y viniendo con su moto, y en cómo tras pasar él la carretera parecía distinta y no podías dejar de mirarla. Tanto el artista como los enamorados trabajaban con una materia que no conocen, pensé. Anda ven, me dijo Frank, que te voy a enseñar algo. Me llevó donde estaban sus cajas. Las tenía apiladas en unos viejos estantes. Me mostró una de ellas. Procedía de la época que había vivido en Nueva York. Se trataba de un estuche con una pequeña colección de frasquitos, cuyas bocas estaban cubiertas con una tela azul. Los frasquitos encajaban en los agujeros de una plancha de madera, de forma que al abrir el estuche solo se veían alineadas sus bocas azules. Podías sacarlos de los huecos para ver lo que tenían dentro. Arena, plumas, pequeños papeles escritos, conchas que brillaban misteriosamente al exponerlas a la luz. Era como un pequeño joyero. Objetos que comunicaban el mundo exterior con el de nuestros pensamientos y deseos.

Me contó una pequeña fábula que había oído en Portugal. La historia de un hombre que todos los años debe refugiarse en celdas cada vez más reducidas hasta dar, en la más pequeña de todas, con un hilo de plata que le permite escapar. ¿Es lo que quieres tú, desaparecer?, le pregunté. ¿Por eso te escondes en este pueblo? Los artistas somos creadores de alas, me contestó riendo. Lo invisible es nuestro reino. ¿Qué sentido tiene que andemos exhibiéndonos como vedetes?

Me acompañó a la puerta. El sol no daba ya en la fachada de la casa ni en la grava del arcén. El aire era frío, tras el calor del mediodía, y un cielo de azul inmaculado cubría la llanura como un inmenso dosel. La cena para la que habíamos quedado era el siguiente fin de semana y nos despedimos

hasta entonces. Había cogido mi mano y la retuvo entre las suyas. Parecía no tener el menor deseo de separarse de ella. Se la habría dejado de buena gana. Al menos, cuando fuera a buscarla por la mañana, tendría algo que contar.

Al llegar a casa me quedé mirando la habitación dorada. Me imaginé a Roco mezclando los pigmentos hasta dar con el color que buscaba, reparando los desperfectos de las paredes y finalmente pintándolas sin ensuciar el suelo. Me puse a rememorar los momentos en que le había visto. A la orilla del río con las cabras, en la consulta para curarse la herida de la mano, cuando pasaba por la carretera con la cesta de hortalizas, la tarde en que los alcaldes me invitaron a comer y vi su moto junto al pantano. Reunía todas esas escenas en mi pensamiento como los pájaros de afuera hacían acopio de material para sus nidos. Luego nos vi a los dos en la moto circulando veloces por la carretera. Yo iba en el asiento de atrás y, abrazada a su cintura, percibía a través de la ropa el calor de su cuerpo. Éramos como dos niños depositados en el umbral extraordinario del mundo.

Desperté de mi ensueño y me quedé mirando la habitación, sus paredes doradas. Era como si Roco hubiera dejado en ella algo precioso con lo que no sabía qué hacer.

7 de mayo. Formas de amar

Aquellas dos chicas de las que te hablé pertenecían a la agencia de azafatas. Carmen me contó una historia muy graciosa que tenía que ver con ellas. Iba a celebrarse la vuelta ciclista a la región, y las citó en el pueblo. La selección la había hecho en Madrid, a través de un anuncio que había puesto en el periódico. Se presentaron varias jóvenes, y ella enseguida se fijó en esas dos. Iban siempre juntas y había una misteriosa complicidad entre ellas. Hecha su elección, las citó en el pueblo. Pasarían el fin de semana en la posada, donde elegirían los vestidos que iban a llevar, y les explicaría lo que tenían que hacer. Era muy sencillo. Al final de la etapa, entregaban los trofeos a los ganadores, les daban sonrientes un beso en la mejilla y santas pascuas. No tendrían problemas con ellos. Eran como niños grandes, y cuando se bajaban de la bicicleta estaban tan exhaustos que solo deseaban irse a la cama a dormir. Les reservó dos habitaciones, pero ellas le dijeron que preferían dormir en la misma para poder hablar. Y enseguida se

dio cuenta de que había algo entre ellas. Bastaba con ver la forma en que se miraban, y en cómo se copiaban sin darse cuenta los gestos y los movimientos que hacían, como si cada una quisiera ser justo la que no era, tener su corazón para ver cómo se vivía con él. Cenaron juntas y bebieron vino. Una era muy habladora y la otra la escuchaba arrobada. Parecían dos amigas citándose a escondidas para hablar de sus cosas porque se aburrían con sus novios.

Carmen salió un momento a responder al teléfono y cuando regresó a la cocina se estaban besando. Se separaron bruscamente, y ella les dijo que no tenían por qué avergonzarse de lo que sentían, que no le importaba lo que quisieran hacer. A partir de ese momento, ya no ocultaron su amor. Se reían tontamente, jugaban enlazando los dedos de sus manos, se acariciaban el pelo o se quedaban mirándose como preguntándose quién había echado en el vino aquel filtro que les privaba de voluntad poniendo a cada una al arbitrio de la otra. Y Carmen se acordó de algo que le había pasado tiempo atrás con una amiga. Fue uno de esos enamoramientos tan frecuentes entre las jovencitas, aunque ellas se nieguen a llamarlo así, o al menos en aquel tiempo lo hacían. No podían vivir separadas y en todo se imitaban. Salían juntas y lo primero que hacían al llegar a casa era correr al teléfono para llamarse y seguir hablando. Compartían la ropa, se peinaban igual, incluso compartieron un novio. Fue su amiga la que empezó a salir con él. Pero aun atrayéndole aquel chico, lo que más le gustaba era quedar luego con ella para contarle lo que habían hecho. Un día la llamó para decirle que estaba enferma. Había quedado con el novio para ir al cine, y quería que fuera en su lugar a la cita, pues le daba pena dejarlo solo. Y añadió, con una sonrisa pícara: Si quieres, le puedes besar.

Carmen quedó con el chico, fueron al cine, pero apenas se conocían y esa vez no pasó nada. La amiga empezó a trabajar de canguro en una casa, y hasta que acostaba a los niños no tenía libre. Carmen y el chico la esperaban a la salida. El chico quedaba con ella en la biblioteca y tenían un rato para pasear solos. Una de esas veces, en un parque, empezaron a besarse. Y a partir de entonces lo hacían cada noche. Aquel chico era un obseso de los besos. No besaba como los otros, era como si quisiera meterla dentro de su boca. Suerte que no la tenía más grande, pensaba ella, se la habría comido entera. Carmen nunca le habló de esto a su amiga, y esta jamás le preguntó nada. Pero por la forma en que los miraba cuando la iban a buscar, se veía no solo que lo sabía sino que lo aprobaba en silencio. Era como si aquel

chico fuera como esa falda o esa blusa que se intercambiaban porque querían parecerse en todo. Solo un juego entre las dos. Pero por más que Carmen se preguntaba qué juego era ese, no encontraba respuesta. Llegó el verano y no se volvieron a ver, pues los padres de su amiga se mudaron de ciudad y ella tuvo que acompañarlos. Se escribían con frecuencia, pero poco a poco las cartas se fueron espaciando hasta desaparecer. Más tarde, cuando Carmen pensaba en todo aquello se preguntaba si había sucedido de verdad. Las cosas existían porque se hablaba de ellas. Si no lo hacías, dejaban de existir.

Muchos años después, Carmen y su amiga volvieron a encontrarse. Fue un encuentro casual en una estación, mientras esperaban trenes diferentes. Pasaron revista a su vida, hablaron de sus trabajos y de sus respectivas familias. Y cuando Carmen le preguntó si estaba casada, ella le dijo que sí, pero que con otra mujer. Y le hizo una confesión: había estado enamorada de ella. Pero en ese tiempo tenías un novio, le dijo Carmen. Era un pobre chico, le utilicé. Yo a quien quería besar era a ti. Por qué dices eso, preguntó perpleja. Quería que os liarais y me las arreglé para que salierais juntos. Un chico y una chica, de la misma edad, con los mismos deseos…, era lógico que terminarais teniendo una aventura. Luego llegaba mi turno. No te entiendo, le dijo ella. Es fácil. El chico acababa de estar contigo, y sabía lo que había pasado. Tenía tu olor, en sus manos estaba el temblor de tu cuerpo. Y buscaba en su boca los besos que le habías dado tú. Ya sabes, añadió con una sonrisa triste. En todos los amores hay un tercero que nadie sabe dónde está.

Por los altavoces de la estación anunciaron la salida de su tren, y se tuvo que ir a toda prisa. Ni siquiera les dio tiempo a intercambiar los números de sus teléfonos. Y ya no se volvieron a ver. Al terminar su relato, Carmen se quedó un rato en silencio. Qué cosas hacemos las personas, ¿verdad?, me dijo. Para ser una chica se necesita coraje, se me ocurrió decirle. La historia de aquella pobre mujer que para acercarse a su amor prohibido había preferido la fantasía a la realidad me había conmovido. Nadie se conformaba con lo que tenía, con lo que era. Todos buscábamos otra cosa. La fantasía formaba parte de la realidad. ¡Y no digamos en el amor! Éramos como Jean Seberg, todos queríamos escapar por la ventana en busca de un ser de luz, un ser como las luciérnagas.

8 de mayo. Historias de un chico

No he olvidado la última vez que te vi, unos meses antes de tu muerte. Fui con un amigo que tenía por entonces. Yo no quería que me acompañara, pero él se empeñó y terminé cediendo. Nuestra relación, si es que alguna vez había existido, ya estaba rota, aunque él se negaba a admitirlo. Yo no estaba bien por entonces. Era mi primer año fuera de casa, y ya te he dicho que no me gustaba Madrid ni la facultad, a cuyas clases había dejado de acudir. No me atrevía a confesártelo porque sabía la ilusión que te hacía que fuera médico, como tú. Al decirte por teléfono que iría a verte acompañada, pensaste que el chico era mi novio y mandaste hacer una cama para los dos. Dormís en tu habitación, ¿verdad?, nos dijiste cuando entramos en casa con las maletas. Llevábamos un mes acostándonos juntos, pero yo no quería dormir con él estando tú en la casa, ni en aquella cama que había sido la mía de niña. Y mirándolo fijamente te dije: No, él dormirá en otra habitación. Enseguida saliste al quite y tomándole de los hombros te lo llevaste diciéndole: Anda, vamos a buscar esa habitación para ti. El chico se había quedado pálido como un cadáver.

A pesar de un comienzo tan poco halagüeño lo pasamos bien esa tarde. Fuimos a ver la Central Térmica, cuya actividad se había reducido drásticamente, a causa de una nueva normativa que trataba de eliminar el carbón, para evitar la emisión de CO_2 a la atmósfera. Me dio pena que fueran a cerrar la Central, nuestra Central, que con sus hermosas chimeneas parecía un trasatlántico varado en mitad del valle. Era extraño que un lugar tan bello tuviera el poder de envenenar el aire que respirábamos. ¿La belleza era siempre tan traicionera? Estuvimos paseando por la montaña y volvimos pronto a casa, empezaba a hacer frío. Habías preparado una cena rica y comimos animadamente. El vino nos soltó la lengua, y mi amigo y yo te estuvimos contando el viaje que hicimos a Menorca, cuando robamos la moto. Robó aquella moto por mí, y la terminamos abandonando en una gasolinera. La isla estaba llena de enebros, que son los frutos con que se fabrica la ginebra. Fuimos con un grupo de amigos. Habíamos alquilado una casa sin conocerla, y resultó una auténtica ruina. No había ni camas, y tuvimos que arreglárnoslas como pudimos, durmiendo en sacos de dormir.

Esa noche mi amigo se coló en mi cuarto. Yo le dije que se fuera, pero estábamos un poco borrachos y terminamos haciendo el amor. Nos dormimos profundamente, y nos despertaron unos golpes en la puerta. Eras tú. Venías a decirnos que nos levantáramos. Ya era muy tarde y el desayuno

nos estaba esperando en la cocina. Estuviste muy simpático, como si el hecho de que hubiera pasado la noche con mi amigo no te importara. Al fin y el cabo, tu niña se había transformado en una mujer y tenía derecho a vivir sus propias aventuras. Pero estabas más nervioso de lo habitual, y a mí me pareció que era por eso. Derramaste la leche al servirla y en vez del azucarero nos trajiste el cuenco de la sal. El café sabía a rayos y tuvimos que volver a hacerlo. Ha sido el jorobadito, te dije recordando aquel juego de la niñez. Y al mirarte tenías los ojos llenos de lágrimas. Luego sabría que ya estabas enfermo, que habías tenido al menos un par de avisos de infarto sin que me lo hubieras dicho. Me pregunto si descubrir que ya no era tu niña, y que me había transformado en una mujer que se presentaba en casa con su amante, no contribuyó a tu inesperado final. Todos los padres sufrían cuando sus hijos crecían. Una noche iban a sus cuartos y en vez de a sus niños encontraban en las camas a un chico o una chica que les doblaba en tamaño. Los niños se iban inesperadamente para nunca volver.

Comprendí el error que había cometido llevándote a aquel chico conmigo, un chico, además, del que no estaba enamorada, y al que antes de hacer aquel viaje ya había decidido dejar. Y entonces me porté como el ser abyecto que puedo ser. Fui en su busca y le dije que se fuera, sin darle ninguna explicación. Se quedó perplejo. Lo había llevado allí para que le conocieras y pasar el fin de semana juntos, y sin que mediara explicación alguna le ponía en la calle. Trató de decir algo, de que cambiara de opinión, pero no lo hice. No podía olvidar tu consternación al derramar la leche sobre el mantel. No quiero que estés aquí, exclamé zanjando la discusión. Te dijimos que había recibido una llamada de Madrid y que tenía que regresar en ese mismo momento. Le llevamos en coche hasta Palencia, donde debía tomar el tren que le llevaba de vuelta. Me abrazó en el andén. ¿Qué he hecho mal?, me preguntó al oído. Soy yo la que hace las cosas mal, le contesté. Y vi tomar el tren como un perro apaleado.

No es verdad que las mujeres seamos mejores que los hombres. Es más, creo que si se pusieran en los platos de una balanza el daño que nos hacemos entre nosotros la balanza estaría equilibrada. Es como si en estos asuntos del amor solo las mujeres fueran las ilusas, las que sufren, las que entregan a ciegas su corazón. Pocos cuentan la historia de esos hombres que nos entregaron el suyo, y a los que nos quitamos de en medio como se hace con esos vestidos a los que coges manía y no te quieres volver a poner. Fue lo que me pasó con Jesús, que era como se llamaba aquel chico. Estaba muy

enamorado de mí, pero era como un niño, y a esas edades no te gustan los niños. Y mucho menos hacerte cargo de uno que no has tenido tú.

Me recuerda al prometido de Bronwyn. Ella lo quiere de verdad, pues han crecido juntos como dos hermanos, pero aparece el Señor de la Guerra y, tras aquella noche en la torre, no quiere volver con él. Conocemos la historia de Bronwyn y el Señor de la Guerra, pero no la de ese joven desdichado al que su hermana traiciona. Tampoco sé yo lo que fue de aquel pobre al que eché de casa, si murió o no en una cruz, como le pasó al Jesús de los evangelios.

¿Por qué será que siempre me ha gustado más Barrabás?

25 de mayo. Conversaciones con el fantasma

Alguien entra en la casa. Lo hace aprovechando mis paseos, cuando ando visitando a enfermos en los pueblos vecinos, las mañanas y tardes que paso consulta en Torrelobatón. No puedo precisar cuándo ha empezado a suceder. El intruso no se lleva nada, no prueba la comida ni desordena los objetos. No toca los papeles de mi escritorio ni se sienta en el sofá o la cama, lo que notaría. Es como un fantasma que recorre los cuartos sin dejar huella alguna de sus pasos. Sin embargo, sé que ha estado aquí. Lo supe por Tula, la perra de la vecina. Es una perra muy cariñosa, que a mi regreso a casa me espera a la puerta para que le dé algo de comer. El otro día, en vez de correr a la cocina como suele hacer, se detuvo en la puerta y se puso a ladrar. Tuve miedo de que alguien estuviera dentro, pero la perra por más que se puso a husmear por las habitaciones, siguiendo algo que parecía un rastro, no dio con nadie, lo que me tranquilizó. Ya de noche, al entrar en mi cuarto, percibí un olor difícil de definir, pero apenas lo tomé en cuenta, pues antes de acostarme suelo dejar un tiempo las ventanas abiertas y bien podía venir del campo. Me acosté pensando que eran imaginaciones mías, y así me pareció al día siguiente en que, al regresar a casa, la perra se precipitó hacia la cocina en busca del bocado que la esperaba como siempre había hecho.

Empecé a observar otras cosas. Tengo una buena memoria visual, y al llegar percibía pequeños cambios en la casa. Unas veces, en los pequeños objetos con los que me arreglo, que no estaban exactamente como los había dejado, sino perfectamente ordenados; otras, en la cocina, donde alguien

había fregado el vaso y los cubiertos del desayuno, o había barrido el patio librándole de hojas. Una tarde la luz del pasillo, que nunca había funcionado, se encendió sin problemas al accionar el interruptor, lo que dejaba claro que alguien había tenido que arreglarla. Alguien que entraba en casa no para robar o causar daño alguno, sino para arreglar lo que no funcionaba (cambió también el enchufe de la plancha), o para ordenar o limpiar lo que yo había dejado sucio o desordenado. Una de esas tardes la vecina me abordó para decirme que era Roco quien lo hacía. Tenga cuidado con el chico de la Santa Espina, entra en su casa cuando usted no está. Aquello me indignó. Había depositado en él mi confianza dándole las llaves el tiempo que estuvo pintando y ahora descubría que aprovechaba mis ausencias para entrar y salir a su antojo. Esa tarde estuve pendiente de su paso por la carretera para pedirle explicaciones, pero no apareció. Carmen tampoco estaba en el pueblo, y aunque la llamé para contárselo no logré que me contestara. Le dejé un mensaje, pero cuando finalmente me contestó yo había cambiado de opinión y no se lo conté.

No sabía qué significaban aquellas visitas, por qué Roco entraba y salía de mi casa sin llevarse nada, ni causar daño alguno, y poco a poco la indignación que sentía se fue transformando en una gozosa curiosidad por descubrir qué andaba buscando. Me entretenía imaginando sus visitas. Cuando se acercaba a la tapia y, tras comprobar que nadie le veía, escalaba por ella hasta entrar en el patio. La puerta de la cocina estaba abierta y la empujaba sin hacer ruido. Me imaginaba la forma en que se desplazaba por los cuartos como un animal, y la forma en que lo miraba todo, los libros que con toda probabilidad no sabría leer, los cuadros y fotos que colgaban de las paredes, las ropas que yo iba dejando en cualquier parte, los platos y vasos que con las prisas por salir no me había dado tiempo a recoger. Todo aquello a lo que yo no daba demasiada importancia, y ante lo que él en mis fantasías se detenía como lo hacían las adivinas ante los posos del café que les permiten predecir lo que va a suceder. ¿Una casa no es un espacio de adivinación? Y todo empezó a parecerme más hermoso contemplado desde sus ojos, pues ¿acaso no vivimos en la mirada de los demás? Era como cuando me escondía de pequeña y me sentía la niña más bella del mundo solo porque tú me buscabas, papá. Y era ahora como si Roco hiciera lo mismo y entrara en la casa para encontrarme. Pues ¿no era el amor ese juego? ¿Perderse y volverse a encontrar, como pasaba en la historia de Orfeo? ¿Adentrarse en el mundo de las desapariciones para rescatar lo que

amabas?

Ya ves qué cosas se me ocurrían. Pero es que desde tu muerte yo no era la misma. Vegetaba más que vivir, no sentía interés por nada, y veía pasar un día tras otro con la distancia del que ve discurrir desde el vagón las sucesivas estaciones que el tren se va dejando atrás. Y era como si tú me hubieras enviado aquel muchacho y yo le fuera dejando señales para decirle que os estaba esperando a los dos. Y así extendía uno de mis vestidos sobre la cama para que lo viera, o le dejaba un trozo de bizcocho en la cocina por si le apetecía probarlo, o dejaba abierto uno de mis libros por un pasaje que me gustaba con la ilusión de que pudiera inclinarse sobre él y leerlo.

Y me gustaba imaginar sobre todo cuando llegaba la noche y se acercaba a mi cuarto para verme dormir. La sola idea de que fuera así me excitaba como pocas cosas lo habían hecho. Yo dormida, y Roco mirándome en silencio, sin querer nada, como nos miran los animales desde sus escondites cuando pasamos a su lado en la noche. ¡Son tan hermosos los cuerpos que amamos cuando duermen! Te parece que con solo mirarlos puedes apoderarte de su corazón. Aunque aquello apenas duró y Roco, que no tardó en saber que la vecina le había descubierto, no volvió a entrar en la casa, o al menos a dejar señales de su paso. Tampoco aquellos días lo vieron bajar al pueblo, ni llevar los encargos a la posada, o pasar por la carretera con su moto, que era como si se hubiera esfumado de la tierra.

Entonces decidí acercarme al pantano de la Santa Espina, para ver si lo veía. Dejé el coche en un lugar apartado e hice el resto del camino andando. Estábamos a finales de mayo y la laguna estaba llena de brotes y flores nuevas. Allí estaba el pequeño embarcadero de tablas, semioculto por una tupida vegetación de sauces y álamos blancos. La superficie del agua estaba quieta, como presa de un hechizo, y junto al embarcadero había una pequeña piragua, medio desfondada y cubierta de tierra. No tardé en oír el ruido de una moto que se acercaba y corrí a esconderme en una pequeña depresión del terreno rodeada de zarzas. El ruido de la moto cesó y se hizo el silencio en la laguna. Solo se oía el rumor del aire en las hojas, y el súbito chapoteo de los peces que saltaban fuera del agua para capturar insectos. Cuando volví a asomar la cabeza Roco se estaba desnudando en el pequeño embarcadero. Había colocado parte de su ropa sobre la piragua y se comportaba como lo hacemos cuando estamos solos y nadie nos ve. Carmen me había dicho que, al poco de su llegada, ya se había ganado la confianza del pueblo porque siempre estaba dispuesto a echar una mano a

los demás. Se acercaba a los lugares donde había agricultores cavando o esparciendo estiércol, y se ponía a ayudarles, o llevaba paquetes y recados de unos pueblos a otros. Cuando sentían el ruido de la moto las chicas se asomaban a las ventanas para saludarle.

Mientras pensaba en esto, Roco terminó de desnudarse y se metió en la laguna para nadar. Estaba atardeciendo y su cuerpo parecía hecho de la misma sustancia dorada que el agua. Así empezaban muchas novelas de amor, pensé, con una chica escondida mirando a un joven bañarse en el río. A esas edades nada era casual en nosotras, las mujeres, y todo lo que nos ocurría era porque sabíamos que iba a suceder, o porque lo estábamos buscando. Y, en efecto, aquella tarde Roco parecía solo hecho para alimentar mis sueños. En un momento, incluso llegó a sonreír cuando lo hacía yo, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para dar la bienvenida a dos ánades que se posaron en el agua. El destello de aquellos dientes blancos, juveniles, me hizo estremecer de gozo, como si acabara de emerger de las profundidades del pantano.

No tardó en salir del agua, abriéndose paso entre los juncos de la orilla. Todo estaba graciosamente invertido en aquella escena. Él era Bronwyn renaciendo de las aguas, y yo el Señor de la Guerra mirándole sin saber qué hacer. Me pareció que era alguien que había vivido en ese pantano solo por mí, para aprender a amarme. Todo contribuía a ello. Sus cejas, sus ojos, su nariz, sus mejillas, sus pómulos, su cuello, el color de su piel, su fortaleza, su pecho. Al contrario de los otros chicos que había conocido, casi todos compañeros de clase, era poseedor de una carne puramente animal, sin que el intelecto la manchara. Esa había sido mi búsqueda desde que el deseo despertó en mi cuerpo.

Roco sacó la piragua del agua y la depositó entre los árboles. Al volverse pude ver su miembro. Pero había abandonado sin darme cuenta el escondite desde el que le espiaba, y me descubrió mirándolo. No hizo nada por cubrirse. Estábamos en una zona tan fresca que las hojas y los tallos se enroscaban con la suave humedad. Las nubes en el horizonte eran pálidas como el alabastro. Roco terminó de vestirse y se acercó lentamente a mí. Se movía entre los troncos como un animal joven, un lobo quizás. Si existe el amor sin causa ni razón, como algo que se apodera de ti como lo hace el viento de las hojas, fue lo que sentí en ese instante. Traté de disculparme diciéndole que había venido paseando, y que el coche lo había dejado más abajo, en la desviación que llevaba al pantano. Estaba muy nerviosa.

Pensaba en aquel miembro que había entrevisto un momento, y en mi deseo de acariciarlo, de tocarlo con mis labios. Me despedí avergonzada, como si temiera mancillar su pureza. Me sentía como un pájaro que esconde bajo las alas sus oscuros deseos.

Me había alejado unos metros cuando oí el motor de su moto. Se detuvo a mi lado, y me señaló el sillín trasero. Tomamos el sendero que llevaba a la carretera. El camino estaba lleno de baches y Roco echó su brazo izquierdo hacia atrás para sujetarme. Sentía el calor de su mano en mi brazo, deseaba que ese contacto no terminara nunca. Pero no tardamos en llegar al coche y Roco me soltó para dejarme bajar. Estábamos junto a un árbol cuyas tiernas hojas temblaban luminosamente. Su pelo aún mojado brillaba al sol del atardecer, era tan rubio como el de un niño. Formaba parte de un mundo inalcanzable, dueño de una perfección que raras veces se daba entre los hombres. Me acordé de aquellas esculturas griegas en que los rasgos de los amantes eran tan parecidos que resultaba difícil distinguir al hombre de la mujer. ¿No era ese uno de los secretos del amor? ¿No alentaba en muchos momentos entre los amantes el deseo de llegar a confundirse entre ellos? Iba a decirle que no era verdad que hubiera subido al pantano casualmente, sino por él, esperando encontrarlo. Que había ido a decirle que sabía que entraba en mi casa cuando yo no estaba. Pero me bastó con acercarme al coche para cambiar súbitamente de opinión. Tenía miedo a no volver a verlo si lo hacía. ¿Y no era eso, que siguiera yendo, lo que deseaba?

Mientras conducía el coche de regreso me acorde del título de una de las cajitas de Frank. *Herir el corazón es crearlo*. Pero esa herida, ¿cuándo me la había hecho? Y, sobre todo, ¿para qué quería tener corazón? Solo causaba dolor. Era eso lo que le había pasado a Bronwyn con el Señor de la Guerra. Quien ama quiere la felicidad, aun a costa del dolor. Sí, aquella herida era mi forma de decirle que le necesitaba. Porque yo no conocía el amor. Es más, me odiaba a mí misma por todas mis penas.

Luego, al llegar a casa, me puse a hablar con él como si aún estuviéramos en el pantano. Le hacía preguntas, y él me contestaba. ¿Qué hacías en el pantano? *Te estaba esperando*. ¿Por qué? *Porque no quieres estar sola*. Pues lo estoy, asquerosamente sola. *No, no estás sola, nadie lo está*. ¿Tampoco tú? *No, recojo la fruta, busco la miel de las colmenas, ayudo al hermano con las mariposas, llevo las cabras al monte, corto leña para tu amiga. Cuando vienen las madrinas de los ciclistas voy a verlas. Me enseñan los vestidos que van a llevar.* Te engañan, no sabes lo malas

que son. *No digas eso.* Todas las mujeres somos unas brujas. Nos habéis transformado en vuestras esclavas, y los esclavos solo pueden acceder al placer a través de la mentira y, sobre todo, de la traición. *Pero tú no me vas a traicionar, ¿verdad?* Depende. *¿De qué?* ¿Tienes una torre? *Sí, tengo una torre.* ¿Me llevarás a ella como el Señor de la Guerra hizo con Bronwyn? *Sí, haré lo que hizo él.* ¿Hay una cama en esa torre? ¿Con pieles de oso para taparnos? *Sí, con pieles de oso*. ¿Sabes qué quiero? *Dime, ¿qué quieres?* No la vida que tengo, sino la vida tal como es en tu corazón. ¿Me dirás cómo es?

Desde ese día, mantengo a menudo con Roco conversaciones así. Es como el encuentro con un fantasma. Te amo porque hay una parte de ti que no conozco, porque hay un mundo en ti en el que no puedo entrar, le digo. *Para mí el amor es justamente lo contrario,* me contesta. Las mujeres estamos hechas de sueños, de vuestros sueños. ¿Sabes lo que es buscar algo y no encontrarlo nunca, nunca? *¿Acaso a los hombres no nos pasa lo mismo*?, me contesta. No, no os pasa. Los hombres nunca sois tan desdichados como nosotras.

Hablamos de noche, cuando no puedo verlo y la casa se llena de sonidos casi imperceptibles. No solo me has privado de tu amor, le digo, sino de mi propia existencia. Siento calor y frío, ¿eres tú quién me ha puesto así? ¿No sientes compasión por mi tormento?

Antes de acostarme, le dejo queso bajo los muebles como a los ratones de campo, pero el queso sigue ahí por la mañana. Dime, a los que viven escondidos, ¿cómo se les ama?

27 de mayo, sábado. Las dos orillas

Ayer cenamos en casa de Frank, el pintor. Vinieron Carmen y dos chicas de la agencia. Se llaman Marta y María, como las hermanas del evangelio. El pintor se las comía con los ojos. Sobre todo, a Marta, que llevaba una minifalda que dejaba al descubierto unas piernas que eran como la escala por la que subían y bajaban los ángeles en el sueño de Jacob. Lo digo por seguir con lo bíblico. Las chicas hacen honor a sus nombres, solo que en su caso es al revés. Marta es la contemplativa, la soñadora, y María la que todo lo quiere tener y tocar. La primera, apenas habla y todo lo mira en silencio; la otra es refinada y caprichosa, de sangre y alma católica, como

habrías dicho tú. Una de esas chicas que todo lo que quieren lo tienen que conseguir al momento; y, ay, como no se lo des.

Carmen llevó los pichones estofados que nos había prometido. Es un crimen comerse a unas pobres criaturas que hay que arrebatar directamente de los nidales horadados en las paredes del palomar, donde sus madres los esconden y les dan de comer. Pero aquel guiso difícilmente se podía rechazar. Viendo luego los huesecillos que iban quedando en el borde de los platos me acordé de algo que solías decir tú en situaciones así: Deberíamos comer llorando. No lo hicimos ese día, y preferimos nuestro propio placer a regocijarnos con el resplandor de las criaturas libres de la tierra. Frank puso los vinos. Eran gallegos, y poseían un aroma limpio, elegante e intenso. Las chicas aportaron el postre. Una es asturiana y llevó una fuente de ese arroz con leche con azúcar quemado tan rico que se hace por sus húmedos valles. Aunque el verdadero postre era verlas a ellas, la forma en que se miraban y como al menor descuido se cogían las manos cuando creían que nadie las miraba. Era como si Jesús ya hubiera resucitado a su hermano Lázaro, y todo fuera para ellas motivo de felicidad.

Sentí envidia de aquellas muchachas, de su amor. Y hasta me pareció que aquel absurdo negocio que había montado Carmen tenía su gracia. Bastaba con imaginárselas acercándose al vencedor de la carrera para entregarle el ramo de flores. Todo en ese momento era hermoso, la juventud de los ciclistas, su esfuerzo para superar aquellas cuestas imposibles, la lucha por alcanzar la gloria y finalmente la forma en que al besar las mejillas del vencedor lo que cada una estaba buscando era los labios de la otra, como si el encuentro con el héroe solo fuera una excusa para esperar que por fin se quedara dormido del esfuerzo y tener ellas su propio y anhelado premio. Un héroe que recostara su cabeza llena de rizos en tu regazo como hacían los niños cuando les entraba sueño, ¿no era infinitamente más adorable que esos otros tan jactanciosos que a todas horas te daban la tabarra con sus hazañas?

Mientras andaba perdida en estas fantasías, Frank, Carmen y las chicas se habían puesto a hablar de lo bueno y lo malo de enamorarse en un idioma que no es el tuyo. No sabía qué las había llevado hasta allí. Un embajador amigo de Carmen hablaba de los amores en la segunda lengua, y de cómo su experiencia le había revelado que el porcentaje de fracasos que se daba en aquellas parejas era muy superior al de las que compartían la misma lengua y las mismas costumbres. Las diferencias se hacían particularmente

dolorosas durante las discusiones, porque las discusiones eran el momento en que se tiene menos control del lenguaje, y al mismo tiempo se necesita más para expresar lo que sientes. Y recordaba el comentario de una conocida suya que se había casado con un inglés, sin apenas conocer su lengua. Hablar con él, le había dicho, era como tocarle con guantes.

Somos una especie, dijo entonces Frank, en la cual el lenguaje es débil y esporádico. Cuando estamos en el vientre de nuestra madre no hablamos, cuando nacemos tampoco, y luego tardamos en aprender las primeras palabras. Hay una vida antes del logos: la vida de la naturaleza, la vida animal, esa vida intensa que reencontramos en el sexo o en los sueños. Esa vida es la que existía en Babel antes de la construcción de la torre. La vida que una madre tiene con su hijo pequeño, que los niños comparten con los animales, de los amantes cuando están solos. La lengua que hablan entonces no se confunde con esta otra meramente utilitaria, llena de frases hechas y lugares comunes propia de nuestra vida social. Si dejamos solo esa lengua en nosotros, nos transformamos en frases. Hay que dirigirse a ese mundo silencioso, desobediente, confuso, anterior a la construcción de la torre, recuperar esa lengua santa que nos permitía relacionarnos con él. A través suyo es posible dialogar con los muertos, entender el lenguaje de los animales, escuchar a los seres que no existen, que los hombres y las mujeres se encuentren.

Ninguna de nosotras habíamos abierto la boca, y permanecíamos absortas escuchándole. Y yo, mientras lo hacía, solo pensaba en ti, papá. En lo extraño que era el amor entre un adulto y una niña pequeña. Sus paseos por los jardines cogidos de la mano, cuando a la salida del colegio se buscan ansiosamente entre los otros niños y los otros padres, como si cada uno temiera que el otro solo hubiera sido una fantasía suya, las cosas que se cuentan por la noche, cuando llega la hora de acostarse y no se quieren separar. Era como juntar a uno de esos orangutanes que viven en el sudeste de Asia con uno de los corderitos que andan por estos campos de Castilla. ¿Qué podían hacer juntos esos dos? ¿Tendrían su casa entre las espigas o entre las ramas del bosque nuboso? ¿Qué sería más importante para ellos, los largos brazos del orangután o los dulces balidos del cordero? ¡Qué cosas se le ocurrían al amor, qué mezclas más extrañas hacía! Juntaba a las personas del bosque con los parvulitos de las escuelas, a los habitantes de los sueños con los recogedores de piedras, a los que ponían flores en los altares con los comedores de corazones.

Nos juntó a los dos. Qué importa que estés muerto si aún sigo buscando como el cordero del cuento esa vida que tuvimos en los árboles. Y ahora, ya ves, quiere juntarnos a Roco y a mí. A él le pide que entre a escondidas en mi casa, y a mí que suba al pantano para verle bañarse desnudo. Había practicado un amor real, y ahora amaba de una forma que no podía compararse con nada real. ¿Era eso lo que quería el amor de nosotros, que se volviera a escuchar en el mundo esa lengua olvidada que los hombres empleaban para hablar con Dios?

Los corazones están llenos de secretos, si te los cuento todos, ¿qué quedaría de mí?, oí decir a una de las chicas sacándome de mi mundo de ensueño. Ni siquiera podría amarte, me habría quedado sin corazón. ¡Qué tonterías dices!, le contestó la otra al momento. Eres como esas niñas que si les quitan un caramelo tiran los que les quedan de la rabia que les da. Las dos se echaron a reír. Marta tenía un lunar en cada mejilla y los ojos brillantes de los elfos, y María era delgada, dueña de un rostro radiante y de un pelo que se derramaba sobre sus hombros y su pecho como esos velos que llevan las mujeres musulmanas. ¿Sabéis lo que más odio yo?, intervino Carmen. A los hombres que se duermen cuando están contigo o que se aburren si los llevas de compras. Odio a los hombres que se creen superiores y que siempre andan diciendo a los demás cómo se deben comportar. Un camarero es mucho más interesante si piensa como un capitán de barco; y un estudiante si tiene alma de campesino. Son las contradicciones las que hacen interesante la vida.

El vino había causado estragos en todas nosotras y, tras las risas, fui yo la que se puso a contarles la película que había visto a tu lado cuando tenía quince años. La llegada del Señor de la Guerra a unas tierras situadas en los límites del mundo, su encuentro en la laguna con Bronwyn y cómo, al verla desnuda en el agua, había decidido reclamar el derecho que le correspondía como nuevo señor del lugar y pasar la noche de su boda con ella. Les hablé de esa noche en la torre del castillo, y de cómo mientras veía la película, yo que solo era una niña, no podía dejar de preguntarme qué había pasado entre ellos para que al llegar el amanecer ya no se pudieran separar. Se trataba de un lugar perdido en los límites del mundo. Un lugar donde se adoraba a los árboles y a las piedras, y donde aún se hablaba esa lengua perdida de la que nos había hablado Frank. Era Bronwyn quien le había enseñado al Señor de la Guerra todo cuanto la construcción de la torre le había hecho olvidar.

Hacía una tarde preciosa. Las ventanas estaban abiertas y el aire olía a la hierba fresca del campo. Según tú, le pregunté a Frank, ¿qué buscan una mujer y un hombre cuando se aman? El mundo de las dos orillas, me contestó sin dudar. Iba a preguntarle qué mundo era ese, cuando se levantó bruscamente de la mesa y se dirigió a las estanterías donde almacenaba sus obras. Esta vez no eligió una de sus cajas, sino un cuadro no demasiado grande, que trajo consigo para enseñárnoslo. Era un *collage* donde se veía a una mujer desnuda tumbada en la hierba. A su espalda había un río, y más allá, en la otra orilla, un castillo. La mujer tenía recostada la cabeza sobre un bolso o una pequeña maleta, y a su lado había un cesto con un recién nacido.

Y se puso a hablar de las dos orillas. En una viven los hombres y en la otra las mujeres. Viven en las orillas del mismo río, pero separados por su cauce incesante. Tal es lo que significa la palabra sexo, separación. No quiere decir esto que por estar en orillas diferentes no se vean ni se deseen. Todo lo contrario, ya que esa separación hace que cada sexo vea en el otro algo que la distancia vuelve belleza y misterio. Y entonces quieren encontrarse. Se hablan desde esa distancia, se hacen gestos con los que tratan de llamarse la atención. Pero el río es demasiado caudaloso y apenas se entienden, lo que hace que se deseen aún más, como si cada uno fuera el reflejo escondido del otro, su vida en la otra orilla. Esa vida de la que ninguno de los dos sabe nada y que quieren conocer.

Fuera de lo que pasa en torno a ese río no hay nada especial que decir. Hombres y mujeres viven en la misma ciudad, y si esa ciudad es justa, sus roles y tareas son intercambiables, de forma que ambos pueden ser jueces, soldados, astrónomos, ir de compras al mercado o criar a los niños. No quiere decir que allí no se formen parejas ni que no obtengan placer al hacerlo. Pero es otro tipo de placer, más previsible y mecánico, un placer que recuerda a la degustación de un buen vino o una comida sabrosa. Nada que ver con la turbación, la locura y el gozo que experimentan cuando unos y otras visitan las orillas de ese río.

Ese río es lo más parecido a un sueño. Aparece cuando un hombre y una mujer se desean. Entonces, no importa que vivan en la misma calle, que tengan el mismo trabajo, un río invisible se abre inesperadamente entre ellos. No saben cómo se ha formado, ni por qué si antes compartían el mismo espacio ahora están separados por unas aguas que solo ellos pueden ver. Es un río que crece con sus deseos y que los lleva a querer cruzarlo

para poder encontrarse. No les será fácil hacerlo. Su caudal es muy grande y sus aguas corren tan tumultuosas que solo un titán podría cruzarlas a nado sin desfallecer. Mas esas aguas se calman por la noche, bajo la influencia de la luna, lo que hace que eso sea posible. Además, el centro del río está lleno de pequeñas islas adonde es más fácil llegar. Lo hacen a nado, en pequeños esquifes o sujetos a troncos que flotan en la corriente. Y se reúnen en las grutas que hay entre las rocas, o en claros que la luna les revela en medio de la vegetación. Y encienden fogatas en sus playas, y se buscan unos a otros para abrazarse y vivir esas cosas que solo en los asombrosos cuentos tienen lugar.

Una misteriosa leyenda, continuó Frank, habla de una isla sumergida en lo hondo del cauce. Una isla en que los amantes pueden respirar bajo el agua gracias a las algas que crecen entre las rocas, y donde encuentran un cuerpo que les permite entregarse a juegos tan asombrosos que una vez descubiertos no los podrán olvidar. Pero esos juegos no duran eternamente y al percibir la llegada del alba, tienen que abandonarlos y regresar a la orilla de la que proceden. Y todo vuelve a empezar.

Todo el mundo del arte, continuó Frank, los poemas, las canciones, los cuadros que llenan las paredes de los palacios y museos, las leyendas que se cuentan, hablan de esa vida secreta que los amantes, no importa el sexo que tengan, tienen en esa isla sumergida. Son las promesas del amor las que dan realidad a ese río soñado que a la vez les separa y les da la posibilidad de encontrase.

María se revolvió en su asiento.

Pero si el amor es un sueño, insistió. El niño que está en el cesto en tu cuadro, ¿de quién es? ¿De dónde viene?

Ese niño es un pez, le dijo soltando una gran risotada. Los amantes lo encuentran en un río que solo existe en sus sueños.

Estaba atardeciendo y toda la estancia se volvió de un amarillo dorado. Nos mirábamos unas a otras hechizadas por las palabras de Frank. La luz se derramaba por las paredes y hasta nos parecía oír el rumor del misterioso río corriendo a nuestros propios pies. Así se presentaba el amor en nuestras vidas, sin avisar. Todo podía cambiar en un solo instante, como si al abrir una puerta penetraras en un lugar nuevo donde te esperaba una vida distinta a aquella que tenías.

27 de mayo, noche. La herida

Roco, ¿en el pantano en que te bañas hay algas así? ¿Las probaremos juntos algún día? Y, cuándo lo hayamos hecho, ¿qué nos pasará? ¿Seremos como ese ladrón que cuando alcanza la verdad que busca ya no puede escapar porque se ha vuelto prisionero de su propio robo? ¿Sabes que el *Señor de la Guerra tenía una herida como tú? Se la habían hecho los frisios cuando se enfrentó a ellos con sus hombres para defender sus tierras. La herida se le infectó en los días siguientes y tenían que curársela cauterizando el tejido dañado con un hierro candente. Era una operación muy dolorosa y decidieron que fuera Bronwyn quien le sujetara mientras la llevaban a cabo, ante el temor de que no pudiera controlar su fuerza. Creían que al ser una mujer quien estaba a su lado no se dejaría arrastrar por el dolor a causa de su orgullo. Así fue, y no salió queja alguna de sus labios. Pero un hombre que al tiempo que te muestra su poder está a punto de desmoronarse en tus brazos, ¿no nos recuerda a nosotras la pasión? El amor es esa herida que hay que curar. No importa que al principio sea uno quien la tiene, porque en esos momentos se vuelve de los dos. A veces pienso que el hecho de que tú seas un hombre y yo una mujer solo es una invención del amor, la forma que este tiene de hacernos compartir la herida de la vida, de transformar el cuerpo del otro en algo sagrado.*

30 de mayo, martes. Agustina, la bella

Ha muerto Agustina, la amiga de Charlton Heston. Fue una de sus vecinas quien encontró el cadáver. Le extrañó no verla durante el día, y al entrar en su casa la halló muerta en el dormitorio. Ya era casi de noche cuando me llamaron para certificar su defunción. El cuarto estaba inmaculado, como si antes de morir se hubiera puesto a ordenar las cosas para que nadie pudiera decir que tenía la casa hecha un asco. Era de ese tipo de personas que apenas se hacen notar y que cuando mueren nadie echa de menos, que han vivido en el límite de la nada. Solo estaba aquella historia con Charlton Heston que conocía todo el pueblo.

Era feúcha, apenas medía metro y medio, había tenido una enfermedad de corazón y siempre había vivido separada de los demás protegida por su madre, que al morir le dejó una pequeña pensión con la que podía vivir. Nadie la visitaba, nadie entraba en su casa, y sin embargo la limpiaba cada

día y siempre tenía flores frescas en las ventanas, como si esperara a alguien que nadie sabía quién podía ser y lo estuviera preparando todo para cuando llegara. Alguien que viniera a llevársela de aquel pueblo maldito. Me pregunto por qué se quedaría en mi casa, por qué me elegiría a mí, recuerdo que me dijo cuando tras contarme su encuentro con el actor nos despedimos en la puerta. Y supe que había vivido toda su vida con esa sola pregunta en su pensamiento, sin que le importara no encontrar la respuesta.

Aurora, mi enfermera, me contó el resto de su historia. La conoció siendo una niña. Agustina vivía entonces con su madre, no muy lejos de donde lo hacían ellos. La madre era muy estricta y no la dejaba salir sola, aunque en ese tiempo ya fuera una mujer. Incluso le compraba o le cosía la ropa sin preguntarle sus gustos, como se hace con los seres que no tienen entendimiento. Las dos eran muy bajas, casi unas enanas, y verlas por la calle resultaba gracioso, porque era como si fueran dos niñas viejas que vivían solas, como pasa en los cuentos con esos hermanos que han huido al bosque porque los quiere matar su madrastra. Al principio no sabían si era muda o no, porque nunca la oían hablar, era su madre quien lo hacía por ella. Cuando hacía buen tiempo, se sentaba en el poyo que había junto a la puerta y veía pasar a la gente. La saludaban y respondía asintiendo con la cabeza, y aunque más de una vez las chicas de su edad iban a buscarla para que fuera con ellas a la plaza o a la orilla del río, nunca lo hizo.

Una tarde pasó algo sorprendente. Unos niños se pusieron a jugar en su calle, y el balón terminó en uno de los tejados. Agustina, que les estaba mirando, se levantó rauda de su asiento, cruzó la calle, y escaló por la fachada con una facilidad asombrosa y anduvo por el tejado hasta llegar al balón y devolvérselo a los niños. Estos se pusieron a aplaudirla, y ella, desde el tejado, hizo una reverencia como las que hacían las actrices en los escenarios. A partir de ese día se hizo amiga de los niños, que iban a verla aprovechando que su madre estaba en la iglesia, y la llamaban a gritos desde la calle. Agustina, le decían, haznos una función. Ella salía y sin moverse de la puerta representaba con gestos una acción cualquiera y ellos tenían que adivinar qué era. Era un prodigio verla actuar. Con los movimientos de sus dedos y de sus manos te hacía ver todo lo que quería: a una panadera preparando la masa del pan, a un cazador en el monte, a un cura diciendo misa, a un asesino cometiendo un crimen. Alguien debió ir con el cuento a la madre y una tarde, en vez de ir a la iglesia, esta se escondió en un pajar, y esperó a que llegaran los niños. La sorprendió en

plena representación, y a partir de ese momento se acabó el teatro. Sí, eso decía Agustina, que había nacido para ser actriz, que a ella lo que le gustaba era estar en el escenario. El problema era su madre, que no la dejaba ni moverse. Cuando a esta le entraba sueño, prendía su falda a la suya con un imperdible para que no aprovechara para escaparse. Era como un pájaro al que le hubieran cortado las alas.

Al morir la madre, empezó a salir por su cuenta. Y entonces descubrieron que muda precisamente no era. Es más, hablaba por los codos y tenía la cabeza llena de fantasías. Una vez que en la zona todos estaban alborotados porque se había escapado de la cárcel un chico que había matado a su madre, ella contó que se lo había encontrado paseando a la orilla del río. Y que se había portado como un caballero con ella. Antes de despedirse le juró que él no era ningún criminal, que cómo un hijo iba a matar al ser que le había dado la vida. En otra ocasión, contó que un peregrino había llamado a su puerta y que le había hecho entrar en su casa para darle de comer. Era un hombre muy culto, y había estado varias horas hablándole de cosas que no entendía, y que le recordaban a las que decían los sacerdotes en la iglesia. Ya en la puerta, se volvió hacia ella y le dijo: Hagas lo que hagas, la vida siempre te decepcionará.

Pero de todas sus historias la que más le gustaba contar, a parte de la que vivió con Charlton Heston, los días del rodaje de *El Cid*, fue la historia de su encuentro con una forastera en los límites del pueblo. Paseando por la carretera vio un coche parado en el arcén. En el coche no había nadie, y al mirar a su alrededor, vio a una mujer sentada contra el tronco de un árbol que le hizo gestos para que se acercara. Era la mujer más bella que había visto nunca. Ya estaba a su lado cuando esta alzó los brazos y se recogió la larga melena sobre la cabeza con una sonrisa, como si se estuviera probando un sombrero y fuera a preguntarle cómo le quedaba. Estaba atardeciendo y los campos de cereales brillaban como campos de oro. El aire se estremecía con el canto de las aves, tan sonoro como cuando estaban en primavera, y la mujer le pidió que se sentara a su lado. Hay que aprender a esperar, le dijo. Ella asintió con la cabeza sin saber por qué, y la mujer le ofreció la petaca de la que estaba bebiendo. Aquel líquido le quemó la garganta, pero cuando le pidió que volviera a dar otro trago, lo hizo sin resistirse. No podía dejar de mirarla, de mirar sobre todo aquella melena tan luminosa y dorada como una nube de oro. Estaba sentada a su lado, y apenas abultaba la mitad que ella. ¡Qué pequeña eres!, le dijo la forastera

con una expresión de gozo. Pero enseguida se arrepintió de lo que había dicho. ¿No te habrás molestado?, le preguntó. No lo hagas, los seres pequeños son los que están más cerca de Dios. Todos en el pueblo se reían de ella, y en el mejor de los casos, al encontrársela por la calle, volvían la cabeza para mirarla, como si fuera uno de esos fenómenos que se exhibían en las barracas de las ferias, pero aquella mujer no la miraba así. Lo hacía como una niña que se hubiera encontrado en el monte con uno de esos seres diminutos que pueblan el mundo de los cuentos, y por primera vez en la vida su tamaño no le pareció un defecto, sino la cualidad más misteriosa de su ser, la señal de una profundidad escondida que ni siquiera ella sabía en qué podía consistir. Aún bebió de aquella petaca dos o tres veces más, de forma que muy pronto empezó a sentirse mareada, hasta el punto de que todo lo que pasó después no sabía muy bien si había sucedido de verdad o solo lo había soñado. Porque aquella mujer se volvió a ella y le dijo algo que la llenó de asombro. Si alguien pasara ahora por el camino y nos viera juntas, ¿cuál de las dos le parecería la más bella? Aún estuvieron un buen rato así, inmóviles, sin decirse nada. Luego le anunció que se tenía que ir, y le tendió la mano para que la acompañara. Fueron así hasta el coche, y ella se quedó esperando hasta que lo vio perderse por la carretera.

Esos períodos de sociabilidad extrema se alternaban con otros de retiro casi absoluto. Y esto era porque, aun muerta su madre, le seguía teniendo miedo y pensaba que en cualquier momento podía volver de la muerte para decirle que como siguiera contando tonterías iba a ir en su busca para cogerla por los pelos y arrastrarla por las calles del pueblo para que todos supieran que era una mentirosa. Pero ¿era de verdad una mentirosa, se inventaba aquellas historias? Aurora decía que sí, que lo hacía para llamar la atención, y que puede que escuchara esas cosas en el cine. Porque cuando llegaba el buen tiempo, había sesiones de cine cada quince días en una de las salas del castillo, que entonces se utilizaba como silo. Allí, entre los montones de grano, un viajante que llegaba con su furgoneta ponía una sábana y proyectaba películas que la gente iba a ver. Agustina no se perdía una sola y puede que escuchara las cosas que decía en esas películas, y que luego las fuera diciendo por ahí como si le hubieran ocurrido a ella.

¿Y lo de Charlton Heston?, le pregunté a Aurora. Otra invención más, me contestó. ¿Cómo alguien iba a creerse que hubiera entrado en su casa y le hubieran pasado las cosas que contaba? Porque no era solo que al pasar por allí le hubiera pedido que le dejara entrar para echar una siesta, sino que

estaba lo del puñal que supuestamente le había dado y, lo más increíble de todo, que después de levantarse la hubiera cogido en sus brazos para llevarla en volandas desde la cocina hasta la puerta de la calle. ¿Cómo que la cogió en sus brazos?, le pregunté a Aurora llena de asombro. Sí, eso andaba contando. Especialmente a las jovencitas que iban a tirarla de la lengua. Y así fue añadiendo poco a poco nuevos hechos a su historia, hasta llegar al momento cumbre, cuando, según ella, Charlton Heston se despertó de la siesta y fue a la cocina para despedirse de ella. Estaba sediento y se puso a beber directamente del grifo. Cuando se incorporó, el agua se escurría por la comisura de sus labios, como les pasaba a las caballerías cuando iban al abrevadero. Entonces la tomó en sus brazos, como se hacía con las novias, y la llevó en volandas hasta la puerta de la calle, donde tras devolverla al suelo se despidió caballerosamente de ella. Agustina no se limitaba a contar su historia, sino que llevaba a las chicas a la cocina, y tras indicarles el lugar exacto donde la había cogido en brazos, las hacía seguirla por el pasillo hasta la puerta de la calle. Imaginaros, les iba diciendo, que un actor como él os trajera en volandas hasta aquí. Ellas le preguntaban que por qué haría eso si no la conocía de nada, y Agustina replicaba que no lo sabía. Era como cuando ellas iban al corral y cogían un conejo que acaba de nacer solo porque les daba gusto tenerlo en los brazos. Eso le pasó a Charlton Heston conmigo, continuó, no me digáis por qué. Seguro que se enamoró de ti, le decían ellas divertidas. ¿Quién sabe?, les contestaba impertérrita. En el mundo suceden cosas extrañas, aunque luego cuando se cuentan nadie las crea. Unas veces te sientes viva; y otras, muerta, eso es lo que sucede.

4 de junio, domingo. El recogedor de piedras

¿Sabes por qué llamo a Roco, *el recogedor de piedras*? Porque fue a lo que se dedicó al llegar al pueblo. Subía al monte a recoger piedras para reparar la tapia que cercaba la finca de los hermanos. En otro tiempo, los más pobres del pueblo hacían eso para ganarse el pan. Era un trabajo muy duro que les obligaba a cargar las piedras en carretillas y pequeños carros por caminos de tierra. Roco no elegía cualquier piedra, solo aquellas que apenas necesitaban de argamasa para acoplarse entre sí. El hermano Lesmes me dijo que era un espectáculo ver la delicadeza con que las iba colocando

en la tapia, como si en aquel mundo caótico e inestable en que vivía fuera lo único no sometido a las leyes del cambio y de la decrepitud.

También actuaba así con las mariposas, como si un vínculo misterioso uniera a aquellas criaturas aladas con las piedras del monte. Podía pasarse horas enteras estirando sus alas para colocarlas en filas en sus cajitas blancas, con una concentración suprema. Al terminar su tarea, me dijo el hermano, su rostro resplandecía como el de un niño. Tenía además un extraño poder sobre los chicos de la escuela, que dejaban de pelearse o discutir cuando le veían llegar. Le recordaba a Míriam, ese personaje de la Biblia que llevaba un pozo consigo con el que aplacaba la sed y la impaciencia de los suyos.

Cuando terminó de pintarme la casa, volvió al monte en busca de piedras. Las traía en la moto para arreglar el porche del patio, donde también me construyó con ellas una mesa y un banco. Lo hizo durante un fin de semana que estuve fuera, de forma que al regresar al pueblo lo encontré terminado. Ahora estoy en esta mesa escribiéndote todo esto. He dormido muy mal, acosada por los truenos de una tormenta salvaje de la que, al abrir los ojos por la mañana, no quedaba rastro alguno. Desperté con la luz del sol. Es domingo y no tengo nada que hacer. Contemplo el aire cristalino, los chopos iluminados, traslúcidos, un mundo resplandeciente de azul y oro, casi increíble tras tanta oscuridad. Y me parece que esta mesa es como el pozo que Míriam llevaba con ella, y que Roco me lo ha regalado para aplacar mi sed.

5 de junio. Cuando se apaga la luz

Roco vuelve a entrar en casa por las noches. Tras el incidente con la vecina llevaba un tiempo sin hacerlo, pero hace unos días que ha vuelto a las andadas. Pasó algo que me lo confirmó. Estaba a punto de encaminarme al pueblo, cuando vi que me había dejado encendida la luz del dormitorio, cuya ventana da a la calle. Me dio pereza bajar del coche para apagarla y decidí dejarla así, iba a visitar a un enfermo y no tardaría en volver. Tras la visita pasé a ver a Carmen, a cuyo lado el tiempo no existe, y al regresar a casa ya era de noche. En la ventana no había luz. Pensé que se había fundido la bombilla, pero no tardé en comprobar que no era así, por lo que alguien la había tenido que apagar. E inmediatamente pensé en Roco. Había

además aquel leve olor a madera quemada, que había percibido en la consulta la tarde en que estuvo Roco curándose la mano. Aurora, la enfermera, me dijo entonces que olía así porque andaba en el monte con los cisqueros. Los cisqueros fabricaban el carbón vegetal para los braseros. Recogían las ramas delgadas de encinas y carrascas y, tras amontonarlas, las hacían arder sin dejar que se quemaran por completo. Cuando estaban incandescentes, las removían y las apagaban echándoles agua, con lo que se endurecían y luego ardían mejor. Era un trabajo que solo se hacía unos días al año por esa época, y Roco llevaba en sus ropas el olor de aquel humo.

A partir de esa tarde lo primero que hago al regresar a casa es pasar revista a cuartos y objetos para ver si ha vuelto a entrar. Y es raro que no encuentre pequeñas señales de su paso. A veces es un vaso que he dejado sobre la mesa, y que ahora estaba limpio en el fregadero; o el cepillo de dientes, que yo suelo olvidar en cualquier sitio, y que a mi regreso está en el pequeño estante que hay junto al lavabo. Le tiendo pequeñas trampas. Dejo, por ejemplo, uno de los cuadros torcido y, al regresar, me lo encuentro enderezado; un papel que he tirado al suelo ahora está en la papelera, o se ha dedicado a ordenar los libros y los lápices que tengo en la mesa. Estos cambios se han hecho más evidentes cada día que pasa. Y así las zapatillas que dejo abandonadas en cualquier sitio aparecen invariablemente a los pies de la cama, friega los platos y tazas del desayuno, o la ropa que dejo sobre la silla me la encuentro colgada de sus perchas en el armario. Un día hasta estaba la cama hecha, y mi camisón doblado bajo la almohada, como si ya no le importara que supiera que era él quien lo hacía. ¿O acaso no lo podía evitar? Era como cuando ordenaba las mariposas en aquellas bandejas blancas para que pudieran verse mejor los colores y dibujos de sus alas. ¿Me veía Roco como a ellas? Las fijaba en aquellas cajas para que no se marchitaran. Era su forma de fijar lo volátil, de luchar contra el carácter errante del pensamiento y de nuestros deseos, de librarlas de la tiranía del tiempo.

Luego me detuve un rato ante el espejo y traté de imaginarme cómo veía él mi casa y todo lo que guardaba en ella cuando la visitaba en silencio. La fantasía tiende al sentimentalismo, y me pregunté si de verdad Roco la veía como las cajas en que colocaba sus mariposas y por eso la quería ordenada. ¿Era yo en su mirada como una esas mariposas?

7 de junio. La agencia de azafatas

Es sábado por mañana y, como hoy no trabajo, ayer estuve en la posada con Carmen hablando hasta las tantas. Carmen no deja de sorprenderme. Es como esas adolescentes que llegan pronto a casa para alivio de sus padres, y que cuando estos creen dormidita en su cuarto resulta que se han escapado por la ventana y andan por los tejados en busca vete a saber de qué.

Ayer nos dio por hablar de su agencia de azafatas. Fui yo quien sacó el tema riéndome, ya que no entendía qué la había llevado a fundar algo tan extravagante. Y me lo estuvo contando. Su padre siempre estuvo vinculado al mundo del ciclismo, tuvo cargos en la Federación Nacional, y desde que era muy pequeña lo acompañaba con frecuencia cuando había carreras. Los ciclistas solían ser en esos años chicos de pueblo, que luchaban por salir de la miseria. En la bicicleta, especialmente cuando escalaban aquellos puertos interminables, parecían héroes, pero finalizada la carrera se transformaban en pobres muchachos sudorosos y sucios, que cuando los periodistas se acercaban a preguntarles apenas sabían expresarse. Era como si ese esfuerzo sobrehumano que habían hecho no hubiera servido para nada.

Carmen pasó por una de esas fases en que las jóvenes no saben qué hacer con su vida. Era muy guapa y los hombres iban tras ella como esos perros de caza que husmean el rastro de sus presas. A Carmen no le gustaba ninguno, eran como pavos reales extendiendo sus colas, mostrando sus ropas de marca, sus coches, lo satisfechos que estaban de sus trabajos, sus apellidos y su dinero. Aun así, se hizo novia de uno de ellos. Ya iban a casarse cuando pasó algo que todo lo cambió. Estaba decorando el piso donde iban a vivir, y les fueron a llevar un armario que acababan de comprar. No cabía por el ascensor, y tuvieron que subirlo con gran esfuerzo por las escaleras. Hacía mucho calor y los obreros sudaban copiosamente. La sorprendió su determinación, la belleza de sus torsos apenas cubiertos por camisetas, sus miembros brillantes por el sudor, que se entregaran a aquella tarea brutal sin protestar ni quejarse, sin muestra alguna de rencor hacia los que servían. Tenían la mansedumbre de los animales y al terminar estaban tan agotados que apenas podían hablar. Fue a la cocina para llevarles algo de beber, y a su regreso se fijó en el más joven. Tenía el semblante de un niño y de sus ojos emanaba esa misteriosa estupefacción con que las caballerías miran a los hombres, como si en cualquier momento pudiera salir de su boca un relincho. Y se preguntó qué sería trabajar en una casa que nunca sería suya, mirar aquellos cuartos y muebles sabiendo que

no podrían pertenecerle. Y sintió vergüenza de formar parte de una clase que se había apropiado de las riquezas del mundo para dejar a la inmensa mayoría de los que malvivían en él solo las migajas de su interminable banquete.

Mientras tanto, siguió contándome Carmen, aquel joven no dejaba de mirarla embrujado, temblando de deseo, como si la hubiera encontrado en un bosque, a orillas de un lago misterioso, y no supiera decir si era una muchacha real. Nadie la había mirado así, y se apartó temiendo que pudiera percibir la turbación que le había causado. Esa misma tarde le dijo a su novio que no se iba a casar con él. ¿Por qué?, le preguntó este perplejo, la boda se iba a celebrar en el plazo de un mes. Porque no te quiero lo suficiente, le contestó. Aunque lo que habría querido decirle era que lo hacía porque nunca la había mirado como el chico que le trajo el armario.

Y ahí se acabó esa historia, para empezar otra bien distinta: porque a partir de ese momento lo que buscaba en los hombres que se acercaban a ella era una mirada así. Y raras veces la encontraba en los jóvenes que pertenecían a su entorno. Estaban demasiado ocupados en sí mismos, en la presencia propia. Veía esa mirada en los dependientes de las tiendas, en los camareros sin experiencia, en los jóvenes operarios que iban a casa a arreglar algo. La veía en los soldados que por la calle se acercaban a las jóvenes como niños orgullosos de sus uniformes, en los albañiles que alertados por sus voces y risas se asomaban a los andamios para verlas pasar, en los aprendices que en las verbenas las buscaban para invitarlas a bailar, y ellas les decían que sí. Las miraban llenos de gratitud, como si estuvieran pensando que bailar con una muchacha hermosa era una gracia que tal vez se obtenía una sola vez en la vida. El mundo estaba lleno de varones jóvenes que solo vivían para esperar que ellas les hicieran caso y les entregaran su amor.

Y se le ocurrió la idea de poner la agencia de azafatas, continuó Carmen. Fue algo inesperado, ya que nunca había pensado verse envuelta en una locura semejante. Sucedió que un día asistió con su padre al final de una de las etapas de una vuelta ciclista, de la que él era el director. Los ciclistas habían tenido que subir un puerto muy duro, y el ganador era un chico enjuto, negro y pequeño como una aceituna, que estaba tan emocionado que cuando los periodistas quisieron entrevistarle se puso a tartamudear como si aquel esfuerzo le hubiera privado de la palabra. Y ella se acordó del chico del armario, y que había en sus ojos una mirada como la

suya. La mirada de un animal que tras abandonar su madriguera, contemplara maravillado y temeroso el mundo nuevo en que se encuentra. Pero al entregarle el trofeo el encanto desapareció. Lo hizo una chica que se comportó como si fuera a ella a quien perteneciera ese momento de gloria, y no a aquel pobre muchacho que apenas la llegaba a los hombros y que estaba tan nervioso que se le cayó el trofeo de las manos causando la hilaridad de todos, entre ellos la de la chica que se lo había dado.

Ya en casa, Carmen le dijo a su padre que le había parecido irritante el comportamiento de aquella imbécil y que no podía entender como una profesional se había portado así, dejando en ridículo al pobre muchacho. Su padre le salió entonces con una propuesta inesperada. Y por qué no te ocupas tú, le dijo. ¿Ocuparme de qué?, le contestó. De enseñarles a esas chicas cómo se deben comportar. No entiendo, ¿por qué tendría que hacer algo así? Porque serías tú quien las habría contratado. Y le propuso que pusiera una agencia de azafatas para hacer de madrinas en las vueltas ciclistas. Ella se quedó perpleja. En ese tiempo andaba perdida, sin saber qué hacer con su vida. Había terminado la carrera de Lenguas Clásicas hacía ya varios años, pero no le gustaba la enseñanza y desde que había abandonado la facultad no había hecho nada de interés. Y para colmo había dejado plantado a su novio unas semanas antes de la boda, ya con el piso puesto. Todo andaba mal en ella, como si estuviera esperando que algo comenzara o que terminara de una vez. Se miraba en el espejo y no se reconocía. Y su padre, que conocía su situación, le dijo que lo viera como una forma de estar entretenida un tiempo, hasta que tomara una decisión acerca de lo que iba a hacer con su vida. Incluso podría hacerse con unos buenos ahorros, ya que el ciclismo empezaba a mover dinero, y aquel ritual, el de una chica guapa ejerciendo de madrina del vencedor, era algo que todos deseaban ver.

Ella se echó a reír. ¿Para eso había hecho una carrera universitaria?, le dijo divertida, ¿para terminar dirigiendo una agencia de hadas madrinas? No volvieron a hablar del tema, hasta que unos días después, al acompañarla a la estación, su padre volvió a la carga y le pidió que no echara en saco roto su propuesta. Era una excelente idea, y como presidente de la federación ciclista estaba en condiciones de asegurarle que no le faltaría trabajo. Aquel era un tiempo en que una buena parte de los asuntos laborales se dirimían en el mundo silencioso de las influencias y los afectos familiares. Ya en el tren se acordó del pobre ciclista y de la forma

humillante en que aquella chica presuntuosa lo había tratado al entregarle el ramo de flores, y al llegar a su casa llamó a su padre para decirle que pondría esa agencia. Era como si se lo debiera al chico del armario.

La vuelta ciclista a España estaba a punto de comenzar, y se entregó en cuerpo y alma a la tarea de seleccionar a las chicas que serían madrinas de los ciclistas, lo hizo poniendo un anuncio en la prensa y entrevistando personalmente a las que respondieron. Para explicarles lo que debían hacer se acordó de sus clases de griego en la facultad y de una profesora que la había conmovido al hablarles de la *Odisea*. Varias de aquellas clases se las dio al aire libre, pues era en contacto con el mundo natural como a los griegos les gustaba filosofar y hablar de los dioses y de los héroes. Y entre todas las clases que les dio en los jardines que rodeaban la facultad, y que ellos y ellas escuchaban sentados junto a los árboles que dejaban caer su espesa sombra sobre la hierba, fue una la que acudió a su pensamiento. Aquella en la que su profesora les comentó la escena del encuentro en la playa de Nausícaa, la hija de Alcínoo, rey de los feacios, y sus compañeras, con Odiseo. Nausícaa sueña una noche, por inspiración de Atenea, que debe ir al río a lavar su ropa y la de sus hermanos, y acude a hacerlo a la mañana siguiente en compañía de sus sirvientas. Mientras esperan que se seque la ropa, se entretienen jugando a la pelota. Odiseo, que está dormido tras unos matorrales, se despierta con sus gritos. Su barco ha naufragado a su regreso de la isla de Calipso y han muerto todos sus compañeros. Él mismo ha estado a punto de ahogarse y se ha visto obligado a permanecer varios días flotando a la deriva en el mar, hasta llegar a la costa donde le encuentran Nausícaa y sus sirvientas. Está desnudo y, apenas cubierto con una rama, sale aturdido al encuentro de las muchachas que, asustadas por su aspecto, huyen despavoridas. Todas menos Nausícaa que lo socorre y le enseña el camino a la ciudad. Su padre, el rey Alcínoo, lo recibe con los honores de un héroe, y esa noche, después del banquete de bienvenida, Odiseo cuenta a los feacios sus aventuras por el mar. Más tarde, conmovidos por su relato, estos pondrán a su disposición el barco en el que regresará a Ítaca.

Fue ese mismo pasaje el que Carmen les contó a sus chicas esa tarde, para mostrarles cómo deberían comportarse con los muchachos que finalizada la etapa tendrían que honrar con sus ramos de flores. Era como si también ellos vinieran de ese mundo del mito, que era el mundo de la desigualdad, donde Odiseo se había encontrado con los lotófagos y los cíclopes, y había sido víctima de la lujuriosa Circe, al mundo en que

estaban ellas, que era el mundo de la razón, el lenguaje y del encuentro con los iguales.

¿Y de verdad crees que entendían lo que les querías decir?, le pregunté a Carmen, divertida, pues me encantaba lo loca que estaba. Bueno, quién sabe, me contestó. Pero yo seguía en mis trece y cuando les llegaba el momento de entregar el ramo de flores invariablemente les pedía que recordaran a Nausícaa y a sus amigas en la playa. Y debo reconocer, añadió con una expresión de desafío y de triunfo, que con algo de esa historia se debieron quedar, ya que todos estaban encantados con nosotras y muy pronto nos empezaron a llover los contratos. Es como dar de comer ciruelas a un niño, les repetía a las chicas una y otra vez, y esperar que su cara se llene de luz. Nausícaa lo había hecho con Odiseo, y era lo que ellas debían hacer con aquellos pobres muchachos.

Carmen me contó todo esto mientras contemplábamos desde su casa el atardecer. Estábamos en el patio y yo la ayudaba a ordenar recortes de revistas con recetas de cocina. A lo lejos, perdiéndose en el horizonte, se veían campos de cereales sobre campos de cereales. Y de repente tuve la impresión de que no estábamos solas, sino que aquel lugar estaba lleno de huéspedes invisibles que acudían silenciosos a escucharnos, como si el banquete en que Odiseo había contado su historia se siguiera celebrando en el mundo siempre que dos o más personas se sentaran a hablar.

Años después, continuó Carmen, visité a esa profesora en la facultad. Estaba muy delgada, y mientras hablaban encendía un pitillo tras otro. Le dijo lo feliz que había sido escuchando sus clases y terminaron hablando de Nausícaa y de la escena de la playa. Pocos dan importancia a esa escena, le dijo, y era una de las más importantes de la *Odisea*. Nausícaa y sus amigas eran las encargadas de conducir al héroe del mundo mudo del mito al mundo de la historia. Las que le hacían hablar. Ese era el verdadero tema del libro, no las grandes hazañas del héroe, tomadas en definitiva de otros episodios del mundo del mito, sino el de su vuelta a casa. Vuelta que Homero, en un hallazgo de sublime perspicacia, le hace realizar a Odiseo dormido. Los feacios llegan a las costas de Ítaca cuando este aún reposa en la cubierta del barco y, al depositarle inconsciente en la costa, están equiparando el mundo del que procede, y en el que han tenido lugar sus aventuras, con el mundo del sueño. Era su forma de decirles que para que Odiseo pudiera recuperar su humanidad perdida tenía que renunciar a esa fuerza polivalente, polimorfa del mito, que le equiparaba a los animales y a

las fuerzas de la naturaleza; pero también que ese mundo seguiría existiendo en sus sueños. Y que a partir de entonces tendría que viajar a esos sueños para seguir alimentando la llama insaciable de la vida.

Siguieron hablando un buen rato y antes de despedirse, pues pronto empezaba una de sus clases, su profesora le preguntó que en qué andaba. Le dijo que en nada especial y que, a pesar de haber terminado hace tiempo la carrera, iba de aquí para allá sin saber qué hacer con su vida. Y se acordó de una frase que había oído decir a un pintor famoso. Es durísimo mirarse en un espejo. No se ve nada. La verdad es que no sé qué quiero ni qué ando buscando. Eso da igual, le dijo ella. Lo único importante es amar el mundo en que te despiertas cada mañana. Unos meses después entendió el sentido exacto de la frase al enterarse de que su profesora acababa de morir de un cáncer, y que cuando habían estado juntas ya sabía que estaba muy enferma. No podía pensar en ella como alguien que hubiera muerto. Era tan diferente a las otras personas que conocía que se diría que nunca había pertenecido al mismo mundo que ellas y se hubiera limitado a regresar discretamente al suyo. Vive oculto, había escrito Epicuro.

Carmen también es especial y de ello da prueba el que les hable de Nausícaa y de sus amigas a las chicas de su agencia. Me pregunto qué pensarán ellas cuando lo hace. Viven en mundos tan distintos. Ellas encuentran a sus amigos en medio del barullo y el ruido de las discotecas, y Carmen espera ver aparecer al suyo en una barca arrastrada por hermosos cines blancos, en medio del silencio. Que sea como Lohengrin, alguien que le oculta su nombre, que llegue con una herida que solo ella puede curar. Supongo que yo también espero algo semejante, y así nos va a las dos. No quiero imaginarme las cosas que dirán sus chicas cuando no las oye. Seguro que se mean de risa, como dirían ellas. No, no somos así, por mucho que me gusten las jóvenes y disfrute con lo atrevidas que son y las ganas que tienen de vivir. El otro día en Madrid, vi una escena que me divirtió. Estaba en una cafetería y dos chicas entraron corriendo buscando el servicio. Una de ellas llevaba un vestido blanco y al venirle la regla se lo había manchado por detrás. Iban riéndose, como si eso que les pasaba no las avergonzara, como nos sucedía a nosotras. Esa sangre era nuestro secreto. No, ni Carmen ni yo somos como ellas, pertenecemos a un mundo que ya no existe. Un mundo en que las mujeres soñaban con náufragos que se llevaban a sus casas para lavarlos y darles de comer. Y que luego les contaran su historia.

No digo que ese mundo esté bien, porque no es justo que siempre

tengamos que ser nosotras las encargadas de que se cumplan los sueños de nuestros amantes. ¿Acaso quieren ellos que se cumplan los nuestros, se molestan al menos en conocerlos? Nausícaa y sus amigas, ¿qué pensaban?, ¿por qué en ese libro que todos bendicen con razón, pues pocos hay más hermosos, apenas se habla de ellas? Aún más, ¿conoce alguien la historia de Bronwyn, su historia antes de la escena de la laguna? ¿Cómo era su vida en el bosque cuando en compañía de las otras jóvenes adoraba a los árboles y se bebía la sangre de las palomas? ¿Por qué abandonaban el poblado las noches de luna llena para buscar la compañía de los lobos? ¿Conocemos lo que Bronwyn pensó cuando, al final de la película, el Señor la Guerra la deja sola con los frisios como quien se desembaraza de una carga tan dulce como inoportuna? ¿Acaso le ha importado a alguien alguna vez su corazón roto?

7 de junio, noche. Conversaciones con el fantasma

Dime, Roco, ¿también tú me vas a abandonar? ¿Por eso vienes a verme solo cuando estoy dormida? ¿Lo haces para que no pueda hacerme ilusiones contigo y me dé por retenerte a mi lado? Pero, aunque tuviera poder para hacerlo, ¿cómo iba a querer algo así? ¿Tratarías de retener a ese ciervo que en el monte surge de improviso de los matorrales y te mira un instante antes de desaparecer? No, solo le pedirías que se quedara un poco más. Es lo que te pido yo. Porque sé que entras en casa cuando llega la noche, que esperas a que esté dormida para que no me dé cuenta. ¿Por qué lo haces?, ¿qué quieres de mí? ¿Mi corazón? Pero ¿una persona dormida es dueña de su corazón? Y si no es dueña, ¿cómo lo puede dar? ¿O no es a mí a quien buscas y lo que quieres es robar? En ese caso, no hace falta que vengas a escondidas de noche, yo te dejaría entrar. Fingiría, si eso es lo que quieres, que no me doy cuenta, para que pudieras merodear libremente por la casa en busca de tu botín. No hay aquí nada valioso, ya te lo digo: una cadenita de oro con la mano de Fátima, que papá me trajo de Marruecos; unos pendientes que heredé de la abuela; el reloj que me regalaron cuando terminé la carrera, y que debe ser lo que vale más. Pero ¿para qué quieres un reloj si para ti el tiempo no existe y hasta confundes el día con la noche?

Y si es a mí a quien buscas y lo que quieres son mis besos, ¿por qué no

vienes a buscarlos como los otros amantes y llamas a mi puerta para que te los pueda dar? ¿No te das cuenta de cuánto me gustaría correr a abrirle nerviosa y refugiarme en tus brazos para, embriagada de amor, buscar tu boca con la mía? Qué extraños son los besos, ¿verdad? Que una cosa tan pueril cause esos estragos en nuestro corazón. Qué extraño que la misma boca que habla y come sea la boca que los da, que en esa boca, palabras, alimentos y besos se confundan. ¿Pero no es eso lo que desean los amantes, comerse el uno al otro? ¿Te imaginas que lo hicieran realmente y que un día, al entrar en su casa, lo que encontraran sus amigos fueran sus dos esqueletos blancos, relucientes de tanto lamerse, como los colmillos de los elefantes? Qué cosas se me ocurren, ¿verdad? Es lo que pasa cuando te enamoras, que te transformas en un bobo. Alguien que se da contra las paredes, que se pone las ropas al revés, que ni siquiera sabe decir cómo se llama. A la gente le da por hablar de lo doloroso que es el amor, pero es la cosa más graciosa que existe, la que más tonterías nos mueve a hacer. ¿Es eso lo que te pasa a ti, y si vienes a verme a escondidas es porque me amas y no sabes lo que haces, que es entonces como si te pusieras a comer sopa con el tenedor o te confundieras de puerta y en vez de salir a la calle terminaras dentro del armario? Pero ¿no ves lo injusto que es que mientras tú puedes verme yo no pueda verte a ti? ¿Es así como me quieres? ¿Dormida? Una virgen, una muchacha pura acostada en la cama con su camisón blanco, ¿es eso lo que deseas encontrar? Para qué, ¿para corromperme? Y si te dijera que también yo quiero ser corrompida y que si finjo estar dormida es para escuchar de tus labios esas palabras obscenas que tanto os gusta decir. En tu idioma, en aquel país en que vivías antes de llegar al nuestro, ¿había palabras así? ¿Me enseñarás a decirlas?

¿Sabes? En el Museo del Prado hay un cuadro titulado Dánae recibiendo la lluvia de oro. *Dánae era una joven a la que su padre encerró en una celda de bronce donde nadie la pudiera ver, porque el oráculo le había dicho que sería asesinado por un hijo suyo. Pero Zeus quiso poseerla, y se transformó en una lluvia de oro que cayó sobre ella dejándola embarazada. ¿El amor es esa lluvia de oro? Conviérteme en belleza, es lo que Dánae le está pidiendo a su amante divino en ese cuadro. ¿Sabes que desde que te conozco me paso los días mirándome en cada espejo que encuentro? ¿Eres tú quien me dice que lo haga? Recuerdo una canción francesa que me gustaba mucho de cría. Era de una chica que iba al baile con su vestido nuevo para encontrarse con su amigo, y a la que el*

amor que sentía por él la hacía sentirse la más bella del baile. Ce soir je serai el plus belle pour aller danser*, decía ella en esa canción. ¿Es así como queréis que nos sintamos, las más bellas solo porque vosotros, los señores de este mundo, nos habéis elegido? ¿Por eso habéis inventado todos esos vestidos, esas prendas preciosas para que las llevemos ante vosotros? Tal ha sido vuestro callado trabajo desde que somos niñas, convencernos de que hemos venido al mundo para alegraros los ojos, y lo habéis hecho tan bien que hasta habéis conseguido que pensemos que son nuestros deseos y no los vuestros los que estamos cumpliendo. Dejáis que el pelo de vuestras hijas crezca en vez de cortárselo como hacéis con el de vuestros hijos varones, y lo llenáis de diademas y adornos que las hacen gritar de placer. Pero se trata solo de unas niñas, ¿no os dais cuenta de que esos adornos las vuelven locas y que a partir de ese momento solo vivirán pendientes de la aprobación de los demás? ¿Qué os pasa?, ¿por qué hacéis algo así? ¿Es porque os acordáis de vuestras madres y queréis que ocupemos su lugar? ¿Por eso os gustan tanto nuestros pechos y queréis chuparlos y lamerlos, porque os recuerdan los suyos llenos de leche? Pero a nosotras ¿qué nos queda? ¿Jugar eternamente con un niño? Aún más ¿qué pasa si al enamorarnos queremos ser niñas también? ¿Qué será de esa pareja de pequeños amantes? ¿Un niño y una niña pueden vivir solos sin que nadie se ocupe de ellos?*

Recuerdo un cuento que me contaba papá. Trataba de un caballero que llega a un castillo misterioso, un lugar que es una trampa. Los seres que llegan a ese castillo creen ver en sus corredores la figura de la mujer amada, de un enemigo inalcanzable, de un caballo robado, de todo lo que han perdido en el mundo, pero cuando entran en busca de todo eso ya no lo pueden abandonar. ¿Por eso vienes a verme por las noches, cuando estoy dormida? ¿Es porque no quieres que te diga que en ese castillo no son tus sueños los que vas a encontrar sino a mí? ¿Es el amor un lugar de encantamiento, no de visión? Yo creo que no, que su misión es deshacer los hechizos. Fue lo que hizo Bronwyn. El Señor de la Guerra estaba hechizado en su torre por ideas tan vagas e inútiles como el deber, el honor o la cristiandad, y ella emergió de la laguna para devolverle la libertad.

Verás, aquella canción de la que antes te hablé, no es tan tonta como parece. Hay que oírla hasta el final, y saber un poco de francés para entenderla. Yo la conocí a través de una amiga con la estuve un verano en San Juan de Luz. Se llamaba Pauline y era muy linda. Nos sabíamos la

canción de memoria y la cantábamos sin cesar en la playa. Su letra habla de una chica que se prepara para ir a bailar con el chico que le gusta. Será la más tierna y llevará su mejor vestido, porque esa es la noche con la que ha estado soñando toda la vida. Pero a la vez quiere conocer la pasión del primer beso, que su vestido se arrugue y ensucie por los abrazos y caricias que espera, y que su pelo se despeine entre las manos del chico que ama. Y nosotras queríamos que nos sucediera lo mismo que a ella. Llevar un vestido como el suyo para ser admiradas, pero sobre todo para verlo arder. Ese era nuestro verdadero deseo.

10 de junio. Un paseo por el campo

Ayer subí hasta el monasterio para ver al hermano Lesmes, que anda con bronquitis. No era gran cosa, y después de auscultarle y recetarle un jarabe, me llevó a su pequeño museo de insectos para enseñármelo. Fingía estar interesada por lo que me mostraba, pero en realidad a cada poco perdía el hilo de sus explicaciones para volver la mirada a la puerta esperando que Roco pudiera aparecer. El hermano comenzó su colección en Iquitos, Perú, donde estuvo destinado. Regresó a España cargado con sus insectos, y desde entonces cada cierto tiempo recibe envíos de allá. La colección tiene ahora más de diez mil ejemplares y son muchos los que visitan la Santa Espina para verla. Me contó que el monasterio había sido una escuela para niños huérfanos. Tras la desamortización, el complejo fue adquirido por un noble y encomendado a los hermanos de la Salle. En los años cincuenta el omnipresente Cavestany expropió la finca y transformó el edificio en la Escuela de Capacitación Agraria. También fundó por la zona poblados de colonización para el cultivo de las tierras, y un complejo sistema de acequias y artesas para el riego.

En la actualidad reciben chicos de todos los rincones de España y de otros países europeos. Hace unos años muchos venían de Guinea Ecuatorial y aprendían a formarse como agricultores. La finca tiene cien hectáreas protegidas por una muralla de cuatro kilómetros que evita los robos de los pueblos cercanos. Hay una huerta, apriscos para las ovejas, vaquerías e invernaderos. También tiene a su cargo los molinos con los que proveen de agua las tierras de los alrededores. El pantano de la Santa Espina, que recoge las aguas cansinas del río Bajoz, forma parte de ese complejo, con el

que el ínclito Cavestany pretendió modernizar el campo, transformando en tierras de regadío aquellos áridos montes

Estuvimos paseando por el campo. El hermano Lesmes es muy aficionado a la botánica y me fue diciendo los nombres y propiedades de las plantas que nos encontrábamos. El cardo cardador, que guarda en su base un pequeño depósito de agua al que bajan a beber los jilgueros, y cuyos frutos forrados de espinas se utilizaron en otro tiempo para cardar la lana; la badana, de cuyas grandes hojas se servía la gente el campo para limpiarse tras hacer sus necesidades; el barbasco, que los niños utilizan para pescar, pues sus semillas tóxicas atontan a los peces; la rubia tictaria, de cuyas raíces se sacó el tinte para la lana, y los paños, y que durante muchos años tuvo un gran aprovechamiento industrial; el beleño, que en tiempos aún más remotos servía para adormecer a los reos y que así no sufrieran tanto cuando los quemaban en la hoguera.

7 de junio. La agencia de azafatas

Es sábado por mañana y, como hoy no trabajo, ayer estuve en la posada con Carmen hablando hasta las tantas. Carmen no deja de sorprenderme. Es como esas adolescentes que llegan pronto a casa para alivio de sus padres, y que cuando estos creen dormidita en su cuarto resulta que se han escapado por la ventana y andan por los tejados en busca vete a saber de qué.

Ayer nos dio por hablar de su agencia de azafatas. Fui yo quien sacó el tema riéndome, ya que no entendía qué la había llevado a fundar algo tan extravagante. Y me lo estuvo contando. Su padre siempre estuvo vinculado al mundo del ciclismo, tuvo cargos en la Federación Nacional, y desde que era muy pequeña lo acompañaba con frecuencia cuando había carreras. Los ciclistas solían ser en esos años chicos de pueblo, que luchaban por salir de la miseria. En la bicicleta, especialmente cuando escalaban aquellos puertos interminables, parecían héroes, pero finalizada la carrera se transformaban en pobres muchachos sudorosos y sucios, que cuando los periodistas se acercaban a preguntarles apenas sabían expresarse. Era como si ese esfuerzo sobrehumano que habían hecho no hubiera servido para nada.

Carmen pasó por una de esas fases en que las jóvenes no saben qué hacer con su vida. Era muy guapa y los hombres iban tras ella como esos perros de caza que husmean el rastro de sus presas. A Carmen no le gustaba ninguno, eran como pavos reales extendiendo sus colas, mostrando sus ropas de marca, sus coches, lo satisfechos que estaban de sus trabajos, sus apellidos y su dinero. Aun así, se hizo novia de uno de ellos. Ya iban a casarse cuando pasó algo que todo lo cambió. Estaba decorando el piso donde iban a vivir, y les fueron a llevar un armario que acababan de comprar. No cabía por el ascensor, y tuvieron que subirlo con gran esfuerzo por las escaleras. Hacía mucho calor y los obreros sudaban copiosamente. La sorprendió su determinación, la belleza de sus torsos apenas cubiertos por camisetas, sus miembros brillantes por el sudor, que se entregaran a aquella tarea brutal sin protestar ni quejarse, sin muestra alguna de rencor hacia los que servían. Tenían la mansedumbre de los animales y al terminar estaban tan agotados que apenas podían hablar. Fue a la cocina para llevarles algo de beber, y a su regreso se fijó en el más joven. Tenía el semblante de un niño y de sus ojos emanaba esa misteriosa estupefacción con que las caballerías miran a los hombres, como si en cualquier momento pudiera salir de su boca un relincho. Y se preguntó qué sería trabajar en una casa que nunca sería suya, mirar aquellos cuartos y muebles sabiendo que

no podrían pertenecerle. Y sintió vergüenza de formar parte de una clase que se había apropiado de las riquezas del mundo para dejar a la inmensa mayoría de los que malvivían en él solo las migajas de su interminable banquete.

Mientras tanto, siguió contándome Carmen, aquel joven no dejaba de mirarla embrujado, temblando de deseo, como si la hubiera encontrado en un bosque, a orillas de un lago misterioso, y no supiera decir si era una muchacha real. Nadie la había mirado así, y se apartó temiendo que pudiera percibir la turbación que le había causado. Esa misma tarde le dijo a su novio que no se iba a casar con él. ¿Por qué?, le preguntó este perplejo, la boda se iba a celebrar en el plazo de un mes. Porque no te quiero lo suficiente, le contestó. Aunque lo que habría querido decirle era que lo hacía porque nunca la había mirado como el chico que le trajo el armario.

Y ahí se acabó esa historia, para empezar otra bien distinta: porque a partir de ese momento lo que buscaba en los hombres que se acercaban a ella era una mirada así. Y raras veces la encontraba en los jóvenes que pertenecían a su entorno. Estaban demasiado ocupados en sí mismos, en la presencia propia. Veía esa mirada en los dependientes de las tiendas, en los camareros sin experiencia, en los jóvenes operarios que iban a casa a arreglar algo. La veía en los soldados que por la calle se acercaban a las jóvenes como niños orgullosos de sus uniformes, en los albañiles que alertados por sus voces y risas se asomaban a los andamios para verlas pasar, en los aprendices que en las verbenas las buscaban para invitarlas a bailar, y ellas les decían que sí. Las miraban llenos de gratitud, como si estuvieran pensando que bailar con una muchacha hermosa era una gracia que tal vez se obtenía una sola vez en la vida. El mundo estaba lleno de varones jóvenes que solo vivían para esperar que ellas les hicieran caso y les entregaran su amor.

Y se le ocurrió la idea de poner la agencia de azafatas, continuó Carmen. Fue algo inesperado, ya que nunca había pensado verse envuelta en una locura semejante. Sucedió que un día asistió con su padre al final de una de las etapas de una vuelta ciclista, de la que él era el director. Los ciclistas habían tenido que subir un puerto muy duro, y el ganador era un chico enjuto, negro y pequeño como una aceituna, que estaba tan emocionado que cuando los periodistas quisieron entrevistarle se puso a tartamudear como si aquel esfuerzo le hubiera privado de la palabra. Y ella se acordó del chico del armario, y que había en sus ojos una mirada como la

suya. La mirada de un animal que tras abandonar su madriguera, contemplara maravillado y temeroso el mundo nuevo en que se encuentra. Pero al entregarle el trofeo el encanto desapareció. Lo hizo una chica que se comportó como si fuera a ella a quien perteneciera ese momento de gloria, y no a aquel pobre muchacho que apenas la llegaba a los hombros y que estaba tan nervioso que se le cayó el trofeo de las manos causando la hilaridad de todos, entre ellos la de la chica que se lo había dado.

Ya en casa, Carmen le dijo a su padre que le había parecido irritante el comportamiento de aquella imbécil y que no podía entender como una profesional se había portado así, dejando en ridículo al pobre muchacho. Su padre le salió entonces con una propuesta inesperada. Y por qué no te ocupas tú, le dijo. ¿Ocuparme de qué?, le contestó. De enseñarles a esas chicas cómo se deben comportar. No entiendo, ¿por qué tendría que hacer algo así? Porque serías tú quien las habría contratado. Y le propuso que pusiera una agencia de azafatas para hacer de madrinas en las vueltas ciclistas. Ella se quedó perpleja. En ese tiempo andaba perdida, sin saber qué hacer con su vida. Había terminado la carrera de Lenguas Clásicas hacía ya varios años, pero no le gustaba la enseñanza y desde que había abandonado la facultad no había hecho nada de interés. Y para colmo había dejado plantado a su novio unas semanas antes de la boda, ya con el piso puesto. Todo andaba mal en ella, como si estuviera esperando que algo comenzara o que terminara de una vez. Se miraba en el espejo y no se reconocía. Y su padre, que conocía su situación, le dijo que lo viera como una forma de estar entretenida un tiempo, hasta que tomara una decisión acerca de lo que iba a hacer con su vida. Incluso podría hacerse con unos buenos ahorros, ya que el ciclismo empezaba a mover dinero, y aquel ritual, el de una chica guapa ejerciendo de madrina del vencedor, era algo que todos deseaban ver.

Ella se echó a reír. ¿Para eso había hecho una carrera universitaria?, le dijo divertida, ¿para terminar dirigiendo una agencia de hadas madrinas? No volvieron a hablar del tema, hasta que unos días después, al acompañarla a la estación, su padre volvió a la carga y le pidió que no echara en saco roto su propuesta. Era una excelente idea, y como presidente de la federación ciclista estaba en condiciones de asegurarle que no le faltaría trabajo. Aquel era un tiempo en que una buena parte de los asuntos laborales se dirimían en el mundo silencioso de las influencias y los afectos familiares. Ya en el tren se acordó del pobre ciclista y de la forma

humillante en que aquella chica presuntuosa lo había tratado al entregarle el ramo de flores, y al llegar a su casa llamó a su padre para decirle que pondría esa agencia. Era como si se lo debiera al chico del armario.

La vuelta ciclista a España estaba a punto de comenzar, y se entregó en cuerpo y alma a la tarea de seleccionar a las chicas que serían madrinas de los ciclistas, lo hizo poniendo un anuncio en la prensa y entrevistando personalmente a las que respondieron. Para explicarles lo que debían hacer se acordó de sus clases de griego en la facultad y de una profesora que la había conmovido al hablarles de la *Odisea*. Varias de aquellas clases se las dio al aire libre, pues era en contacto con el mundo natural como a los griegos les gustaba filosofar y hablar de los dioses y de los héroes. Y entre todas las clases que les dio en los jardines que rodeaban la facultad, y que ellos y ellas escuchaban sentados junto a los árboles que dejaban caer su espesa sombra sobre la hierba, fue una la que acudió a su pensamiento. Aquella en la que su profesora les comentó la escena del encuentro en la playa de Nausícaa, la hija de Alcínoo, rey de los feacios, y sus compañeras, con Odiseo. Nausícaa sueña una noche, por inspiración de Atenea, que debe ir al río a lavar su ropa y la de sus hermanos, y acude a hacerlo a la mañana siguiente en compañía de sus sirvientas. Mientras esperan que se seque la ropa, se entretienen jugando a la pelota. Odiseo, que está dormido tras unos matorrales, se despierta con sus gritos. Su barco ha naufragado a su regreso de la isla de Calipso y han muerto todos sus compañeros. Él mismo ha estado a punto de ahogarse y se ha visto obligado a permanecer varios días flotando a la deriva en el mar, hasta llegar a la costa donde le encuentran Nausícaa y sus sirvientas. Está desnudo y, apenas cubierto con una rama, sale aturdido al encuentro de las muchachas que, asustadas por su aspecto, huyen despavoridas. Todas menos Nausícaa que lo socorre y le enseña el camino a la ciudad. Su padre, el rey Alcínoo, lo recibe con los honores de un héroe, y esa noche, después del banquete de bienvenida, Odiseo cuenta a los feacios sus aventuras por el mar. Más tarde, conmovidos por su relato, estos pondrán a su disposición el barco en el que regresará a Ítaca.

Fue ese mismo pasaje el que Carmen les contó a sus chicas esa tarde, para mostrarles cómo deberían comportarse con los muchachos que finalizada la etapa tendrían que honrar con sus ramos de flores. Era como si también ellos vinieran de ese mundo del mito, que era el mundo de la desigualdad, donde Odiseo se había encontrado con los lotófagos y los cíclopes, y había sido víctima de la lujuriosa Circe, al mundo en que

estaban ellas, que era el mundo de la razón, el lenguaje y del encuentro con los iguales.

¿Y de verdad crees que entendían lo que les querías decir?, le pregunté a Carmen, divertida, pues me encantaba lo loca que estaba. Bueno, quién sabe, me contestó. Pero yo seguía en mis trece y cuando les llegaba el momento de entregar el ramo de flores invariablemente les pedía que recordaran a Nausícaa y a sus amigas en la playa. Y debo reconocer, añadió con una expresión de desafío y de triunfo, que con algo de esa historia se debieron quedar, ya que todos estaban encantados con nosotras y muy pronto nos empezaron a llover los contratos. Es como dar de comer ciruelas a un niño, les repetía a las chicas una y otra vez, y esperar que su cara se llene de luz. Nausícaa lo había hecho con Odiseo, y era lo que ellas debían hacer con aquellos pobres muchachos.

Carmen me contó todo esto mientras contemplábamos desde su casa el atardecer. Estábamos en el patio y yo la ayudaba a ordenar recortes de revistas con recetas de cocina. A lo lejos, perdiéndose en el horizonte, se veían campos de cereales sobre campos de cereales. Y de repente tuve la impresión de que no estábamos solas, sino que aquel lugar estaba lleno de huéspedes invisibles que acudían silenciosos a escucharnos, como si el banquete en que Odiseo había contado su historia se siguiera celebrando en el mundo siempre que dos o más personas se sentaran a hablar.

Años después, continuó Carmen, visité a esa profesora en la facultad. Estaba muy delgada, y mientras hablaban encendía un pitillo tras otro. Le dijo lo feliz que había sido escuchando sus clases y terminaron hablando de Nausícaa y de la escena de la playa. Pocos dan importancia a esa escena, le dijo, y era una de las más importantes de la *Odisea*. Nausícaa y sus amigas eran las encargadas de conducir al héroe del mundo mudo del mito al mundo de la historia. Las que le hacían hablar. Ese era el verdadero tema del libro, no las grandes hazañas del héroe, tomadas en definitiva de otros episodios del mundo del mito, sino el de su vuelta a casa. Vuelta que Homero, en un hallazgo de sublime perspicacia, le hace realizar a Odiseo dormido. Los feacios llegan a las costas de Ítaca cuando este aún reposa en la cubierta del barco y, al depositarle inconsciente en la costa, están equiparando el mundo del que procede, y en el que han tenido lugar sus aventuras, con el mundo del sueño. Era su forma de decirles que para que Odiseo pudiera recuperar su humanidad perdida tenía que renunciar a esa fuerza polivalente, polimorfa del mito, que le equiparaba a los animales y a

las fuerzas de la naturaleza; pero también que ese mundo seguiría existiendo en sus sueños. Y que a partir de entonces tendría que viajar a esos sueños para seguir alimentando la llama insaciable de la vida.

Siguieron hablando un buen rato y antes de despedirse, pues pronto empezaba una de sus clases, su profesora le preguntó que en qué andaba. Le dijo que en nada especial y que, a pesar de haber terminado hace tiempo la carrera, iba de aquí para allá sin saber qué hacer con su vida. Y se acordó de una frase que había oído decir a un pintor famoso. Es durísimo mirarse en un espejo. No se ve nada. La verdad es que no sé qué quiero ni qué ando buscando. Eso da igual, le dijo ella. Lo único importante es amar el mundo en que te despiertas cada mañana. Unos meses después entendió el sentido exacto de la frase al enterarse de que su profesora acababa de morir de un cáncer, y que cuando habían estado juntas ya sabía que estaba muy enferma. No podía pensar en ella como alguien que hubiera muerto. Era tan diferente a las otras personas que conocía que se diría que nunca había pertenecido al mismo mundo que ellas y se hubiera limitado a regresar discretamente al suyo. Vive oculto, había escrito Epicuro.

Carmen también es especial y de ello da prueba el que les hable de Nausícaa y de sus amigas a las chicas de su agencia. Me pregunto qué pensarán ellas cuando lo hace. Viven en mundos tan distintos. Ellas encuentran a sus amigos en medio del barullo y el ruido de las discotecas, y Carmen espera ver aparecer al suyo en una barca arrastrada por hermosos cines blancos, en medio del silencio. Que sea como Lohengrin, alguien que le oculta su nombre, que llegue con una herida que solo ella puede curar. Supongo que yo también espero algo semejante, y así nos va a las dos. No quiero imaginarme las cosas que dirán sus chicas cuando no las oye. Seguro que se mean de risa, como dirían ellas. No, no somos así, por mucho que me gusten las jóvenes y disfrute con lo atrevidas que son y las ganas que tienen de vivir. El otro día en Madrid, vi una escena que me divirtió. Estaba en una cafetería y dos chicas entraron corriendo buscando el servicio. Una de ellas llevaba un vestido blanco y al venirle la regla se lo había manchado por detrás. Iban riéndose, como si eso que les pasaba no las avergonzara, como nos sucedía a nosotras. Esa sangre era nuestro secreto. No, ni Carmen ni yo somos como ellas, pertenecemos a un mundo que ya no existe. Un mundo en que las mujeres soñaban con náufragos que se llevaban a sus casas para lavarlos y darles de comer. Y que luego les contaran su historia.

No digo que ese mundo esté bien, porque no es justo que siempre

tengamos que ser nosotras las encargadas de que se cumplan los sueños de nuestros amantes. ¿Acaso quieren ellos que se cumplan los nuestros, se molestan al menos en conocerlos? Nausícaa y sus amigas, ¿qué pensaban?, ¿por qué en ese libro que todos bendicen con razón, pues pocos hay más hermosos, apenas se habla de ellas? Aún más, ¿conoce alguien la historia de Bronwyn, su historia antes de la escena de la laguna? ¿Cómo era su vida en el bosque cuando en compañía de las otras jóvenes adoraba a los árboles y se bebía la sangre de las palomas? ¿Por qué abandonaban el poblado las noches de luna llena para buscar la compañía de los lobos? ¿Conocemos lo que Bronwyn pensó cuando, al final de la película, el Señor la Guerra la deja sola con los frisios como quien se desembaraza de una carga tan dulce como inoportuna? ¿Acaso le ha importado a alguien alguna vez su corazón roto?

7 de junio, noche. Conversaciones con el fantasma

Dime, Roco, ¿también tú me vas a abandonar? ¿Por eso vienes a verme solo cuando estoy dormida? ¿Lo haces para que no pueda hacerme ilusiones contigo y me dé por retenerte a mi lado? Pero, aunque tuviera poder para hacerlo, ¿cómo iba a querer algo así? ¿Tratarías de retener a ese ciervo que en el monte surge de improviso de los matorrales y te mira un instante antes de desaparecer? No, solo le pedirías que se quedara un poco más. Es lo que te pido yo. Porque sé que entras en casa cuando llega la noche, que esperas a que esté dormida para que no me dé cuenta. ¿Por qué lo haces?, ¿qué quieres de mí? ¿Mi corazón? Pero ¿una persona dormida es dueña de su corazón? Y si no es dueña, ¿cómo lo puede dar? ¿O no es a mí a quien buscas y lo que quieres es robar? En ese caso, no hace falta que vengas a escondidas de noche, yo te dejaría entrar. Fingiría, si eso es lo que quieres, que no me doy cuenta, para que pudieras merodear libremente por la casa en busca de tu botín. No hay aquí nada valioso, ya te lo digo: una cadenita de oro con la mano de Fátima, que papá me trajo de Marruecos; unos pendientes que heredé de la abuela; el reloj que me regalaron cuando terminé la carrera, y que debe ser lo que vale más. Pero ¿para qué quieres un reloj si para ti el tiempo no existe y hasta confundes el día con la noche?

Y si es a mí a quien buscas y lo que quieres son mis besos, ¿por qué no

vienes a buscarlos como los otros amantes y llamas a mi puerta para que te los pueda dar? ¿No te das cuenta de cuánto me gustaría correr a abrirle nerviosa y refugiarme en tus brazos para, embriagada de amor, buscar tu boca con la mía? Qué extraños son los besos, ¿verdad? Que una cosa tan pueril cause esos estragos en nuestro corazón. Qué extraño que la misma boca que habla y come sea la boca que los da, que en esa boca, palabras, alimentos y besos se confundan. ¿Pero no es eso lo que desean los amantes, comerse el uno al otro? ¿Te imaginas que lo hicieran realmente y que un día, al entrar en su casa, lo que encontraran sus amigos fueran sus dos esqueletos blancos, relucientes de tanto lamerse, como los colmillos de los elefantes? Qué cosas se me ocurren, ¿verdad? Es lo que pasa cuando te enamoras, que te transformas en un bobo. Alguien que se da contra las paredes, que se pone las ropas al revés, que ni siquiera sabe decir cómo se llama. A la gente le da por hablar de lo doloroso que es el amor, pero es la cosa más graciosa que existe, la que más tonterías nos mueve a hacer. ¿Es eso lo que te pasa a ti, y si vienes a verme a escondidas es porque me amas y no sabes lo que haces, que es entonces como si te pusieras a comer sopa con el tenedor o te confundieras de puerta y en vez de salir a la calle terminaras dentro del armario? Pero ¿no ves lo injusto que es que mientras tú puedes verme yo no pueda verte a ti? ¿Es así como me quieres? ¿Dormida? Una virgen, una muchacha pura acostada en la cama con su camisón blanco, ¿es eso lo que deseas encontrar? Para qué, ¿para corromperme? Y si te dijera que también yo quiero ser corrompida y que si finjo estar dormida es para escuchar de tus labios esas palabras obscenas que tanto os gusta decir. En tu idioma, en aquel país en que vivías antes de llegar al nuestro, ¿había palabras así? ¿Me enseñarás a decirlas?

¿Sabes? En el Museo del Prado hay un cuadro titulado Dánae recibiendo la lluvia de oro. *Dánae era una joven a la que su padre encerró en una celda de bronce donde nadie la pudiera ver, porque el oráculo le había dicho que sería asesinado por un hijo suyo. Pero Zeus quiso poseerla, y se transformó en una lluvia de oro que cayó sobre ella dejándola embarazada. ¿El amor es esa lluvia de oro? Conviérteme en belleza, es lo que Dánae le está pidiendo a su amante divino en ese cuadro. ¿Sabes que desde que te conozco me paso los días mirándome en cada espejo que encuentro? ¿Eres tú quien me dice que lo haga? Recuerdo una canción francesa que me gustaba mucho de cría. Era de una chica que iba al baile con su vestido nuevo para encontrarse con su amigo, y a la que el*

amor que sentía por él la hacía sentirse la más bella del baile. Ce soir je serai el plus belle pour aller danser*, decía ella en esa canción. ¿Es así como queréis que nos sintamos, las más bellas solo porque vosotros, los señores de este mundo, nos habéis elegido? ¿Por eso habéis inventado todos esos vestidos, esas prendas preciosas para que las llevemos ante vosotros? Tal ha sido vuestro callado trabajo desde que somos niñas, convencernos de que hemos venido al mundo para alegraros los ojos, y lo habéis hecho tan bien que hasta habéis conseguido que pensemos que son nuestros deseos y no los vuestros los que estamos cumpliendo. Dejáis que el pelo de vuestras hijas crezca en vez de cortárselo como hacéis con el de vuestros hijos varones, y lo llenáis de diademas y adornos que las hacen gritar de placer. Pero se trata solo de unas niñas, ¿no os dais cuenta de que esos adornos las vuelven locas y que a partir de ese momento solo vivirán pendientes de la aprobación de los demás? ¿Qué os pasa?, ¿por qué hacéis algo así? ¿Es porque os acordáis de vuestras madres y queréis que ocupemos su lugar? ¿Por eso os gustan tanto nuestros pechos y queréis chuparlos y lamerlos, porque os recuerdan los suyos llenos de leche? Pero a nosotras ¿qué nos queda? ¿Jugar eternamente con un niño? Aún más ¿qué pasa si al enamorarnos queremos ser niñas también? ¿Qué será de esa pareja de pequeños amantes? ¿Un niño y una niña pueden vivir solos sin que nadie se ocupe de ellos?*

Recuerdo un cuento que me contaba papá. Trataba de un caballero que llega a un castillo misterioso, un lugar que es una trampa. Los seres que llegan a ese castillo creen ver en sus corredores la figura de la mujer amada, de un enemigo inalcanzable, de un caballo robado, de todo lo que han perdido en el mundo, pero cuando entran en busca de todo eso ya no lo pueden abandonar. ¿Por eso vienes a verme por las noches, cuando estoy dormida? ¿Es porque no quieres que te diga que en ese castillo no son tus sueños los que vas a encontrar sino a mí? ¿Es el amor un lugar de encantamiento, no de visión? Yo creo que no, que su misión es deshacer los hechizos. Fue lo que hizo Bronwyn. El Señor de la Guerra estaba hechizado en su torre por ideas tan vagas e inútiles como el deber, el honor o la cristiandad, y ella emergió de la laguna para devolverle la libertad.

Verás, aquella canción de la que antes te hablé, no es tan tonta como parece. Hay que oírla hasta el final, y saber un poco de francés para entenderla. Yo la conocí a través de una amiga con la estuve un verano en San Juan de Luz. Se llamaba Pauline y era muy linda. Nos sabíamos la

canción de memoria y la cantábamos sin cesar en la playa. Su letra habla de una chica que se prepara para ir a bailar con el chico que le gusta. Será la más tierna y llevará su mejor vestido, porque esa es la noche con la que ha estado soñando toda la vida. Pero a la vez quiere conocer la pasión del primer beso, que su vestido se arrugue y ensucie por los abrazos y caricias que espera, y que su pelo se despeine entre las manos del chico que ama. Y nosotras queríamos que nos sucediera lo mismo que a ella. Llevar un vestido como el suyo para ser admiradas, pero sobre todo para verlo arder. Ese era nuestro verdadero deseo.

10 de junio. Un paseo por el campo

Ayer subí hasta el monasterio para ver al hermano Lesmes, que anda con bronquitis. No era gran cosa, y después de auscultarle y recetarle un jarabe, me llevó a su pequeño museo de insectos para enseñármelo. Fingía estar interesada por lo que me mostraba, pero en realidad a cada poco perdía el hilo de sus explicaciones para volver la mirada a la puerta esperando que Roco pudiera aparecer. El hermano comenzó su colección en Iquitos, Perú, donde estuvo destinado. Regresó a España cargado con sus insectos, y desde entonces cada cierto tiempo recibe envíos de allá. La colección tiene ahora más de diez mil ejemplares y son muchos los que visitan la Santa Espina para verla. Me contó que el monasterio había sido una escuela para niños huérfanos. Tras la desamortización, el complejo fue adquirido por un noble y encomendado a los hermanos de la Salle. En los años cincuenta el omnipresente Cavestany expropió la finca y transformó el edificio en la Escuela de Capacitación Agraria. También fundó por la zona poblados de colonización para el cultivo de las tierras, y un complejo sistema de acequias y artesas para el riego.

En la actualidad reciben chicos de todos los rincones de España y de otros países europeos. Hace unos años muchos venían de Guinea Ecuatorial y aprendían a formarse como agricultores. La finca tiene cien hectáreas protegidas por una muralla de cuatro kilómetros que evita los robos de los pueblos cercanos. Hay una huerta, apriscos para las ovejas, vaquerías e invernaderos. También tiene a su cargo los molinos con los que proveen de agua las tierras de los alrededores. El pantano de la Santa Espina, que recoge las aguas cansinas del río Bajoz, forma parte de ese complejo, con el

que el ínclito Cavestany pretendió modernizar el campo, transformando en tierras de regadío aquellos áridos montes

Estuvimos paseando por el campo. El hermano Lesmes es muy aficionado a la botánica y me fue diciendo los nombres y propiedades de las plantas que nos encontrábamos. El cardo cardador, que guarda en su base un pequeño depósito de agua al que bajan a beber los jilgueros, y cuyos frutos forrados de espinas se utilizaron en otro tiempo para cardar la lana; la badana, de cuyas grandes hojas se servía la gente el campo para limpiarse tras hacer sus necesidades; el barbasco, que los niños utilizan para pescar, pues sus semillas tóxicas atontan a los peces; la rubia tictaria, de cuyas raíces se sacó el tinte para la lana, y los paños, y que durante muchos años tuvo un gran aprovechamiento industrial; el beleño, que en tiempos aún más remotos servía para adormecer a los reos y que así no sufrieran tanto cuando los quemaban en la hoguera.

El chopo negro, los sauces, las mimbreras a la orilla del río Hornija, nos daban sombra y frescor. En los alrededores del monasterio hay todo tipo de árboles, arces, tilos, castaños de indias, acacias y cipreses que dan cobijo a verderones, jilgueros, estorninos y mirlos. Mientras paseábamos, pensé en Roco de nuevo. No entendía por qué me había encaprichado así con él. Al fin y al cabo, solo es uno de tantos chicos que a causa de la miseria se ven forzados a abandonar sus pueblos y a pasar todo tipo de penalidades. Pero Roco no era solo eso, era un ser al que esa vida le había enseñado a callar y escuchar. Como si los bosques y los escondites, esa vida en las afueras, no solo deformara a las personas, sino que también diera lugar a seres extraordinarios para los que la pérdida de su casa, la pérdida del idioma, la desconfianza, el miedo, los impedimentos al hablar, la extrañeza, lejos de transformarlos en una maraña de debilidades y temores, como sucede en la mayoría de los casos, les hubiera mantenido en contacto con los enigmas del destino y los secretos del alma.

El monasterio está adosado a una iglesia monumental. En ella se guarda la reliquia que le da nombre; una espina de la corona con que crucificaron a Jesús. Durante la Guerra Civil todo el recinto fue utilizado como campo de concentración. Albergó a más de cuatro mil prisioneros republicanos, aunque su capacidad inicial era solo de unos seiscientos. También ellos llevaron coronas como Jesús, aunque nadie haya guardado sus espinas como reliquias. Arriba, en el coro, encontramos un retrato de Franco. Estaba escondido entre los bancos, vigilante, inquisitivo, desprovisto de

compasión. No creáis que me he ido, parecía estar diciendo. Tomo nota de todo lo que hacéis.

Tras despedirme del hermano fui caminando al embalse. Era peligroso bañarse en él por el fango que se acumulaba en el fondo. El hermano y los chicos construyeron hace años un puente para salvar la desembocadura del río, utilizando troncos que fijaron en las orillas con bancales de cemento. Al terminar, lo cubrieron con musgo para que los inspectores de la Confederación Hidrográfica del Duero no les multaran, pues está prohibido hacer nada sin su supervisión. La obra quedó tan perfecta que el puente se ha integrado en el entorno como si tuviera cien años de antigüedad.

El embalse está en plena eclosión de la primavera. Ha llovido unos días atrás y plantas y árboles están cubiertas de flores y de brotes nuevos. Me quedé mirando todo aquello. Los juncos, los árboles, cada planta era un regalo. Más que un bosque, parecía una mansión celestial. El agua del pantano recogía la luz, y en sus orillas se posaban pájaros misteriosos. Entre las ramas de los árboles la luz creaba destellos que brillaban como piedras preciosas. Me acerqué hasta el puente del que me había hablado el hermano. Era una construcción diminuta, cubierta de musgo, tan delicada y hermosa que no parecía haber sido construida por manos humanas. Cruzarlo era como acceder a otra realidad. Un mundo anterior a la llegada del cristianismo, donde se adoraba a los árboles y a las piedras, y todo estaba vivo. El mundo de Bronwyn.

Roco tiene un refugio, al que va siempre que puede. Es una cabaña situada en las tierras de la granja, a la orilla del río Bajoz. Los agricultores construyen estas cabañas o chozos en las huertas para guardar sus herramientas y refugiarse de las inclemencias del tiempo. A lo lejos se ven los montes, con sus laderas de yeso o caolín, la arcilla blanca con que enjalbegan las paredes. No muy lejos, entre los campos de cereal, pasa el camino que lleva a San Cebrián de Mazote. El chozo lleva años abandonado a causa de la muerte de su dueño. Es una construcción muy simple, cuatro paredes con un tejado de una sola vertiente. A su derecha hay un tramo de escaleras que conduce a la orilla del río, un regato sin apenas agua. La puerta está pintada de verde, y arriba, en el tejado, hay una cruz. Las paredes están pintadas con esa mezcla de rojo y ocre que recuerda al color de la arcilla. Y a su alrededor hay multitud de objetos, barras de metal, botellas de plástico, macetas de barro, herramientas oxidadas, cuerdas, que Roco recoge en vertederos y cunetas. No pude entrar, ya que la huerta está

cercada por una valla de alambre, madera y chapas de metal. Me detuve a contemplar aquel mundo roto, donde las cosas se amontonaban azarosamente, sin un orden que les diera sentido. Así que este es tu refugio, le dije a Roco como si me pudiera oír. Me acordé de las cajas de Frank, donde, al contrario de lo que pasaba en aquel lugar, objetos sin aparente relación convivían en una misteriosa armonía. Realidad y sueño se confundían en esas cajas, como si no hubiera forma de saber dónde empezaba y acababa cada una. ¿Quién puede decir lo que es real y lo que no lo es?, me dijo Frank una tarde. Ante aquel chozo no dudas, allí todo es real. Roco vive en el mundo de los árboles y las orillas del río, el mundo de los pájaros y los zorros, el mundo del pantano. No ve cosechas, no ve puestos en el mercado, no ve tarros de miel. Ve campos de alfalfa, ve patatas y cebollas, ve celdas de oro, ve el agua corriendo por un cauce. Ve las cosas antes de que tuvieran un nombre, vive en el mundo mudo de los animales, los objetos y las espigas. No ve en mí a la doctora que le cura. Ve mi mano cuando lo toco; mis labios, cuando le hablo; mis ojos cuando lo miro. Ve mi cuerpo cuando no estoy yo.

11 de junio. El corazón del bosque

Pero ¿quiero yo eso? No, no lo quiero. ¿Por qué los hombres siempre tienen algo que esconder y no dejan que hable su corazón? ¿Acaso temen lo que pueda decir? La otra noche esparcí a la entrada del cuarto los polvos que utilizo para maquillarme para que sus huellas quedaran marcadas en el suelo si acaso volvía a entrar, pero por la mañana estaban intactos. Tampoco en los días siguientes mi truco funcionó, y tuve que esperar al amanecer del cuarto día para ver el rastro que había dejado. Llevaba al pequeño sillón que hay junto a la cama y donde suelo poner la ropa. ¿Se había sentado allí para verme dormir? Me acordé de cuando tú me llevabas a la montaña para ver a los ciervos. Podía llevarnos horas dar con uno de ellos y cuando eso pasaba nos deteníamos a mirarlo extasiados, conscientes de que cualquier ruido lo haría desaparecer. No he olvidado esos instantes de contemplación pura, porque frente a la irrealidad de mi vida y de mis pensamientos, de entonces, ese cuerpo vislumbrado entre los matorrales era lo único real. ¿El cuerpo de una persona dormida es como el del ciervo que el cazador sorprende en un claro del bosque? Pero ¿qué pasa cuando ese

ciervo vuelve la cabeza y lo descubre entre los matorrales? Esa mirada abre una brecha en lo real, la brecha de un sentido que le interroga. Como si te preguntara, ¿qué quieres de mí? ¡Cuántos cazadores al sentirse mirados así, y cuando tienen más a tiro la presa, no han podido disparar sus armas y lo han dejado escapar! Al Señor de la Guerra le pasó eso con Bronwyn en la laguna. Esta era como un bello animal saliendo de sus aguas, y, aunque sintió al momento el deseo de poseerla, bastó con que sus miradas se encontraran un instante para que no lo pudiera hacer. No soy tuya, le dijo esa mirada, pertenezco a este bosque, a las aguas de esta laguna. Soy naturaleza, no una mujer a la que puedas violar. Fue cuando de un árbol cercano emergió bruscamente una bandada de cuervos graznando, lo que hizo que el Señor de la Guerra se asustara al comprender que era a ellos a los que pertenecía. Y la dejó escapar. Pero ya era tarde, porque sus miradas se habían encontrado por unos instantes, abriendo esa brecha que los condenaba a la irrealidad de los sueños.

¿Es por eso que, aun sabiendo que Roco entra en mi casa, me las arreglo para permanecer dormida y evitar así que, al saberse observado, pueda huir de mí? Porque no deja de ser extraño que el saber que va a hacerlo no me ponga en alerta, y rebaje el umbral de mi sueño de forma que cualquier ruido, porque ruidos tiene que haber, me despierte y pueda sorprenderle en mi cuarto. Pero ¿quiero yo hacer eso? ¿Sorprenderle como si fuera un ladrón, o prefiero que tenga todo el tiempo que quiera para mirarme? Un ciervo que hubiera sido pervertido por la mirada humana y buscara a los cazadores para sentirse mirado por ellos, ¿es eso lo que soy? Saber que Roco me está mirando sin que él sepa que lo sé. Es así como lo imagino cada noche, antes de dormirme. Entrando en mi cuarto sin hacer ruido hasta sentarse junto a la cama para contemplarme. No debe saber que lo sé. Tengo miedo a que huya para siempre de mi lado, como hacen los ciervos cuando el cazador los sorprende en el bosque. Guardarse las cosas, callarse, los hombres no saben la suerte que es eso. Para nosotras no es tan fácil, se empeñan en que seamos transparentes.

15 de junio, domingo por la tarde. Un cuento

Se me ha ocurrido un cuento. Trata de una princesa que dormía eternamente en su castillo. No era porque se hubiera pinchado con una

rueca, como pasa en el cuento que todos conocemos, sino porque estaba harta de la vida que tenía. No quería vivir en un mundo lleno de celebraciones aburridas y de pretendientes tan pesados e insulsos como una torrija sin miel. No quería asistir a los bailes del palacio, ni a las misas que el obispo oficiaba en la catedral, ni llevar aquellos vestidos que apenas la dejaban moverse, ni portar una corona que a causa de su peso le daba dolor de cabeza. Y un buen día dijo: no aguanto más. Se metió en la cama y se quedó dormida. Por la mañana, en los días que siguieron, por más que la llamaban, ella no se despertaba. Sus padres hicieron venir a todos los sabios del reino, pero ninguno supo remediar su mal. No solo eso, sino que tal era la fuerza de su obstinación que poco a poco los que estaban a su alrededor, doncellas, lacayos, ministros, sus propios padres, se fueron contagiando de su misma indolencia y se quedaron dormidos a su lado. ¡Hasta las mismas moscas que antes volaban libremente por el aire, se quedaron quietas en la pared! Era ella, la princesa, la única que no dormía del todo, y a veces se despertaba para ver cómo andaban las cosas en su reino. No tardaba en volverse a dormir decepcionada, pues lo que hallaba al abrir los ojos era el mismo mundo que había querido abandonar. Un mundo donde todo estaba dicho y siempre pasaban las mismas y aburridas cosas, al contrario de lo que pasaba en sus sueños, que nunca sabías lo que te iba a suceder en ellos. En uno de esos sueños había un río donde estaba con otras jóvenes. Paseaban nerviosas por una de sus orillas, pendientes de lo que pasaba en la orilla opuesta, donde un grupo de varones de su misma edad les hacían señas a las que ellas respondían riéndose, con lo que unos y otras cada vez sentían más ganas de encontrarse. Las leyendas hablaban de una isla sumergida en el fondo del río. Una isla llena de prodigios en la que reinaba una primavera eterna, donde era difícil distinguir los pájaros de las flores y había salamandras que hacían capullos con los que podían tejerse los más maravillosos vestidos, peces de cuya sangre se extraía la púrpura, plantas capaces de exorcizar los demonios del alma, y piedras que alumbraban la noche y permitían la invisibilidad.

¿Esa isla existirá?, se preguntaba la princesa cuando se despertaba, imaginándose lo que tenía que ser estar en ella y poder disfrutar de todas sus maravillas en compañía de un joven como aquellos que veía en sus sueños. Y una de esas veces, al despertarse, descubrió con asombro que acostado en su cama estaba uno de esos jóvenes. ¿Y este qué hará aquí?, se preguntó. Ya iba a llamar a sus soldados para que le cortaran la cabeza,

cuando algo la hizo detenerse en la contemplación de su rostro tan bello, que era como si lo hubiera visto en otro lugar, aunque no acertara a saber cuál. Y además estaba aquel calor que desprendía su cuerpo y que hizo que se quisiera acercar más a él y terminara enredando sus piernas con las suyas y empezara a acariciarle hasta llegar a una parte misteriosa de su cuerpo que ni ella ni sus esclavas tenían, que era como un rollito de carne tan suave como las alas de un jilguero y que al acariciarle empezó a crecer en sus manos. Lo que hizo que se pusiera a jugar con él, como hacía de niña con sus muñecos. Y como aun estando dormido el joven respondía a sus caricias con otras semejantes muy pronto aquel rollito dejó de ser un pequeñuelo ansioso de caricias para transformarse en un vigoroso mozo que tenía sus propias ideas sobre lo que había que hacer en situaciones como esa. Y así estuvieron en las horas siguientes, jugando a aquel juego que él conocía tan bien y que tanto se parecía al juego de la oca, hasta que, ya bien entrada la noche, estaba tan cansada que decidió quedarse dormida en los brazos del atrevido joven. Le perdonaré la vida por ahora, se dijo bostezando. Mañana pediré a los soldados que le corten la cabeza. Era normal que pensara eso, pues a quién se le ocurre meterse en la cama de una princesa sin pedirle permiso.

Y ya de nuevo en su sueño volvió a encontrarse en el río con las otras muchachas, que se lo pasaban en grande con las bobadas que en la orilla opuesta hacían los jóvenes para llamar su atención, que era como si no tuvieran dos dedos de frente, o aún no hubieran terminado de crecer del todo y siguieran en el patio del recreo. Aunque lo más sorprendente era lo mucho que a ellas les gustaba verlos en ese patio, que era como cuando vas a un circo y ves las tonterías que hacen los chimpancés y te dan ganas de llevarte a uno contigo para ver cómo acaba con todos los jarrones de la casa, razón por la cual eran muchas las que terminaban sumergiéndose en el agua para ir divertidas a su encuentro. Fue cuando sus ojos repararon en que uno de los jóvenes la estaba haciendo señas desde la otra orilla. Había en él algo inexplicable que hacía que no pudiera dejar de mirarlo, como si no fuera la primera vez que lo viera. Y como este se metiera en el agua para ir en su busca, ella no tardó en hacer lo mismo y tras encontrase en la mitad del río se dirigieron a una de sus islas. Otras parejas lo habían hecho antes, y habían preparado alfombras y encendido hogueras para calentarse. La isla era una lengua verde en medio del río sin otra luz que el brillo de la luna y de las llamas de las hogueras. A lo lejos se veía la silueta de las palmeras.

Era allí donde se dirigían las parejas cuando querían estar solas. Mirad como los sueños se hacen realidad, parecían decir a los demás cuando se perdían alegres entre las rocas. Momento en que ella y su amigo, con un movimiento tan natural como el canto de un pájaro, se tomaron de la mano para seguir el mismo camino. Y ya solos, se pusieron a jugar a esos juegos que solo los amantes conocen. Y mientras acariciaba aquello que su amigo tenía bajo las ropas no pudo contener su júbilo y exclamó: Aquí está el mundo y todo lo que hay en él. Entonces se acordó de sus esclavas y de cómo, tras bañarse y perfumarse, se ponían sus vestidos más lindos y bajaban al puerto en busca de lo mismo que ahora ella tenía en sus manos. Unas veces, lo llamaban garbanzos, rollos o granos de cebada. Otras eran clavitos, y estar con ellos era ir a comer de la higuera. Y ella fue llamando con todos estos nombres a aquello que su amigo tenía, y entre eso y las cosas que pasaban a causa de las caricias, y que ni ella misma podía explicarse, se les fue yendo la noche y empezó a clarear. Era el momento en que tenían que separarse para regresar cada uno a la orilla a la que pertenecía. Mas cuando se estaban despidiendo en la playa vieron como algunas parejas se sumergían en el agua en busca de la isla de la que hablaban las leyendas. Y aunque el joven la animó a seguirlas, ella tuvo miedo. Porque ¿qué pasaba en la isla? ¿Y por qué se decía que los amantes que allí iban no volvían jamás? Más abajo, a causa de la baja pendiente, el cauce del río formaba pronunciados meandros y en sus orillas, prendidos a los juncos, aparecían en los días siguientes sus cuerpos ahogados. Resplandecían a la luz de la luna, y no debías acercarte a ellos, pues quien lo hacía quedaba hechizado para siempre y ya nada de lo que había en este mundo merecía su interés. La princesa le dijo a su amigo que allí abajo no iba, mas como su amor por él creciera con cada noche, también el deseo de hacer lo que le pedía se hizo cada vez mayor y supo que una noche, cuando se lo volviera a pedir, tendría que seguirle bajo el agua.

Volvió entonces a despertarse y, al contemplar al joven que estaba acostado a su lado, vio con asombro que su rostro era el del muchacho de su sueño. Por eso se había fijado en él, por eso cuando le había visto meterse en el agua le había seguido sin dudar. Estaba tan a gusto a su lado en aquella cama que por primera vez en mucho tiempo le gustó el mundo que la rodeaba. El espejo que colgaba de la pared, y en el que se contemplaba cada mañana, la ropa que guardaba en su armario, el jardín tembloroso que veía por la ventana al despertar. Se acordó de sus amigas con las que

hablaba de esas cosas que con los padres no se pueden hablar, y se acordó, sobre todo, de una gacela que le había regalado el capitán de la guardia real y a la que le bastaba con dar un poco de azúcar para que la siguiera feliz por los caminos. Todo lo perdería si hacía caso al joven de sus sueños y le seguía hasta la isla sumergida en el río. ¿Por qué no hacerlo al revés, pensó, y en vez de ser ella la que se perdiera con él en esos sueños, no se las arreglaba para traérselo consigo al despertar? Fue cuando lo besó. Entonces le vio abrir somnoliento los ojos y mirarlo todo asombrado, como si sueño y realidad fueran las dos orillas de un único río, y no supiera si seguía dormido o se acababa de despertar. Y aunque, al verla a su lado, el príncipe quiso volver a hacer al momento aquellas cosas que tanto gusto le daban, y que según parece eran las únicas que sabía hacer, ella le dijo que no, y que tal vez a la hora de la siesta podrían reanudar sus juegos, pero que ahora tenían que levantarse de la cama. Y, aunque este se levantó de mala gana, no le quedó otra solución que seguirla fuera de la habitación. Sucedió entonces que mientras avanzaban por los corredores del palacio todos los que estaban dormidos, hasta los perros y las moscas posadas en la pared, se iban despertando a su paso, para ocuparse de nuevo de las cosas que habían dejado a medio hacer en el momento del hechizo, y así las criadas siguieron barriendo con sus escobas, los cocineros sazonando sus ollas, los mozos dando de comer a los caballos, los soldados haciendo guardia, las doncellas esperando la noche para escaparse por las ventanas en busca de sus amigos, los ministros firmando papeles y haciendo cuentas, el rey y la reina sentados aburridos en sus tronos preguntándose si no se habían equivocado al aceptar aquella corona que tanto pesaba sobre sus cabezas y si no habría sido mejor andar libres por los caminos como los vagabundos. Y así fueron despertando a su paso a todos los que se encontraban hasta llegar al jardín donde ella en otro tiempo había mandado construir una pequeña pagoda para su gacela, que despertó de su sueño y se puso al momento de pie para correr veloz a sus brazos, como si quisiera recuperar el tiempo que habían pasado separadas. Era digno de ver cómo mientras la princesa le acariciaba el lomo y la cabeza, llenándola de besos, la gacela no dejaba de lamer sus manos y su cara, lo que parecía gustarle más que las piedras de sal que le daban a chupar. Todos a su alrededor miraban extasiados la escena, pues sabido es que no hay nada más hermoso que contemplar la dicha de los que se aman. A cada poco, la princesa levantaba la cabeza para mirar a su amigo. Y era como si le dijera: Quién teniendo una amiga como esta la

puede abandonar por un sueño.

Y así fue como se olvidaron de la isla y se quedaron a vivir en aquel palacio, donde todo lo que había les gustaba. Los caballos con los que paseaban por el bosque, las ropas que vestían en las recepciones reales, las locuras de los niños y las historias que las doncellas contaban en el jardín al atardecer. Les gustaban los bailes en el palacio, y las visitas al puerto para hablar con los marineros y disfrutar de sus canciones y de los frutos y especias que traían en sus barcos de lugares remotos. Y es verdad que el príncipe era muy torpe, y no daba pie con bola, que tan pronto se caía del caballo, como tartamudeaba al dar un discurso, o se quedaba dormido cuando recibían a los embajadores de los reinos vecinos, lo que hacía que la gente murmurara y se preguntara cómo era posible que su princesa, con lo lista y guapa que era, lo hubiera elegido por esposo cuando podía haberse quedado con el joven que hubiera querido pues todos se morían por desposarla. Pero a ella no le importaba y hasta le gustaba que fuera así. En copa dorada se da lo que no agrada, les decía a los que le preguntaban por qué se había casado con alguien tan rematadamente inútil. Y solo soñaba con que llegara la noche para estar a su lado en la cama y hacer juntos esas cosas que solían hacer cuando estaban solos y no tenían que dar cuenta a nadie de sus actos, que entonces volvía a ser el joven que había conocido en el río, y con el que había recorrido todas sus islas, y se pasaban toda la noche dale que te dale y de oca a oca y tiro porque me toca, que a lo mejor ella ya se había dormido agotada de tanto trajín y él volvía a despertarla para empezar otra vez, con lo que se pasaban las noches en vela. Tuvo que mandar que llevaran una jaula a su dormitorio, donde algunas noches mandaba encerrarle, para poder dormir un poco y así estar en condiciones de desempeñar por la mañana las tareas que como princesa tenía asignadas. Lo que no le era nada fácil, pues muchas veces, al recordar lo que habían estado haciendo y las cosas que le decía él, le entraba una risa tan incontenible que tenía que abandonar a toda prisa la sala donde estaba reunida con sus ministros, para ir a buscarle y que se las volviera a decir. Pero no me preguntes qué era eso que tanta gracia le causaba, que las cosas que se dicen y hacen los enamorados en la cama ni ellos mismos las saben luego explicar. Y eran precisamente esas cosas las que le devolvían la memoria del río de su sueño y de todo lo que pasaba en él. Especialmente de las parejas que, incapaces de separarse, se lanzaban al agua en busca de aquella isla sumergida de la que hablaban las leyendas, y desaparecían para

siempre. Lo que hacía que su corazón se llenara de preguntas. Porque ¿cómo era esa isla a la que llegaban los amantes? ¿Y por qué si en ella hallaban esa felicidad que buscaban sus cuerpos aparecían un tiempo después flotando en el río?

Pero la princesa no quería eso. No podías ser el cuerpo que flota en el agua y quien lo mira desde la orilla; la ahogada resplandeciente, y quien veía acercarse entre los juncos al joven al que amaba. La escondida y la que todo lo quería tener. Y le bastaba con ver al príncipe deambular por los corredores del palacio para correr a su encuentro y olvidarse de aquella isla. No importa las tonterías que estuviera haciendo, al menos podría sentirle a su lado en la cama y jugar a aquellos juegos que tanta felicidad les daban a los dos. Aunque eso tampoco le bastaba, porque, entonces, ¿cómo en el mundo podía saberse lo que era el amor si ellos, los bellos ahogados, se quedaban olvidados en los meandros del río y nadie los iba a buscar?

15 de junio, noche. Nuevas conversaciones con el fantasma

Roco, ¿cuando vienes a verme soy yo como una de esas ahogadas? ¿Es el brillo de mi cuerpo el que te hace entrar en casa y, guiado por su luz, recorrer el pasillo hasta mi cuarto? ¿Qué buscas? ¿Mi pureza? ¿Por eso me quieres dormida? ¿No sabes que la pureza es como la virginidad y tan pronto la tocas se corrompe? ¿Es eso lo que quieres, corromperme; transformarme en una figura de tu propio deseo? Es lo que hacemos con los muertos, los transformamos en víctimas de nuestro propio dolor. Es mejor olvidarlos, que se pierdan en la nada para siempre. Pero no los dejamos marchar. Les dedicamos oraciones en sus aniversarios, llevamos flores a sus tumbas, les dedicamos nuestras noches de insomnio. No es verdad que lo hagamos por ellos, lo hacemos por nosotros, para sentirnos buenos hijos, buenas esposas o amigas, para acallar nuestra mala conciencia por las veces que estando vivos no les hicimos caso. Es muy fácil amar a los muertos, ellos no recuerdan, no saben, son como esos animales domésticos que viven a nuestro lado sin pedirnos nada, sin protestar, aunque no les demos de comer. ¿Qué tontería es esa de que viven en nuestro corazón? Puede que estén allí, pero sin voluntad ni conciencia, tan ajenos a nosotros como las figuras de un museo de cera. Y yo no quiero vivir en un museo así, no quiero que tu corazón sea una jaula que no pueda

abandonar, sino que lo traiciones para venir a mi encuentro. Sentir el ruido de tus pasos y el sonido de tu respiración cuando entras en mi cuarto. Quiero, sobre todo, conocer tus pensamientos mientras me miras. No sabemos nada de los millones de pensamientos que se han perdido para siempre por no haber encontrado un medio de expresión, y yo no quiero que a los tuyos les pase eso. Quiero saber cuáles son, qué cosas te imaginas mientras yo duermo. ¿Tal vez acostarte conmigo en la cama? ¿Acariciarme tan despacio que ni siquiera me dé cuenta de que lo haces? ¿Es eso lo que quieres, que tus caricias se confundan con lo que pasa en mi sueño? ¿Es porque me tienes miedo? ¿Porque soy tu doctora? ¿No te das cuenta de que si te curé fue para que esa mano me obedeciera y que cosas así pudieran pasar? Recuerdo cuando te vi desnudo en el pantano y por primera estuve mirando tu sexo. Lo quiero para mí, pensé. Luego, por las noches, me imaginaba que venías a verme para enseñármelo y que pudiera acariciarlo. ¿Sabes lo gracioso que nos resulta a las mujeres sentirlo cabecear entre nuestras piernas como un animal ciego al que hay que guiar para que no se equivoque de camino? Es como cuando un recién nacido busca nuestro pecho y, al no acertar con el pezón, nosotras lo llevamos a su boca para que pueda mamar.

Por eso no quiero estar dormida cuando vienes a verme. No quiero ser una de las bellas ahogadas de mi cuento, y no saber que estás junto a mí. Quiero tenerte conmigo en esta habitación que pintaste de oro, y mientras me abrazas poder hacerte esas preguntas maravillosas que ningún ser humano puede contestar: quién eres, qué buscas en mis sueños, qué te pasó con aquellos bandidos y con la prostituta que te alojó en su casa, cómo te llamas de verdad, si tendremos hijos alguna vez y a quién de los dos se parecerán, si las otras parejas hacen las mismas cosas que nosotros hacemos. Es eso lo que deseo de verdad, sentir cómo llamas a mi puerta y que al abrirla me beses y me cubras de caricias tras entregarme el tarrito de miel que la reina de las abejas te ha dado para que me lo des a probar con tus dedos. Correr juntos a la cama, y que allí, bajo las sábanas, me entregues eso que yo vi aquella tarde cuando estabas desnudo en el pantano y que ahora será solo para mí.

16 de junio. Tiempo de espera

¿Estoy loca por pensar estas cosas? A veces me parece que sí, y que la vida en este pueblo me está haciendo perder la razón. Porque es verdad que Roco es un chico guapo, increíblemente guapo, pero es absurdo que me haya encaprichado de esta forma con él, y que incluso le hable cuando no está conmigo, como hacen esos niños que tienen amigos invisibles. El otro día, después de bebernos una botella de vino entre las dos, le conté a Carmen la escena del pantano. Lo hermoso que me pareció sin su sempiterna capucha, y cómo se movía desnudo por la orilla sin sombra alguna de vergüenza, como uno de esos animales que bajan al pantano a beber. Carmen me pidió riéndose que me anduviera con ojo. Roco era menor de edad, y podía meterme en un lío si me dejaba llevar por aquel frenesí adolescente. Esas cosas siempre terminaban mal. Roco había tenido un sin fin de problemas antes de llegar a España. Era probable que hubiera sido víctima de una de esas mafias que traficaban con niños, y nadie sabía cómo se las había arreglado para escapar. Era alguien que necesitaba atención y cuidados, no ese vigoroso amante que las jóvenes como yo necesitaban llevarse a la cama de vez en cuando para satisfacer su apetito. Lo que tenía que hacer era buscar a alguien así. Era una mujer guapa, y no tendría problemas en encontrarlo. Con solo una palmada, tendría una docena zánganos esperando a la puerta. Pero debía cambiar de actitud, salir más, aprovechar los fines de semana para buscar la compañía de alguien que no me dejara dormir por las noches, no la de un niño al que tendría que cambiar los pañales. La soledad era adictiva, y cuando querías darte cuenta eras tú quien no la podías abandonar. El Roco de mis fantasías no era el Roco real, continuó diciéndome. Le sacaba más de diez años, que a esas edades son siglos enteros, y estar con él no sería diferente a acudir a una fiesta de pijamas.

Me defendí como pude, consciente de que no le faltaba razón y que aquella historia, como tantas otras que había emprendido en la vida, solo podía terminar mal. Pero le mentí al decirle que jamás se me había pasado por la cabeza la idea de hacerle mi amante. Sin embargo, te masturbas pensando en él, ¿a que sí?, me contestó. Y las dos nos echamos a reír. Bueno, solo lo he hecho una vez, le dije. No era verdad, últimamente, lo hacía cada noche. Cerraba los ojos y, en la oscuridad, me imaginaba que venía a mi encuentro y que era él y no yo quien me tocaba. Carmen se puso seria. Juegas con fuego, me dijo. Estos chicos han vivido cosas que nosotras ni siquiera imaginamos, no podemos criticarles porque quieran hacer con

nosotras lo mismo que les han hecho a ellos, es su forma de vengarse del mundo. Solo es un niño que me adora, exclamé. Hay que tener cuidado con los que te adoran, me contestó Carmen. Antes o después te pedirán cosas que no les puedes dar y te querrán matar. El mundo está lleno de historias así.

Iba a decirle que llevaba semanas entrando en mi casa, que lo hacía incluso por la noche, cuando yo estaba dormida, pero me callé al oírle decir aquello, consciente de que esto la reafirmaría en lo que pensaba. Puede que adorar a alguien fuera destruirle, pero ¿no queríamos todos ser adorados? Y Roco me adoraba, por eso se había negado a que le pagara por pintarme el salón de la casa, había traído las piedras del monte para reparar la tapia o leña que había almacenado en el cobertizo para el invierno, sin contar los productos de la huerta que me llevaba a casa y por los que nunca me cobraba nada. Estaba segura de que nunca me haría daño. Además, ¿no actuaba yo como él? ¿No subía al pantano y le espiaba escondida entre los árboles? ¿No le había hecho volver al consultorio, aunque su mano no lo requiriera, para estar con él otra vez, o visitaba al hermano Lesmes con cualquier excusa solo para que me hablara de él? ¿Para qué le había pedido que me pintara el salón sino para retenerle en mi casa mientras lo hacía? Cuando amabas a alguien, ¿no querías saberlo todo de él? ¿Qué amante, si tuviera ese poder, no se volvería invisible para entrar en la casa del que ama sin ser notado, y acercarse a su cama para verle dormir?

Ya era tarde cuando regresé a casa caminando. Las calles del pueblo estaban vacías y por la carretera habían dejado de pasar los coches. Solo se oían los ruidos de la noche, el croar de las ranas y los sapos, el canto de los grillos y el ulular de la lechuza al pasar junto al cementerio. Era el mundo de Bronwyn, antes de que el Señor de la Guerra la llevara a la torre. Bronwyn, la amiga de las codornices y el cuco, la que conocía las frondas donde cantaba el ruiseñor y con solo cerrar los ojos percibía el hormigueo de los insectos sobre las hierbas húmedas y esa palpitación en los tallos de trigo y las matas espesas que llamamos vida. Era como si se hubieran invertido los papeles y fuera Bronwyn quien entrara a escondidas en la torre del Señor de la Guerra para llevarlo al pantano con ella. ¿Quería yo que Roco hiciera lo mismo conmigo?

Pero Carmen tenía razón y las conductas de Roco resultaban cuanto menos desconcertantes y debían hacer sonar en mí las señales de alerta. ¿No resultaba sospechosa aquella mezcla de audacia y timidez? Porque quién

era Roco de los dos: ¿el chico que no se atrevía a confesar su amor o el ladrón que se movía por la casa como si todo en ella, yo misma, le perteneciera? ¿No actuaban algunos hombres así, como si las mujeres de las que se encaprichaban no fueran sino meros figurantes en la historia de sus deseos? Eran como esos felinos que se acercaban indiferentes a sus presas hasta el momento en que, teniéndolas a su alcance, se abalanzaban sobre ellas para devorarlas. Todas aquellas ideas bullían de tal forma en mi cabeza que, al llegar a casa, me dirigí a la cocina y cerré la puerta del patio para que en caso de que Roco fuera a volver esa noche no pudiera entrar.

Por un largo rato me despreocupé de todo aquello. Me ocupé de la ropa y de poner un poco de orden en la casa. Preparé comida para los días siguientes y, al terminar la lavadora, tendí la ropa en el patio. Oí el canto insistente de un pájaro, ¿tal vez un ruiseñor? Los ruiseñores cantaban sin descanso por el día y por la noche, pero era en las madrugadas cuando su canto era más bello. Las hembras visitaban a los machos para evaluar según ese canto cuál sería su mejor pareja. Luego cerré la puerta del patio con cerrojo y, tras elegir un libro, me fui a la cama. Estaba muy cansada, y no tardé en cobijarme entre las sábanas para dormir. Pero por más vueltas que daba no lograba conciliar el sueño. La casa estaba extrañamente silenciosa, como si faltara algo que las otras noches estaba presente en ella, algo que tenía que ver con el hecho de que la puerta del patio estuviera cerrada. Decidí regresar a la cocina y volver a abrirla. Y en ese instante todo lo que me estaba pasando me hizo sonreír. Sonreía por la conversación que había tenido con Carmen, por dejar abierta la puerta del patio para que Roco pudiera entrar, pues, ¿cómo podía confiar en alguien que actuaba así? Y sin embargo lo estaba haciendo. El corazón no quiere vivir en la casa ordenada de las normas y las certezas, eso es lo que pasa. Está lleno de caprichos, le gusta jugar con fuego, no podemos vivir sin hacer lo que nos pide.

Bienvenida la noche con su peligro hermoso.

20 de junio. Los perros de la pradera

Carmen tiene chicas nuevas en su agencia. Una de ellas nos ha contado esta noche una historia tan increíble que nos ha hecho reír a todas. Se llama Sagra y es originaria de Elda, el pueblo alicantino famoso por los zapatos. Carmen la ha contratado con otra compañera para las entregas de premios

de la Vuelta Ciclista a Burgos, que comienza la semana que viene. En la reunión estaba Carmen, Clara, una prima suya psiquiatra que vive Madrid, Sagra y Berta, las azafatas y yo. En los postres, bebimos un vino dulce de moscatel que trajeron las chicas. Eran dos botellas que nos bebimos en un santiamén, por lo que terminamos un poco achispadas. Y Sagra empezó a contar. Llevaba varios años trabajando de camarera durante los veranos. Normalmente en pueblos de la costa, que era dónde había una oferta mayor. Le pagaban una miseria y las jornadas eran agotadoras, pero a ella le servía para ahorrar un poco de dinero y andar más desahogada durante el invierno. Era como la hormiga de la fábula, se pasaba el día trabajando mientras las cigarras volaban a las verbenas con sus vestidos preciosos y sus pieles doradas por el sol para estar cada noche con un chico distinto. Y aunque ella soñaba con esas noches, todo lo que conseguía era la compañía de clientes borrachos que terminaban diciéndole obscenidades. Hace un par de veranos estaba trabajando en la costa y se enamoró de un feriante. Le dio tan fuerte que cuando recogieron las casetas y las atracciones para volar a otra feria, ella lo dejó todo para vivir su vida de cigarra. Se lo pasaba en grande con él. Era como Aladino y su alfombra voladora, sabía cómo hacerla feliz. ¿Y qué mujer no se montaría en una alfombra como esa, aunque no supiera dónde la podía llevar? ¿Qué importaba que terminara llorando si habría conocido la vida de los pájaros? Durante los meses siguientes fue la mujer más feliz de la tierra. Era como vivir en un carrito de la montaña rusa, un sobresalto seguía a otro y cuando pensaba que ya tenía que bajarse todo volvía a empezar otra vez. Pero no duró, un día se descubrió sola en ese carrito y la montaña rusa se transformó en una subida tan interminable como carente de toda emoción.

Y volvió con las hormigas. Fregaba los platos y los fogones grasientos, servía las mesas, atendía en la barra hasta bien entrada la noche, y todo para ganar un dinero que más parecía una propina que un sueldo de verdad. Hasta que un día, haciendo de camarera en uno de aquellos bares del verano, oyó la conversación de un grupo de chicas de su edad. Hablaba de la Línea de la Concepción, situada en el Campo de Gibraltar. Y de cómo se había extendido entre las jóvenes veraneantes una extraña leyenda acerca de un inglés que se alojaba cada año en una de las posadas del puerto, a comienzos de agosto. En esa leyenda se le atribuía un misterioso poder: el de borrar los tatuajes de las jóvenes que pasaban la noche con él. Le bastaba con pasar la mano sobre la zona donde los tenían, para que estos

desaparecieran, como lo hacen las manchas de barro al pasar por encima una esponja.

Era un tiempo en que la moda de los tatuajes se había extendido entre la juventud y era usual que chicos y chicas los llevaran en distintas partes de sus cuerpos. Muchos de esos tatuajes tenían que ver con sus historias amorosas, por lo que había un problema con ellos cuando estas terminaban. Aquellos corazones y nombres que se habían mandado grabar se transformaban entonces en una pesada carga que les traía el recuerdo de lo que habían vivido y querían olvidar. Hablaban de unos besos y unas caricias que hace tiempo habían perdido su razón de ser, dejando en sus cuerpos la escoria viva del engaño, el resentimiento y la culpa, y estaban dispuestas a dar lo que fuera para devolver a sus pieles el brillo de esa inocencia perdida. Y esa era la razón de que muchas jóvenes soñaran con aquella leyenda que hablaba de un extranjero que tenía el poder de hacerlo.

Y sucedía que ella, continuó Sagra, tenía uno de aquellos tatuajes. Era el feriante quien le había animado a hacérselo, al tiempo que él se mandaba tatuar uno igual. Consistía en el dibujo de una noria en cuyo centro había un corazón con sus dos nombres escritos. Se dejó convencer a regañadientes, pues tanto el lugar al que la llevó, todo pintado de negro, como las personas que se lo hicieron parecían sacados de una secta satánica. Así nunca te olvidarás de mí, le dijo el feriante al salir de la tienda. Pero quien se olvidó fue él, dejándola plantada con aquella ridícula noria grabada en su muslo. No soportaba encontrársela cada noche cuando se iba a desnudar, ni le gustaba la idea de que otros pudieran hacerlo, por lo que desde que se había quedado viuda –hazte a la idea de que ese sinvergüenza ha muerto, le decía una de sus amigas– no había vuelto a tener otro amante. El solo pensamiento de imaginar aquella noria bajo la falda la hacía llorar de vergüenza y de rabia, se sentía como esas vacas a las que marcan con un hierro candente con el anagrama del dueño de la ganadería. Por eso cuando días después tuvo una nueva bronca con su jefe y decidió dejar el trabajo, pensó al momento en probar fortuna en el pueblo del que se hablaba en aquella leyenda. Y no es que la diera por cierta, claro que no, quién iba a creerse algo así, sino que le parecía que allí sería más fácil encontrar a alguien que con sus caricias y sus besos le hiciera olvidar lo que había vivido con aquel truhan. Es lo que tienen las leyendas, que se vuelven casi reales cuando hablan de las cosas que te pasan a ti.

Y aunque no encontró al extranjero, saber que estaba en el mismo

pueblo donde se había originado su leyenda le hizo perder la vergüenza y lanzarse a todo tipo de aventuras. Se volvió una adicta al sexo, y le bastaba que un chico le atrajera para ir decidida en su busca y terminar la noche con él. Me gusta la realidad, había oído decir en una película francesa, si se puede transformar en ficción. Y era lo que hacía ella, transformar aquellos encuentros casi siempre banales, en capítulos de aquella leyenda extraordinaria. De forma que había dos historias que contar. La que tenía que ver con esa aventura de verano, y que con toda seguridad era la que en esos momentos estaban viviendo tantas chicas de su edad, y la que ella vivía en secreto. Porque cuando estaba con uno de sus amantes se imaginaba que era el extranjero quien la estaba besando, quien introducía la mano bajo su falda y buscaba aquel tatuaje para borrarlo con sus caricias. Claro que esto no lo sabían ellos. Pensaban que habían conseguido una presa más, con la que aumentar su lista de aquel verano, pero la cazadora era ella, y ellos los incautos de los que se servía para alimentar sus fantasías. Pero llegaba la mañana y, al descubrir que el tatuaje seguía en su sitio, desaparecía discretamente de sus camas hasta la noche siguiente en que regresaba al puerto para reiniciar de nuevo su búsqueda.

¿Y encontraste a tu extranjero?, le preguntamos todas a la vez. Claro que no, nos contestó Sagra con un fulgor oscuro en los ojos. ¿Cómo iba a encontrar lo que solo existía en mi imaginación? Pero aprendí algo, que lo importante no es si logramos o no lo que buscamos sino tener una historia pendiente de cumplirse. Porque en aquellas noches todo vivía gracias a aquella ilusión. Las bombillas con que adornaban los árboles en las verbenas, los barcos que atracados en el muelle se mecían levemente con el latido del mar, las canciones que improvisaban los artistas en las plazas, la luna que todo lo miraba desde el cielo, todo le decía: espera, espera, que el extranjero está por llegar y enseguida lo tendrás para ti. Porque puede que el amor fuera solo una leyenda, una leyenda que, como tantas que habían existido, nunca hubiera sido real, pero qué importaba eso si te hacía creer que era posible lo que deseabas. De eso hablaban todas las leyendas, de la irrupción de lo maravilloso en el mundo. Vivir en un mundo sin cosas era lo que prometían.

Pero terminó el verano, continuó Sagra, los bares en que trabajaba cerraron, y regresé a Madrid. Fue cuando en el periódico, vi el anuncio en que Carmen buscaba chicas para su agencia, y me presenté para ver si tenía suerte. No tenía ningún interés por el ciclismo, ni sabía lo que tendría que

hacer, pero ¿por qué no iba a encontrar entre los jóvenes que participaban en las carreras al extranjero que buscaba?

Todas nos echamos a reír. El aire era oscuro y limpio, y los rostros de las dos chicas resplandecían en las sombras. Parecían suspendidos en un cesto que colgaba de las estrellas. Las personas maduras no necesitaban seducir, eran poderosos, gobernaban el mundo. El encanto y la belleza eran las armas de los adolescentes y los niños. Para ellos no había mejor filtro de amor que una bella historia.

Y a ti, le preguntó Carmen a Berta, ¿qué te hizo responder a mi anuncio? Necesitaba dinero, como Sagra, le contestó. Pero, sobre todo, acababa de salir de una historia dolorosa con un hombre y confiaba en que aquella vida al aire libre que me prometía la compañía de tus ciclistas pudiera darme la calma que buscaba.

Se quedó un rato en silencio. Tenía la cara levemente húmeda, y se reflejaba en sus ojos el brillo eterno de la luna. Sagra la miraba extasiada, como si fuera su cómplice en esos juegos que solo las chicas conocen. ¡Eran tan hermosas las dos! ¿Se seguían enamorando las chicas de ahora, pensé, como nos habíamos enamorado nosotras cuando teníamos su edad, como lo habían hecho nuestras madres? ¿Lo que había sucedido una vez, volvería a repetirse una y otra hasta el final de los tiempos? Deseé que fuera así, que todo aquello no terminara nunca.

La historia a la que me refiero, empezó a contar Berta, me pasó cuando estaba a punto de casarme. Mi novio se llamaba Sergio, y llevábamos unos meses viviendo juntos. Era un hombre complaciente y guapo, que solo vivía para hacerme feliz. Estaba empeñado en que nos casáramos, pero yo lo demoraba todo lo que podía porque algo no iba bien entre los dos. No sabía qué. Era como cuando de jovencita ibas todos los domingos a misa y un buen día, sin que hubiera pasado nada, te sorprendías preguntándote: y yo por qué tengo que estar en un lugar tan triste. Eso me pasaba con Sergio, que me daba tristeza estar a su lado. Me es difícil explicar por qué, pues no creo que pueda existir un hombre tan bueno como él. Pero era como si tuvieras un vestido precioso colgado en tu armario, uno de esos vestidos que te mueres por estrenar, y que reservas para una ocasión especial, y nunca me lo pudiera poner porque esa ocasión no llegaba. Hasta meternos juntos en la cama, cosa que a esas edades siempre apetece, lo hacía sin muchas ganas. Me parecía que me había colado por error en el dormitorio de uno de esos primos tuyos a los que les huelen los pies, que son grandes y

aburridos como terneros, y a los que no se les conoce ni un solo pensamiento. Pasaban los días y yo seguía a su lado, sin hacer nada, sin rebelarme. En parte, porque me daba pena, y porque podía convencerle de cualquier cosa; en parte, por la forma en que me miraba cuando volvía a casa, que era como si en vez de por la puerta pensara que lo hubiera hecho a través de la pared, dueña una de esas cualidades que permiten a los superhéroes hacerse invisibles o volar. Y a quién no le conmueve que alguien piense que tienes unas cualidades así. Pero no las tenía, claro que no. Hacía tiempo que me habría ido volando por la ventana, si hubiera sido así. Fue cuando entró en mi vida uno de los ángeles de Luzbel, y todos mis buenos propósitos saltaron por los aires. Es lo que tienen estos príncipes de lo oscuro, que te hechizan con su luz, y te pidan lo que te pidan se lo tienen que dar. Y lo que quería era mi corazón para devorarlo.

A mi entender, continuó, hay dos tipos de hombres: los ánades del parque y los perros de la pradera. Sergio era de los primeros. Son esos hombres que las madres desean para sus hijas, convencidas de que solo vivirán para hacerlas felices. Si los llamo así es porque estar con ellos es como dar de comer a los patos del estanque. Son muy agradecidos esos patos, enseguida están a tu alrededor picoteando las migas que les das. Te gusta ver cómo meten la cabeza en el agua para comérselas mientras graznan de una forma tan loca que parece que es tu nombre lo que están diciendo: Berta, Berta, Berta. ¿Quién se resiste a algo así? En ese jardín de las rosas del que hablan los poetas, ellos son los fieles jardineros.

El misterio es por qué esos hombres que solo viven para adorarnos no terminan de gustarnos, y antes o después los traicionamos. ¿Sabe alguna la respuesta? No, creo que no. A veces me quedaba mirando a Sergio, la forma tan encantadora que tenía de ocuparse de mí. Recogía la ropa que dejaba tirada a los pies de la cama, fregaba los platos y el suelo del salón, me llevaba a cenar a los restaurantes de moda, ¿cómo no pensar en la suerte que había tenido de encontrarme con él? Ni siquiera le importaba que yo fuera un completo desastre y que todo lo dejara manga por hombro. Así eran los ánades del parque, siempre estaban dispuestos a complacer a la muchacha que amaban. Ahora se dice que es su parte femenina la que les hace comportarse así. Pero ¿acaso no tenemos bastante las mujeres con lo que hay de femenino que, en nosotras para necesitar que también nuestros compañeros lo tengan? Porque lo femenino qué es: ¿poner visillos en las ventanas y ocuparse de los demás como si viviéramos en un mundo lleno de

niños con los que hubiera que hacer los deberes antes de llevarlos a la escuela? Ninguna mujer quiere eso. Todas soñamos con otra vida. No con la vida tal como era, sino como debía ser. ¿A quién podía extrañarle que al oír un perro de la pradera olfateando a la puerta, nuestro corazón se pusiera a latir atropelladamente pidiendo reunirse con él?

Los perros de la pradera no venían a ponerte casa, sino a sacarte de todas las casas del mundo, que eran nuestra cárcel. Te hablaban de cómo en las praderas donde vivían los días estaban llenos de prodigios, y no había otra luz que la del cielo y la que llevaba la brisa consigo. Que allí las noches eran suaves y podías andar entre tinieblas de verdor y bañarte desnuda en lagunas con las orillas llenas de musgo. Y tú los escuchabas embobada, no porque fueras una pobre víctima sino porque deseabas lo mismo que ellos.

Aunque si les dejabas entrar en tu casa estabas perdida porque, al contrario de lo que pasaba con los ánades del parque, llevaban el caos con ellos y hasta las cosas más elementales se transformaban en una fuente de constantes conflictos. Dejaban los calzoncillos sucios en cualquier sitio, al hacer pis no levantaban la tapa del váter, o, al comer, parte de la comida terminaba en el suelo. Pero ¿qué le ibas a hacer? Si habías metido en tu casa a un animal salvaje, ¿cómo extrañarte de que volviera manchado de barro o que al tener sed bebiera directamente del agua con que se fregaban los suelos? La vida con ellos, continuó Berta, era como subir a una de esas montañas rusas de las que había hablado Sagra en las que la emoción estaba asegurada. Lo malo era que cuando salían de casa no sabías a qué hora iban a volver. Y aunque les esperaras dispuesta a decirles que hasta allí habíais llegado y que ya podían ir haciendo la maleta, te bastaba con oír el sonido del ascensor para salir al descansillo a esperarlos y, antes de que pudieras hablar, ya te habían cogido en sus brazos y quitado parte de la ropa. No había forma de resistirse a algo así.

De forma que estando yo viviendo con un ánade del parque, continuó Berta, entró de forma inesperada en mi vida un perro de las praderas. Se llamaba Carlos y vivía en el ático de nuestra casa. Sergio trabajaba sin descanso, y yo, que estaba preparando sin mucha convicción unas oposiciones, me pasaba el día sola en casa, aburrida como una mona. Una mañana llamaron a la puerta y, al abrirla, Carlos estaba allí. Venía a pedirme un poco de sal, que es uno de los trucos que suelen emplear los perros de las praderas para colarse en las casas ajenas. Carlos era pintor, lo que supe enseguida por las manchas de color que tenía en manos y ropa.

Una barba de tres días ensombrecía su piel, y solo le faltaba el turbante para parecer uno de esos hombres del desierto que van vestidos de azul y que llevan la noche consigo. Yo estaba haciendo un bizcocho y su olor llegaba hasta la misma puerta. Qué bien huele en esta casa, dijo con una sonrisa cautivadora. Y yo me di cuenta al momento de que a quien se refería era a mí en vez de al bizcocho. Volvió al día siguiente a devolverme la tacita blanca en la que le había puesto la sal. Y antes de despedirse me invitó a subir a su estudio cuando quisiera. Si subes al estudio de un perro de la pradera, ya sabes a lo que vas. Especialmente si es un pintor. No hay seres más peligrosos que los pintores. Sus cuadros ocupan todas las paredes de la casa y es entonces como si entraras en la alcoba de sus deseos. Los cuadros de Carlos eran enormes y los hacía sirviéndose solo de las manos. Era el rastro que esas manos dejaban sobre la superficie de la tabla o del lienzo. Pintaba bosques, malezas impenetrables, el mundo áfono y líquido de lo escondido. Mirarlos era como entrar en el jardín de la Bestia, seguir el rastro que esta dejaba en sus merodeos. Era un lugar hermoso y terrible en el que no podías dejar de entrar, por mucho miedo que te diera. Era como si alguien te estuviera llamando desde allí, alguien que conocía tu verdadero nombre, no el que te habían puesto tus padres el día del bautizo y por el que tanto gusto les daba llamarte a los ánades del parque. Carlos me llamó por ese nombre secreto el día que bajó a pedirme la sal. Como si me dijera: desde hoy te llamarás Kore, que en griego significa *muchacha*, la muchacha indecible. ¿Pudo decirme algo así o solo lo imaginé? El caso fue que cuando quise darme cuenta estaba desnuda en sus brazos. Fue como estar en el interior de uno de los cuadros que pintaba, como visitar ese jardín prohibido. No sé explicar cómo era ese jardín. Carlos me decía las cosas más hermosas que me habían dicho nunca. Tenía ese don misterioso, el de transformar la cuba de los despedazamientos en el libro de los cuentos. En medio de aquella lucha nos quedamos dormidos. Me desperté poco después. Aún teníamos varias horas por delante, pues mi novio no regresaba hasta la noche, y me quedé mirando a Carlos. A pesar de estar dormido, su miembro seguía poderosamente erecto. Lo quería solo para mí, volver a tenerlo dentro de mi vientre. Me hizo gracia que algo tan tonto diera a hombres y mujeres tantos quebraderos de cabeza. Los cuadros de Carlos llenaban las paredes del dormitorio, hablaban del jardín dulce y terrible donde habíamos estado. Guardaban la memoria de lo que habíamos hecho en su oscuridad.

Regresé a casa antes de que anocheciera. Mi novio aún no había llegado

y lo estuve esperando hecha un manojo de nervios. Me parecía que con solo mirarme iba a saber lo que había hecho. No era posible haber estado en un lugar así y regresar sin que a tu cuerpo no le hubieran salido cuernos o pezuñas a causa de las compañías que había encontrado. Pero Sergio no percibió en mí esas transformaciones, y estuvo esa noche más encantador que nunca. Es lo bueno que tiene vivir con un ánade del parque, que no se enteran de lo que haces cuando ellos no están. Pero esa inocencia me hizo sentir mal, y me prometí no volver a engañarle nunca más. Viví totalmente entregada a él toda esa semana, y cuando uno de esos días volvió a preguntarme si quería casarme con él le dije enseguida que sí porque no me fiaba de mí misma. ¿No se casa la gente para eso, para apartarse de sus verdaderos deseos?

Esa semana descubrí dos cosas. La primera, que el amor es una invención de los patos del parque para tenerte pegada a ellos; y la segunda, lo agotador que resulta. Es como tener una casa que tienes que limpiar y ordenar sin descanso, en la que cada día te toca repetir las mismas tareas interminables: ir de compras, preparar la comida, limpiar, hacer las camas, y si hay niños llevarlos al colegio y al parque. Y así un día tras otro, como esas parejas de aves que hacen el nido juntas y se turnan en el cuidado de sus huevos. Todo esto es muy tierno, pero ¿para qué? ¿Para que de esos huevos nazcan polluelos que enseguida se van del nido y tener que empezar otra vez?

En el cuento se dice que si Bella volvió al jardín de la Bestia fue por no faltar a la promesa que había hecho. Pero yo creo que lo hizo porque no podía olvidar lo que había pasado en ese jardín y deseaba volver cuanto antes a repetirlo. Eso me pasó con Carlos, que solo quería regresar a su cama. ¿Y sabéis por qué tanto Bella como yo deseábamos eso?, continuó Berta. Porque donde los demás veían oscuridad y dolor, nosotras solo veíamos una misteriosa pureza. Cómo es posible que esa pureza se guarde en lugares así, no sabría explicarlo. Pero si he de hablar de mi propia experiencia, bien puedo decir que son los perros de la pradera los que la guardan. Por eso los buscamos, aun sabiendo que se irán cuando consigan lo que quieren. Así fue, y después de dejar plantado a mi novio no tardó en ser él quien me abandonara para partir en busca de nuevas aventuras. No me arrepiento de lo que hice. Los hombres piensan que es su encanto irresistible el que nos hace caer en sus garras, pero lo cierto es que si los buscamos es porque deseamos lo mismo que ellos. Luego se quedan

dormidos, y es cuando son más hermosos. Se vuelven inocentes como un niño y te parece que puedes apropiarte de su corazón. Aunque esto sea solo por unas horas y por la mañana se lo tengas que devolver para que no te peguen. Berta se echó a reír al decir esto. Pero había llegado a una conclusión. Aunque se le llenara el corazón de toda la amargura y el odio del mundo, no se iba a volver a enamorar. El amor era lo más parecido a la peste. Era como buscar algo y no encontrarlo nunca, nunca. Una también tenía su orgullo y te acababas cansando de tanto penar.

Ahí terminó su relato. Carmen se volvió entonces a su amiga Clara, la psiquiatra, y le dijo que después de escuchar las historias de las chicas era a ella a quien le tocaba continuar. No se lo pensó dos veces y se puso a contarnos algo que le había pasado en el hospital psiquiátrico haciendo las prácticas de su especialidad. Tuvo que ocuparse del caso de una mujer joven que había ingresado a petición del juez. Se llamaba Albina, y procedía de un pueblo de la provincia de la Valladolid. Era de una familia de pastores, aunque la zona fuera conocida sobre todo por sus fábricas de muebles, pues abundaban en ella los pinares. Su marido era un hombretón grande y noble que solo vivía para servirla, por lo que nadie entendía qué podía haberla llevado a realizar el acto estremecedor por el que se la había juzgado. Una noche Albina entró en la nave donde un primo suyo guardaba sus vacas y degolló con sus propias manos a un ternero que acaba de nacer. La encontraron por la mañana, cubierta de sangre, ante el cuerpo ensangrentado de la cría. Nadie sabía por qué lo había hecho, y ella misma se negó a dar ninguna explicación. En el mundo se mata, se limitó a decir cuando le preguntaron. Como las vacas eran de su primo, el asunto no trascendió. Pero solo un mes después, fueron varios corderos aún sin destetar los que degolló. Fue un escándalo mayúsculo, y el asunto terminó en el juzgado donde el juez decidió ingresar a Albina en el manicomio provincial.

Llevaba varios meses allí cuando Clara empezó sus prácticas. La conducta de Albina en el manicomio era ejemplar. Se ocupaba de la cocina y de servir las mesas, y si alguna vez las enfermeras le pedían que las ayudara lo hacía complacida. Sabía cómo tratar a los otros enfermos diciéndoles cosas que los tranquilizaban. A ver, repite conmigo, les decía: Soy mi mejor amigo. O me ocupo de lo que me hace bien y me da felicidad. Y al momento se habían calmado. Era como el Daniel bíblico. Si la hubieran tirado a un pozo lleno de leones hambrientos se las habría

arreglado para que se quedaran dormidos a su lado. Todos alababan su buen sentido y su saber estar, mas en lo que tocaba a arrancarle una explicación de lo que había hecho no se había avanzado nada. Bastaba con tocar el tema para que se refugiara en un mutismo absoluto del que no había forma de sacarla.

Y ella, Clara, que no entendía como alguien como Albina podía haber cometido unos actos tan atroces, solo vivía para explicar aquel enigma. Una noche, estando de guardia en el hospital, se entretuvo buscando en internet el significado de su nombre. Albina venía del latín, de la palabra *albus*, que significa blanco. También tenía raíces italianas, galesas y eslovenas, en las que ese nombre significa «la que trae felicidad». Entre los musulmanes, las mujeres que llevaban aquel nombre eran amantes de la libertad y poco propensas a la sumisión. Poseían naturalezas fuertes y decididas que los llevaban a lograr sus objetivos por el medio que fuera. Y así era Albina, como si sus padres supieran desde su mismo nacimiento cómo se iba a comportar a lo largo de su vida y por eso le hubieran puesto ese nombre. Era terca como una mula, y cuando se le metía algo en la cabeza no había forma de convencerla de otra cosa. Fue lo que le pasó con Marchena, su marido, que ya desde que eran unos niños decidió que se iba a casar con él. No tendría más de siete u ocho años, cuando se sentaba enfrente de su casa esperando a que saliera para seguirle. Y era cosa de ver la escena, él jugando con sus amigos a cosas de chicos, y ella mirándolos desde lejos, como si fueran una bandada de avutardas y temiera que en cualquier momento fueran a levantar el vuelo y a perderse en la inmensidad del espacio. Se hicieron novios, y apenas había pasados unos meses cuando decidieron casarse. Lo decidió ella, pues el chico solo hablaba por su boca. Sus padres, que sabían lo terca que era, lejos de oponerse tajantemente a aquella locura, se limitaron a decirle que como no tenían la suficiente edad tendrían que conseguir una dispensa especial del obispo. Y a ella le bastó con oír esto para presentarse en la iglesia y hablar con el cura. Este, tras decirle que aquello no era posible por lo jóvenes que eran, aprovechó para echarle la bronca. Estaba harto de sus exigencias y debía ser más humilde y aprender de Jesús, que había entregado su vida al servicio de los demás. Jesús hizo lo mismo que voy a hacer yo, le contestó. ¿Qué?, le preguntó el cura. Dejarse matar para demostrar que tenía razón. El cura se quedó sin saber qué decir. Así que ya lo sabe, insistió ella. Si no hace lo que le pedimos nos tiramos a un pozo. ¿Lo haréis los dos a la vez?, le preguntó el

cura sin poder ocultar una sonrisa de sorna. Sí, le contestó. Mi marido, ya entonces se refería a él como su marido, hace lo que yo le digo. El cura se enfadó con ella, y la echó de la sacristía con cajas destempladas, diciéndole que no debía hablar con esa frivolidad de cosas tan sagradas como la muerte.

Pasaron dos o tres días y llegó un nuevo domingo. El cura se estaba vistiendo para la misa, cuando le fueron a avisar de que Albina y su novio estaban sentados en el brocal de un pozo, con las piernas colgando en su oscuro interior, y amenazaban con tirarse si alguien se acercaba. Les dijo que fueran buscar al cura, ya que solo se prestarían a hablar con él. Este, que la creía capaz de hacer algo así, salió corriendo de la iglesia llevando puestas las vestiduras con que oficiaba la misa. Y, al llegar al pozo donde estaban, le bastó con ver la expresión de Albina para saber que estaba dispuesta a hacer lo que decía, arrastrando detrás al pobre Marchena, que pálido como un cadáver miraba a cuantos estaban allí con una expresión de súplica. El cura se avino a negociar con ella y, tras prometerle que esa misma semana hablaría con el obispo, consiguió que depusieran su actitud. Todos se fueron para la iglesia. El cura con su casulla, Albina y su novio siguiéndole triunfantes los pasos, y detrás todos los que habían contemplado la escena. Aquel cortejo fue creciendo según pasaban por las calles del pueblo, de forma que cuando empezó la misa la iglesia estaba llena a rebosar, lo que raras veces había sucedido, pues aquel era un pueblo de descreídos. Ese día, el cura se esmeró en su sermón. Habló de Jesús y de cómo había que encontrarle en todas las cosas, incluso ahí donde jamás habrías imaginado encontrarle. Pero ¿no era eso lo que ella y su novio habían hecho?, pensaron en el pueblo. ¿Buscar a Jesús en aquel pozo?

Esa noche el cura no pudo dormir. Pensaba en el misterioso poder de convicción que había en aquella muchacha, capaz de convocar al pueblo entero tras ella solo con la fuerza de su determinación. En él no existía esa fuerza, y desde que se había hecho cargo de la parroquia había tenido que enfrentarse cada día al deprimente espectáculo de su iglesia casi vacía. Y se preguntó qué fallaba en este mundo para que las palabras de una simple muchacha que amenazaba con tirarse a un pozo si no le hacían caso tuvieran más poder sobre aquellas gentes que las palabras de Jesús. Era como Juana de Arco con sus visiones, si todos la seguían era porque hablaba de la vida como debía ser, no de esa gran estafa que habían sido las suyas.

La cosa no quedó ahí. El cura lo habló con otro sacerdote que ejercía su magisterio en un pueblo vecino. Y este le aconsejó que les casara sin decírselo a nadie. El obispo se iba a oponer a la boda, pero, al fin y al cabo, qué mal podía haber en que fueran marido y mujer. Si chicos y chicas andaban por las eras haciendo de todo desde que tenían uso de razón, ¿no era mejor que, como pasaba con los animales, lo hicieran con la bendición de Dios? Y eso hizo el cura, casarles. A partir de entonces todo fue miel sobre hojuelas. Abelina no faltaba a misa ni un solo domingo, y seguía la ceremonia con gran devoción. También empezó a ocuparse de una virgen situada en una capilla lateral de la iglesia. Tenía a su hijo en los brazos y se ocupaba de lavar y planchar el mantel que adornaba su altar y de llevarle flores cada domingo.

En aquel matrimonio, era ella la que llevaba los pantalones, lo que Marchena, su marido, aceptaba con una expresión de asombrada conformidad, como si no supiera lo que era el matrimonio, y ella se lo fuera enseñando con infinita paciencia como hacen los maestros con los niños cuando les enseñan a leer. En ese tiempo eran muy felices. En el pueblo se reían de ellos, porque hasta en las horas del día tenían las contraventanas de su casa cerradas y pensaban que no tardaría en quedarse embarazada, pero pasaban los meses y ella continuaba sin barriga.

En el expediente que sobre su caso me pasaron en el hospital, continuó Clara, había una carta del sacerdote del pueblo. La había escrito a uno de los peritos que, a petición del juez, se encargó de evaluar el caso, para ver si aquella conducta se había debido a un trastorno mental. En opinión del cura, todo había empezado al no quedarse embarazada. Albina había ido varias veces a la iglesia para expresar su decepción. Él le decía que no se preocupara, que aún era muy jóvenes y que a veces los niños tardaban en llegar. Seguro que aquella virgen por la que sentía tanta devoción le iba a conceder muy pronto lo que deseaba. Los meses pasaban y, como todo continuaba igual, dejó de ir a la iglesia. El cura se la encontró en la calle un tiempo después y le preguntó qué le pasaba. ¿No te das cuenta de que la Virgen te está esperando?, le dijo. Seguro que echa de menos tus oraciones. Para qué voy a ir, le contestó desafiante. Un ganado que no existe, ¿necesita que se le dé de comer?

Albina era así, decía cosas que no sabías de dónde podía sacar, como si acabara de descender de un planeta cuyas costumbres nada tenían que ver con el nuestro. Entonces pasó lo del ternero. Lo degolló a la semana de

nacer. Según el cura, fue a causa de los celos, porque aquella vaca había dado a su dueño, que era su cuñado, lo que ella no había sabido dar a su marido: un hijo. Según parece, su marido vivía prendado de aquel animal y desde que había nacido solo vivía para estar con él. Lo llevaba con su madre al volver esta del campo, y lo sacaba a pastar cuando empezó a ser un poco mayor. Se comportaba con él como lo habría hecho con el hijo que ella no le había dado. Una noche, Albina se despertó y su marido no estaba en el lecho. Lo encontró en el establo de su hermano, junto a aquel ternero, con el que hablaba como si le pudiera entender. Fue la visión de esa dulzura inexplicable, la que le hizo reaccionar así. Se dirigió al establo con un cuchillo y degolló al ternero. El asunto no trascendió, pues los dueños del ternero eran familiares suyos, y se las arreglaron para echar tierra sobre el asunto. Pero Marchena no podía evitar que los ojos se le fueran detrás de todas las crías que veía. Detrás de las camadas de gatos, de los nidos de las palomas y los abejarucos, y hasta de los renacuajos que crecían en las charcas. El espectáculo de aquellas patitas que salían de sus vientres le hacía gemir de felicidad. Una vecina suya tuvo un niño y a todas horas la visitaba para contemplarlo, y hasta le pedía que le dejara cambiarle los pañales y darle el biberón. Aquello fue la gota que colmó el vaso, porque en el pueblo empezaron a murmurar y a decir que si esto pasaba era porque ella no le daba el hijo que deseaba. Albina no pudo soportarlo más y una tarde lo habló con su marido. No comprendes, le dijo, que en el pueblo se ríen de nosotros, porque te ven detrás de unos niños que son nuestros. Estaba arrodillada ante la cocina de paja y se balanceaba a un lado y a otro como si hubiera perdido el juicio. Si te vuelvo a ver con el hijo de esa furcia, añadió, cojo un cuchillo y hago con él lo mismo que hice con el ternero. Estaba loca de celos y no podía admitir que las otras mujeres, ¡hasta las hembras de los animales!, tuvieran los hijos que ella tanto deseaba.

Marchena, que después de lo del ternero la creía capaz de cualquier cosa, dejó de visitar a la vecina. Entonces pasó lo de los corderos y estalló el escándalo. Lo corderos solían nacer en el mes de junio, y durante unas semanas no podían salir con el resto del rebaño, incapaces de seguir el ritmo de las otras ovejas. Se quedaban en el redil esperando a que regresaran sus madres para darles de mamar. Había que contemplar esa escena. Madres y corderos se ponían a balar llamándose entre ellos, con una mezcla de excitación y alegría que recordaba a lo que pasaba a las puertas

de los colegios cuando las madres humanas iban a buscar a sus hijos pequeños. Los corderitos eran prácticamente iguales, pero ellas los distinguían por el olor y, tras encontrar cada una el suyo, empezaban a darles de mamar, con lo que los balidos se acallaban y se restablecía la calma. Marchena se acercaba cada atardecer al redil para contemplar el regreso del rebaño y la cautivadora escena. Hasta que una mañana Albina entró a escondidas en el establo y degolló a una docena de corderos. Luego cogió a uno de ellos y llevándolo sobre los hombros entró en la iglesia. Se acercó al altar de la Virgen, dejando a su paso un reguero de sangre, y puso su cuerpecito ensangrentado sobre el altar. Mira lo que he hecho con tu hijo, le dijo a la Virgen, y salió de la iglesia ante la consternación de los que estaban allí. Esa misma mañana la guardia civil se presentó en su casa para detenerla. Luego vino el juicio, y la decisión del juez de que fuera internada en el Hospital Psiquiátrico Provincial, donde ella, Clara, se la había encontrado.

Albina no había dado ni un solo problema desde que estaba allí. Pero era impenetrable, y Clara no fue capaz de arrancarle ni una sola palabra acerca de qué le había llevado a degollar los corderos. No sé de qué corderos me habla, le dijo cuando se lo preguntó. La trataban con antipsicóticos y tras permanecer internada ocho o nueve meses, pudo pasar los fines de semana en su casa. Ante su buena conducta y las muestras de cordura que daba, le permitieron abandonar el hospital, con la obligación de volver a revisión a primeros de cada mes. Siempre venía con Marchena, su marido. Clara estaba fascinada por aquel hombretón que seguía a su esposa con una mezcla inexplicable de adoración y fatalismo, como si pensara que el mundo era así y que no había más vueltas que darle.

Un día, se presentó solo en la consulta para pedirle que retirara las pastillas a su mujer. Desde que las toma, le dijo, no es la misma persona. Estaba en casa como ausente y no parecían importarle las cosas. Incluso cuando él hablaba de aquel hijo que tanto deseaba, ella se encogía de hombros, como diciendo, no sé de qué me hablas. O le contestaba con refranes y frases que no se correspondían con lo que él le decía. Una vez, por ejemplo, al hablarle de la sequía que afectaba a los campos, ella le contestó: *En la variedad está el gusto*. Otra en que le comentó lo mucho que estaba subiendo el gasóleo para los tractores, le dijo: *La mejor lotería es una buena economía*. Solo quería dormir, y al menor descuido se metía en la cama sin importarle que aún fuera de día. *Caras vemos, corazones no*

sabemos, le contestaba a su marido si le preguntaba por qué se acostaba tan pronto.

Y él echaba de menos a su verdadera mujer, y quería que volviera. No le importaba que dijeran que estaba loca. A la gente en los pueblos no le gustaban los cambios, era eso lo que pasaba. Los padres querían que sus hijos fueran como ellos y que todo permaneciera eternamente igual. Pero su mujer no era como la otra gente, que siempre sabías lo que iba a hacer. Con ella nunca lo sabías, y tan pronto podías encontrártela al llegar a casa sentada encima de la mesa, como llevando un orinal en la cabeza. Le preguntabas por qué lo hacía y se echaba a reír. Bachiller en artes, contestaba, tan necio como antes.Terminabas riéndote con ella, aunque no la entendieras. Era como si hubiera venido al mundo para cambiarlo. Por eso había degollado a los corderos, porque solo la desgracia tenía el poder de desequilibrar las cosas y hacerte ver cosas que nada tenían que ver con la vida que tenías. No te entiendo, le dijo Clara a Marchena, ¿qué quieres decir? Y este le hizo la confesión más extraña que le habían hecho nunca.

Un día se despertó en plena noche y vio que Albina no estaba en la cama. Pensó que se había levantado para ir al servicio, pero empezó a oír ruidos extraños, como si alguien estuviera golpeando los muebles. Solo ella podía hacer algo así, y decidió fingir que seguía dormido, que era lo que solía hacer cuando tenía que enfrentarse a una de sus extrañas conductas. No tardó en sentir sus pasos en la puerta y en la penumbra, con los ojos entrecerrados, vio que llevaba en la mano un cuchillo. Se detenía a cada poco y hacía el gesto de clavarlo al tiempo que emitía un leve chasquido con la boca. Era ese el ruido que había oído al despertar. Ella se acercó a la cama y se puso a andar a su alrededor emitiendo aquel chasquido, chas chas, con el que trataba de simular el ruido que el puñal hacía al clavarse sobre un cuerpo. Y supo que ese cuerpo era el suyo, porque era eso lo que quería: degollarle como había hecho con los corderos. Luego, se fue. La escena se repitió las noches siguientes, siempre con la misma secuencia. Los chasquidos en la cocina, su entrada en el cuarto con el puñal, hasta acercase a la cama donde dormía y fingir que lo apuñalaba. Y él se limitaba a esperar. No quiere decir que no sintiera miedo, pero más allá de ese miedo empezó a vivir para esperar el momento en que por fin se decidiera a hacerlo. Porque ahora sabía que si había matado a los corderos no era porque no los amara sino porque no soportaba que no fueran suyos. Y solo vivía esperando que hiciera lo mismo con él.

Todas nos quedamos en silencio, sin saber qué decir, mientras Clara tomaba la copa de vivo y la apuraba hasta el final. Luego se quedó pensativa, como dudando si debía continuar con la historia. Una estrecha sombra azul cruzaba la habitación y ella se la quedó mirando como si fuera un sendero que se adentraba en la oscuridad. No sabemos lo que hay en el corazón de los criminales, continuó. Condenamos lo que hacen, pero no sabemos qué los lleva actuar así, ni lo que quieren exactamente. Confunden el amor con la muerte, ¿eso es estar lejos de la verdad? No he conocido a dos seres más inocentes que Albina y Marchena. Pero ¿sabemos qué es la inocencia?, ¿qué nos puede pedir?

21 de junio. Conversaciones con el fantasma

Roco, ¿eres tú cómo la mujer que degolló a los corderos? Recuerdo que esa noche, al regresar a casa y pensar en la historia que Clara acababa de contarnos, me pregunte qué haría si descubriera que cuando vienes a casa por las noches también llevas un cuchillo en tus manos. ¿Te dejaría entrar o cerraría la puerta con llave para que no pudieras hacerlo? Pero ¿por qué me ibas a matar? ¿Qué tonterías digo? No, tú no andas por ahí degollando terneros, y si vienes a verme es por otra cosa. ¡Vete a saber por qué! Tal vez porque te recuerdo a alguien que conociste cuando andabas perdido por aquellos bosques helados de tu país. A lo mejor, a aquella prostituta que se ocupó de ti, que te acogió en su casa, cuando todavía eras un niño, y que después de estar con sus clientes, corría a tu cama para tener entre sus brazos el cuerpecito puro de un niño. Qué cosas pienso, ¿verdad? Una mujer que, aunque está con otros hombres, a quien ama es a ti. Es tan extraño el amor, nos hace hacer cosas que no comprendemos, nos lleva al mundo bello y terrible de los cuentos de hadas. Es en ese mundo donde vives tú, con todos los seres perdidos. Por eso temblabas la tarde en que te curé la mano. No lo hacías porque tuvieras miedo, sino por algo que no me quieres decir, que guardas en tu corazón como un secreto que solo a ti pertenece. Por eso vienes a verme por las noches, cuando yo no te puedo preguntar qué es, porque no quieres que lo descubra.

El otro día hablamos en la posada de esos hombres que hacían sufrir a sus parejas hasta hacerles la vida imposible, y nos preguntamos si de verdad las amaban. Aún más, ¿los amaban ellas? ¿Por qué si no se

dejaban convencer de que les dejaran volver a su lado si sabían que nunca cambiarían? Hay que tener cuidado con el amor, me dijo Carmen, es más fatal que el sexo. Lo contamina todo, el alma, la esperanza, el deseo. Pero tú amor no es así. Eres como papá, cuando entraba en mi cuarto de niña para darme el último beso. Yo hacía todo lo posible para permanecer despierta y sorprenderle, pero el sueño siempre me vencía antes de que ese momento llegara. Una tarde le pregunté por qué actuaba así. ¿No ves que estoy dormida y aunque quieras algo yo no te lo puedo dar? El que ama no quiere, me dijo con una sonrisa encantadora. No le entendí, porque, ¿cómo no iba a querer yo ese beso o que se quedara a mi lado contándome historias? ¿Cómo no iba a querer que nunca me abandonara? Tú eres como él y no hay forma de saber qué gusto podéis sacar en visitar a alguien que por estar dormida ningún provecho sacará de esa visita. No me malinterpretes, no quiero que me expliques por qué lo haces; bien sé que el amor no ha sido hecho para ser comprendido. Pero dime al menos una cosa. Esas noches, cuando te llega el momento de marcharte, ¿no te da pena de mí? ¿No se te ocurre pensar que todo te lo llevas tú dejándome sin nada?

28 de junio. El regresado

La historia que nos contó Carmen la semana pasada, cuando le llegó su turno, tenía que ver con una prima lejana de su abuela materna. Vivía en un pueblo de Zamora, donde la sorprendió la Guerra Civil. Su marido se fue con los sublevados y dejó de saber de él durante varios meses. Se acababan de casar, pero a esas alturas ya había descubierto que era un hombre que disfrutaba humillando a los demás. Eso hacía con ella, especialmente cuando llegaba borracho a casa, lo que empezó a suceder casi cada noche. Cualquier motivo le parecía bueno para insultarla. Era como si se hubiera casado con uno de esos niños que nacen malos y hacen la vida imposible a los que viven con ellos. Sin embargo, mientras fueron novios no era así. Siempre estaba haciendo tonterías, y como apenas llegaba al metro cincuenta la gente no paraba de reírse con él. Luego cambió, como si al vivir juntos descubriera que a causa de su tamaño no parecían un matrimonio sino una madre con su hijo y quisiera vengarse por ello. Incluso la hacía andar de rodillas por la casa para sentirse más grande que ella. Tal

vez por ese deseo de hacerse notar se unió a los falangistas al empezar la guerra. Salía con ellos por las noches a los pueblos de los alrededores en busca de los partidarios de la República, que llevaban al monte donde los fusilaban sin dejarles despedirse de sus familias. Y su marido era el primero en disparar. Luego se alistó en el ejército y dejó de verlo en los meses siguientes. Ella tenía una pequeña granja y ganaba lo suficiente con los huevos de las gallinas y la leche que le daban sus tres vacas. Pero la ausencia de su marido la aisló todavía más. Todos sabían en el pueblo lo que había hecho, y ella apenas salía de casa como si también tuviera la culpa de aquellas muertes. Lo habló con el cura, y este le dijo que su marido era un buen hombre y que si había actuado así era para combatir el comunismo. Pero ella sabía que eso no era cierto, que no lo había hecho porque fuera un patriota, como decía el cura, sino porque le gustaba matar. Era como cuando a ella le pegaba o la hacía dormir en el establo con las vacas, que no lo hacía porque ella le hubiera dado motivos, sino porque disfrutaba haciéndolo y para que supiera que quien mandaba en aquella casa era él.

Ten cuidado, le decía su marido riéndose, que cualquier noche venimos a por ti. Antes de casarse había bordado con otras amigas la bandera republicana que ondeó en el balcón del ayuntamiento el día que ganaron las elecciones y la amenazaba con hacérselo pagar. Mas lo que no la dejaba vivir no eran esas amenazas, que bien sabía cuánto le gustaba a su marido fanfarronear, sino algo que había pasado una de las noches anteriores a su marcha. Esa noche se presentó en casa y le entregó un papel con una lista de nombres. Había estado bebiendo y como el papel estaba rasgado y sucio porque había estado presumiendo de él, le pidió que se lo copiara. Era la lista de las personas a las que iban a matar, y allí estaba el nombre del novio de una vecina con la que se había criado. Y supo que si lo copiaba en aquella lista firmaría su sentencia de muerte. Aun así, lo hizo, por temor a que él la pudiera descubrir, y esa noche los mataron a todos. No había podido olvidar que con solo saltarse el nombre de aquel chico lo habría podido salvar.

Eso la llevó a apartarse de todos y a vivir cada día más encerrada en sí misma. Poco a poco, dejó de sentir, que fue como si nada de lo que había en el pueblo le importara, ni las gallinas ni las vacas que tenía en el patio, y que siempre habían sido su ojito derecho. Limpiaba el gallinero y el establo, y les daba de comer, pero como si lo hiciera por obligación, que no era

como cuando era soltera y no había empezado la guerra, que siempre les estaba diciendo lindezas a sus gallinas y podía pasarse tardes enteras contemplándolas. Desde que era muy pequeña había amado a los animales, y envidiaba la suerte que tenían porque estaban en este mundo sin necesidad de preguntarse qué hacían en él. Al contrario que ella, a quien se le iba la vida en hacerse una pregunta tras otra. Se preguntaba, por ejemplo, por qué existía el tiempo y en un abrir y cerrar de ojos los niños se transformaban en jóvenes y luego en personas mayores y perdían la gracia que tenían o por qué una joven que se acababa de casar llena de ilusión de pronto se pasaba las noches llorando porque su marido no era el que había imaginado. Se preguntaba por qué aquella guerra enfrentaba a unos vecinos con otros y había transformado aquel pueblo en un infierno; por qué el cura no hacía más que hablar de los pobres, si luego andaba siempre de merienda en casa de los ricos y denunciaba a los que no pensaban como él, aun sabiendo que eso podía costarles la vida; o por qué muchos hombres de allí pensaban que podían hacer con las mujeres lo que quisieran, hasta tirarles patatas si les apetecía. Pero ahora todo le daba igual, que hasta dejó de gustarle regar las flores, o levantarse pronto por la mañana para recoger los huevos, o buscar entre las hojas de la higuera los higos maduros, que era como si se hubiera quedado sin gusto y no pudiera distinguir entre las ciruelas, los melocotones y las cerezas, porque todas le supieran igual.

Fue cuando empezó a hacerse daño. Se clavaba una aguja en el muslo o se hacía heridas en el brazo con un trozo de cristal y se imaginaba que era su marido quien se lo hacía. Mira lo que me has hecho, le decía con una sonrisa, porque aquel dolor le devolvía misteriosamente al tiempo en que empezaran a vivir juntos. Era grosero con ella y se quejaba de que la sopa no estuviera caliente, de que a los garbanzos les faltara sal o que la fruta estuviera demasiado madura. Tenía la mano muy ligera y al menor descuido le había soltado un sopapo, o la llamaba urraca estéril, porque llevaban unos meses casados y aún no se había quedado preñada, pero luego terminaban en la cama y aquellos insultos groseros se transformaban en misteriosos conjuros para convocar una misteriosa ternura. Por eso se hacía aquellas heridas, para regresar a los días en que esa ternura fue posible. Y entonces se imaginaba que su marido había vuelto y que la sometía, como había hecho antes, a todo tipo de humillaciones: a permanecer de pie mientras él estaba cenando, a dormir en el suelo o a ir al establo a por estiércol para abonar los cultivos. Pero haciendo todas esas cosas volvía a sentirse viva.

Era como si le hubiera robado su alma y se la hubiera venido a devolver.

En eso hizo mal aquella tonta, siguió contándole a la niña Carmen su tía abuela, porque al hacer a su marido el centro de sus fantasías fue como si le estuviera llamando sin darse cuenta y lo hizo regresar de verdad. Fue una noche de tormenta. El viento arrojaba la lluvia bajo los aleros, por lo que dispuso ollas y calabazas para recogerla. Las barricas de agua de lluvia se desbordaban en el patio bajo el chorro constante que caía desde los canalones. La calma no llegaba. Por momentos el viento y la lluvia se hacían menos intensos, pero aun así no se atrevía a salir. Entonces oyó llamar a la puerta, era su marido. Venía sucio de barro y la tez de su rostro, iluminada por los relámpagos, era de una blancura sobrenatural. Le hizo entrar en casa y le ayudó a cambiarse y a lavarse. Luego le dio de comer, aunque rechazó su ofrecimiento. Todo lo miraba como lo haría un preso que, llevando muchos años en la cárcel, no supiera cómo comportarse al recuperar la libertad.

Y volvieron a vivir juntos. Como no quería salir de casa y se escondía cuando llamaban a la puerta, pensó que era un desertor, por lo que a nadie le dijo que estaba con ella, y cuando tenía que sacar las vacas a pastar o llevaba la leche y los huevos a vender, apenas hablaba con nadie. Y lo más extraño es que era feliz. Su marido parecía otra persona. Se le había quitado aquella soberbia que tenía y se lo encontraba invariablemente a su regreso esperándola a la puerta. Era como esos niños que van detrás de sus madres a todos los lados porque nunca se cansan de mirarlas. No hablaba y respondía a sus preguntas con sonidos inarticulados, como si se hubiera olvidado de las palabras. Tampoco probaba bocado. Si insistía, forzándole, por ejemplo, a aceptar un trozo de carne, lo mantenía largamente en la boca hasta que acababa escupiéndolo en el plato. Y si le daba agua, la devolvía al momento.

Tampoco dormía por las noches, y allí donde lo dejaba al irse a la cama, lo encontraba invariablemente al despertar. Jamás la tocaba ni se dejaba acariciar, su piel estaba helada como si acabara de salir de un pozo. A menudo lo sorprendía mirando algo, cualquier cosa, por ejemplo, una cuchara que había quedado olvidada sobre la mesa. ¿Qué haces?, le preguntaba. Y él se limitaba a encogerse de hombros y a esbozar una tímida sonrisa, como si temiera que le fuera a reñir por estar haciendo algo que no debía hacer. Pero ¿era malo mirar una cuchara? Era como si viera cosas que ella no veía, o no de la misma manera, como le pasaría a un condenado a

muerte al que dejaran regresar un día a su pueblo para despedirse de los lugares en que había vivido. ¿No los miraría maravillado y lleno de espanto, ya que esa iba a ser su última oportunidad de hacerlo? Así miraba su marido aquella cuchara, como si nunca más fuera a tenerla en las manos.

Una tarde reparó en que, al pasar su marido frente a un espejo, su imagen no se reflejó en la superficie. Podía haber sido una ilusión suya y pensó en hacerle retroceder para comprobarlo, pero un temor repentino la retuvo. Porque, ¿qué haría si era verdad? Y no solo evitó hacer esa prueba, sino que cubrió con paños los otros espejos de la casa.

No podía decir cuántos días pasaron así. A veces salía de casa para vender la leche y los huevos y se entretenía charlando con las otras mujeres, pero enseguida echaba de menos a su marido y volvía apresuradamente con él. Se acordaba de cuando eran novios y se perdían carretera adelante para que nadie los viera, como si guardaran un secreto que nadie debía conocer. Y era ahora como si volviera a sentir en su vida la presencia de ese secreto.

Un día llamaron a la puerta. Era el cartero con una carta certificada del Estado Mayor del Ejército. Se acordó de la tarde en que había visto a su marido pasar frente al espejo sin que se reflejara su imagen y supo que en aquella carta le anunciaban que había muerto. Y decidió no abrirla. La carta quedó olvidada en un cajón de la cómoda y en los días siguientes todo continuó como antes. Sin embargo, la conducta de su marido se fue volviendo más y más extraña. Rehuía la luz del día y buscaba refugio en las zonas más oscuras de la casa. Entre ellas, el establo, donde le gustaba permanecer junto a las vacas, sin importarle el olor del estiércol. Construyó para él un refugio, cubriendo con mantas y colchas la mesa del comedor, y era allí donde se lo encontraba invariablemente cuando regresaba a casa. Por las noches abandonaba su refugio y hasta paseaban juntos por la casa y el patio, siempre a oscuras, pues la luz le hacía daño. Una mañana, al volver del mercado, lo encontró tumbado en el suelo, gimiendo. Se había dejado las contraventanas abiertas y la luz del sol le había sorprendido al ir a la cocina, causándole un dolor indescriptible. Lo cubrió con una manta y cerró las ventanas, pero ni aun así dejó de gemir. No sabía qué le pasaba y a cada momento le estaba señalando la puerta, como si le estuviera pidiendo que le dejara marchar. Decidió abrir la carta y en ella le decían que su marido había muerto en combate. Había pasado cerca de un mes desde entonces, por lo que al presentarse en su casa aquella noche de tormenta ya estaba muerto, lo que explicaba sus extrañas conductas. Aún tenía la carta en sus

manos cuando, al alzar los ojos del papel, vio a su marido mirándola desde la ventana. Era la mirada más triste que había visto nunca. Le vio atravesar el patio y dirigirse al establo.

Y entonces tuvo miedo. Miedo de que le pudiera contagiar alguna enfermedad o que quisiera arrastrarla con él al tenebroso mundo del que procedía, y no solo no le siguió, sino que esa noche cerró la llave con cerrojo. Por la noche, le sintió andar en la puerta y escuchó sus gemidos, como si le estuviera pidiendo que le abriera para estar con ella, como había hecho otras veces. Pero ella no le abrió y a la mañana siguiente, cuando entró en el establo, ya no estaba allí. Y supo que se había ido para siempre. Pasaron los años y se seguía acordando de aquellos días. Había sido misteriosamente feliz en ellos, aunque finalmente le traicionara. Fue como vivir con uno de aquellos ángeles que Dios expulsó del paraíso.

Mejor así, le dijo la niña Carmen a su tía abuela. A mí me daría miedo vivir con un muerto. Los muertos no son peores que los vivos, le contestó ella. Además, en aquellos tiempos la gente no era como ahora, sucedían cosas inexplicables y se aceptaban sin dudar. Nadie pensaba que hubiera que entenderlo todo. Tu bisabuelo se encontró una vez en el monte con una liebre blanca y se negó a dispararle por considerar que era lo suficientemente especial para acabar con ella de un disparo. Una liebre blanca, le decían algunos, ¿cómo pretendes que nos creamos algo así? Allá vosotros, les respondía. Nadie es más ciego que el que no quiere ver.

Esa tarde, la niña Carmen llevaba consigo un conejito que le había regalado su vecino y del que no se desprendía ni un solo momento, y su tía se lo quedó mirando con una sonrisa dulce. El regresado era así, le dijo. Mi prima me decía que a pesar de ser tan pequeño era el hombre más guapo que había visto nunca. Imagínate, añadió, con qué amor mirarías a este conejito que tienes en tu falda si supieras que con solo tender tu mano para acariciarlo fuera a desaparecer para siempre. Te parecería la criatura más bella del mundo. Así me imagino a todos los seres que han muerto, llenos de añoranza por las cosas que no poseen y que hay en la tierra. ¿Y adónde crees que se iría aquel señor?, le preguntó la niña Carmen. ¿Quién sabe?, le contestó su tía. La muerte es como una gran pared que todavía nadie ha podido escalar. No se sabe qué puede haber al otro lado.

Eso fue lo que su tía abuela le contó a Carmen aquella tarde. Serían muchas las veces que Carmen escucharía de sus labios historias como esa. No se cansaba de pedírselas. En parte porque, aunque ya se las hubiera

contado, siempre añadía algo inesperado que había omitido en otras ocasiones; y, en parte, porque nada le gustaba más que estar a su lado en la cocina mientras ella se las contaba. Las ventanas estaban abiertas y se percibían los olores de la casa y del campo. El aroma del espliego que utilizaba en sus ropas, el perfume inconfundible de la miel guardada en la despensa y la esencia de las flores subiendo desde el jardín. El aire que venía del río se colaba por la ventana formando remolinos de fragante humedad y en los estantes había ricas pastas, tortas, galletas y pasteles de frutas.

La madre de Carmen reñía a su tía por contarle historias como aquella del regresado. Tía, le dijo, qué cosas le cuentas a la niña. Luego no duerme por las noches. Tonterías, le contestó mientras besaba y abrazaba amistosamente a Carmen, aunque con cierta falta de entusiasmo. Una buena historia es como una excursión, no te puede llevar a un sitio donde no pase nada.

Al llegar a este punto, Carmen se detuvo un momento para beber un poco de vino. Las madrinas de los ciclistas la miraban embobadas. Eran como aquella liebre blanca que su bisabuelo había visto una vez en el monte y a la que había perdonado la vida porque no se debía hacer daño a los seres especiales de este mundo. Aquellas historias de los perros de las praderas, del extranjero que borraba los tatuajes, de la mujer que degollaba los corderos, del hombre que había regresado de la muerte, ¿no eran las que todos deseábamos escuchar? ¿De dónde las sacaban? Historias que decían que siempre habría en el mundo un lugar para lo extraordinario, no importa lo desolada que tantas veces pudiera parecernos nuestra vida.

Siendo una jovencita, Carmen vio en Francia un cuadro que le recordó la historia del regresado. En él se veía a Orfeo y Eurídice abandonando el reino de los muertos. ¿Conocéis esta historia?, les preguntó a las madrinas. Estas negaron con la cabeza. Y empezó a contársela. Orfeo era un poeta que descendió al submundo en busca de su amada Eurídice, a la que una serpiente había mordido en el pie provocándole la muerte. Gracias a la belleza de su música convenció a los dioses de que la dejaran volver con él al mundo de los vivos. Le pusieron una condición: hasta que no alcanzaran la puerta que separaba los dos mundos, no debía volverse para mirarla. Pero algo hizo volverse a Orfeo antes de ese momento y la perdió para siempre. Un pintor francés había pintado, a finales del siglo XIX, los momentos que precedieron a esa dramática decisión. En él se veía a Orfeo y a Eurídice

avanzando decididos hacia la puerta que les conduciría al mundo de los vivos. El misterio era por qué él se había vuelto para mirarla cuando solo con esperar unos instantes habría podido hacerlo todo el tiempo que quisiera. Según Carmen, fue porque ella se lo pidió. Había sido tan hermoso ver como cautivaba a los dioses con su música, aquel triunfo de sus deseos sobre la muerte, que comprendió que en el mundo al que se dirigían no podrían vivir nada tan extraordinario. Y le pidió que se volviera para que eso no sucediera. Quería que la recordara siempre en ese momento de gloria.

Mientras hablábamos, la tormenta había ido amainando y el silencio se imponía poco a poco sobre el tumulto. La lluvia cesaba y el viento dejaba de rugir. A través de la atmósfera húmeda y gris penetraba la luz del color de los limones del porche, que había permanecido encendida. El patio estaba arrasado, se habían desplomado las pilas de leña y el tejadillo que las cubría había perdido parte de las tejas a causa del fuerte viento. Una de ellas se había estrellado contra la pared de la casa y varias macetas habían rodado por el suelo, que estaba cubierto de barro y de hojas. No es mucho lo que queda del mundo, dijo Carmen contemplando el desastre, pero demos gracias a Dios porque algo se mantenga aún en pie.

Mandó a las chicas a la cama, ya que al día siguiente tenían que madrugar para entregar los trofeos de una de las etapas de la Vuelta a Burgos. Las mujeres mayores, como decía Carmen, aún nos quedamos un rato. Fue cuando sacó la botella de un whisky escocés que guardaba para ocasiones especiales. Lo sirvió en vasos anchos y sin hielo, que era como se debía beber. Vaya conversaciones, exclamó Clara, la psiquiatra, con una mezcla de satisfacción y alivio. ¿De dónde sacas a estas chicas? ¡Están completamente locas! En vez de una agencia de azafatas, deberías poner una escuela de filosofía. Falta nos hace, contestó Carmen. ¿Sabéis lo que leí el otro día en un periódico de Madrid? Que pensar demasiado puede ser malo, ya que al hacerlo el organismo segrega una sustancia, el glutamato, que puede llegar a ser tóxica si se produce en exceso. Bueno, dije yo, no creo que en este país corramos mucho riesgo de intoxicarnos por pensar en exceso. Pero está claro que nuestras amigas no tienen ese temor. ¿Quién sabe lo que en este momento se estarán contando en la oscuridad?

Una leve oleada de ternura y piedad nos invadió al pensar en ellas. Habían sido la causa de la dicha de esa noche. ¿Qué tontería es esa de que pensar puede ser malo?, exclamó Clara de pronto. ¿Acaso hacemos otra

cosa? Las cosas existen porque pensamos en ellas. Todo es pensamiento, si no piensas, el mundo no existe.

5 de mayo, domingo. Una noche de amor

¿Has oído, Roco? Tú existes gracias a mí, porque soy yo quien te piensa. ¿O tal vez eres dos? El que vive en el monasterio con los hermanos y el que viene a verme por las noches. El que ocupa mis pensamientos y aquel del que no sé qué pensar. ¿Cuántos hay en el mundo como tú? ¿O eres como aquel dios griego que cambiaba de forma si alguien trataba de retenerle? Algo raro debe pasar, porque últimamente todo me habla de ti. El otro día fue un ternero el que, al pasar a su lado, levantó la cabeza y se quedó mirándome como si supiera cosas tuyas que yo no conocía. Luego un jilguero se posó en la parra mientras desayunaba y me pareció que eras tú quien me lo había enviado. Y qué decirte de las mariposas. Ahora el monte está lleno de ellas, flotan en el aire como flores que se hubieran desprendido de las jaras porque todas quieren estar en tu colección, como me pasa a mí.

Esa misma tarde, al pasar por la iglesia, me acordé de cuando hice la primera comunión con un vestido precioso que me compró papá solo porque yo me empeñé, y decidí entrar en aquel mundo de silencio y oro. A veces hago eso, con un poco de vergüenza, lo reconozco, porque no me gusta que piensen que sigo creyendo en Dios. Viendo cómo es este mundo, ¿se puede creer en un ser que siendo todopoderoso se ocupa tan poco de lo que ha creado? Era domingo y se estaba celebrando la misa. El sacerdote daba la comunión a sus fieles, que se acercaban con recogimiento a recibir aquellas formas tan blancas. Sentí envidia de ellos porque me pareció que no era a Jesús, sino a ti a quien estaba poniendo en sus bocas. Esa misma tarde vi a unos novios caminado por la carretera. Es así como los domingos pasean las parejas en el pueblo. Se pierden carretera adelante buscando lugares donde nadie los pueda ver. Estos eran muy jóvenes, y vi como el chico se acercaba al oído de su amiga, para decirle algo que la hizo reír. Y, en vez de verte en el chico, me pareció que eras la chica que lo estaba escuchando. ¿No es eso ser amado, que los demás te entreguen sus pensamientos? ¿Qué haces tú con los míos? ¿Los llevas al refugio que tienes junto al pequeño río, el que has pintado de rojo? Me contaron algo

curioso de las urracas. Se llevan a sus nidos todo lo que brilla, y como más de una vez se ha tratado de una colilla encendida provocan incendios sin quererlo. En esas copas que arden estás tú. Hemos renunciado al amor, a sus sueños y presentimientos, a su no saber pensar. Hemos renunciado a ese rastro de llamas. Nuestro tiempo solo quiere el placer.

¿Quieres que te cuente una cosa que he hecho? Pero si lo hago, tienes que prometerme que no te vas a enfadar ni a ponerte celoso. ¿A que ya adivinas qué es? Sí, es justo eso, me he acostado con otro hombre. Verás, fue algo que pasó el fin de semana pasado. Viajé el jueves a Madrid para asistir a un congreso de mi especialidad. Fueron dos días agotadores donde asistimos a un sinfín de conferencias y mesas redondas. Las jornadas empezaban a las nueve de la mañana y podíamos estar en el Palacio de Congresos hasta la noche. Reinaba un ambiente de inesperada euforia. Teníamos que aprovechar el tiempo, encontrar soluciones a la ingente cantidad de problemas que afectaban a la sanidad de este país. El congreso terminó el sábado a las ocho de la tarde y hubo una cena de despedida. Luego, los más jóvenes nos fuimos a una discoteca a bailar y a beber unas copas. Uno de los médicos se acercó a mí. Su conferencia me había gustado mucho y le estuve comentando por qué. Enseguida me di cuenta de que quería ligar conmigo. Era de ese tipo de hombres que están convencidos de que te hacen un favor al prestarte atención, un favor que tienes que devolver en especias cuando llegue el momento, ya me entiendes.

Ese día, antes de las sesiones del congreso, había oído por la radio, mientras me arreglaba, a una joven directora afgana que había hecho un documental sobre la situación de las mujeres en su país. Hablaba de los abusos que sufrían las niñas en sus propias familias y de cómo el incesto, a pesar de ser tan frecuente, era un tabú del que no se podía hablar. Me conmovió su valor, que siguiera creyendo en la belleza a pesar de lo espantoso que debía ser vivir en un país como el suyo. Allí las niñas no pueden soñar con ser médicos, ingenieros o astronautas, dijo en un momento de la entrevista, solo les está permitido ir donde los hombres las quieran llevar. Empleó exactamente esa frase. Seguir a los hombres, es todo lo que pueden hacer. Entonces me di cuenta de que era lo que estaba haciendo yo, dejarme llevar por aquel pedante, a pesar de que no me gustaban las cosas que decía. Me pregunté qué nos inculcaban desde pequeñas para que termináramos pensando que eran siempre ellos los que tenían que llevarnos de la mano por la selva del mundo, incluso tratándose

de esos asuntos del amor que en principio eran los únicos de los que nos dejaban ocuparnos a nosotras. Ahora te vas enterar de quién manda aquí, me dije para mis adentros. Y me puse a jugar con él, riéndome de su presunción y tomándome a broma sus opiniones, lo que lo llenó de furia. El juego me excitó tanto que, si no hubiera sido tan idiota y hubiera reaccionado con más humor, me temo que se habría salido con la suya y me habría llevado al cuarto de los despedazamientos. Pero se sintió herido en su orgullo, y me dejó plantada por un grupo de guapas enfermeras que no paraban de hacerle gestos para que se les acercara, y entre las que esperaba encontrar a una víctima más complaciente que yo.

Estaba a punto de irme a dormir cuando una amiga me llamó para presentarme a otro compañero. Y me bastó con mirarlo un instante para saber que era con él con quien me iba a acostar esa noche. ¿Quieres saber por qué? No porque fuera guapo, aunque lo era a rabiar, ni inteligente, que también lo era mucho, ni porque le gustara bromear con esas graciosas necesidades que tienen que ver con el sexo, sino porque tenía una mano vendada como tú. Mi amiga y él se pasaron todo el tiempo recordando las cosas que hacían en el instituto, pero yo apenas los escuchaba, porque no podía apartar los ojos de aquella mano. Ella no tardó en darse cuenta de que algo me pasaba con él, y después de un rato se levantó y, guiñándome un ojo a escondidas, nos dejó solos como diciéndome, todo para ti. Era de esos hombres que, cuando te das cuenta, te han llevado a la cama porque transforman todo lo que tiene que ver con el sexo en una comedia. Y ya se sabe que en las comedias lo único que quieres es pasártelo bien. Empezamos a besarnos y muy pronto estábamos en su cuarto. Con el sexo había entrado la broma en el mundo y más valía reírse todo lo que pudieras cuando tenías ocasión. Pero ¿por qué entonces cuando miraba aquella mano no me reía? No era a ese hombre al que pertenecía, sino a ti, y era como si al besarlo, porque me dio por besarle sin parar, le estuviera pidiendo en secreto que me llevara contigo. Era como estar en aquel mundo sumergido de algas verdes y caricias maliciosas, de susurros y lúcida avaricia del que nos había hablado Frank, donde siempre se quería más y más y los deseos nunca se saciaban. No, el sexo no era solo una comedia, y allí estaban aquellos ahogados para recordarlo. Era como aquella gruta en la que Tristán e Iseo se refugiaron en el bosque. La gruta del placer, en el país de la muerte.

Esto es todo lo que puedo contar, pues lo que pasó en ese cuarto es

mejor que no lo sepas. Y no porque me de vergüenza recordarlo, que un poco si me da, sino porque, aunque todo estaba destinado a ti, fue otro quien se aprovechó de ello. Claro que mentiría si te dijera que tampoco yo me aproveché de lo que él tenía. Dos ladrones robándose, eso fuimos esa noche. Siempre es así cuando nos acostamos con alguien, que no hay forma de saber con quién lo hacemos. ¡Qué osadas somos las mujeres al irnos a la cama con el primero que nos sale al paso, ya que nunca estaremos más indefensas que cuando estemos en sus brazos! Porque, ¿qué pasa si nos quiere matar? No estoy hablando de cosas que no puedan suceder. Son los hombres los que matan, raras veces lo hacen las mujeres.

Pero ¿me quieres matar tú, niño del pantano? En ese caso, ¿por qué has dejado de venir a casa. ¿Fue porque la otra noche encontraste la puerta cerrada? Pero espera, espera, no lo hice porque no quisiera que entraras, sino porque me había venido el período y no quería que me encontraras así. Me acordé de la novela de Dumas, y de aquellas camelias que Margarita Gautier, su protagonista, llevaba al teatro para indicar a sus amantes si podían o no visitarla esa noche. ¿No te fijaste que en el alféizar de la ventana había una maceta con geranios rojos? Claro que los hombres raras veces reparáis en esas cosas que nos pasan. Aunque, luego, cuando os hablamos de ellas huis de nuestro lado como corderitos que temen que su blanca lana pueda mancharse de sangre. ¿Sabéis por qué os asusta esa sangre? Porque habla de nuestros cuerpos, no de los vuestros.

Pero verás, aquella noche, después de hacer el amor, yo no podía conciliar el sueño. Mi compañero se había dormido profundamente ocupando gran parte de la cama, y apenas tenía espacio para mí. Lo empujé un poco para que se corriera, y se puso a hablar en sueños pronunciando dos veces el nombre de una mujer, un nombre que no era el mío, lo que me hizo sonreír. ¡Menudos farsantes éramos los dos! Él había estado en la cama con esa mujer, y yo había estado contigo. Siempre es así. Nos acostamos con alguien que no sabemos lo que se lleva consigo a la cama; como tampoco él sabe qué nos llevamos nosotras. El sexo es esa comedia de enredos, esa suelta de fantasmas, unas veces conocidos y otras no, de forma que no hay forma de saber con quién pasas la noche. En aquel cuarto éramos al menos cuatro. Él había llevado a su amante, y yo te había llevado a ti, como otras llevan a sus cuñados a la cama matrimonial o a ese vecino al que ven cada día por las escaleras y con el que nunca se han atrevido a hablar. A la mañana siguiente, tras hacer de nuevo el amor, me

dieron ganas de preguntarle quién era esa mujer, y si las cosas que habíamos hecho eran las que hacía con ella. Porque era su goce lo que estaba buscando, no el mío. Las andanzas del alma en el callejón de los cuerpos perdidos eso era la sexualidad humana.

8 de julio. Nadie quiere morir

Han llegado al pueblo dos chicas holandesas. Esta tarde se han pasado por la consulta. Acamparon junto al río y una de ellas amaneció cubierta de ronchones a causa de los insaciables mosquitos del páramo. No veas cómo la han puesto. Era una reacción alérgica y le di un antihistamínico para aliviarla. Le pedí que se quitara la camiseta y no llevaba sujetador. Tiene los pechos más lindos que he visto en mucho tiempo, y me los quedé mirando como una tonta, de lo que creo que se dio cuenta, pues la vi sonreír. ¡Qué hermosas somos las mujeres a esa edad! No me extraña que los hombres nos persigan, que hagan lo que sea para tenernos en sus brazos, que hasta nos quieran matar cuando no lo pueden conseguir. ¿No es eso lo que hacen los cazadores? ¿No matan a las ciervas que corren por el monte, no matan a las palomas torcaces, no matan a las liebres y a las codornices? No es porque les guste su carne, que seguro que también, sino porque no las pueden tener. Y eso los enloquece. Quieren hacerlas suyas en el momento de la huida, y todo lo que consiguen son sus cadáveres. Y nadie quiere eso. Lo bello es lo que está vivo, lo que se escapa de ti. Una fruta que se mira sin extender la mano, una desgracia que se acepta sin retroceder. Y esos pechos eran esas frutas inalcanzables, como en aquel poema de Safo donde la fruta más deseada era la que estaba en la rama más alta, aquella a la que no se podía llegar, que quedaba sin recoger.

Recuerdo que cuando las chicas se fueron, pensé en Roco, y en lo mucho que me habría gustado que hubiera estado allí cuando le pedí a la chica que se quitara la camisa. Me hubiera gustado que viera aquellos pechos tan lindos, como si también fueran un poco míos, de todas las mujeres. ¿A que te han gustado?, le diría. Pues si los quieres, ven a casa a buscarlos. Esta noche quien los tiene soy yo.

Tantas almas jugando con un mismo cuerpo, ¿a qué dios se le ha ocurrido concebir un disparate así?

10 de julio. El último atardecer

Esa tarde, antes de irse de la consulta, las holandesas me preguntaron por el monte de San Lorenzo. Habían conocido en Valladolid a un chico de su edad que las había invitado a ir. Debe ser uno de los hijos del dueño. Tienen allí una finca con todas las comodidades. La visité con Carmen, al poco de venir aquí. Los padres me parecieron encantadores, a pesar de que en el pueblo los critican porque según se dice se han hecho de oro con los molinos de viento. Fue en sus fincas donde los pusieron, gracias a su amistad con los políticos de la zona, y ahora ingresan cada año una fortuna en concepto de alquiler de sus tierras. No tienen que hacer nada, solo poner la mano y tomar el dinero que les dan. En esta comunidad los políticos de derechas llevan muchos años gobernando y son variados los escándalos que se les atribuye. Tampoco han hecho gran cosa por mejorar las condiciones de la gente. El campo se está despoblando y los jóvenes, faltos de esperanzas, escapan de aquí a la menor oportunidad. Carmen les dijo que yo era la médica de Torrelobatón y se desvivieron conmigo. La gente de dinero sabe ser educada, especialmente cuando se encuentra con los que son como ellos. Es como aquel del chiste de los enanos. Los enanos tienen un sexto sentido que les permite reconocerse entre ellos con solo mirarse. A los afortunados de este mundo les pasa lo mismo, les basta con mirarte un momento a los ojos para saber si perteneces o no a su selecto club. Bueno, puede que no sea solo a los ojos y también necesiten echar una ojeada a tu coche y a la ropa que llevas. En esto de la ropa, ni Carmen ni yo teníamos ningún problema. Ella iba muy guapa y a mí me había dejado uno de esos vestidos minifalderos que llevan sus chicas en las vueltas ciclistas. Los más jóvenes nos miraban como deben mirar las moscas un tarro de miel. Me parecieron buenos chicos, sobre todo ellas. Virgencitas antes de ser corrompidas por el dinero y el deseo de follar. Hoy apenas existe la vida privada, y la gente te cuenta su vida sexual sin ningún rubor, pero ¿por qué entre los hombres y las mujeres siguen pasando cosas que ninguno de ellos sabe luego explicar?

Según parece, cuando llega el buen tiempo, organizan encuentros como este en el monte. Reuniones de cazadores, de gente que viene a hablar de negocios o simplemente a pasar la tarde. La casa fue en su momento un refugio donde pastores y labradores guardaban herramientas, animales y parte de la cosecha. Hoy está completamente restaurada y es un magnífico edificio de piedra con cerca de veinte habitaciones. La rodea un jardín de

ensueño, lleno de plantas y árboles autóctonos. Una decena de camareros vestidos con chaquetas blancas pasaban constantemente entre nosotros ofreciéndonos vinos y canapés, mientras alrededor de la piscina los jóvenes habían puesto música y reían y bailaban. Me cansé de todo aquello. Era como estar en uno de esos almacenes de lujo donde hay todo lo que cabe imaginar, y en los que enseguida descubres que no te apetece nada. Es mi otra alma, la de la melancolía, la que en esos instantes toma posesión de mí. ¿Qué hacemos tú y yo en un lugar como este?, me dice. Tenía un buen amigo que se reía de mí al verme pasar de pronto del entusiasmo al más absoluto abatimiento. Eres como esos boxeadores, me decía, que cuando más interesante está el combate se cansan y tiran la tolla. Recuerdo que me llevaba con él a ver combates de boxeo.

Me fijé en que a una camarera se le había roto la cremallera lateral de la falda y estaba muy nerviosa por esa razón. Por suerte, yo llevaba un imperdible en el bolso y me acerqué para ayudarla. Las caballerizas estaban cerca y entramos en su interior. Los caballos levantaron la cabeza al vernos, como interesándonos por lo que íbamos a hacer, y las dos no echamos a reír. Era como si quisieran conocer el color de nuestra ropa interior. Al terminar, la chica me dio las gracias. Cuando salimos de aquí, me dijo, nos vamos todos a bailar a un pueblo que está aquí cerca. Si quieres puedes venir con nosotras. Se fue corriendo y yo me quedé un rato con los caballos. Me miraban como si hubieran escuchado nuestra conversación. La ocurrencia me hizo sonreír, y salí de allí pensando en que lo mejor que podía hacer era irme a bailar con aquellas chicas y ligar con uno de los camareros. Era la mejor solución a aquel rapto de melancolía. Son nuestros pensamientos los que nos salvan, pero ¿qué pasa cuando ni siquiera tenemos pensamientos?

Me pareció que estaba siendo desleal con Carmen. Se había esforzado en llevarme con toda aquella gente y yo se lo pagaba con mi desinterés. Te conviene conocerlos, me dijo mientras nos vestíamos, son los dueños del mundo real. Pero ¿quería yo vivir en ese mundo? No, no quería, estaba harta de tanta realidad. Roco, ¿por qué no vienes a salvarme?, pensé. Me acerqué a la piscina, donde un grupo de chicos estaba bailando. De las ramas de los árboles colgaban faroles de colores y las chicas se movían sujetándose entre risas sus leves vestidos como si el viento se los fuera a quitar. El agua de la piscina temblaba como si estuviera viva. Me fijé en aquellos vestidos. Eran los culpables de todo. Los padres se los ponían a sus

hijas desde que estas empezaban a andar, ¿sabían que las volvían locas? Te hacían creer desde pequeña que todo lo que querías te lo iban a dar. Y luego llegaban las decepciones.

Más allá, sentada en un pequeño porche, estaba sola una chica. Su vestido amarillo me recordó algo que de momento no acerté a formular. Parecía un vestido de oro. Era muy joven y llevaba el pelo muy corto. Le pregunté qué hacía allí sola y por qué no iba a bailar con los demás. Me aburro, me contestó. Vaya, le contesté, te pasa lo mismo que a mí. Y le conté lo que me había pasado con la camarera y cómo la había ayudado con aquel imperdible. Cuando acaban de recogerlo todo se van a bailar a un pueblo que hay aquí cerca, añadí. Parece que le gusta uno de sus compañeros. Seguro que se lo quita, me dijo. Tardé en dame cuenta de que se refería al imperdible, y en que si ella fuera esa chica se lo quitaría cuando fuera a bailar con el camarero que le gustaba. La vi sonreír de su propia ocurrencia. Como escena erótica no estaba nada mal. Sentir la mano de tu amigo deslizándose por tu cintura hasta que se daba cuenta de que la cremallera de tu vestido no estaba cerrada.

¿Te puedo contar una cosa?, me dijo de pronto. Había estado en Francia, en casa de unos amigos de sus padres, que tenían una hija de su edad. Y allí había conocido a un chico del que se había enamorado. Habían sido los días más bellos de su vida, y al despedirse habían prometido escribirse todos los días. Ella había cumplido la promesa, pero el chico, aunque al principio había hecho lo mismo, muy pronto dejó de contestar a sus cartas. Y se había enterado por su amiga que estaba saliendo con otra chica. Al llegar a este punto se puso a llorar y yo me la quedé mirando sin saber qué hacer. Era como esas heroínas que se encaminan al patíbulo orgullosas de haber cumplido su misión en el mundo. ¿Era el amor la misión de las mujeres?, me pregunté. Estaba fascinada por esas lágrimas, me llevaban a un tiempo en que yo también había sentido cosas así. Luego todo había cesado. No llores, le dije para consolarla. Esas cosas pasan a tu edad, y con el tiempo terminas riéndote de ellas. Sabía que estaba mintiendo. Yo era como ella, uno de esos seres para los que el amor es una rebelión contra la madurez, el deseo de permanecer eternamente en la infancia, en el mundo de lo inferior.

En ese instante me acordé de dónde había visto un vestido como el suyo. Fue en una película titulada *El último atardecer*. Trataba de un pistolero que huyendo de la justicia se reencuentra con la mujer que amó en

otro tiempo. Aquel vestido era el que entonces llevaba. Él quiere reiniciar su historia, pero ella le dice que no es posible porque ya no es la persona que conoció. Ha pasado el tiempo y tiene ahora una hija de dieciséis años. En el pueblo hay un baile y esta, que se ha enamorado del pistolero, se pone el vestido que llevó su madre a su edad y le propone fugarse juntos. Y el pistolero, al verla así vestida, pierde la cabeza y le dice que sí. Pero la madre descubre lo que pretenden y le confiesa que la chica con quien quiere fugarse es su propia hija, ya que estaba embarazada de ella cuando se separaron. El pistolero renuncia entonces a su plan y se despide de la joven en una escena preciosa, su último atardecer. El *sheriff* le está buscando y sabe que no se defenderá cuando lo encuentre, pues la vida ha dejado de tener sentido para él, pero evita decirle a la chica del vestido de oro que es su padre, y cuando ella trata de besarle se limita a apartar delicadamente su boca. Y le dice que si alguna vez tuvieran que separarse, debe seguir sola su camino, encontrar a otros hombres a los que amar. Cuando quieres una vez, has de seguir queriendo siempre. Es como un manantial, si deja de manar, desaparece. Si dejaras de querer porque me sucediera algo malo, tú también desaparecerías.

¿Sabes que estás un poco loca?, me dijo la chica cuando terminé. Yo había bebido más de la cuenta y no sabía por qué le estaba contando aquella película. La chica tenía una cara fresca y luminosa, como si acabara de salir de la piscina, y con aquel vestido amarillo era como la actriz de la película. No parecía real, sino un ser de otro planeta que se había materializado un momento en aquel lugar absurdo antes de regresar al mundo al que pertenecía. Le dije que el amor era un don, aunque tantas veces, como pasa con los verdaderos dones, no supiéramos qué hacer con él.

¿Es un don o un castigo?, me preguntó ella con algo de sorna.

Tenía aspecto de estar divirtiéndose, como si todo lo que me había contado se lo estuviera inventando: el amor con aquel chico, las cartas que le había escrito, hasta las lágrimas. Sus dientes eran diminutas conchas blancas.

Puede que sea las dos cosas, le contesté. Pregúntaselo a tu corazón, a ver qué te dice.

15 de julio. La pequeña criada

Recuerdo que esa noche, la noche de las confesiones, de vuelta a casa, me pregunté qué pueblo era aquel en el que estaba viviendo. Más que uno de esos pueblos de Castilla donde todo permanece eternamente igual, parecía uno de esos lugares que solo existen en la imaginación de los escritores y donde hasta las cosas más disparatadas pueden suceder. Un pueblo donde hace más de cuarenta años no solo habían recibido a un actor famoso para el rodaje de una película, de la que se seguían acordando como si todo hubiera sucedido el día anterior, sino que a una pobre anciana le había dado por contar que ese actor había dormido en su casa la siesta y que, al levantarse, la había cogido en sus brazos para llevarla en volandas hasta la misma puerta, como hacían en las películas los novios con las muchachas con las que se acababan de casar. Y que, a partir de ese momento, toda su vida había vivido con la pregunta de por qué lo habría hecho.

Un pueblo donde una mujer inteligente y guapa había fundado un negocio tan delirante como una agencia para formar a las chicas que debían actuar de madrinas en las vueltas ciclistas, unas chicas que parecían sacadas del *Decamerón* y que contaban las historias más increíbles que pudieras imaginar. Historias de un forastero que borraba los tatuajes solo con pasar la mano sobre la piel de sus amantes, de una mujer que degollaba corderos, porque tenía envidia de su belleza y veía en ellos al hijo que no podía tener, o de una más para la que el amor era comerte el corazón del otro. Por no hablar de aquella otra que había vivido varios días con su marido muerto, que en ese tiempo se había transformado en el ser más complaciente y dulce que cupiera imaginar. Un pueblo que tenía a su alrededor el parque eólico más importante de Europa, y donde había un monasterio donde un fraile había ido coleccionando a lo largo de su vida una increíble colección de mariposas con ejemplares venidos de todas las partes del mundo.

Y a este pueblo delirante había llegado una médica joven –esa soy yo– que lo había elegido como primer destino profesional por la única razón de que siendo una niña de quince años había visto con su padre una película que jamás había podido olvidar, y donde actuaba el mismo actor que dormiría en la casa de aquella anciana. Una médica recién salida de la facultad que una tarde, al ver bañarse en un pequeño pantano próximo a un joven desnudo, de sublime belleza, pierde la cabeza por él, porque le recuerda a una escena de la película que la había llevado hasta allí, y en la que un señor de la guerra queda hechizado por la belleza de una joven

campesina a la que sorprende saliendo desnuda del agua. Y esa joven doctora descubre un día que ese chico entra en su casa mientras ella duerme, y no solo no hace nada para impedirlo, sino que deja cada noche la puerta abierta esperando que lo vuelva a hacer. ¿Se trataban todas estas cosas de los desvaríos de una mente atormentada para la que hasta las sombras de los árboles, al volver a casa cada noche, se trasformaban en fantasmas de sus propios deseos, o tal vez todos los pueblos eran así y si alguien contara de verdad lo que pasaba en ellos no se encontrarían cosas muy diferentes a aquellas? Porque, ¿no desean las mujeres borrar los recuerdos que las atan al pasado como tatuajes, no desean degollar esos corderitos que, aunque no pueden dejar de amar, les hacen imposible la vida con su pureza, ser como el Señor de la Guerra y reclamar el derecho a quedarse con los novios de sus amigas la noche de sus bodas, como quien toma un fruto del huerto vecino y lo devuelve mordisqueado a la mañana siguiente porque se han cansado de él?

No estoy delirando, papá, eres tú quien me ha enseñado todo esto tal vez sin darte cuenta. Eres como el pistolero de *El último atardecer* diciéndole a su hija que si faltara debería enamorarse de otro hombre, amarle al menos como le había amado a él para que el agua de aquel manantial que habían descubierto juntos no dejara de correr. Por eso dejo la puerta abierta y espero que Roco regrese cada noche, porque me parece que eres tú quien me lo envía para que ese manantial no se seque.

Recuerdo aquella fotografía tuya que tanto me gustaba de niña. En ella tenías mi misma edad. Llevabas unos pantalones cortos que te venían grandes, y estabas con una amiguita que te miraba como esperando que le pidieras algo para hacerlo al momento, como si fuese tu pequeña criada. Y a mí, que sentía envidia de esa niña, me gustaba imaginarme que nos escapábamos juntos de aquel mundo donde estábamos, para vivir en otro donde solo nuestros deseos contaran. Todas esas jóvenes dormidas de los cuentos, ¿no hablan del afán de permanecer eternamente en un mundo así? ¿No fingen estar dormidas porque no quieren renunciar a sus deseos? Al recibir a Roco cada noche, ¿no soy yo una de ellas? Desaparecemos cuando dejamos de amar, ¿es eso lo que me has enseñado?

20 de julio. El amigo de las abejas

En el pueblo andan todos alterados porque han desaparecido las chicas holandesas. Llevan días sin verlas por los alrededores y la policía las está buscando. Es todo muy extraño, pues han encontrado abandonada su furgoneta y su tienda de campaña, con todas sus cosas, junto al pantano. Vinieron a esta zona porque son amigas de la gente del monte de San Lorenzo. Uno de los hijos las conoció en Ámsterdam cuando estuvo de Erasmus. Está muy afectado, pues ha sido por él por lo que terminaron aquí. Insistió para que se quedaran en su finca, pero ellas andaban recorriendo Europa con su furgoneta y prefirieron quedarse en el monte para preservar su libertad. Estuvieron juntos el sábado pasado y luego dejó de saber de ellas. Ha sido él quien ha dado parte a la policía, preocupado porque llevan días sin dar señales de vida, bajó a buscarlas al pueblo y encontró la furgoneta abandonada en el monte.

La última vez que las vieron en el pueblo fue este lunes pasado. Desde entonces, y estamos a viernes, no hay noticias suyas. La policía anda interrogando a la gente. También ha subido al monasterio para hablar con los chicos de la Escuela y ver si habían estado con ellos. La policía anda detrás de Roco, porque le vieron varias veces con las chicas. Un pastor los vio subir al pantano. Iban los tres en la moto, zumbando como un enjambre, dijo con ese tono sentencioso que tienen las gentes de aquí. Me hizo gracia la expresión. Pensé en ese enjambre zumbando por la carretera, y en lo mucho que me hubiera gustado que mis brazos y piernas estuvieran en él. Ahora ese enjambre no se sabe dónde está, pero se equivocan de medio a medio si piensan que Roco ha podido hacer algo así. Ayuda a los polluelos que se caen de los nidos, se ocupa de las alas de las mariposas, las abejas le dan su miel y te pinta la casa si se lo pides. Lo que sucede es que a la gente de los pueblos no les gustan los forasteros, que es como los llaman. Desconfían de ellos porque piensan que les vienen a robar. Y a Roco se la tienen jurada porque es terriblemente hermoso y las chicas del pueblo andan alborotadas por él.

Luego estuve con Carmen hablando de todo esto. Ella también le defiende. No me extraña que murmuren de él, me dijo riéndose. Es como si un leopardo de las nieves entrara en un corral de cabras. Al salir de la consulta fui a ver a Frank, el pintor. Estaba trabajando ensimismado en una de sus cajitas. Se sirve de pequeñas pinzas y hasta de una lupa, pues todo en ellas es minúsculo. Son como casas de muñecas: lo que está en el umbral, lo abierto a otras formas de realidad. Mientas lo veía trabajar, me acordé de

una película que vi de pequeña sobre las andanzas de Simbad, el marino. Su prometida ha sido transformada en una criatura diminuta y Simbad tiene que correr todo tipo de peligros en busca de una flor cuyo elixir posee el poder de devolverle su tamaño original. Simbad lleva a la princesita consigo y de vez en cuando la saca de su cofrecillo y la deja correr por la mesa, lo que ella aprovecha para provocarle con sus palabras y sus movimientos. Como si le dijera: para amarme tienes que hacerte tan pequeña como yo.

¿Es eso lo que me dice Roco cuando viene a verme? Que tengo que olvidarme de quien soy, de mi nombre, seguirlo sin preguntar nada. ¿Por eso no quiere que despierte? Claro que estas visitas más parecen tener que ver con las fantasías de un chico que se enfrenta por primera vez a los deseos de su cuerpo, que con cualquier otra cosa. Pero ¿no hay en el sexo también un secreto, no oculta más allá de su función biológica una realidad indecible? Algo así debe haber y esta es la razón de que no haya hablado de esto con nadie, como si fuera algo que solo a Roco y a mí pertenece. Un secreto que ni siquiera es enteramente nuestro, que nadie ha logrado conocer.

21 de julio. ¿Sirve de algo mi vida?

Tampoco ayer cerré la puerta de casa. Lo hice al llegar, alarmada por las noticias de la desaparición de las chicas y por el temor a que Roco pudiera estar implicado en ella. Pero ya estaba en la cama cuando me levanté para abrirla de nuevo. Me parecía que me había pasado al grupo de los que le acusan sin razón. Y lo cierto es que acallada mi mala conciencia no tardé en dormirme profundamente. Ese sueño se prolongó hasta el amanecer. La casa estaba silenciosa y me levanté para ver si Roco había entrado durante la noche. Había puesto, antes acostarme, una pequeña piedra en el suelo, de forma que al empujar la puerta habría tenido que desplazarla, pero la piedra estaba en el mismo lugar. Llevaba al menos dos semanas sin volver por casa.

Al llegar a la consulta todos hablaban de las holandesas. Seguían sin aparecer y la policía había doblado sus efectivos para buscarlas. A mediodía llegó un enviado de la embajada de Holanda para interesarse. Se formaron patrullas con voluntarios que, dirigidas por la Guardia Civil, estuvieron

peinando el monte hasta el anochecer. A la vuelta, el desánimo era general. Decían que tenía que haberles pasado algo, que nadie abandonaba sus pertenencias en el campo y desaparecía durante tantos días sin dar señales de vida.

Esa noche fueron varios hombres del pueblo los que subieron al monasterio para buscar a los chicos de la Escuela, a los que culpaban de lo sucedido. Se reunieron ante la puerta y amenazaron con entrar a la fuerza si no salían, pues estaban borrachos como cubas. Los hermanos llamaron a la Guardia Civil, que no tardó en llegar y en llevarse a los alborotadores. En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Pensaban que eran esos chicos los responsables de la desaparición de las holandesas, ya que desde su llegaba al pueblo los habían visto con ellas, y se decía que por las noches se bañaban desnudos en el pantano, lo que no se sabía si era cierto. Luego, mientras la búsqueda seguía por el monte, volvió por unos días la calma. Era una de esas calmas tensas, siniestras, que parecen anunciar la llegada de lo irreparable, pues ya todos daban por supuesto que las chicas estaban muertas.

Una de esas tardes, con la excusa de visitar a uno de los hermanos que estaba enfermo, subí al monasterio. De puertas para adentro todo continuaba igual. Roco se seguía ocupando de la huerta y del cuidado de las colmenas. Aunque por consejo de los guardias, los hermanos no le dejaban bajar al pueblo por temor a nuevos disturbios. Tras visitar a mi enfermo, fui al laboratorio a ver al hermano Lesmes. Estaba trabajando con sus mariposas, sus alas extendidas sobre un fondo blanco semejaban jeroglíficos. Le pregunté qué pensaba de las desapariciones de las holandesas y me dijo que no lo sabía, pero que estaba seguro de que sus chicos no tenían nada que ver. No tienen malicia, añadió. Son incapaces de hacer daño a nadie. Pero por la forma en que me lo dijo supe que me ocultaba algo.

Ya me estaba marchando cuando me detuvo en la misma puerta. Me dijo que los alumnos de la Escuela conocían a las holandesas. Las habían visto en el pantano y se escapaban por las noches para estar con ellas. Ponían música, bailaban y bebían, como hacían todos los jóvenes. Cuando los descubrieron les castigaron a no salir. Una noche, continuó, las chicas se acercaron al monasterio y les estuvieron llamando a gritos. Estaban muy bebidas y les pedían que fueran con ellas. Salí a pedirles que se fueran y lo hicieron sin protestar. No eran malas chicas, querían divertirse, lo normal a

esa edad. No era extraño que los chicos quisieran estar con ellas, pero no las volvieron a ver. De eso nos encargamos nosotros. Se cerraban a cal y canto las puertas y se pasaba revista cada noche en los dormitorios. Puedo asegurarte que no las han vuelto a ver. Y enseguida añadió, como desmintiendo lo que acababa de decir. Es difícil estar con niños, entenderlos. Quieren cosas que nosotros hemos olvidado que existen. Son como los animales salvajes, no saben renunciar a sus deseos.

Me dirigí en busca de Roco. La luz resplandecía sobre las hojas de las higueras y un voluptuoso olor a lavanda impregnaba el aire. Las colmenas estaban en el otro extremo de la finca, junto a un bosquecillo de pinos. Había allí unas plantas muy extrañas, como pequeñas farolas de gas. Eran tallos altos, casi sin hojas, coronados por unos globos de color morado. Roco sonrió al verme. Tenía el torso descubierto y las abejas zumbaban a su alrededor sin picarle, como harían con un fauno. Sobre uno de los troncos estaban los trajes protectores y Roco me indicó que me pusiera uno. Sus ojos eran negros y dulces como los de un caballo. Y como los caballos, al tenerlos tan separados no sabías adónde miraba. Con el traje puesto me acerqué a él. Parecía una astronauta, la primera mujer que pisaba la luna. Roco tenía los labios carnosos, levemente húmedos de saliva. Me pregunté cómo serían sus besos. No eran pensamientos muy adecuados para aquel momento, lo sé, pero ¿somos dueños de nuestros pensamientos? Roco me hizo gestos para que me acercara. Solo parecía existir para aquellas colmenas, cuyos panales manipulaba con absorta delicadeza. A él no le picaban las abejas. Estaba más hablador que nunca y me estuvo explicando en su media lengua el funcionamiento de aquella laboriosa sociedad. La abeja reina estaba en la parte de abajo, separada por una rejilla para que no pudiera entrar en las celdas. Era como yo, la tenían recluida en su palacio de cristal, apartada de las cosas importantes.

Al terminar, tomé su mano para ver cómo estaba. La herida había cicatrizado hace tiempo, pero estaba ardiendo y la retuve entre las mías sin darme cuenta. Esas chicas de las que todos hablan, le pregunté casi sin voz, ¿sabes dónde están? Al retirar su mano bruscamente se le escapó un extraño gemido, el gemido de un animal cuando se le hiere y sabe que no puede escapar. No te entiendo, susurré a punto de echarme a llorar, porque en ese mismo instante supe que me estaba ocultando algo.

Oímos voces. Sus amigos venían en su busca. Se detuvieron al verme, ya que no esperaban encontrarme allí. Vamos al hospital, ¿te vienes?, le

dijo uno de ellos. Estaban muy nerviosos y se miraban entre sí como preguntándose qué debían hacer. El hospital era un edificio abandonado no muy lejos de allí donde se reunían para estar solos. Le retuve tomándole del brazo. Esas chicas…, ¿sabéis dónde están?, le pregunté nerviosa. ¿No les habréis hecho nada? No me contestó. Se separó de mí para encaminarse lentamente hacia sus compañeros. Ni siquiera volvió la cabeza. Al llegar a su altura, se echaron a correr. Vi cómo se dirigían a la tapia y se perdían en una zona cubierta de maleza. Era por allí por donde se escapaban.

Me quedé sola. Roco era la criatura más hermosa que había conocido, pero ¿quién era realmente? Entraba en mi casa a escondidas y se iba sin despertarme, sin tocar nada, como si lo que buscaba nadie se lo pudiera dar. Ni siquiera yo. ¿Servía de algo mi vida?, me pregunté. Me había enamorado de un niño. Un niño al que no le importaba matar, como les pasa a todos los niños cuando no se les da lo que quieren.

22 de julio. El amor a un extraño

Esa noche no pude dormir. Tan pronto pensaba que todo eran imaginaciones mías, y que ni Roco ni aquellos chicos conocían el paradero de las holandesas, como al momento siguiente estaba convencida de que eran los responsables de su desaparición. ¿Qué otra cosa podía significar aquel gemido indescifrable? Pero no, ellos no podían ser. Seguro que las chicas andaban por ahí y que de un momento a otro se las vería aparecer radiantes por las calles del pueblo como si acabaran de salir de la bañera con el pelo recién lavado. Eran unas chicas libres, que se limitaban a vivir su juventud. Para eso habían hecho aquel viaje, para tener esas aventuras que todas a esas edades hemos deseado vivir. Pero, entonces, ¿dónde se habían metido? ¿Por qué no aparecían de una vez? ¿Cómo se explicaba que dejaran sus cosas abandonadas donde cualquiera las podía robar? ¿Por qué la última vez que las habían visto fue a las puertas del monasterio cuando se pusieron a llamar a los chicos despertando a todos? Pensaba una cosa y al momento estaba pensando la contraria. Hasta que llegó el amanecer y tuve que descender de aquella noria imparable de mis pensamientos para acudir al consultorio.

La mañana fue un infierno para mí. En el pueblo solo se hablaba de aquella desaparición, y todos daban por supuesto que los internos de la

Santa Espina habían participado en ella. Unos los habían visto espiándolas a la orilla del río; otros en el pantano, donde se bañaban desnudas. Las noticias pasaban de boca en boca alimentando las más siniestras especulaciones. Se decía que sus cuerpos estaban en el fondo del pantano, donde las habrían lanzado lastradas con piedras para que nadie las pudiera encontrar. No podía olvidar la mañana en que fueron a la consulta. Me acordaba de su belleza, del brillo de sus ojos cuando contestaban a mis preguntas, como si todo les hiciera gracia y se vieran en dificultades para contener la risa. Nunca volvemos a reírnos así, con esa mezcla de intensidad, locura y desdén. No existe en la naturaleza una fuerza de vida más poderosa que la que ofrecen las chicas a esa edad. Su exuberancia no excluye sus titubeos infantiles ante lo que desconocen, lo que las hace cautivadoras. Solo creen en el placer, aunque todas acaben llorando, porque donde hay placer siempre aparecen las lágrimas. ¿Los chicos también son así? No me atrevo a afirmarlo, pues nunca he sido uno de ellos. Pero recuerdo la intensidad con que nos miraban en mi adolescencia con ese oscuro romanticismo que alienta en sus almas. Como si estuvieran dispuestos a todo solo por hacernos suyas.

No podía imaginarme a Roco haciéndoles daño, y esa noche me dispuse a esperarlo de nuevo. Deseaba hablar con él, que me contara lo que sabía, pero el cansancio terminó por vencerme y dormí de un tirón hasta el amanecer. Pero tampoco esa noche me visitó, ya que las trampas que ponía antes de acostarme –pequeñas piedras que se verían desplazadas al empujar la puerta, polvos de talco para fijar sus huellas, levísimos hilos en el pasillo que al pasar se llevaría sin darse cuenta– estaban intactas cuando amaneció. Ya en la cocina, mientras desayunaba, me puse a hablar con él. Haces mal en huir, le dije. Escaparse solo resulta posible por un tiempo, hasta que un día descubres que al lado de la habitación donde vives duerme una de tus viejas vecinas. Es mejor que te quedes aquí, que vengas a mi casa si quieres. Yo puedo esconderte, ocuparme de que no te encuentren. Seguro que aquí no te van a buscar. Y hasta podemos escaparnos por las noches, tal vez ir al pantano para bañarnos, ya que todavía hace buen tiempo. Solo espero que las chicas no estén ahí abajo como dicen en el pueblo. A nadie le gusta estar nadando en un lago y saber que en el fondo hay dos chicas ahogadas. Entiéndeme, no te estoy juzgando, no estoy diciendo que las chicas estén ahí. Todo lo contrario, sé que no sabes dónde están, a pesar de lo que dicen en el pueblo, que tú no les has hecho nada. Hablan y hablan

como si no supieran cómo es el mundo. ¿Acaso no desparecen las personas? ¿Por qué a esas chicas no les iba a pasar algo así? ¿Quién tiene la culpa de que la historia de este mundo sea la historia de cómo desaparece todo?

Estas cosas le dije a Roco aquella mañana. Sé que no es fácil entender que mientras dos chicas podían estar muertas bajo las aguas de un pantano, yo me imaginara estar hablando con alguien que podía estar implicado en aquellos hechos como si solo fuera un niño al que había que perdonar sus travesuras. Pero es tan terrible la soledad. Es como estar muerta, no sentir nada, y las mujeres solo queremos sentir. Por eso dejamos de comer, nos herimos con cristales, nos arrojamos a los brazos de quien nos maltrata. Queremos ir con los locos en aquella nave donde se los lanzaba a la inmensidad del mar, condenados a una vida errante, sin patria, a no poder atracar en ningún puerto, a estar lejos de todo. Pero ¿acaso a los que van en esa nave no se les puede amar? Lo hacen las psicólogas que trabajan en las cárceles, y que a fuerza de hablar con los presos terminan por enamorarse de ellos y, cumplidas sus condenas, los esperan a las puertas de la prisión. Saben que todo será un desastre, y aun así no dudan en seguirlos. No nos damos cuenta de cuánto necesita el mundo ese amor. ¿Quién hablaría si no de la vida impura, de la belleza que hay en la oscuridad del corazón humano?

24 de junio. Una carta

Querida mamá:

El pueblo se ha transformado en un auténtico hervidero. Dos chicas holandesas que estaban de paso por la zona han desaparecido misteriosamente. Acusan a los chicos de la Escuela de Capacitación Agraria, pues han encontrado su furgoneta con todas sus pertenencias cerca del pantano. La otra noche un grupo de hombres del pueblo subió hasta el monasterio para increparlos y los hermanos tuvieron que llamar a la Guardia Civil, pues estaban completamente borrachos y amenazaban con romper la puerta. Aun así, es poco lo que se sabe. Quiénes están implicados, si las chicas están vivas o muertas, qué ha podido pasar. Me paso el día tratando de templar los ánimos, lo que no se me da nada bien. No soy como papá, que hasta en el mismo infierno era capaz de poner paz, con su templanza y bondad. No veas cuánto me acuerdo estos días de él. Nunca se

tomaba las cosas a la ligera, nunca convertía en parodia a los seres humanos, a pesar de lo tentador que esto puede ser en muchos momentos. Me acuerdo de lo mal que me porté con él los dos últimos años de su vida. La verdad es que nunca terminó de superar su marcha del hospital. Ya conoces la historia. Se quedó libre el puesto de jefe de servicio, y aunque tanto por antigüedad como por méritos la plaza era suya, sus propios compañeros se confabularon para dársela a otro. Podía haber recurrido el nombramiento, pero se negó a hacerlo. No le afectó la pérdida de prestigio que eso suponía, ni la reducción de salario, sino esa traición de los que consideraba sus amigos. Fue lo que le hizo abandonar Pamplona y buscar una plaza de médico en un pueblo perdido en la montaña. Los hombres parece que se van a comer el mundo, pero se derrumban a la menor contrariedad. Son distintos a nosotras, que estamos acostumbradas a coger al vuelo lo que nos sale al paso, como esas niñas que en un descuido de sus madres se cuelan en la despensa a comerse los dulces.

Poco antes de sufrir el infarto que se lo llevaría de este mundo me hizo una inesperada confesión. No sabía si su vida había merecido la pena. Le dije que cómo podía decir eso, bastaba con que pensara en sus pacientes para saber que la había merecido. Todos le adoraban, y en Navidades eran tantos los jamones y embutidos que recibíamos que no sabíamos que hacer con ellos. No, no me refiero a eso, me contestó. A ser recordado por las cosas que era mi deber hacer, sino por aquellas que hice sin que nadie me las pidiera, sin querer nada, solo porque sentí la necesidad de hacerlas. A ser recordado por las cosas que se hacen por amor a una persona, a alguien en particular, un niño, una mujer, un anciano, incluso un animal, no a una de esas nociones vagas y generales, como la humanidad, la religión o la patria. Amar como amó Héctor a su pequeño hijo, continuó. Permaneció un rato en silencio y luego me preguntó si recordaba aquel pasaje de la *Ilíada*. Y ante mi negativa se puso a contármelo. Héctor, consciente de que Troya y la casa de Príamo están condenadas, y que sus destinos serán la muerte o la esclavitud en un país extranjero, le explica a su mujer que debe ir a la guerra para enfrentarse a los griegos. Y le pide que le lleve a su pequeño hijo para despedirse de él. El niño se asusta por el brillo de cobre de su yelmo y Héctor se lo quita para tranquilizarle. Ese era el pasaje. Me pregunto, me dijo entonces, si alguna vez he sabido amar, por ejemplo, a ti, como lo hizo Héctor cuando se dio cuenta de que ese yelmo en que él cifraba su gloria era lo que hacía llorar a su hijo, y se lo quitó. Mejor que

eso, le contesté, riéndome. ¿Sabes qué hacías conmigo? Venías a verme por las noches y dejabas el yelmo, tu gloria, en mi cama para que jugara con ella.

Se lo decía para consolarle, porque en esos últimos años papá era un hombre que había renunciado a que en su vida pudiera entrar un rayo de belleza. Ha pasado el tiempo y ahora quien piensa eso de su vida soy yo. Todas las vidas están destinadas a perderse, como ese trigo que se queda en el campo porque nadie lo recoge. Porque, ¿qué somos de verdad para los demás? ¿Qué he sido para ti, mamá y, sobre todo, que fui para él, cuando dejé de ser esa niña que solo miraba por sus ojos? En aquellos últimos años, ¿lo supe amar como necesitaba? Me acuerdo de mi marcha a Madrid y de cómo me pasaba meses enteros sin llamarle ni escribirle, y llegados los fines de semana siempre encontraba una excusa para no ir a visitarle. Fue él quien vino a Madrid una vez, y al tener ya organizado mi propio plan, lo devolví al hotel a las siete de la tarde con las dos entradas que había comprado para la filmoteca. ¿Sabes qué íbamos a ver? *Primavera tardía*, aquella película de Yasujirō Ozu, en que un padre se queda solo porque su única hija se va a casar.

Es muy complicado el amor, nos pide cosas inexplicables, altera nuestros planes, nos hace ver películas que habíamos olvidado que existen y tendemos a quitárnoslo de en medio para que no nos estropee las vacaciones. Pero siempre se las arregla para volver. Es como Roco, ese chico del que te hablé, aparece en tu vida cuando menos lo esperas, pero no te dice qué busca ni qué quiere de ti. Porque algo debe querer, ¿si no por qué lo seguiría haciendo?

Aquella última noche, la última que pasaríamos juntos, papá quiso que leyéramos un libro juntos, como solíamos hacer cuando aún era una niña. Fui a uno de los estantes y tomé al azar uno de ellos. La suerte quiso que fuera *El festín de Babette*. Siempre me había conmovido la historia de aquellas dos hermanas que renuncian a su felicidad para estar al lado de su padre, pastor de una secta protestante muy estricta. En las primeras páginas se habla de sus fugaces amores de juventud. El pretendiente de la más pequeña es un cantante de ópera, Achille Papin, que deslumbrado al oírla cantar en la iglesia se ofrece para darle clases gratuitamente. Y en una de esas clases, ensayando un dueto de *Don Giovanni*, la ópera de Mozart, el tenor, arrebatado por la pasión que despierta en él la escena, se acerca a ella y la besa. Y esta huye asustada para renunciar al momento a seguir con unas

clases tan comprometedoras. He perdido mi vida por un beso y no recuerdo en absoluto haberla besado, exclama entonces el desventurado tenor. Don Giovanni besó a Zerlina y soy yo quien lo paga. ¡Este es el destino de los artistas! Al terminar aquel pasaje vi que papá me estaba mirando. Sus ojos brillaban como los de esos campesinos que siguen removiendo la tierra aun sabiendo que no encontrarán el agua que buscan para sus cultivos, y le pregunté si me quería. Las personas saben perfectamente quién las quiere y cuánto, me contestó con una sonrisa. No tienes que preocuparte por eso.

No volvimos a hablar. Papá estaba muy cansado y no tardó en retirarse a la cama. Luego, ya de mañana, me llevó en coche a la estación. Llegamos muy pronto y nos quedamos esperando en uno de los bancos. Éramos como esos pájaros que se quedan posados en los tendidos eléctricos sin que se sepa qué hacen allí. Entonces se volvió hacia mí y nos quedamos mirándonos. Las pequeñas lomas estaban empapadas de color, y los arbustos que bordeaban las vías irradiaban belleza, como si todo se hubiera vivificado a impulsos de algo misterioso, del mismo modo que papá y yo nos habíamos sentido llenos de amor al mirarnos. Cuando el tren se puso en marcha, me despidió agitando la mano desde el andén. Tuve entonces la sensación de que se había quedado sin decirme algo, como pasa siempre con los seres queridos que nos dejan. Papá era como un príncipe al que le hubieran ido abandonando todos los suyos y se descubriera paseando a solas por los corredores y los salones de un palacio en ruinas. ¿Qué haría ahora que el hechizo que le ataba a la vida había concluido?

Luego, mientras el tren avanzaba por la llanura, me dio por preguntarme si de verdad merecía la pena preocuparse tanto del amor. Y pensé en el pobre Achille Papin y en su error al confundir a los seres que poblaban sus fantasías con los reales. La gente piensa que el amor es la clave de todo, y quizá lo sea, no digo que no. Pero no hay que darle tanta importancia. Nuestros juramentos de amor, nuestras promesas infantiles eran un mundo imaginario, no eran la realidad. Ese empeño de querer vivir una vida que no es la nuestra, ¿de qué otra forma puede terminar que en un clamoroso desastre?

Te quiere con locura, tu hija María.

25 de julio. Hablo con un zapato

Todas las furias se han desencadenado en estos días llevando la historia al peor de los finales. Han detenido a Roco y a tres chicos de la escuela. Les acusan de haber matado a las jóvenes. Hubo alcohol y drogas de por medio y, presionados por la policía, uno de ellos terminó confesando. Se acusan unos a otros, pero sus relatos están llenos de lagunas y contradicciones, y habrá que esperar a que encuentren los cuerpos para saber qué pasó. Buzos de la Guardia Civil están rastreando con un sonar el fondo del pantano de la Santa Espina, pues sospechan que puedan estar allí.

El pueblo está revolucionado y las versiones se multiplican. Dicen que las violaron varias veces, o que al arrojarlas al pantano todavía estaban vivas. Incluso hay muchos que las culpan a ellas de lo que pasó. Se bañaban desnudas desafiando a los chicos y eran las que llevaban las drogas. Me dan asco estos comentarios, no puedo entender cómo se puede justificar algo tan atroz con esa ligereza, hacer que la culpa recaiga en las víctimas en vez de en los que cometieron el crimen. Pero lo que menos entiendo es que Roco participara en algo así. Roco, el príncipe que me iba a despertar con un beso.

Fui a ver a Carmen, que estaba preparando a sus azafatas para la próxima competición. Las chicas conocían a Roco, le habían visto una tarde, en la posada. Les perturbó lo guapo que era. También su timidez, pues apenas habló con ellas y se fue cuando trataron de acercársele, como si escondiera un secreto que no quería que conocieran. Estaban convencidas de que no había sido él, a esas edades aún se cree que la belleza nos protege del mal. Cuando nos quedamos solas le pregunté a Carmen si pensaba lo mismo. Hay que tener cuidado con la belleza, me contestó. No distingue entre la vida y la muerte. Me acordé de Rilke, de sus elegías. Mi padre se sabía partes enteras de memoria. «Todo ángel es terrible. Y, sin embargo, os invoco, pájaros casi mortales del alma.» Carmen no tardó en desdecirse. Hablaba en bromas, me dijo sonriendo, Roco no ha podido ser. ¿Y sabes por qué? Porque ese chico no es real, nos lo hemos inventado tú y yo.

Esa noche no podía dormirme y desesperada tomé un somnífero. Luego otro, y al ver que no me hacían efecto, otro más. Caí en un sueño profundo. Durante la noche, sentí que alguien estaba a mi lado, aunque la oscuridad del cuarto no me dejaba ver quién era. Roco, ¿eres tú?, pregunté. Fui a encender la luz, pero los somníferos me habían sumido en un estado de tal confusión que volví a quedarme dormida. Me despertaron los cantos de los pájaros. Había amanecido y estaba tan aturdida que apenas sabía dónde

estaba. Me acordé de la misteriosa visita nocturna. No sabía si había sido real o una alucinación. Al levantarme, vi que el suelo estaba mojado. Seguí el rastro de humedad hasta el salón, donde sentado en una esquina, con las piernas recogidas sobre el pecho, estaba Roco. Tenía la ropa mojada y le faltaba un zapato. Le ayudé a levantarse y fuimos a la cocina. Voy a preparar café, le dije, te vendrá bien. Estaba aturdida, no quería pensar en las chicas asesinadas. ¿Qué haría si había sido él? Me conmovía su desamparo, que hubiera elegido mi casa para esconderse. Le pregunté qué había pasado en el pantano. Tienes que decírmelo, ¿si no como te voy a ayudar? No me contestó, pero vi que las lágrimas corrían por sus mejillas. No llores, le dije, ya verás cómo se nos ocurre algo. Estaba loca, podía haber matado a las chicas y yo me comportaba como si solo fuera un niño que hubiera cometido una travesura. Tengo que llamar a la policía, ¿lo entiendes? Verás como todo se arregla. Regresé a su lado después de hacer la llamada y lo ayudé a levantarse de la silla. Anda ven, te voy a asear un poco, le dije. Apenas se mantenía en pie. Fuimos a la ducha y, tras quitarle la ropa, lo estuve lavando. La suciedad se desprendió de su piel, dejando su cuerpo limpio y elástico. Le estuve lavando los brazos, las axilas, el pecho, los muslos, el agua resbalaba por su piel como lo hace por las plumas de un pato. Tenía las piernas delgadas y me entretuve acariciando su miembro, que poco a poco empezó a despertar. Lo besé suavemente una, dos, tres veces, como haría con un niño que se hubiera caído y se hubiera lastimado. ¡Qué hermoso era el sexo de los hombres! ¡Que despertara y creciera de tamaño cuando nosotras se lo pedíamos como aquellos caracoles que poníamos de niñas al sol! Espera, le dije, no podemos hacer esto, los policías están por llegar. Roco no era más alto que yo y no me costó encontrar entre mis cosas un chándal que le podía servir. ¿Sabes que te sienta muy bien?, le dije cuando se lo puso. Tienes que decirles la verdad. Seguro que todo se aclara y te dejan libre. Luego nos iremos de aquí. Podemos viajar a Milán. Mis padres estuvieron allí de recién casados. Tienen una foto en que se les ve abrazados en la cúpula de la catedral. Me decían que hicieron mal en bajar, que debieron quedarse viviendo con las palomas. Lo haremos nosotros por ellos. Subiremos a esa cúpula, y nos quedaremos allí para siempre. Decía disparates, y lo sabía. Pero la policía no tardaría en llegar y sabía que cuando eso pasara sería el final de todo. Solo estaba jugando. Se juega para detener el tiempo, para enfrentarnos a la aridez de la existencia, para inventarnos una vida distinta a esta que

tenemos, como si más que buscar algo en concreto ese algo fuera a salirnos al encuentro. Por eso se juega.

Oímos las sirenas y, al momento, los gritos de la policía en la puerta. La reventaron a golpes y nos pusieron a empujones contra la pared. Roco quiso ayudarme y uno de ellos le golpeó con la culata de su fusil. Le llamé bruto, le dije que era la médica del pueblo y que los iba a denunciar. No sabía de dónde sacaba las energías. Un policía me sujetó por el cuello, apenas me dejaba respirar. Me dijo que estaba protegiendo a un criminal y que podía terminar en la cárcel. Los demás sujetaban a Roco para esposarlo. Lo insultaban y golpeaban, le decían que iba a pagar por lo que había hecho. Estaban a punto de llevárselo cuando se volvió un momento para mirarme. Era como si viera cosas en mí que los demás no podían ver, que ni yo misma sabía que tenía. Me quedé en la puerta viendo como se lo llevaban. Una parte de mí se iba con él en aquel coche. Sentí como esa parte de mí que se confundía con él se iba lejos, cada vez más lejos, y que nunca podría recuperarla.

Al entrar en casa encontré el otro zapato. Estaba junto a la cama. Lo cogí y lo puse sobre la mesa. Me puse a hablar con él. No debiste matar a esas pobres chicas, ¿qué te habían hecho?, le dije. Fui yo quien te volvió loco, tenías que haberme matado a mí. Deliraba, no sabía qué decía. Estaba tan exhausta que me quedé dormida sobre la mesa. Al despertar estaba anocheciendo. Sentía una extraña paz, como si nada de lo que había pasado hubiera sido real. En el cielo se veían brillar las primeras estrellas. Me quedé mirando por la ventana las sombras vivas de la noche. Pensé en aquella detención, en la entrada de la policía en la casa y en cómo Roco, cuando se lo estaban llevando, se había vuelto un momento para mirarme, y me acordé de Bronwyn y del Señor de la Guerra cuando, al final de la película, tienen que separarse. Ningún acontecimiento futuro podría borrar la maravilla y la belleza de lo que habían vivido. ¿Cómo iba ella a acostumbrarse a vivir con los frisios después de haber estado en la torre con alguien como él?

Un tiempo después. Los poemas de Bronwyn

Tras los terribles acontecimientos que acabo de contar, pasé internada dos meses en un hospital de Madrid, aquejada de una profunda depresión.

Este hospital fue célebre porque a principios del siglo pasado el poeta Juan Ramón Jiménez permaneció en él unos meses, a causa de una neurastenia. Le atendían las hermanas de la Congregación de Santa Ana, a las que el poeta llamaba sus novias blancas y dedicaba poemas para enamorarlas. Fueron esas hermanas las que me cuidaron a mí. Recuerdo especialmente a una. Era como aquellos lirios de los que se hablaba en el evangelio y que Dios había querido tan hermosos solo para recrearse en su propia obra. Fue ella quien me proporcionó los libros que leería sin descanso durante aquellas tardes interminables. De forma especial los de Juan Eduardo Cirlot, y su ciclo de poemas sobre Bronwyn, cuya existencia entonces no conocía. Una noche vino a despedirse de mí, porque la habían destinado a otro convento, y al verme leyendo me preguntó si eran los poemas de Bronwyn. Le contesté que sí. Yo también estoy hechizada, como ella, me dijo con una sonrisa que habría amado el rey Salomón.

Juan Eduardo Cirlot fue un poeta, crítico de arte y erudito catalán que nació en la segunda decena del siglo XX. Conoció a los surrealistas, con los que compartía su interés por el inconsciente y los sueños, y participó en las primeras fases de su revolución. Luego derivó hacia posiciones espiritualistas que le llevaron a interesarse por el mundo medieval y sus símbolos. Coleccionaba espadas y era amante de la música dodecafónica, en cuyo lenguaje destructivo veía un camino para devolver al arte la libertad que había perdido. Una tarde, en un cine de Barcelona, llamado Avenida de la Luz, vio la película *El señor de la guerra*, y quedó inmediatamente enamorado de su protagonista, a la que dedicaría en los años siguientes un importante ciclo de poemas que tituló con su nombre, *Bronwyn*. En esos poemas, a veces de difícil comprensión, habla de la destrucción del hombre por el amor. Bronwyn es el reverso de Ofelia, la prometida de Hamlet. Ofelia se ahoga coronada de flores y Bronwyn es quien renace del agua. Simboliza para el poeta el lugar que dentro de la muerte se prepara para resucitar. Es lo que renace eternamente.

Mientras estaba en el hospital recibí la visita de Carmen, que me puso al tanto del estado en que se encontraban las investigaciones de la policía. La autopsia de los cuerpos había revelado varios datos desconcertantes. Las chicas no habían sido violadas, ni existían indicios de abusos sexuales, y sus muertes se debían a causas distintas. Una de ellas murió de un ataque cardíaco, debido a un problema congénito acentuado con toda probabilidad por las drogas que habían consumido; la otra murió ahogada, ya que sus

pulmones estaban llenos de agua. Los chicos se escaparon del monasterio para encontrarse con ellas en la laguna. Pusieron música, bebieron alcohol y consumieron cocaína, que ellos nunca habían probado. Mientras dos de ellos se bañaban con una de las chicas, el tercero se quedó con la otra en una zona apartada. De pronto fue a buscar a sus compañeros para decirles que la chica estaba muy mal. Cuando llegaron estaba muerta. La amiga perdió la cabeza y empezó a culparles. Trataron de tranquilizarla, de decirle que no le habían hecho nada, pero estaba fuera de sí y terminaron en la laguna. Mientras contaban esto no paraban de llorar. No querían hacerle daño, pero temieron que si alguien les descubría pudieran culparles de la muerte de su amiga y la ahogaron para que dejara de gritar.

¿Y Roco estaba con ellos?, le pregunté a punto de enloquecer de dolor. Me dijo que sí. No había participado en la muerte de las chicas, pero tampoco hizo nada para impedirla. Puede que no se diera cuenta de la gravedad de los hechos y que cuando quiso reaccionar ya fuera tarde. ¿Quién sabe? En todo caso fue a él a quien se le ocurrió la idea de sumergir los cuerpos en la laguna para que no los encontraran. Eran mis amigos, les dijo a los policías cuando le preguntaron por qué lo había hecho. Me pidieron ayuda y yo se la di.

¿Quieres saber por qué estaba en mi casa cuando lo detuvieron?, le dije a Carmen. Y me puse a contarle la historia de sus visitas nocturnas, y de cómo, cuando me di cuenta, lejos hablar con él para pedirle explicaciones, me limité a guardar silencio y a dejar la puerta abierta para que pudiera entrar. ¿Y no se te ocurrió pensar en el peligro que corrías?, exclamó Carmen. Me amaba, ¿cómo iba a pensar algo así?, le contesté. Carmen se inclinó hacia mí y tomándome cariñosamente de la mano, como hacen las maestras con esas niñas torpes que todo lo hacen mal, volvió a hablar. Me hacéis gracia las universitarias, creéis que lo sabéis todo a causa de esos libros que leéis pensando encontrar en ellos las respuestas a todo lo que os pasa. Pero la vida no se puede explicar ni predecir, hay fuerzas en ella más grandes que la voluntad humana. Ni siquiera el amor nos protege de esas fuerzas. Al contrario, con frecuencia es el causante de los hechos más abyectos.

Le dije que aquellos días habían sido los más dichosos de mi vida, aunque aquello sonara a un sacrilegio después de lo que había pasado. Y le hablé de la tarde en que Roco había ido a la consulta para que le curara, de nuestros paseos por el monte o cuando íbamos juntos a ver los molinos. Le

hablé de la vez en que al regresar a casa vi por primera vez la habitación que acaba de pintar. Estaba atardeciendo y la luz dorada que entraba por la ventana la hacía parecer un recinto de oro. Y le hablé, sobre todo, de la laguna donde le había visto bañarse desnudo. Era como si me hubiera revelado la existencia de una secreta felicidad en la vida en la que ya nunca podría dejar de creer.

Los ojos de Carmen se iluminaron al escucharme. ¡Eso es, la laguna!, exclamó. Era vuestro paraíso, un lugar que solo a vosotros pertenecía y aquellas pobres lo profanaran con su lujuria. Roco quiso que fueran castigadas por ello, por eso no las ayudó. Lo que allí se escenificó fue la ceremonia de una sustitución. Al morir ellas en tu lugar te protegía de su propio deseo. Se detuvo un momento y se quedó mirándome, como dudando si debía seguir hablando o no. Parecía una persona que había perdido algo y no podía recordar qué. ¿Quién sabe lo que hay en la mente de chicos como él, en el seno de qué familia crecen, quiénes fueron sus madres?, continuó diciendo. Pienso en esas mujeres melancólicas en las que el deseo de tener un hijo no tarda en transformarse en tristeza por no saber qué hacer con él. Los abandonan porque les culpan de su tristeza. Y ellos se vuelven peligrosos y al crecer el desamparo y el odio que sienten los hacen volverse contra las mujeres que aman, a las que hacen responsables de su desdicha. No sabes el riesgo que has corrido, continuó. Si a esas pobres chicas no se les hubiera ocurrido la idea de elegir vuestro paraíso para correrse una juerga, a estas horas la muerta podías ser tú.

Carmen se despidió de mí. Cuando salgas de aquí dime dónde paras, qué haces. Te voy a echar mucho de menos, me gustaría que volviéramos a vernos. Le dije que la llamaría, pero nunca lo hice. Puede que sus explicaciones fueran ciertas, pero lo que yo había vivido era algo muy distinto. Era como si hubiera dos mundos. El mundo en que todos vivíamos, y otro más tenue y misterioso donde las cosas tenían un valor diferente al que tenían aquí. Y era como si muchos de los seres que materialmente se encontraban en el mundo real, no pertenecieran enteramente a él, y su verdadera morada estuviera en el otro. Roco era uno de ellos, ¡cómo no prestarle atención! Las explicaciones de Carmen no servían para entender su conducta. Era el único que decía la verdad, frente a nosotros que no hacíamos más qué mentir. Como si solo quisiera que existiera el amor. Sus visitas eran como celebraciones fúnebres, una muchacha muerta era lo que iba a buscar, porque también él estaba muerto y quería renacer de las aguas

con ella.

Al salir del hospital me entregué en cuerpo y alma a mi nueva vida, si es que puedo llamarla así, ya que en todo se parecía a la que había tenido siempre. Y en gran medida conseguí olvidar. Tenía mi propia casa, iba casi todas las tardes al cine y de vez en cuando tenía mis aventuras con compañeros del hospital o con desconocidos con los que entablaba conversaciones en los bares. Pero mentiría si dijera que Roco desapareció de mi vida, y me bastaba con cruzarme en la calle con un joven atractivo para preguntarme dónde estaría, y si también él pensaría alguna vez en mí como yo lo estaba haciendo en ese instante.

Una vez, en un viaje profesional a Valladolid, decidí acercarme a la Santa Espina. Habían pasado cerca de dos años desde mi marcha. Volvíamos a estar en primavera y las orillas del pantano estaban llenas de brotes nuevos. Las ramas y las hojas se entrecruzaban por encima de mi cabeza y el sol se filtraba entre ellas llenándolas de reflejos que semejaban piedras preciosas. Se oían cantos de pájaros que yo no sabía nombrar y los insectos volaban por encima de la hierba y el agua como motas de ceniza que el aire traía y llevaba a su antojo. Cerré un momento los ojos y una luz dorada se filtró a través de mis párpados. Y en aquel torbellino de color, en el que se mezclaba el oro con el verde y el púrpura, volví a ver el rostro de Roco en el momento en que al ser detenido se volvió para mirarme. Nadie te volverá a mirar así, me dije. Nadie lo hará con ese amor. Qué extraño era el mundo, hacía convivir en un mismo lago la inocencia y la culpa, los cuerpos de las ahogadas con los de las jóvenes que buscaban el amor.

Al final de su vida, el poeta Juan Eduardo Cirlot realizó un viaje esotérico a Carcassonne, la ciudad mítica de los cátaros, guardianes del Santo Grial. En ese viaje se hiere en una mano en un servicio, al confundir una bombilla con un grifo, y tiene que ser atendido en el tren por unas monjas. Cirlot regresa hundido a Barcelona, pues vive esa herida como un castigo, la señal del fracaso de su búsqueda. Y le escribe a un amigo una carta que termina así: «Soñé que los enemigos venían por mar. Encontré una piedra gris en una torre. Le dije: tenemos que resucitar. Fui a Carcassonne y no encontré nada. No he matado al hermano oscuro, no he visto a Bronwyn aún, no creo en mi alma.»

La memoria es una casa llena de fuego, hay en ella demasiado dolor. Tiene partes malditas. Había amado a Roco sin comprenderlo y ahora en recompensa o castigo debía creer y amar por toda la eternidad lo que no

comprendía.

F I N

Hay un mundo donde las edades no son iguales, donde los sexos no son indiferentes, donde los roles no son equivalentes, donde las culturas no son confundibles, donde el ignorante no es igual que el sabio.

Hay otro mundo.

Es el mundo de las novelas y de las sonatas, el del placer de los cuerpos desnudos que aman la persiana cerrada a medias o el del sueño que la prefiere todavía más cerrada hasta fingir la oscuridad nocturna o que la inventa.

Es el mundo de las urracas sobre las tumbas.

Es el mundo de la soledad que requieren la lectura de los libros o la audición de la música.

El mundo del silencio tibio y de la penumbra ociosa donde vaga y se sobreexcita de repente el pensamiento.

PASCAL QUIGNARD